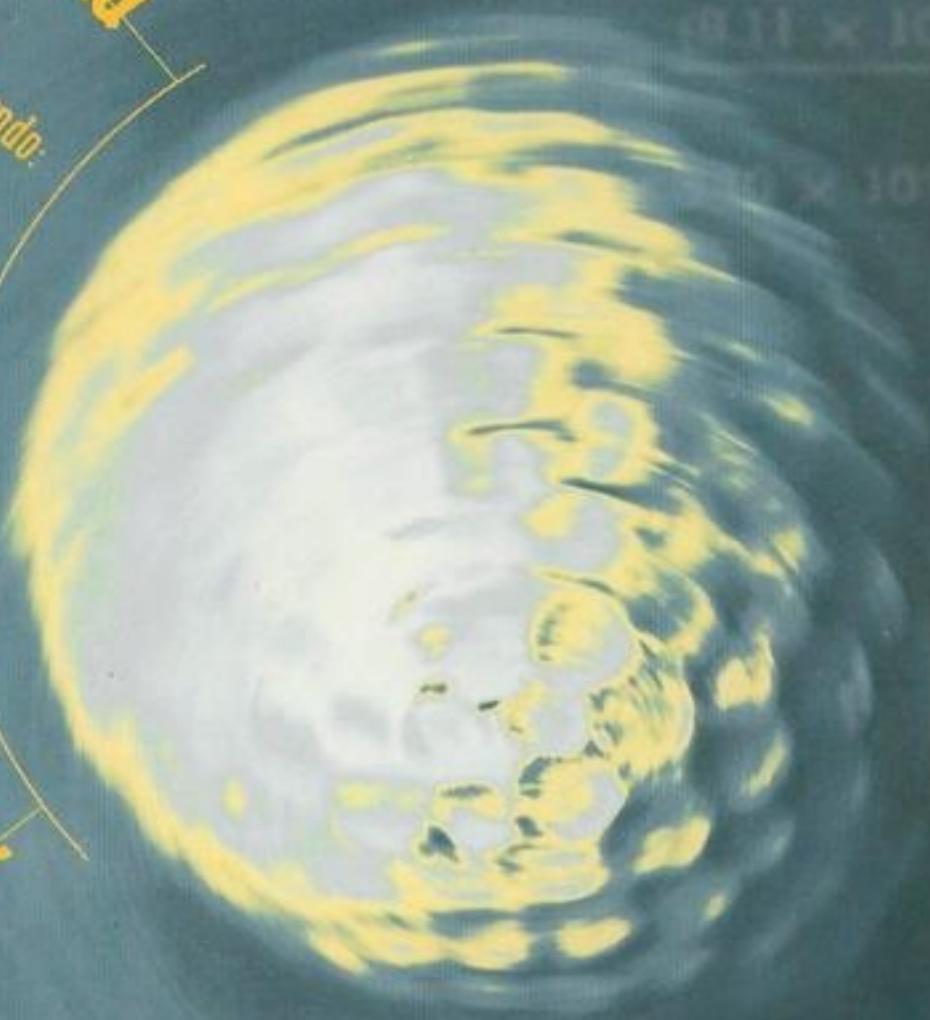


Nos queda la parábola

Un fantasma recorre el mundo:

el fantasma del Pensamiento Único...

Ferran Canal



Siglo XXI, en un futuro que se halla a la vuelta de la esquina. Un mundo en todo igual al nuestro se ve alertado por una misteriosa piedra llegada del espacio. Tiene la forma de una pelota de golf con relieves y parece encerrar el germen de un agujero negro que, una vez activado, puede engullir todo el planeta y el sistema solar. Un castigo severo, aunque tal vez justo para una Tierra que se nos presenta como el fracaso organizativo que evidentemente ha llegado a ser en las postrimerías del siglo XX.

Dos gemelos aparentemente muy distintos: un respetable científico y un “colgado” de vida poco convencional y un tanto al margen del sistema. Un curioso congreso científico que se convierte en una llamada a la subversión y en el detonante de una aventura ante la que no se detienen los servicios secretos, la policía ni el establishment científico y político. Tampoco faltan los presuntos terroristas de orientación ecológico-anarquista, la gente corriente bienintencionada, las nuevas religiones y un sinfín de elementos inevitables en una paródica y perspicaz revisión de lo que hemos llegado a hacer con nuestro mundo, con nuestra vida, con nuestro futuro.

En definitiva, ¿existe de verdad ese agujero negro, o se trata sólo de una argucia más de los subversivos de siempre...?

Lectulandia

Ferran Canal

Nos queda la parábola

ePub r1.0

Titivillus 07.07.2019

Ferran Canal, 1998

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Presentación

Prólogo a modo de manifiesto

I. El congreso no se divierte

II. La partida inacabada de Duchamp

III. A todo tren

IV. La paradoja de los gemelos

V. Algo más que una gota de la nube de Oort

VI. El informe de Alberto Brodie

VII. Conversación en la catedral

VIII. No digas nunca jamás

IX. La acción de gracia

X. Mente y materia

XI. El banquete

XII. La vuelta al día en un solo mundo

XIII. Las peregrinaciones de Rocío

XIV. Ahora que estamos reunidos

XV. Ciento sesenta y nueve escalones

XVI. El tren de los golfos

XVII. La secta de los lapidarios

XVIII. Viaje al centro de la sierra

XIX. Paseo por el caos, la basura y las heces

XX. Correspondencia unívoca

XXI. La ventana indiscreta

XXII. La última cena

XXIII. Esperando a los bárbaros

XXIV. La última noche que pasé contigo

XXV. El sacrificio

XXVI. Templo de la fe, templo de la razón

XXVII. Noticias de Valparaíso

XXVIII. El Monólogo frente al ancho mar

PRESENTACIÓN

Poco voy comentar de la novela en esta presentación ya que el mismo autor ha decidido incluir un breve «Prólogo a modo de manifiesto», donde expone claramente sus intenciones. Pero como es habitual en esta colección, sí les contaré el cómo y por qué se ha decidido incluir esta novela en NOVA y, en definitiva, las razones que, como editor, me hacen considerar que es casi un servicio público haberla incorporado a nuestra colección.

En primer lugar debo decir que Ferran Canal es profesor en la Universidad Politécnica de Cataluña (UPC), donde yo mismo realizo mis labores docentes y de investigación. Pero la UPC es una universidad de tamaño más que respetable y, según tengo entendido, lo que se conoce como «personal docente e investigador» está compuesto por casi tres mil personas. Por ello no es de extrañar que no conociera a Ferran Canal hasta que esta novela se interpuso en mi vida de lector.

Ocurrió a finales de 1997, cuando una primera versión del texto llegó a mis manos entre las 123 narraciones presentadas al Premio UPC de Ciencia Ficción. La novela se llamaba entonces EL MAL DE PIEDRA y, evidentemente, su extensión excedía en mucho la permitida por las bases del concurso, que sitúa en unas 115 páginas el tamaño máximo admitido. Fue rechazada.

Posiblemente, si yo no fuera un vicioso el asunto podría haber acabado aquí. Pero soy un vicioso (de la lectura, al menos...), aunque tal vez esté feo reconocerlo en los tiempos que corren, tan poco favorables a la galaxia Gutenberg. Sea como fuere, lo cierto es que, ante la lectura del índice de EL MAL DE PIEDRA, mi curiosidad quedó irremediablemente excitada.

Una vez terminada la lectura de las novelas aceptadas a concurso, casi como una afición o un síntoma más de mi nada secreto vicio de lector, abordé la lectura de EL MAL DE PIEDRA. Lógicamente, decidí publicarla en NOVA a la primera ocasión que se presentara. Y en ello no llevo ningún mérito, estoy seguro de que cualquier persona medianamente sensible e inteligente hubiese hecho lo mismo.

Luego hablé con Ferran Canal, intuí que la persona se correspondía con la novela que había escrito, pusimos las cosas en marcha y, tras alguna que otra revisión del texto y un definitivo cambio de título, aquí tienen ustedes esta novela sorprendente.

Y es sorprendente por muchas razones. Para empezar, no me negarán que los títulos de los diversos capítulos resultan de lo más sugerente.

De hecho, la simple lectura del índice despierta en nuestra memoria el eco de una serie de lecturas inolvidables e imprescindibles, que aparecen tratadas a la vez con el debido respeto y la necesaria iconoclastia que se asocian al lector inteligente.

Luego, y ya metidos en harina, ha de resultar evidente que la novela supera en riqueza estilística y léxica a muchas narraciones de ciencia ficción de las que se escriben en España. Ferran Canal ha leído con provecho y atención, y ello resulta evidente en NOS QUEDA LA PARÁBOLA

Pero, además, Ferran Canal tiene muchas cosas que decir y ha sabido hacerlo sin olvidar la necesidad de hacer amena lo que, en definitiva, no es otra cosa que la exposición de una forma de ver el mundo en que vivimos. Una forma que, debo decir; resuena en muchas ocasiones con la mía propia y que se introduce magistralmente en la alternativa del tercer párrafo del «Prólogo a modo de manifiesto» que el mismo autor ha escrito: «Al final todo guarda relación con el modo de experimentar la Tierra donde vivimos (que es, a su vez, resultado de algo más profundo). Los dos extremos serían la postura que nos presenta el planeta como un santuario inviolable y la que nos lo brinda como un pastel inagotable». Al final, el proyecto de Ferran Canal toma la forma de una amena aventura que se complementa con interesantes disquisiciones sobre la ciencia y el establishment científico, sobre la política y sus esbirros, sobre la ecología y el anarquismo, sobre las religiones y la vida cotidiana, y sobre muchísimas cosas más.

*Tal vez sea ocioso indicar que NOS QUEDA LA PARÁBOLA es la primera novela de este autor que reconoce que la escritura es una de sus aficiones (junto a la lectura, por supuesto), y que tras muchos años de escribir sin plantearse la publicación, considera que «la aparición de este libro corresponde a un cambio de actitud personal, fruto de un **descontento creciente** que pide manifestarse».*

Hasta aquí se podría decir que nos encontramos ante una novela de las llamadas «de tesis», pesadas y farragosas, que habitualmente sólo satisfacen a su autor y a cuatro amiguetes de la misma cuerda. Nada más lejos de la realidad. Ferran Canal ha sabido envolver su mensaje (que lo hay) con una

aventura sin cuento, una peripecia entretenida e incluso divertida, con personajes arquetípicos que, no obstante, resultan sumamente interesantes. Una serie de personajes encabezados por ese Guifré Faust del que, tal y como dice Canal, sería posible y, añadido yo, deseable que «entre nosotros existieran bastantes más de lo que pensamos, aunque a menudo sean parciales, reprimidos, y ni siquiera lo sepan».

Siglo XXI, a sólo dos años en el futuro. Un mundo en todo igual al nuestro se ve alertado por una misteriosa piedra llegada del espacio. Con la forma de una pelota de golf con relieves, parece encerrar el germen de un agujero negro que, una vez activado, puede «comerse» toda la Tierra y nuestro sistema solar de propina. Un castigo severo, aunque tal vez justo, para una Tierra que se nos presenta como el fracaso organizativo que evidentemente ha llegado a ser en estas postrimerías del siglo XX.

Dos gemelos aparentemente muy distintos: un respetable científico y un «colgado» de vida poco convencional y un tanto al margen del sistema. Un curioso congreso científico que se convierte en una llamada a la subversión y en el detonante de una aventura ante la que no se detienen los servicios secretos, la policía ni el establishment científico y político. Tampoco faltan los presuntos grupos teorristas de orientación ecológico-anarquista, la gente corriente bienintencionada, las nuevas religiones y un sinfín de elementos inevitables en una dura e intencionada revisión de lo que hemos llegado a hacer con nuestro mundo, con nuestra vida, con nuestro futuro.

Y por último, la pregunta casi inevitable: ¿existe de verdad ese agujero negro, o se trata sólo de una argucia más de los subversivos de siempre...?

La respuesta, amigo lector, en las páginas que siguen.

Vale la pena buscarla.

Un consejo final: empiecen echando un vistazo al índice, déjense llevar por sus múltiples sugerencias y, sólo después, sumérjense en ese mundo tan parecido al nuestro que les ha preparado la imaginación de Ferran Canal. No se arrepentirán.

MIQUEL BARCELÓ

Para Allyson.

Querida imaginación, lo que más amo en ti es que no perdonas.

ANDRÉ BRETÓN

¿De qué sirven las leyes, si carecemos de principios?

HORACIO

La salvación está en la poesía y en la oración.

ÁLVARO MUTIS

PRÓLOGO A MODO DE MANIFIESTO

Un fantasma recorre el mundo: el fantasma del Pensamiento Unico. Todas las fuerzas vivas de nuestro viejo planeta se han unido en santa cruzada para apoyar a ese fantasma...

Es el último producto de la cantera socio-económica, frente a cuyos dictados nos ha tocado acomodar nuestras existencias en el tramo final del siglo xx. Parece gozar de muy buena salud, augurándosele largos y prósperos días de reinado, si algo no lo remedia. Se trata, en fin, de una perspectiva lamentable, pero es lo que hay, de momento.

Si se recapacita, todo tiene al final relación con el modo de experimentar la Tierra donde vivimos (que es, a su vez, resultado de algo más profundo). Las dos formas extremas serían la que nos la representa como un santuario inviolable y la que nos la brinda como un pastel inagotable.

La Ciencia (como también el Arte) puede igualmente verse fomentada y mediatizada en su desarrollo a partir de la elección inicial entre esos dos planteamientos antagónicos. Así, en sus balbucientes orígenes griegos, era casi pura, como un recién nacido, percibiendo en el Universo una Unidad Sagrada donde todas las cosas, a decir de algunos, «estaban llenas de dioses». (Tales de Mileto).

En la misma Europa de que Grecia forma parte, y a la que tendió la luz que ella había alumbrado, aquel saber original fue evolucionando a través del tiempo, hasta convertirse en el producto de una ideología que proclama, si no con las palabras desnudas, sí con los hechos, que «aquí no hay dioses ni nada sagrado, salvo el beneficio sin límites establecidos». O séase, el Pensamiento Unico, que ha alcanzado su cénit (con suficiente lógica), en una antigua colonia inglesa de ultramar. En tal entorno, la Religión y las normas de la Moral forman parte de una estética de la hipocresía abrumadoramente dominante, que no repudian, como debieran, sus valedores ante los hombres.

Sin duda, cuando Platón escribió en su utópica *República* que los gobernantes habrían de ser filósofos, sin familia ni bienes, es decir, verdaderos sabios, ajenos a ligaduras materiales, estaba pidiendo lo

imposible, pero con buenas razones. Puede que hoy, más que nunca, quienes planifican y deciden detrás de los bastidores de la Historia, no sean ni sabios ni filósofos (ni les importe un bledo serlo). Lo irónico de la situación, lo terrible, es que el grueso de los depositarios del *conocimiento*, está incondicionalmente a su *disposición*, pues a ellos (en contra de los deseos del ateniense) sí les importan, y mucho, el dinero, la posición y el goce de un cierto sentimiento de autoridad.

Por esta simple razón, acaso el saber termine siendo meramente lo que dispongan algunos que no son sabios, y digo «termine» porque ya hace tiempo que el proceso comenzó. Aquí y ahora, la contraseña de los poderosos —recordemos las dos alternativas— predica que la Tierra es un pastel inagotable.

Este libro, de tan *serio*, no puede esquivar el flirteo con la parodia, y hasta contiene, como mínimo, una parábola. A lo largo de los años, he tratado caracteres que, vagamente, me han sugerido algunos de los personajes (otros están más cerca de la pura invención alegórica de prototipos límite, si bien, como es notorio, posibles). Pero al pensar en todos ellos, mientras trataba de reconocer y unir los fragmentos esparcidos de ese gran jarrón roto que es una historia por hacerse, empecé a comprender que entre nosotros existen bastantes más Guifrés de lo que pensamos, aunque a menudo sean parciales, reprimidos, y ni lo sepan.

FERRAN CANAL BIENZOBAS
Valldoreix, diciembre de 1997

HELEL

*Le vi una sola vez, sombra aciaga sobre el polvo,
diestramente dibujando en la aridez desierta
la mágica formulación de su terrible nombre
desde un vuelo alado de plumas negras.
Se acercó entre una nube de doradas saetas
que acribillaban la fina arena de cobre,
cubierto con una máscara de infinita tristeza
esculpida durante eternas, solitarias noches.
Caí de bruces, pues nada puede el hombre
ante la mirada de un ángel, tan cerca,
cuya luz es un abrasador rayo de sol,
mas también misteriosa, como la de las estrellas.
¿Qué quieres de mí, oh tú, creador de la Tierra?,
¿qué deseas, demiurgo de la desolación?,
contesta, señor, ¿cuál es hoy tu misión funesta?,
y escuché una risa, que bien pudo ser otra cosa:
una ráfaga de viento, la rotura de una rosa
del desierto, el lento deslizarse de la arena,
la lejana llamada a la oración de unos nómadas,
o el roce con el polvo cósmico de este errante planeta.*

GUIFRÉ FAUST

I

EL CONGRESO NO SE DIVIERTE

Los contemporáneos de aquella época no comprendieron al principio el peligro que les amenazaba.

STANISLAW LEM

El ponente descendió los escalones del anfiteatro en dirección al estrado. Era alto, cetrino, de pelo castaño, con ligeras entradas en las sienes, vestía un pantalón gris algo arrugado, corbata a rayas anchas, verdes y marrones. Debido al fuerte calor imperante, se había permitido dejar la chaqueta en el asiento, con lo que exhibía el exotismo de una camisa india multicolor de manga corta nada a tono con el resto de la indumentaria. Con su mano diestra sostenía una vetusta carpeta que apretaba rígidamente contra el costado, a la vez que ocultaba la izquierda en las profundidades del bolsillo de su pantalón. Era el quinto conferenciante de la sesión de aquella mañana, dedicada monográficamente al estudio de las singularidades de la solución de Schwarzschild.

Según había dicho el *chairman* japonés un poco embarulladamente, el personaje en cuestión se llamaba Marc Faust Alemany, procedía de la Universidad de Barcelona, Departamento de Astrofísica, y el título de la ponencia que iba a presentar en el tercer Congreso Mundial de Cosmología Fotónico-Relativista (CMCFR) celebrado en el Palacio de Congresos de Montjuich —el año siguiente tocaba París—, era: «Nueva aproximación para el cálculo de la masa de un agujero negro de Kerr».

El selecto público internacional compuesto de académicos, profesores y esforzados doctorandos, contempló con curiosidad comedida al nervioso individuo que, tras colocarse frente al auditorio, se puso a trajinar con un montoncito de papeles y transparencias que iba depositando solemnemente sobre la amplia mesa, en cuyos extremos habían sido instalados sendos

proyectores. Hecho el orden, puso en marcha uno de los aparatos y colocó la primera transparencia en la que se indicaban título y datos del autor (único) del trabajo. Carraspeó y comenzó a hablar en un inglés muy correcto salvo en la fonética, infiltrada de vocales catalanas. Traducimos:

—Antes de comenzar deseo agradecer a todos los presentes su asistencia así como su atención a lo que voy a decir.

La voz de tenor resonó con aplomo desde la primera frase, como si el orador estuviera habituado a dirigirse a audiencias temibles. Se interrumpió durante una breve pausa, mientras a la vez extraía, del mismo bolsillo en que poco antes ocultara su mano, un pequeño objeto metálico con forma de caja de cerillas sobre el que se podía distinguir desde las primeras filas un punto redondo de color rojo. Lo mostró al público describiendo con brazo y talle un breve semicírculo torero como cuando se enseña una oreja bien ganada. Luego volvió a tomar la palabra.

—Querido público, lo que están viendo es un control a distancia de fabricación casera y probada eficacia. Está destinado a hacer detonar, al más mínimo movimiento sospechoso por su parte, un maletín que contiene un potente explosivo situado bajo mi americana allá arriba (señaló vagamente el lugar). Nadie debe moverse de su asiento ni mucho menos intentar salir de esta sala. Todas las manos deben permanecer visiblemente cruzadas sobre el regazo y nadie puede hablar o hacer signos si yo no lo ordeno explícitamente. No se alarmen demasiado, todo lo que les pido es que me escuchen con atención y sin interrumpir, luego les dejaré en paz, sólo en el caso de que alguien intente alguna inconveniencia me veré obligado a proceder con severidad.

La distinguida audiencia intercambió miradas asombradas y hubo un estremecimiento colectivo acompañado de crujidos de asientos y exclamaciones sofocadas en diversas lenguas, pero como aquél era un grupo de personas ponderadas, prudentes y cerebrales, al poco tiempo se había hecho el silencio y el conjunto de todas las manos presentes en la sala reposaba entrecruzado sobre los estómagos.

—Pueden imaginar que, en vista de la introducción que les he ofrecido, no pienso hablar aquí de los agujeros negros, y no porque no tenga cosas que decirles, sino porque hace tiempo que he perdido las ganas de participar en este circo ambulante de los congresos y de las publicaciones a base de sofisticadas teorías, habitualmente inútiles, de las que algunos llegan hasta a envanecerse. La verdad es que con un número muy limitado de trabajos obra de los pocos auténticos científicos de talla que han existido, la Ciencia se

hallaría en el mismo lugar en que se encuentra; todo lo demás es perfectamente prescindible, como, por ejemplo, los currícula repletos de títulos de tanto trepador académico. Algunos de ustedes, los más inteligentes, saben igual que yo, aunque no lo confiesen, que nuestra ciencia oficial, como buen engendro liberal-capitalista que es, ha terminado extraviándose por los caminos masificados de la sociedad de consumo, sus costes se han vuelto desproporcionados y muchos de sus objetivos son aberrantes. Tal vez deberían pensar seriamente en cambiar de vida, pues les queda poco tiempo para enmendarse.

Después de la parrafada, el ponente Marc Faust hizo una breve pausa para contemplar el efecto de sus palabras sobre el auditorio. Los rostros que podía distinguir mostraban una expresión impenetrable, fuera por ocultar el miedo, el estupor, la ira, o por estar sumidos en un gran esfuerzo de concentración. Decidió lanzarse a fondo.

—Voy a contarles algo sorprendente que si bien no es Astrofísica ni Cosmología, está sin duda ligado a ellas, pues se refiere a la vida racional en el Universo y a su aparición en nuestro planeta. Me explicaré: quien más quien menos habrá oído hablar de los filósofos gnósticos y de sus desesperados esfuerzos por desentender al «Dios Ser Supremo» del negocio de la creación de este mundo, incluido el par antagónico hombre-mujer, pues les era imposible asumir que de la perfección y bondad absolutas pudiera provenir directamente toda esta chusma perecedera. La otra alternativa era un ateísmo desconsolador que sobrepasaba sus fuerzas. Así surgieron Ialdabaoz, identificado con el Yaveh bíblico, y una turba de demiurgos de complicadas genealogías que se hacían mutua competencia...

A partir de aquí el volumen de su voz se amplificó hasta hacerse casi beligerante, y la entonación se tornó algo declamatoria.

—Pues bien, yo les voy a proponer otros candidatos más de acuerdo con los tiempos, al menos en lo relativo a la aparición de los seres humanos. En realidad provienen de la galaxia NGC 205 y conocen la Tierra casi desde que se formó el Sistema Solar. No soy el primero en decirlo; sin ir más lejos, Francis Compton Crick, codescubridor de la estructura del DNA, ya propuso en sus tiempos cosas parecidas, pero sin disponer de pruebas y copiosa información. Todos nosotros somos el resultado de una serie de experimentos genéticos cuya evolución es seguida desde tiempos inmemoriales por grupos de investigadores especializados en nuestro planeta que a su vez celebran congresos, hacen tesis y publican artículos en revistas acerca de nosotros. Por supuesto, existen miles de proyectos semejantes en diversos puntos del

Cosmos, cada uno sujeto a condicionamientos diferentes, que forman parte de un programa general centralizado enormemente ambicioso. Sobre ellos no poseo ningún conocimiento especial, pero lo que puedo afirmar aquí es que el «experimento terrestre» se considera desde hace tiempo como un fracaso que no ha podido ser reorientado. Para expresarlo en términos matemáticos, podríamos decir que es como si un sistema no lineal hubiera enfilado trayectorias caóticas irreversibles. En breve se va a celebrar muy lejos de aquí una reunión parecida a lo que nosotros llamaríamos un «Simposio monográfico» para decidir si hay que terminar con el proyecto en cuestión o, en otras palabras, con nuestra especie, decepcionante resultado del mismo. Resumiendo: parece ser que se aprestan a borrarlos de la lista en los catálogos siderales, tal vez para volver a empezar con nuevos prototipos que ofrezcan mejores garantías.

Se oyó en alguna parte un reprimido «*il est fou...*», que se diluyó al instante en la nada ante el violento movimiento inquisitivo de la cabeza del orador. Su voz se tornó aún más resuelta.

—Me parece normal que no me crean, ¿cómo puede nadie atreverse a decir tales herejías a este montón de sabiondos apoltronados, miembros de la *jet-set* de las conferencias internacionales a cuenta del contribuyente?, ¿qué va a enseñarles este descarado, que no es ni catedrático, a los sátrapas de la ciencia oficial?, ¿quién va a fiarse de un terrorista que lleva bombas en la maleta?... En fin señores, pronto hará un siglo que el escritor Aldous Huxley, emparentado con insignes científicos, dijo que muchas veces se sentía oprimido por la extraña rigidez y opacidad de la mayoría de las personas, como si en muchas de ellas hubiera algo inflexible, duro y esclerótico que deberíamos intentar no nos alcanzase jamás... Con la mayoría de ustedes las cosas no son distintas, les recomiendo no olvidar a Huxley, porque sus palabras siguen siendo válidas. Lean sobre todo *Fines y medios*, *La filosofía perenne* y *Ciencia, libertad y paz*. Creo que debieran estudiar esas obras muy seriamente para plantearse después la simple pregunta de qué están haciendo con sus vidas. Tal vez vean entonces que, en lugar de cortejar a industriales y militares para que les den dinero con que ganarse un sobresueldo y publicar sus inútiles artículos, o sufragarse costosos viajes en el circuito mundial de los congresos, deberían echarles en cara su monstruoso egoísmo. Entre ellos y nuestros faramalleros políticos han tejido una tela de araña donde los demás nos hallamos atrapados como inermes insectos. Es, en gran parte, gracias a su perversa estulticia que posiblemente la aniquilación de la Humanidad esté siendo considerada en estos mismos momentos, aunque como bien saben,

debido a la enorme distancia y diferentes sistemas de referencia relativistas, no tenemos por qué ser coincidentes en el sentido clásico de la palabra: quiero decir que tal vez la decisión ya esté tomada.

Repentinamente el reloj de pulsera del doctor Faust emitió una serie de zumbidos agudos; se lo llevó a la oreja como si estuviera escuchando algo y a continuación volvió a dirigirse a su público.

—Bien, siento no poder seguir con ustedes pues hay asuntos que me reclaman. Dejo encima de esta mesa unos cuantos documentos que les interesará ver, ¡ah, y miren con cuidado dentro de la cartera! Sé que entre ustedes hay algún periodista, espero que darán amplia información de lo que aquí se ha dicho sin tergiversar mis palabras, insistan en que un cambio inmediato de las actitudes de los gobiernos y de sus ciudadanos podría ayudar a salvarles, pero recuerden: in-me-dia-to. Ahora me marcho, sigan sin moverse durante diez minutos y si en el exterior alguien me ha escuchado y me están esperando —alzó al máximo la voz—, déjenme salir o usaré el mando a distancia.

Dicho esto se dirigió hacia los escalones del extremo derecho de la sala que llevaban directamente a la doble puerta de salida y tras ascender con rapidez los peldaños entre un total silencio, la abrió con cautela, la cerró tras él y desapareció.

II

LA PARTIDA INACABADA DE DUCHAMP

El ajedrez, lo mismo que el amor, requiere indefectiblemente un compañero.

STEFAN ZWEIG

Era domingo, y aquel atardecer primaveral embalsamado de aromas del jardín tenía el efecto adormecedor de los momentos perfectos en que parece pararse el tiempo. Instalados cómodamente bajo un emparrado recubierto de incipientes hojas, junto al portal románico que daba acceso al zaguán de una pétrea masía, dos jugadores de ajedrez se abandonaban por enésima ocasión a su inofensivo vicio, a la vez que durante alguna furtiva pausa gozaban contemplando desde su elevado emplazamiento el maravilloso paisaje del Ampurdán. Cabe la mesa en que yacía el tablero y al alcance de la mano, reposaban sobre una silla un botijo y un periódico doblado. El portador de las blancas era pelirrojo y bigotudo, tenía ojillos minúsculos y chispeantes de color marrón, la nariz respingona y un hoyuelo en la barbilla no muy enérgica; su fisonomía, algo rechoncha, era la de un hombre de unos cuarenta años que no ha sufrido mucho en la vida. Las piezas negras estaban en manos de un individuo de aspecto más mediterráneo, un tipo semita, moreno, con nariz aguileña, cabellos largos y abundantes ligeramente rizados, ojos oscuros en forma de almendra como los que se encuentran en muchos retratos romanos del Egipto imperial; sus manos eran largas y fibrosas al igual que el resto de su anatomía. A primera vista parecía algo más joven que su acompañante. Ambos estaban en mangas de camisa disfrutando del sol primaveral, a medio camino hacia el ocaso.

—Aunque te parezca mentira —habló de repente Judas el Oscuro, bautizado de tal forma por algunos colegas periodistas, como homenaje a su físico y también a los manejos en que acostumbraba a estar envuelto—, esta

misma posición en que hemos entrado con tu último movimiento, se produjo en una partida de Marcel Duchamp contra otro aficionado hace nada menos que sesenta y siete años; esa partida se jugó en Cadaqués y tengo la copia en un artículo biográfico entre mis libros de ajedrez.

—No me vengas ahora con veleidades eruditas —respondió Dedo de Oro, así apodado entre sus compañeros de la policía por el descomunal anillo de ese metal que siempre adornaba su mano izquierda, y también por su abrumadora semejanza con el Goldfinger cinematográfico—, sabes que no te creo una palabra; dime, ¿quién ganó?, ¿las blancas o las negras?

Judas el Oscuro entornó ligeramente los ojos para protegerse de los rayos solares cuyo ángulo disminuía lentamente, mientras se preguntaba una vez más por el valor de aquella finca, sin duda adquirida por su anfitrión a costa de un esforzado trabajo durante su permanencia al frente de la brigada antidroga, y registrada a nombre de su mujer o algún otro familiar.

—Por supuesto que las piezas que movía Marcel Duchamp, pues en otro caso no hubiera guardado la partida para la posteridad; siento decirte que eran las negras...

Como es sabido, a Dedo de Oro no le gustaba perder. Por otra parte, conociendo a su oponente, estaba seguro que intentaba engañarle, pues a fuerza de años de amarillismo, servidumbre a los poderes fácticos y sistemática manipulación consiguiente de la información entregada al público, era ya incapaz de funcionar de otra manera que mintiendo. No se diferenciaba en nada de los ojeadores políticos que habiéndole reconocido como uno de los suyos promocionaron su ascenso entre otras promesas de la cantera. Comenzaba a esbozar una leve sonrisa con que acompañar la respuesta que acudía a sus labios cuando por fin vio la esperada nube de polvo aproximándose por la avenida arbolada que conducía hasta la casa. Se levantó para ver mejor y dibujó un ondulante saludo con la mano enjoyada que brilló con pletóricos reflejos.

Llegó un Opel blanco último modelo conducido por un chófer enguantado y se detuvo a pocos pasos de ambos espectadores en una pequeña explanada donde estaban aparcados otros dos automóviles y una Kawasaki de gran cilindrada. El hombre al volante se apeó precipitadamente procediendo a abrir con ostensible respeto las otras puertas, por cuyos huecos fueron asomando las piernas, brazos y cabezas de tres personajes claramente importantes.

Dedo de Oro se adelantó obsequiosamente en dirección a los recién llegados seguido a pocos pasos por su rival, quien en su ímpetu por levantarse propinó tal golpe a la mesa que volcó todas las fichas del tablero salvo el rey

blanco, modélico en su compostura, erigido en pinico vencedor del fantasma de Marcel Duchamp.

En realidad, Dedo de Oro respondía oficialmente por Lorenzo López Lopetegui y Judas lucía en su carnet de identidad el patronímico Guillem Claramunt i Mas; los remoquetes procedían del envidioso subsuelo por encima del cual caminaban sin dignarse mirar qué cabezas hollaban, pues todos sus sentidos estaban concentrados en mantener el rumbo que se habían marcado. Tras la ceremonia ritual de enlazamiento de manos con enérgica presión, acompañada de efusivos gestos y palabras, el grupo se dirigió con parsimonia hacia el interior de la masía seguido a pocos pasos por el chófer, que ya algo liberado de su compostura servicial enderezaba la espalda dejando entrever bajo la americana un torso atlético y un sospechoso bulto cerca del sobaco izquierdo.

—¿Querrá hablar? —se oyó preguntar por delante a uno de los altos cargos.

—Seguro —respondió la voz meliflua de Dedo de Oro.

Vistos por un observador desapasionado, parecía como si los visitantes pretendieran aparentar el porte y el atuendo de unos amigos que aprovecharan el fin de semana haciendo excursiones turísticas por la Cataluña profunda, deseosos de ocultar que un par de ellos acababan de llegar de Madrid en avión militar vía Gerona y que el tercero, procedente de Barcelona, los recogió al pie mismo del aparato con el vehículo que acababan de abandonar, pero ni como turistas habían conseguido desprenderse de sus carteras de mano ni, por supuesto, del ademán inmodesto y del tufillo a ministerio o alguna-cosa-oficial que se engancha a muchas personas como el olor a ajo.

Pocos minutos más tarde, habiendo dejado al mecánico con su herramienta junto a la puerta de entrada para que tomara el fresco, los cinco personajes iniciaron una grave conversación en la rústica sala de estar, repleta de objetos de mal gusto que Dedo de Oro jamás se cansaba de coleccionar en cualquiera de los cuatro puntos cardinales adonde viajara. Fue el dueño de la casa, ejerciendo de anfitrión, quien tomó primero la palabra.

—En primer lugar, gracias por haber acudido desde Barcelona y, sobre todo, desde Madrid, en lugar de hacerme seguir el procedimiento habitual. Estamos todos de acuerdo sobre la conveniencia de ser los únicos enterados de esta reunión, y en la importancia de que nada de lo que aquí se diga y haga trascienda al conocimiento público, cosa difícil en las respectivas capitales. Tenemos, por supuesto, la garantía —señaló con un breve gesto de cabeza a su colega en los escaques— de que la prensa, radio y televisión no dirán sino

lo que se les indique, que puede ser nada, hasta que este asunto quede aclarado. Por otra parte, aunque ustedes poseen todos los datos y pruebas acumulados, tal vez los podamos completar aquí con una importante noticia de última hora que me ha sido comunicada por teléfono este mediodía y de la que estoy esperando confirmación. Si el dato se ratifica, acaso convendría que no se hablase más de los «papeles del doctor Fausto», que es como los llamamos por aquí...

Él, a ojos vistas, autorizado portavoz del trío visitante, abalanzó los hombros hacia delante, puso los brazos sobre la mesa, entrecruzó las manos y observó a Dedo de Oro con atención mientras le arrebatava la palabra con una voz cavernosa surcada por breves relámpagos de impaciencia.

—Comisario López —espetó—, parece olvidar que, desgraciadamente, estas cuestiones ya han trascendido al público, pues en el lugar de los hechos había también algún periodista extranjero que no hemos podido controlar con la rapidez de los de aquí. Recuerde la reseña publicada hace un par de semanas en *The Guardian*, o las líneas del comentarista científico de *Le Monde*, por no citar publicaciones del otro lado del Atlántico y otras que sin duda irán apareciendo. Me temo que son el principio de una reacción en cadena bastante previsible. Estamos en contacto con los gobiernos de Estados Unidos y de los países miembros de la Unión Europea, que también saben manejar a sus medios de comunicación cuando hace falta, pero es mala cosa que haya habido filtraciones de opinión; menos que nadie podemos estar callados sobre unos hechos que se supone han sucedido en nuestro propio país mientras en el exterior hablan de ellos... recordaría demasiado los tiempos de la última dictadura, y si algo hay que cuidar son las apariencias. Piense además que en la sesión de marras estuvieron presentes científicos de trocientas naciones, los cuales en estos momentos habrán ya repetido por enésima vez su versión de los hechos al enésimo colega, quien, por su parte, iniciará una nueva campaña informativa. Todos se están muriendo de ganas de saber lo que había sobre la mesa y dentro de la cartera, incógnitas no desentrañadas sobre la marcha, al haber los congresistas abandonado a la carrera el anfiteatro, dando muestras de la más lamentable falta de curiosidad científica. No nos basta con decir que un loco, hermano gemelo de un conocido astrofísico local, lo raptó suplantándole a continuación en un prestigioso congreso internacional donde encarnó el papel de profeta apocalíptico, para negarnos luego a mostrar a la prensa los objetos que se sabe dejó allí como prueba de sus palabras. No siendo nosotros quienes deciden por su cuenta en los asuntos que pueden ser importantes, ha transcurrido

algún tiempo entre los informes, las visitas de inspección y el diseño de las pautas que nos han sido comunicadas. Este retraso ha producido cierta expectación, aunque espero que lo podremos justificar como un tiempo necesario para el estudio de los documentos, la busca de huellas dactilares u otros datos de identidad. Hoy estarán listas unas pruebas inocuas, es decir, falsificaciones, con que satisfacer las preguntas capciosas. Se tratará de presentar al público un lunático con afanes protagonistas a quien pronto la policía echará mano para conducirlo adonde debe estar. Tome nota señor Claramunt.

Miró a sus acompañantes como requiriendo la debida aprobación por sus últimas palabras. El de la derecha, que unía al tufillo ministerial fuertes efluvios de cuartel, enarcó las cejas algo canosas y sin conceder un respiro tomó el relevo.

—Esta misma mañana he estado reunido con mi colega Schwarzkopf, del cuartel general de la OTAN. —Guillem Claramunt no dejó de reparar con cierta sorna en aquel germánico apellido, que volara a Oriente (¿su tío?, ¿su padre?) a defender los valores de Occidente—. Están muy preocupados con el asunto. En cuanto al objeto que se encontró dentro del maletín ha sido enviado secretamente a un lugar de Estados Unidos, para su estudio. Por los datos de que dispongo, si se trata de un simple montaje, los autores saben mucho, demasiado para la complacencia de nuestros gobiernos, y si es algo más serio, debemos llegar al fondo de la cuestión. En ambos casos la captura del iniciador de todo este embrollo es una buena noticia que conviene mantener en silencio por ahora. Estoy impaciente por tenerlo delante y saber a qué atenerme, sea un loco, un criminal, un fundamentalista o un comunista residual resentido, como sospecha Schwarzkopf.

—Comparto su impaciencia, general Belzunce —respondió el portavoz—, ardo en deseos de interrogar a ese energúmeno para saber hasta dónde llega su vesania... —giró el cuello hacia la izquierda dirigiendo una inquisitiva mirada hacia su otro acompañante que aún no había despegado la boca—, en fin, creo que debemos dejarnos de comentarios y poner manos a la obra. El catedrático don Jerónimo de Cepeda, asesor científico en Interior y Exteriores, nos será de gran ayuda con sus amplios conocimientos en Física, Medicina y Psicología para catalogar a nuestro sujeto. Doctor, cuando quiera podemos empezar.

El aludido adoptó una expresión trascendente, como si se dispusiera a iniciar una de sus celebradas lecciones magistrales de la facultad, pero se limitó a devolver la pelota farfullando un «cuando a usted le parezca, querido

Alberto», mientras sus enfermizos ojos azules parpadeaban desde detrás de las gafas.

—Pues ahora mismo.

Con expresión solemne, Dedo de Oro se puso en pie, consciente de su papel de anfitrión, y prorrumpió en un oficioso «sígueme por favor» que tuvo el efecto de levantar a los sedentes. Mientras salían por la puerta, el prohombre portavoz indagó curioso:

—Tiene usted una magnífica propiedad, comisario López, ha sido una gran idea reunirnos aquí, ¿hace mucho que la adquirió?

A medida que se alejaban, la voz meliflua esparció sus ecos por el pasillo.

—Es una herencia de mi mujer...

III

A TODO TREN

¡Oh!, dijo, buscaré otro compartimiento.

GRAHAM GREENE

En el mundo hay cada vez más Lafcadios y menos Amédées Fleurissoires. También es cierto que los primeros ya no cultivan el acto gratuito, pues se han ido convirtiendo al pragmatismo de su tiempo. El problema surge de la progresiva carencia de víctimas inocentes, lo cual no implica ausencia de seres sacrificados, sino más bien falta de pureza por su parte, con el consiguiente rechazo divino de todas las facetas del holocausto. El humo se arrastra por la tierra y nos hace llorar, toser...

Estas profundas reflexiones pugnaban por abrirse paso entre los afilados bajíos de materia gris engañosamente sumergidos bajo el mar de rizos leonados de Aurora Quetglás que, mecida por el suave traqueteo del tren Talgo Milán-Barcelona, releía una manoseada traducción de Gide en espera de la hora de cenar. Ocupaba una cabina doble, con lo que podía disfrutar del suficiente espacio para sentirse persona en lugar de mercancía en un vagón de carga. *Siendo el caso —se dijo—, que habitamos en un Universo cuadridimensional en expansión, el planeta Tierra parece experimentar un proceso inverso, pues cada vez disponemos de menor tiempo y espacio. Sea cual sea la causa, parece un fenómeno contra natura, un desafío a las leyes del cosmos.*

Llamaron a la puerta. El revisor, pensó Aurora mientras descorría el pestillo.

No lo era. En su lugar asomó tras la puerta un individuo delgado de mediana estatura con aspecto de galán de cine italiano a la antigua, cuyos paradigmas han sido, entre otros de menor relevancia, Vittorio de Sica,

Rosano Brazzi y, claro está, Marcelo Mastroianni. Vestía traje oscuro y corbata sepia brillante que se destacaba con fuerza sobre la blanca camisa de algodón. Espetó en *itálico*:

—Veo que está sola, si no le importa ocuparé la otra plaza.

Y sin pararse en más explicaciones, entró en el compartimiento y cerró, sentándose junto a Aurora con igual naturalidad que si fueran viejos conocidos.

La sorprendida viajera adoptó instintivamente una expresión cerrada e inasequible. *Ya llegó el pelma de turno* —pensó—, *en todo tiempo y lugar hay un don Juan de guardia, aunque estén ya pasados de moda*. Se aprestó a forzar una seca despedida.

Nueva sorpresa: tras una inquisidora mirada al libro que la joven mantenía a medio abrir, el intruso se puso a hablar un perfecto español en su faceta castellana.

—¿Puedo saber su nombre, por favor?

La voz era educada y aterciopelada, como la de esos aventajados vendedores de enciclopedias, que merced al trance hipnótico en que van poco a poco sumiendo a sus víctimas, les hacen comprar a plazos volúmenes increíbles que nunca habrán de hacer servir salvo para quitarles el polvo una vez al año y devolverlos después a las estanterías.

—Me llamo Aurora, pero tal vez le sea más útil saber que se ha equivocado de compartimiento.

—Por más que le sorprenda —amplia sonrisa—, no existe ninguna confusión, he abierto su puerta movido por puro azar, no tengo billete ni reserva de ninguna clase; en otras palabras, viajo en este tren como polizón, pero si mi presencia le molesta, buscaré otro lugar para evitarle escuchar mis aburridas explicaciones. Hizo ademán de levantarse.

¿Pico o no pico?, pensó la pasajera titular. Optó por guardar silencio.

El visitante se mantuvo indeciso sobre sus pies apoyado en un brazo del asiento. Por fin, tras observar atentamente a su interlocutora, retomó la palabra, como llevado por súbita inspiración:

—Mi nombre, por si le dice algo, es Benozzo Pacioli. Estoy en un apuro.

Aurora casi dio un salto al oír aquel patronímico teñido de viejas reminiscencias matemáticas y pictóricas, pero que en el presente servía de apelativo a uno de los personajes más buscados por la ley en los cinco continentes: cofundador y destacado dirigente de la organización GAIA (iniciales de Grupo Armado Insurrecto Alternativo, para las lenguas latinas, que permitían evocar conjuntamente a la diosa madre Tierra, fuente de vida,

por cuya supervivencia, decían, combatían), primera banda internacional especializada en suprimir patronos y directivos de industrias contaminantes, incluidas las de armamento, o políticos afines, así como en sabotear sus instalaciones, particularmente aquéllas con un especial asentamiento en el tercer mundo: en otras palabras (unánimemente repetidas por prensa, radio, televisión e Internet, en todas las audiencias del planeta azul), una banda de terroristas despreciables, de anarquistas recalcitrantes que reincidían en sus... cíclicos afanes por hundir la *civilización*. Al observar el sobresalto de su interlocutora, el presunto facineroso volvió a sentarse con expresión solícita.

—Veo que sí le dice. No se asuste, no hay nada que temer, al menos por mi parte. Crea que también a mí me gustaría poder confiar en usted. De hecho intuyo que podré: no acostumbro a equivocarme con la gente, pero si en alguna ocasión sucediera, sepa que tengo una pistola. Debo informarle además de que llevo a la policía tras mis huellas, si bien no están muy seguros de hacia dónde dirigirse, pues contrariamente a otro compañero con quien iba a encontrarme, pude escapar sin ser reconocido, mezclado entre la multitud que habitualmente pulula por la estación central de Milán. Probablemente hubo un soplo y nos esperaban. Merced a buenos amigos disponía de una nueva cara con que engañarles, ¿no está mal, eh? —recalcó pasándose una mano por el rostro—. Pero no hay que ser optimista, pronto descubrirán mi cambio de imagen; además, en Turín un grupo de agentes ha subido al tren. Contra mi costumbre, me veo obligado a confiar en una desconocida. Mi plan, aunque arriesgado, es llegar hasta Barcelona, donde tengo contactos, y esfumarme. Para conseguirlo, me tendrá que dejar esconder en este compartimiento y actuar luego como si fuera mi pareja hasta que abandonemos la estación y hayamos tomado un taxi. Si logro ponerme a salvo, le ruego se olvide de mí y que no le cuente a nadie su aventura.

—¿Le ha visto alguien entrar? —aventuró a preguntar Aurora, mostrando los primeros síntomas de recuperación mental.

—No había nadie en el pasillo —respondió Benozzo mientras procedía a bajar la persiana protectora que les aislaba de las miradas exteriores—. He ido del lavabo hasta su puerta como si hubiera sido el mismo hombre invisible. Ojalá fuera verdad.

La joven intentó reaccionar.

—¿Por qué me ha dicho su nombre?, ¿no se da cuenta de que ahora sé que me juego el pellejo ayudándole? Además, puede que aborrezca a su grupo y sus actividades...

—Le aseguro que no acostumbro a identificarme en presencia de desconocidos, pero tal vez por mi estado de agotamiento y, acorralado como me encuentro, he sido incapaz de tejer una historia convincente. También le acabo de decir que por alguna razón que ignoro me inspira confianza, aunque esto en mi caso es imperdonable.

Finalmente, voy armado...

—N-no puedo tenerle aquí —tartamudeó ella—, es peligroso, no hay dónde esconderse, además el revisor ha de venir en breve a preparar mi litera, le verá.

—Salvo si la encuentra ya dispuesta y yo subido a ella tapado con las sábanas y almohadas, con su maleta abierta encima junto a sus bolsas y ropa como si estuviera ordenando el equipaje... Puede decir que tenía ganas de irse a dormir y que ya le ayudó otro empleado a quien se lo había pedido cuando pasaba. Tal vez debiera estar usted a medio desvestir para hacer resaltar lo inapropiado de la ocasión, evitando así que pasen de la puerta.

Mientras decía esto extrajo de algún bolsillo una funda conteniendo un juego completo de llaves y ganzúas. En un santiamén liberó la litera superior.

—¿Hay alguna razón por la que tomara este tren, o ha sido tan sólo porque era el primero en la lista de salidas? —preguntó la joven buscando una explicación a sus desgracias.

El italiano, sin dar muestras de escucharla, procedía mientras tanto a preparar la yacija a su gusto. Cuando hubo terminado, se volvió hacia ella para responder.

—Lo segundo es lo correcto, pura casualidad. En el pasado había vivido varios años en España (mi padre es diplomático), parte de mi niñez y el total de mi penosa adolescencia, de eso hace ya tiempo, después no he vuelto jamás. Recientemente había programado una visita, pero no era inmediata ni prioritaria, en cambio puede que ahora pase allí unos días. En nuestra profesión —recalcó con ironía la palabra—, hay que estar preparado para cambiar de planes o invertir su orden de ejecución. No lo siento, sepa que me gusta su país, aunque siempre me ha parecido que sus habitantes son tuaregs sedentarizados que secretamente añoran las extensiones infinitas y baldías donde moraron otrora. Tal vez por eso siguen trabajando sin parar con la excavadora y con el fuego para crear más desiertos. Es lástima, tienen ustedes unas clases dirigentes lamentables.

Los pasos de un grupo de viajeros, entremezclados con voces y risas, resonaron en el pasillo anunciando la alta ocasión de la cena. Ambos

guardaron un melancólico silencio escuchando cómo el barullo se alejaba hasta ser absorbido por el periódico percutir de las ruedas sobre la vía.

—Me sabe mal por usted, pero nos vamos a quedar en ayunas. Puede echarme la culpa —suspiró Benozzo sin evidenciar grandes signos de sentir lo que decía.

—Siempre llueve sobre mojado —fue la ecuánime réplica.

El recién llegado, sin inmutarse, continuó poniendo a punto su plan.

—Voy a subir a la hamaca para estar listo cuando llegue nuestro amigo, ¿podría pasarme sus maletas?

—No llevo ninguna maleta, sólo una mochila allá arriba, que usted puede alcanzar mejor que yo. —Señaló el hueco sobre la puerta.

Benozzo se encaramó ágilmente y poniéndose de rodillas agarró el saco, grande y pesado, lo depositó sobre el borde de la litera y tras abrirlo esparció cuidadosamente parte de su contenido. A continuación se introdujo entre las sábanas y adoptando una posición recostada se dispuso a esperar, presto a camuflarse. Miró hacia Aurora, que se había puesto en pie.

—Le hago la confianza de creer que no va a intentar salir sin mutuo acuerdo, pero recuerde que no lo conseguiría. Dígame —señaló con un gesto la voluminosa mochila—, ¿se ha estado paseando por Italia con este muerto a cuestas?

—Vengo de más lejos, llevo veinte meses viajando.

—¿Por qué lugares?

—La mayoría del tiempo he vivido en Nepal, luego, de vuelta, casi sin detenerme, la India, Turquía, Grecia, Italia y... se acabó, vuelta al hogar.

—Hummm... Nepal... ¡qué original!... ¡buen lugar para encontrar a viejos compañeros de la infancia!... ¿siempre sola?

—No. Fui con un amigo, pero tuvimos que separarnos. —El fino oído del italiano captó temblores altamente emocionales en las últimas palabras de la muchacha. Decidió cambiar de tercio.

—Su familia estará contenta de volver a verla después de tanto tiempo...

Ella le miró como si le sorprendiese aquella idea. Era claro que no le gustaba la pregunta.

—No tengo familia..., o como si no la tuviera.

—Pero ¿y sus padres, sus hermanos?, algún pariente tendrá...

—Soy hija única, mi madre murió y mi padre vive con otra mujer que ya le ha dado dos descendientes varones. No tiene mucho tiempo para mí... ni yo lo busco.

—Ya veo —respondió él aparentando simpatizar—, sin embargo un año es mucho, pueden pasar tantas cosas... Dígame, durante este período de su, llamémosle evasión de la rutina, ¿ha estado usted al corriente de lo que sucedía en el mundo?, ¿ha leído algún periódico?, ¿le ha informado alguien de cosas extraordinarias que acontecieran en el exterior?

Aurora Quetglás, que seguía sin sentarse, cerró los ojos en actitud meditativa mientras se recostaba contra la puerta. Luego, movida por algún secreto deseo, habló lentamente, como escuchando el eco de sus palabras.

—Creo que mi viaje no ha sido de ida y vuelta, en cierto modo no tiene retorno. Yo, que vuelvo, no soy el yo que fui, poco tengo que ver. Entre ambas etapas de mi itinerario, me han sucedido cosas imborrables, he perdido a quien más quería y, luego, despertando lentamente de un mal sueño, he vivido más de un año, por mi propia elección, alejada de todo, en un monasterio budista. Durante la ida, por ignorar las lenguas y por bastarme entonces estar con otra persona, no me interesaba nada más allá de nuestras propias experiencias. Después y ahora, en la vuelta, tengo otras razones, mucho más sólidas, para mantener mi indiferencia. Efectivamente, señor Pacioli, si quiere saberlo, a lo largo de veinte meses no he leído un solo titular, no he visto imágenes en pantallas, no he escuchado voces recitándome las últimas cotizaciones de bolsa en Tokio o Nueva York y, sin embargo, el mundo seguía existiendo, allá, en un rincón aislado, perdido en el silencio, o luego, al dejarlo atrás, en la melancolía del retorno, y era mil veces más real que este gran espejismo hecho de plástico y silicio en el que se empeñan en hacernos creer que vivimos.

Desde su yacente postura, la expresión en el rostro de galán de Cinecité, fue cargándose de interés.

—Si no es indiscreción, ¿cómo perdió a su compañero?

—Murió en un accidente, pero prefiero no hablar de eso... —Su voz se endureció de modo repentino—. Pero usted es increíble, ¿pretende ahora ser mi confidente? Mejor será si me explica lo que se lleva entre manos con este viaje, no me creo nada sobre su pretendida fuga y dudo de esa identidad tan fácilmente revelada. ¿Quién sabe si usted no es más que un loco, un fingidor, como aquel lioso personaje de su paisano Darío Fo, o un vulgar ratero ferroviario...?

Tres discretos golpes sonaron en el exterior interrumpiendo el exaltado recitativo. Benozzo apagó con presteza la luz principal dejando encendido el velador.

—Debe de ser nuestro hombre. Esperemos que no la haya oído. Haga como le dije —susurró por lo bajo.

Tras dudar unos segundos, Aurora se despojó dócilmente de la blusa dejando al descubierto un sugestivo busto, un par de fuertes brazos y anchos hombros de nadadora.

—¡Un momento! —exclamó—, y esperó unos instantes más antes de abrir lo suficiente para dejar entrever su silueta.

—Usted disculpe —dijeron desde el otro lado con un tono de ligero embarazo—, venía a prepararle la cama.

Aurora habló según lo programado sin encontrar seria resistencia. Se oyó otra voz.

—¿Hay alguien más en la cabina?

Tras retirar su cabeza del hueco de la puerta, llegó la respuesta del empleado.

—Viaja sola.

Después, recuperando una aséptica expresión profesional, volvió a asomarse para desear las buenas noches, tras lo que reemprendió su deambular por los pasillos seguido de un agente uniformado.

—¡Ha sido un éxito! ¡Es usted una gran actriz! —exclamó alegremente el presunto fugitivo—, ahora puede instalarse para dormir, yo me tumbaré en el otro catre y aprovecharé un poco del tiempo que nos queda para ponerle al corriente de lo que ha pasado en éstos casi dos años de su ausencia.

Volvió a dar la luz, se descolgó de su sitial y tras echar el pestillo ayudó a la joven a acomodarse en la litera. Ella, como superada por los acontecimientos, le dejó hacer sin oponer resistencia. Fuera, los árboles pasaban veloces y en lo alto la luna inflaba los carrillos para soplar las incontables y brillantes velas con que festejaba un nuevo aniversario.

IV

LA PARADOJA DE LOS GEMELOS

La diferencia entre los tiempos vividos no depende únicamente de las aceleraciones vitales, sino más bien de la duración total de la experiencia.

PAUL LANGEVIN (reinterpretado).

El hermano gemelo del valorado científico Marc Faust, suplantador escandaloso de su personalidad en un ya célebre *affaire* que, para situarnos cronológicamente en el desarrollo de esta historia, tuvo lugar año y medio después de que Aurora Quetglás hubiera tomado el avión en grata compañía hacia Katmandú, respondía por Guifré Faust Alemany, y acababa de vivir, fechas antes del insólito incidente, una experiencia disparatada que posiblemente alteró sus sentidos induciéndolo a obrar de aquella extraña manera que todos conocemos.

Acaso convenga, antes de entrar en materia, dar unas cuantas pinceladas para formar un cuadro de la personalidad y circunstancia de los Faust. Sucede a menudo con parejas de mellizos que éstos se encuentran insondablemente ligados entre sí desde su nacimiento y, en muchos casos, no consiguen llegar a superar esa mutua dependencia durante toda su vida. Marc y Guifré constituían algo así como un par partícula-antipartícula que, como es sabido, son entes complementarios, creados en un punto de alta densidad energética, que evolucionan fatalmente ligados por una función de onda común aunque se alejen una de la otra hasta extremos opuestos del Universo. También se asemejaban a este modelo porque no podían estar juntos sin destruirse. Era como si tuvieran cargas opuestas, como el electrón y el positrón.

Desde su más tierna infancia Guifré Faust se caracterizó por poseer una enorme imaginación visual, que le hacía ver con la misma claridad que si fuera real cualquier cosa que se representara mentalmente. Este don ha

abundado entre los pintores y también ha sido propio de profetas y videntes, jugándoles muchas malas pasadas y de retruque, en ocasiones, a sus semejantes. Fue por causa de tal cualidad que su cerebro languidecía de tedio en cuanto se enfrentaba con el mundo de lo puramente abstracto, fueran fórmulas matemáticas o fríos razonamientos filosóficos. Su hermano, por el contrario, se esponjaba complacido al contacto de la lógica y con muy pocos años se convirtió en niño prodigio que se nutría ávidamente con integrales de Lebesgue.

La pasión formaba el rasgo dominante de Guifré, su pensamiento era inevitablemente más que eso: existía, podía verlo y tocarlo, le llamaba a la acción irrefrenable, y resultó poeta, pintor y activista socio-político. Si se permite la exageración, de haber nacido en Londres un 28 de noviembre de 1757 —claro está que para tales fechas mejor valía no venir al mundo en España—, tal vez hubieran habido dos William Blake, pero los tiempos eran otros y la Teología ya no inspiraba temas de gran audiencia, como en la época de aquel glorioso maniqueo rebelde.

Puede asumirse que la trayectoria de su hermano gemelo fue lineal y cubierta de laureles académicos desde el mismo origen. La verdad es que tampoco le interesaban muchas cosas fuera de las Ciencias Matemáticas y Físicas, con lo que su atención se hallaba polarizada al cien por cien en tales temas, posible signo de pobreza espiritual. Los sucesivos éxitos despertaron su ambición personal, y cuando ingresó en la Universidad estaba convencido de llegar a ser un figura. Cursó cinco años en la Facultad de Ciencias Físicas de la Universidad de Barcelona, con nueva recolección de honores, tras lo que emigró rápidamente con una beca para ampliar su *curriculum* y conocimientos en Estados Unidos (Ph. D.) y posteriormente en Alemania. Después llegó el retorno, un poco harto de vagabundear, con muchas publicaciones bajo el brazo, pero compuesto y sin novia, con la evidencia de que los buenos astrofísicos empezaban a abundar excesivamente en este mundo, si bien, gracias a un lance afortunado, logró colocarse en su facultad de origen con el apoyo, sin duda interesado, de un catedrático, buen conocido suyo, cuyo grupo trabajaba dentro de su misma línea y al que mentalmente se propuso eclipsar en cuanto tuviera ocasión. A partir de aquí la vida siguió desenvolviéndose con sus clases teóricas, experimentales, exámenes, correcciones de exámenes, revisiones de exámenes, artículos en revistas, asistencias a congresos, visitas a otros centros, períodos sabáticos, juntas de departamento, consejos de departamento, claustros, papeleos, proyectos de

investigación, pugnas por promocionarse, peleas, odios y falsedad extrema por los siglos de los siglos, así sea.

Durante los años de aprendizaje del joven Marc, su antipartícula siguió trayectorias erráticas por la escuela de la vida. Siendo sus progenitores personas acomodadas y de buen nivel cultural, descendiendo por vía paterna de prósperos terratenientes del Montseny, donde aún conservaban la antigua masía familiar, Guifré descubrió muy pronto los tesoros de una biblioteca que había ido creciendo con el paso de las generaciones desde mediados del siglo anterior. En su particular caso, el placer de leer un libro era casi doloroso, incomparablemente superior al de ver una película, pues la viveza con que experimentaba las imágenes de lo que iba leyendo era tan intensa como si fuera real y a ello se sumaba una riqueza de diálogos, reflexiones, matices, que excedían las posibilidades del celuloide. Fue por lo tanto precoz en el aprendizaje y ya deletreaba palabras en la cuna mientras su hermano procedía por su cuenta a iniciarse en las delicias de sumar. Tampoco debiera sorprender a nadie saber que poseía, debido al don ubicuo de su imaginación, una impresionante facilidad para retener fonemas y frases enteras, resultándole poco más que un juego el aprendizaje de las lenguas, que son como edificios contruidos a base de bloques y estructuras autocontenidas que se acoplan espacialmente, en lugar de seguir la penosa senda por la que como procesionarias se arrastra la mayoría de los mortales —entre ellos Marc—.

A los ocho años de edad se lanzó, cual joven Alejandro de las letras, a la conquista sistemática del imperio bibliográfico de los Faust, que se dividía en dos grandes provincias, repartidas entre el hogar de sus padres, en la calle Mayor de Sarriá, y la casa *pairal*, en las proximidades de Campins. Pasado un lustro, los clásicos de la aventura quedaron para siempre almacenados en sus alforjas, como provisión incorruptible de optimismo para días peores, mas, conocidos los primeros roces del amor, dolorosa ortiga, un ejército de poetas románticos y desesperados se precipitó desde los anaqueles en confusa acometida. Guifré inició entonces una especie de viaje astral que, con ligeros altibajos, duró meses, con graves consecuencias sobre su rendimiento escolar, que se volvió nulo, si bien eso no le importaba gran cosa, pues desde hacía tiempo era de la opinión que la enseñanza oficial servía para castrar mentalmente a los ciudadanos, o en otras palabras, hacerles una lobotomía, en aras de incorporarles al rebaño productivo, y que la mayoría de los maestros, hasta donde llegaba su experiencia, parecían haber sido sometidos a un doble tratamiento.

Cumplidos los dieciséis años, tras despedirse de sus padres con una emocional y larga carta donde recalca su amor filial, pedía que no le hicieran buscar, prometiendo volver en breve plazo, y terminaba mentando que se llevaba prestadas cien mil pesetas, se escapó de casa. A su vuelta expresó la total determinación de no seguir estudiando —tal como se acostumbra a entender el término—, con lo que esquivaría la experiencia traumática de los institutos o de los colegios de pago, donde, al parecer, la apática estulticia casi general del cuerpo docente se adornaba con actitudes pedantes a modo de respetable disfraz académico. Tras una sonada serie de broncas familiares en las que su traidor homocigótico se sumó a las filas del enemigo, consiguió salirse con la suya, y desde aquella fecha entró en el mercado laboral, donde se mantuvo en paro estacionario durante meses, cosa que le permitió seguir con sus lecturas, escribir poemas metafísicos e iniciar una frenética actividad pictórica no representativa.

Así continuaron las cosas hasta que festejó las dieciocho primaveras. La vena viajera no se había mitigado con el tiempo, pero sí refinado. El inicial instinto vagabundo fue tiñéndose de propósitos y planes bien definidos que pretendían transformar cualquier correría en una experiencia iniciática donde se estableciera contacto directo con lo más auténtico de cada población y cultura. Asumiendo esta filosofía vital decidió, desprovisto ya de ataduras legales, dar el paso decisivo hacia la libertad con su primera vuelta al mundo. Duró tres años hasta el dramático desenlace final, cuando tuvo que ser rescatado en Tailandia delirante y chupado como un alambre. Durante este tiempo se internó por África, Sudamérica y el Sudeste Asiático, únicos lugares —decía— donde aún vivían algunos seres humanos.

El retorno puso de manifiesto un nuevo cambio en la evolución espiritual de Guifré. Empezó a frecuentar diversos grupos de perfil ecologista sin reparar en las enemistades que se guardaban mutuamente por mor de los celos de sus jefecillos y con una sorprendente muestra de perseverancia fue reuniendo en torno suyo un conglomerado de seguidores descontentos de la blanda cabezonería que, a lo más, respondía con insultos a porrazos y bofetadas. Arropado por sus incondicionales, se ponía a hablar con inspirada verborrea de la obra de destrucción sistemática que las termitas humanas desarrollan sobre y bajo tierra. «Estos tres años han valido por todas las universidades juntas —solía decir cuando recordaba sus recientes experiencias de trotamundos—, con el valor añadido de que he asimilado lo auténtico». Aquí alzaba los brazos cerrando ambos puños amenazadoramente. «¿Sabéis cuál es la verdad más incontestable que he aprendido por doquier?,

que la ley es un invento de los fuertes para entenderse entre ellos y para manipularla o ignorarla cuando tratan con los débiles. En la práctica sólo la respetan si respetan también al antagonista, por eso, como ya sentenciara el abominado Carlos Marx en otro contexto histórico, y muchos otros antes o después de él, si los pueblos, o los ciudadanos, aspiran a que no se mancillen sus derechos —entre ellos el de poder vivir en un mundo hermoso y apetecible sin sentirse perseguidos por la destrucción de los paisajes de su infancia y el envenenamiento sistemático de las aguas y del aire—, llega un momento en que deben organizarse y ofrecer violenta resistencia, pues el poder de los estados está en manos de los intereses depredadores».

Fiel a sus entusiastas ideas, Guifré se retiró a vivir más cerca de la Naturaleza, instalándose en la casa familiar de Campins, desde donde prosiguió sus actividades reivindicativas, organizando y ampliando el grupo de «verdes duros» —los *verduros*, les llamaban—, leyendo, escribiendo panfletos y poesía, pintando telas y murales cada vez más ambiciosos y tal vez esperando secretamente que un día viniera a visitarle cierta añorada hembra australiana, más aventurera que Bruce Chatwin —quien, de hecho, era inglés, aunque amara a los aborígenes, o tal vez por eso—, a la que había conocido prolongadamente en una ciudad portuaria de la India antes de que ella embarcara rumbo a su país con la promesa de que volverían a verse una vez que hubiera solucionado sus problemas personales con un marido de ida y vuelta.

Así fue pasando el tiempo, pero Jessie Dubbo —así se llamaba aquel sueño romántico de las antípodas— no respondió a ninguna de las extensas misivas que le fueron enviadas. Íntimamente desengañado en sus sentimientos amorosos, el joven se volcó en el trabajo llegando incluso a hacer dinero como fruto de sus talentos artísticos, con lo que pudo empezar a prescindir de la generosa ayuda que le pasaban sus padres merced a la constante presión materna sobre su cónyuge. Mientras esto sucedía, su actividad política se tornó más discreta y dejó de vérselo en mítines y reuniones acompañado por sus belicosos acólitos; sin embargo, por la casa del Montseny siguieron desfilando abundantes visitas.

Cuando se produjo el rapto del conocido financiero alemán Gotlieb Hülsen, importante accionista —según supo luego el gran público— de la industria armamentística europea, que pasaba unas breves vacaciones en la Costa Brava en compañía de amigos, el revuelo fue formidable. Tras prolongados y vanos esfuerzos por parte de la policía, se procedió a pagar un astronómico rescate. Una semana después, el hinchado cadáver del

prohombre apareció varado en la playa de País, desnudo y con las palabras ENEMIGO DE LA HUMANIDAD escritas en varias lenguas con rotulador indeleble en distintas partes de su cuerpo.

Las investigaciones no llevaron hasta ningún culpable, con lo que los expertos concluyeron que en el asunto estaban implicadas personas sin antecedentes penales y que su resolución no iba a ser materia de unos pocos días. Aquel incidente, unánimemente condenado por los gobiernos de todo el mundo, y que algunos intentaron relacionar con las nunca del todo liquidadas reliquias de la lejana saga teutónica Baader-Meinhof, no fue un brote aislado. Con intervalos de varios meses se fueron sucediendo en diversos lugares del ámbito internacional un conjunto de atentados, muertes y desapariciones que pusieron en guardia a ciertas élites del delito honorable. Fue también por aquel tiempo que empezaron a conocerse las siglas GAIA, utilizadas como rúbrica de mensajes y proclamas en pro de la salvación planetaria, sólo asequible a los amenazados pobladores de la Tierra a través de una cruenta rebelión altruista contra quienes imponían y explotaban el actual estado de putrefacción, desigualdad y miseria.

Cuando Marc y Guifré llegaban a encontrarse, fuera en casa de sus padres o en alguna ocasional visita del primero a los lares ancestrales, no se comunicaban apenas, pues ambos estaban convencidos de la total falta de interés de lo que el otro realizaba con su vida. Los congresos y publicaciones del astrofísico merecían, si eran mencionados, comentarios como: «mejor les valdría preocuparse de aquí abajo si esperan seguir mirando el cielo por mucho tiempo», o un escueto: «el Universo no se formula: se emula». Por su parte, la desordenada actividad de su hermano, sin aparente preocupación por ir trepando los peldaños del éxito profesional, cada vez más ensimismado en sus imaginaciones y apartado de la sociedad, producía en el universitario una incómoda sensación que atentaba contra sus esquemas. Las cosas empeoraron a partir del matrimonio de éste con una compañera de promoción tímida y miope a quien la presencia de Guifré producía auténtica desazón, agravada por su semejanza física con su marido, algo que la sumía en angustias freudianas. Estaba claro que jamás congeniarían. Alarmado por la perspectiva de convertirse en tío de los posibles hijos de la pareja, nuestro mercurio cortó amarras, evitando desde entonces coincidir en casa de sus padres con ninguno de los otros dos. Igualmente, si tenían que venir a Campins se ausentaba.

Cada vez con mayor plenitud, la actividad creativa de su imaginación le brindaba suficiente compañía para sentirse —o creerse, que casi es lo mismo

— feliz. Sin por ello despreciar sus otras actividades, o una buena conversación, empezó a intuir el porqué de los gozos inigualables de los místicos.

Los tiempos comenzaban a estar maduros.

V

ALGO MÁS QUE UNA GOTTA DE LA NUBE DE OORT

El meteorito de Pesinonte, en Frigia, era venerado como la imagen de Cibele.

MIRCEA ELIADE

Muchas cosas nos caen del cielo, la mayoría —afortunadamente— minúsculas, unas pocas de tamaño moderado y algunas —rarísimas— enormes. Estas últimas han sido las responsables de dramáticos cambios climáticos y de población en diferentes períodos de la historia terrestre. Es sabido que el hierro meteórico fue usado muy anteriormente al aprovechamiento de los abundantes minerales ferrosos autóctonos. El cielo nos otorgó pues el primer material suplantador del bronce con que se labraron las míticas espadas sagradas, protagonistas predilectas de las ofrendas a los dioses. Pero cuando le llegó el turno a la Tierra, aquéllas se multiplicaron para brindar su generosa ayuda en copiosas hecatombes sobre los altares de la codicia y la ambición. Lo que aquí va a relatarse está relacionado con un fragmento del tamaño de una pelota de golf, apenas suficiente para fabricar un arma blanca, pero dotado de gran fuerza moral.

Era la última semana de agosto. Al volver de su paseo matutino, rezumando por los ojos el inagotable deleite de los paisajes siempre cambiantes de aquellos valles y montañas, todavía no devastadas del todo, Guifré encontró esperándole en el buzón una carta sellada en Perth. Reprimiendo su emoción, se la colocó en el bolsillo y no volvió a tocarla hasta que estuvo instalado en el jardín ante una mesa de mimbre y un apetecible desayuno. Entre trago y bocado fue leyendo con aire ensimismado.

Querido Geoffrey:

Tengo junto a mí, sobre el escritorio, siete cartas tuyas que no recibieron respuesta. Después de alcanzar ese simbólico número, optaste por un silencio cómplice, tal vez, del mío.

A menudo —casi siempre— cuando oteo el mar desde la terraza de mi apartamento, vuelven a tomar forma en mi memoria las mágicas imágenes de la bahía de Bengala que tantas veces contemplamos en silencio desde aquella tarde en que nos conocimos, cuando una atracción silenciosa, más sabia que las palabras, hizo que uniéramos nuestros pasos ociosos en los jardines de la Sociedad Teosófica de Madrás, compartiendo la admiración por aquella lujuriente belleza que se extendía hasta las aguas apacibles del océano.

Lo que sucedió después fue para mí una confirmación de que la vida se compone de unos pocos instantes decisivos, como archipiélagos de tierra firme perdidos en la inmensidad de oscuros mares tenebrosos. El tiempo no posee una naturaleza lineal y el presente puede existir menos que el pasado, o no ser nada en absoluto.

Cuando nos despedimos en aquel sucio embarcadero repleto de gente y malos olores, ambos estábamos convencidos de volver a vernos muy en breve. Fue casi una partida feliz, porque estaba llena de premoniciones de un magnífico futuro. Pensaba decirle a Cecil en cuanto nos viéramos que reclamaba mi libertad, que nuestro mutuo acuerdo de tolerancia y comprensión había desembocado por mi parte en una vacua indiferencia, que me había equivocado sobre mí misma, que ahora sabía mejor quién era y cómo deseaba vivir. Pensaba decirle muchas otras cosas que hasta conocerte ni se me hubieran ocurrido.

Al llegar a Perth, Cecil no estaba esperándome. En su lugar acudió Brenda, que siempre me ha visto como una intrusa, demasiado joven para su querido hermano, que me dobla en edad, y demasiado cerca de su riqueza. Me dijo que Cecil no se encontraba bien y le había pedido ir en su lugar. Al oír el tono de su voz le pregunté si era algo serio, con lo cual se deshizo en un torrente de lágrimas mientras me respondía con voz entrecortada que dos días antes, como resultado de un chequeo —pues se quejaba de molestias en el pecho—, le acababan de diagnosticar un cáncer de pulmón. Él no lo sabía.

En aquel mismo momento mis planes cambiaron diametralmente. Cecil había sido siempre bueno y generoso conmigo, y ante las nuevas circunstancias no podía hacer otra cosa que consagrarme a él con todo el afecto y cariño que fuera capaz de producir. De repente me sentía

inundada por un profundo sentimiento de culpabilidad, y la imagen de aquel hombre enfermo que esperaba mi vuelta sin querer reprocharme nada se superponía a las memorias de mis placenteras vacaciones con los amigos, que alargué voluntariamente al conocerte. Los especialistas no dieron ninguna esperanza. En aquellos momentos me sentí un ser despreciable. Para mortificarme —y en esto volví a ser egoísta, pero espero que me entiendas— decidí cortar cualquier contacto contigo hasta que se produjera el inevitable desenlace. Cuando extravié tu número de teléfono pese a saber que, por prudencia, no quise darte el mío, estaba cometiendo un acto consciente.

Hace un mes que murió. No fue un final de los llamados «ejemplares», pues en ningún momento llegó a resignarse. Los médicos prolongaron su agonía recurriendo a los últimos adelantos, con lo que de paso obtuvieron el máximo de ingresos además de buenos datos clínicos que les servirán —imagino— para ser presentados como trabajo de investigación en algún simposio de su especialidad.

La lectura del testamento de Cecil confirmó los peores temores de sus familiares. Exceptuando ciertas sumas —que casi calificaría de simbólicas— a repartir entre ellos, el resto ha sido todo para mí. Soy en estos momentos una mujer millonaria adulada por deudos resentidos que la odian, si bien intentan disimularlo. Lo cierto es que ya nada me retiene aquí y que estoy dispuesta a reunirme contigo. Muy en breve, cuando termine de ordenar mis asuntos, iniciaré un viaje hacia Barcelona que deseo no hacer al modo moderno y brutal, sino —ya que puedo permitírmelo— como una aproximación progresiva hacia mi meta, a la manera del Pilgrim's progress, en que tenga tiempo para sentir, pensar y ser tentada. Me propongo ir en barco hasta México y recorrer luego Centro y Sudamérica. Valparaíso —buen nombre para cuando el peregrino se acerque al final de su jornada— será el puerto desde el que iré hasta tu ciudad.

Con antelación te iré indicando los lugares donde puedes escribirme. Si el silencio y el tiempo te han hecho cambiar de opinión, házmelo saber cuando ya esté en América y el viajero no pasará de Valparaíso.

Te quiero.

JESSIE

La mano que aguantaba las hojas caligrafiadas se apoyó en la mesa para controlar el nervioso temblor de sus dedos. Aquella mujer hacía una segunda aparición inesperada en su vida cuando ya casi había decidido enterrar los recuerdos del primer encuentro sin lápida y sin epitafio. Era como un *tsunami* venido de mares australes que inesperadamente aparecía en el horizonte amenazando hundir su embarcación cuando acababa de enderezar el rumbo.

Ella debía de imaginarlo aún tal como le había conocido en escenarios exóticos propicios a la exaltación romántica: libre, sin ataduras, artista de la palabra y del pincel que le tradujo versos propios al inglés, que dibujó y pintó ante sus ojos de amatista brillantes de admiración, donde se fueron alumbrando poco a poco las llamas del amor. Fruto de sus largas conversaciones a cualquier hora del día y de la noche, ambos conocían bastante bien las formas de pensar respectivas, no muy diferentes entre sí, una vez rascado el barniz cultural de cada uno. Pero aunque dos personas compartan filosofías de la vida y actitudes políticas, existe un rasgo más íntimo y puramente psicológico por el cual los actos vitales se ligan con mayor o menor intensidad a ellas: en la práctica ese compromiso puede ser total o inexistente. Con la separación Guifré había descubierto hasta dónde era capaz de llegar —por el momento—, pero ignoraba si aquel ser que acaso aún se movía en aquellos mismos instantes por algún lugar próximo a las antípodas, aceptaría seguir sus pasos o si, arrebuja en el bienestar de una recién adquirida fortuna personal, optaría sabiamente por contemplar los toros desde la barrera.

Más vale no hacerse ilusiones —pensó—, esperaré su próxima carta para saber dónde escribirle. Era consciente —y eso le preocupaba— de que la lectura de aquellas cuartillas sostenidas con mano ya más serena le había devuelto al muelle de Madrás —lo veía con toda claridad, como un cromo de luz y multitudes—, mas ahora no despedía un paquebote cuyas sirenas sonaban con melancólica intermitencia, sino que el barco entraba en el puerto, y entre los gritos de saludo y alegría, escuchaba su propia voz llamando a una figura asomada cerca de proa cuyos rojos cabellos ondulados se agitaban inconfundibles en el viento. Guifré cerró los ojos y permaneció estático varios minutos.

Los abrió sobresaltado al oír un agudo silbido y un ensordecedor estruendo a sus espaldas. Percibió un gran golpe de aire incandescente mezclado con el sonido de vidrios rotos. Se puso rápidamente en pie

olvidando los preciosos papeles entre los restos del almuerzo, y contorneando la casa se dirigió a la carrera hacia un prado situado a unos trescientos metros, donde se había levantado una gran polvareda.

Cuando llegó a una distancia que juzgó prudencial, se detuvo a contemplar el lugar con atención. Lo primero que distinguió entre el polvo y el humo fue un cráter circular casi perfecto. Descartada la eventualidad de un proyectil balístico en aquellos parajes felizmente ajenos a la artillería y las maniobras militares, se le ocurrió que podría tratarse de algún objeto directamente caído del cielo, de alguna especie de aerolito, un inesperado regalo del azar que recogería cuando se hubiese enfriado lo suficiente para instalarlo en su estudio como testimonio de aquel día, ya claramente tan especial, que —se dijo con forzada ironía—, *aún no había terminado*.

Tras merodear por la zona un buen rato, fue a buscar su vieja Nikkon y se puso a hacer fotografías desde diversos ángulos y distancias. Al terminar, se acercó cuanto pudo al borde del cráter hasta ser detenido por la sensación de calor y el aire irrespirable. No pudo ver nada. Convencido de la inutilidad de esperar, decidió volver a sus ocupaciones, que incluían una visita a Barcelona, con parada y fonda en casa de sus padres a la hora de comer. Dio una última mirada al orificio y con un «mañana volveré» dicho en voz alta, se alejó.

Ya entrada la noche, cuando, de vuelta tras una agotadora jornada plagada de entrevistas, los faros de su destartado Seat iluminaron el teatro del impacto, Guifré experimentó una cierta inquietud supersticiosa que no había conocido bajo la luz del día. Más tarde, incapaz de superar emociones algo pueriles, cerró la puerta con doble vuelta de llave, echó el candado y hasta comprobó todas las ventanas antes de irse a dormir.

Se despertó a las diez de la mañana con una sensación de torpor absoluto, como si no hubiera dormido nada, habiendo consumido las horas nocturnas en libar alcohol en alguna fiesta salvaje. Tras una eternidad angustiosa durante la que le pareció estar buceando a pulmón libre en el fondo del mar, sin conseguir acercarse a la tenue luz que se filtraba desde las alturas, pudo por fin tomar conciencia de sí y de lo que le rodeaba. Se incorporó en el lecho y vio con sorpresa que estaba vestido. A sus pies, esparcido sobre el suelo, un amasijo de cuartillas cubiertas de fina escritura le llamó la atención. No tardó en comprobar que era su propia letra. Descansando sobre los pliegos a modo de pisapapeles, destacaba un objeto oscuro y redondo del tamaño de una pelota de golf. Con un nuevo esfuerzo de voluntad terminó de levantarse y

tomó la cosa entre sus manos. Era enormemente pesada para sus dimensiones, mucho más que si hubiera estado hecha de plomo; comprobó que su forma era perfectamente esférica mientras que al tacto la superficie parecía primorosamente pulida, pero de una dureza diamantina. La fisonomía de Guifré semejava una máscara de la confusión. «No entiendo nada —murmuró—, debería tratar de recordar qué he hecho durante la noche». Por fin su rostro adoptó un gesto resuelto, y tras recoger los objetos del suelo, salió de la habitación, todavía tambaleante, para ir a depositar su cargamento sobre la mesa del estudio; luego se dirigió a la puerta de la casa, que encontró abierta.

El sol brillaba con fuerza y el aire, totalmente inmóvil, presagiaba un día de intenso calor. Guifré caminó hacia el prado con rapidez. Junto al boquete había tres personas de edad adulta y un par de rapaces, todos vecinos de Campins. Le miraron con expresión ambigua, pues por aquellos parajes no se sabía del todo qué pensar de su persona. Para algunos, sin saberlo, era como la versión local actualizada del hombre malo de Itzea, para otros, un iluminado, miembro de alguna secta esotérica, a quien frecuentaban extrañas compañías, y hasta había quien decía —nunca faltan— que en realidad era un homosexual pervertido que organizaba frenéticas orgías aprovechando el aislamiento de su morada.

—Buenos días —farfulló en vernáculo al llegar a su altura—, ¿lo vieron caer?

—Yo vi la estela en esta dirección describiendo una parábola luminosa —respondió uno de los hombres—, procedía del Norte. Todo el pueblo ha oído el ruido, como si nos viniera una bala de cañón encima. Varios se pusieron a buscar dónde cayó: fue fácil de hallar por la nube levantada. Cuando llegamos intentamos localizarle, pero no estaba en casa. —Recalcó las últimas palabras con un leve tono inquisitivo.

Guifré dominó un gesto de impaciencia ante la curiosidad, que siempre juzgaba excesiva, de aquellas gentes.

—Debía acabar de marcharme. Ayer tenía que bajar a Barcelona, pero antes estuve visitando esto y saqué algunas fotos. No sé lo que habrá salido, con la de polvo y humo que llenaba todo. El lugar despedía mucho calor, como seguramente pudieron comprobar ustedes más tarde, y opté por ir a mis ocupaciones y dejar la exploración para hoy.

El mismo paisano contestó a sus palabras:

—Igualmente nosotros..., bueno, algunos volvimos por la tarde y la cosa ya estaba mejor, pero Dalmau, que tiene un sobrino geólogo, nos dijo que no tocáramos nada hasta que viniera él, que ya está avisado. —Señaló un pico y

una pala tirados sobre un gran montón de tierra junto al cráter—. El caso es que alguien se nos ha adelantado llevándose lo que aquí hubiera, seguramente usted, digo, por la proximidad...

Guifré sintió que no estaba en condiciones de admitir la autoría de la excavación, y ocultando lo mejor que pudo su creciente mezcla de irritación e incertidumbre, negó cualquier vínculo con el hecho.

—Estoy tan sorprendido como ustedes —concluyó—, precisamente ahora venía a investigar. No he estado aquí desde ayer por la mañana.

Siguió una conversación repetitiva, salpicada con barrocos retazos detectivescos, en la que cada uno pretendió dar una explicación de los hechos mientras los dos chavales, ensimismados en su propio mundo, se dedicaban a saltar y revolcarse dentro del hoyo, convertido en nave espacial.

Conforme pasaba el tiempo, el lugar iba atrayendo una intermitente afluencia de nuevos curiosos. Tras un lapso que consideró prudencial, Guifré, alegando inaplazables ocupaciones, se retiró en dirección a la casa. Mientras caminaba, redobló los esfuerzos por hallar algún indicio aclaratorio en su vacía memoria. *Me quedan por leer mis propios escritos, tal vez me ayuden a recordar lo sucedido*, pensó esperanzado.

Entretanto, los lugareños murmuraban entre sí ratificándose en sus juicios dubitativos acerca del atípico vecino, a los que desde entonces añadieron la sospecha de que les hubiera mentado.

VI EL INFORME DE ALBERTO BRODIE

El presente informe se ha redactado en original y tres copias, a ser distribuidas a las reparticiones correspondientes.

MANUEL PUIG

El encabezamiento del texto, editado por ordenador, rezaba:

Madrid, 20 de Abril de 20...

Relación detallada de los hechos acaecidos durante el interrogatorio de Guifré Faust Alemany, realizado el día de ayer y que he conducido personalmente.

A continuación se entraba directamente en materia: Tras su captura en un restaurante del Port de la Selva y por razones de estricta seguridad, el detenido se encuentra alojado en una finca de la provincia de Gerona, comarca del Ampurdán, discretamente apartada de las zonas habituales de tránsito. El edificio principal es una antigua masía bien acondicionada y protegida. Hay allí un retén permanente de seis hombres armados ejerciendo labores de control. Otros dos agentes de confianza asumen habitualmente los papeles de cocinero y jardinero. Nuestro huésped ocupa una habitación ubicada en el sótano, amueblada con una cama, mesa y silla. Dispone además de un cuarto de baño anexo. No existe acceso directo al exterior. La pieza

contigua, única vía posible de salida, está constantemente ocupada por alguno de nuestros subalternos. Todos están altos de moral y en espera de recibir órdenes.

Quiero hacer especial hincapié en la valiosa ayuda del comisario Lorenzo López Lopetegui, de la Dirección General en Barcelona, que ha facilitado el lugar de internamiento y la infraestructura necesaria de la forma más eficiente imaginable. Puede ser, a mi juicio, un buen candidato para futura promoción.

Tanto nuestra llegada como nuestra marcha pasaron desapercibidas en los contornos. De todos modos, nadie ha tenido indicios para sospechar la identidad de los visitantes y todavía menos el motivo que les llevó al enclave. El único incidente no programado que cabría mentar fue el atropello de unos gansos que atravesaban una carretera comarcal durante nuestro viaje de vuelta. Produjeron tal alboroto que nos obligó a acelerar durante unos minutos. La llegada al aeropuerto de Gerona concluyó a pie de avión y sin otros testigos directos que los tripulantes.

Paso a describir el interrogatorio del detenido. Me permití grabar el diálogo sin su conocimiento y lo que ahora sigue es una transcripción sumariada del mismo, interrumpida aquí y allá por comentarios aclaratorios.

Guifré Faust había sido obligado a sentarse en un taburete de madera. Se tenía a mano un foco de alta potencia presto para su utilización. Dos agentes le flanqueaban. Se dispusieron cinco asientos frente al detenido, que fueron ocupados por don Lorenzo López Lopetegui, don Guillem Claramunt i Mas, don Marcial Belzunce Garrido, don Jerónimo de Cepeda y Aguado y por mí mismo, en el centro. Detrás de nosotros, esperando instrucciones, vino a situarse el número Manuel Gárate Cañigueral, chófer y hombre para todo, que había sido llamado por si acaso.

El aspecto físico del interrogado era bueno, se le veía descansado y aparentemente tranquilo, como si aquello no fuera con él. Debo mencionar que en el momento de ser interpelado por la policía en la terraza con vistas al mar de un restaurante, estaba consumiendo una ración de sardinas asadas cuyos efluvios aún no se habían borrado del todo de su aliento. El único acto de resistencia por su parte fue vaciar el contenido del plato sobre sus captores, echándoles a perder la ropa.

Inicié el diálogo:

—Querido amigo, últimamente parece haberse empeñado en proporcionarnos cantidades extra de trabajo, como si pensara que no tuviéramos bastante... pero todo se acaba: ha llegado el momento de que nos explique todo ese cúmulo de sucesos extraños que se han ido amontonando

detrás de usted. En particular nos interesa que aclare con pleno detalle qué es, de dónde viene y quién ha producido el material que tuvo a bien legarnos cuando abandonó el Palacio de Congresos de Montjuich.

El interpelado me contempló con aire displicente y tras endilgarnos una larga retahíla de improperios y reconvenciones en protesta por su detención, concluyó diciendo que no pensaba pronunciar una palabra más salvo en presencia de sus abogados.

Tuvimos que drogarle, una débil dosis fue suficiente (el doctor De Cepeda ejerció de practicante). Cortado así el nudo gordiano, su lengua se soltó sin más resistencia. Era un tipo ideal para utilizar con él los recursos de la química, desgraciadamente, otros no responden tan bien.

Cuando sus pupilas reflejaron un relajamiento suficiente de la voluntad, proseguí el interrogatorio. Esta vez las respuestas, proferidas con voz pausada, no se hicieron esperar.

—¿Cuál es la procedencia del objeto que había en su cartera?

—Cayó del cielo... hizo booom, como un obús al explotar, y abrió un boquete en un prado cercano de casa. Se llaman meteoritos.

—¿Y los papeles?, ¿quién escribió los papeles?

—No estoy seguro. No me acuerdo.

—Pero es su letra. No negará que es su letra.

—Sí, claro. Quiero decir que hasta ahora me ha sido imposible recordar haberlos escrito.

—¿Se acuerda al menos de haber desenterrado el meteorito?

—Tampoco me viene a la memoria.

—¿Conoce su composición química?

—No entiendo mucho de minerales, aunque últimamente he consultado algún libro. Por lo que pesa podría ser un transuránido. Un geólogo me dijo que esto era imposible.

—Bien, vamos por partes. En primer lugar recomponga su primer encuentro consciente con los objetos que nos ocupan. Qué vio y qué hizo. Hable.

—Cuando oí el impacto, me acerqué al lugar a toda prisa, pero el calor era muy fuerte, por lo que decidí continuar con mis planes para el día, en espera de que a mi vuelta de Barcelona la temperatura ambiente habría disminuido hasta cotas tolerables para explorar el cráter y su contenido.

Llegué a casa muy tarde y cansado, dos buenas razones para postergar mis indagaciones a la mañana siguiente.

Cuando desperté descubrí junto a la cama las cuartillas de papel escritas con mi letra y esa extraña esfera metálica que tanto les preocupan. Lo deposité todo en el estudio y salí a convencerme de que el día anterior no había soñado.

Pronto pude ver el embudo del meteorito, un grupo de curiosos y las evidencias de que alguien había estado cavando para llevarse lo que allí hubiera —asumo que pude ser yo—. De vuelta a casa tuve todo el día para investigar mi hallazgo. Aún ahora sigo sin poder recordar los hechos, y mi única explicación es que durante la noche actué completamente sonámbulo, razón por la que no recuerdo nada de lo que sucedió.

—¿Ha sufrido ataques de sonambulismo en otras ocasiones, en su infancia, por ejemplo?

—Nunca, que yo sepa.

—Prosiga.

—Después de maravillarme a mis anchas con aquel cuerpo sólido masivo perfectamente esférico, dotado de una pureza superficial cristalina, cualidades que parecían contradecir las características físicas de los objetos caídos del espacio exterior, decidí leer mis propias y desconocidas palabras, si es que se puede llamar propio a aquello que se ha hecho en estado inconsciente. Ustedes conocen el escrito. No ha sido amañado, les garantizo su autenticidad, como auténtica fue mi sorpresa al leerlo, mezclada con una gran alegría, ¿les escandaliza mi reacción? Sí, mi contento fue creciendo a medida que las líneas iban desfilando ante mi vista con su mensaje ominoso para los opulentos, con sus amenazas y con su ultimátum final. Me sentí como un profeta bíblico, como un oráculo délfico, mero instrumento inspirado por lo Alto para transmitir sus instrucciones a la Humanidad. Alguien me ha elegido, me ha utilizado, y sus dictados son mortalmente serios.

En este punto noté que el sujeto sentado frente a mí hablaba con total sinceridad —no deja de ser una apreciación personal—, su mirada se había encendido, a pesar del sedante administrado, y su voluntad no parecía precisar de más ayudas artificiales para decidirse a abrir el recipiente de los pensamientos. Tal vez teníamos que vérnoslas con un ser que vivía mentalmente en otro mundo, ajeno al nuestro y a sus valores establecidos, que podía comportarse como lo haría un loco —término a menudo relativo—, un tipo de personaje marginal que por su peculiar obsesión podía convertirse en peligroso. Siguió hablando.

—Recuerdo de memoria, no me pregunten cómo, cada una de las páginas, que tuve ocasión de releer abundantes veces antes de entregarlas al público

(sé, farsantes, que aún no se las habéis mostrado). El comienzo es ya glorioso, va lo que se dice al grano: «Recogedla con unción. Su forma redonda es tan perfecta como el ideal platónico de la esfera. Es la presencia de una Idea que contiene en su interior el germen de la destrucción de las formas planetarias que encuentre en su camino. Si la armonía del espíritu es incapaz de compensar las carencias de la materia, la Idea atraerá a ésta hasta su centro más profundo, llevándola por la aniquilación al absoluto...». ¿No es magnífico?, y por si quedara alguna duda, viene al final un detallado recuento de las medidas que se han de tomar para que la «armonía de los espíritus», llámenla amor o justicia, modifique el despiadado orden mercantilista, el frenesí por la materia inerte a que conduce la banal inercia de la materia.

Lo que se ordena va más allá de Schumacher (un viejo clásico, no sé si les suena), impone la cancelación de todas las deudas de los llamados países subdesarrollados, la destrucción de todas las industrias de armas existentes (terrible golpe para la economía de las grandes potencias y para su investigación privada y universitaria), la redistribución escalonada en el tiempo de la renta mundial, el fin del liberalismo salvaje que sólo beneficia a las empresas multinacionales y que va convirtiendo a los habitantes de nuestro planeta en una pandilla de alienados ciudadanos productores-consumidores, rodeados por bolsas crecientes de paro y miseria, que a veces forman continentes casi enteros condenados a los infiernos, como África. Paralelamente, los mismos procesos deberán irse desarrollando dentro de cada país individual con la conversión voluntaria a un nuevo tipo de convivencia civilizada... En fin, ustedes ya han tenido ocasión de leer esos textos, como también su conclusión, concediendo el plazo de un año para que empiecen a tomarse medidas efectivas que conduzcan a resultados detectables —no se especifican cifras, pero convendría ser eficientes—. En caso contrario iremos, recuerden la frase, «por la aniquilación al absoluto», ¿no es magnífico?

La expresión de nuestros rostros debió de ser tan desagradable que uno de los guardianes le propinó un codazo cortándole el habla. El profesor De Cepeda aprovechó la pausa para meter baza.

—Dígame, durante su *actuación* en la ponencia del congreso de Barcelona, emitió usted una serie de afirmaciones relativas a que los hombres somos el resultado de una especie de ejercicio de manipulación genética hecha en tiempos lejanos por seres de otra galaxia concedores del planeta Tierra. Éstos han seguido después estudiando nuestra evolución durante milenios, llegando a decepcionantes conclusiones que les impulsan a liquidar el experimento de un plumazo. También proclamó que poseía pruebas y

copiosa información sobre lo dicho. ¿Sería usted capaz de mostrarnos algo más concluyente que esas páginas cubiertas con su caligrafía que abandonó entre los papeles y transparencias de su hermano pretendiendo hacernos tragar un bulo indigerible?, ¿dónde están los testimonios indiscutibles? Usted no es más que un farsante.

La voz del profesor fue subiendo de tono a lo largo de su interpelación y el rostro se le había ido congestionando.

Tuve que hacerle señal de que se tranquilizara.

El reo —valga la expresión—, esbozó una seráfica sonrisa, como si hubiera estado esperando aquellas preguntas desde que entró por la puerta de la casa.

—Todo cuanto sé brotó en mi cabeza por generación espontánea el día después, mientras preparaba la comida, con la misma claridad que si fuera el recuerdo de una historia favorita de la infancia que año tras año hubiera escuchado por las noches antes de irme a dormir.

Se interrumpió al ver cómo el comisario López, que había salido previamente llamado por uno de nuestro hombres del exterior, venía a situarse tras de mí susurrándome unas palabras al oído. Esta breve conversación no fue grabada, pero reproduzco aquí su contenido:

—Ya puedo confirmar la noticia que no osé avanzarles a su llegada. Me acaban de llamar por teléfono desde Madrid anunciando que la *muestra* enviada a Estados Unidos resiste cualquier técnica conocida para poder detectar qué hay en su interior, ningún tipo de espectroscopia funciona, como si las radiaciones no pudieran atravesar el cuerpo. Además, resulta ser más duro que cualquier elemento existente y es imposible fraccionarlo o desprender la más mínima porción de su superficie. Éstos son los resultados hasta ahora. Se pide secreto hasta nueva orden.

—Maldita sea, Lopetegui, en este momento no me podía haber dado peores informaciones. El tipo de aquí delante se va a reír de nosotros.

—No tiene por qué saberlo.

—De acuerdo, ya discutiremos luego. Ahora prosigamos.

Me dirigí de nuevo al arrestado.

—Continuemos con lo que estaba diciendo. Según pretende, tuvo usted una súbita iluminación mientras cocinaba (quizá sean momentos en que está especialmente receptivo), y su cerebro se pobló de imágenes rescatadas a la adormecida memoria gracias a una especie de experiencia mística de conocimiento ultrasensorial que le transportó al pasado más remoto de la Humanidad. ¿Estoy en lo cierto?

—Por supuesto, aunque yo no hablaría de experiencias místicas, sino de un repentino recordar algo que me había sido comunicado previamente, de la misma forma que espero poder evocar pronto cuanto hice y me sucedió aquella noche.

—¿Cómo es que no le contaron en qué consistía el *tremendo* poder destructivo de su piedra celeste?

—Le he dicho antes que desconocía su fórmula química, pero *sí* puedo explicarle cómo funciona el mecanismo de aniquilación, eso lo sé.

—¿Qué sabe? Explíquese.

—Se trata de un agujero negro microscópico que ocupa exactamente el centro geométrico de esa esfera, ya familiar para todos ustedes. En cuanto comience a absorber materia a su alrededor, seguirá creciendo hasta engullir toda la Tierra dentro de un radio de dimensiones minúsculas. Los demás planetas del Sistema Solar, e incluso la Luna, no se apercibirán del drama, dadas las distancias, y continuarán recorriendo sus cíclicos caminos durante otros tantos millones de años, ignorando a su pariente, que se volvió enano pero conservó su masa. Si se preguntan por qué no ha sucedido aún nada de lo que acabo de anunciar, la respuesta es sencilla: por algún medio que esta vez reconozco no saber, el agujero negro está neutralizado, pero hay quien puede activarlo en cualquier momento si así lo desea. Esto precisamente es lo que deben recordar nuestros gobiernos, y más que nadie aquellos que gobiernan a nuestros gobiernos.

Mentalmente sopesé cómo su afirmación, aunque absurda, podría explicar el fracaso momentáneo de los científicos en sus análisis del meteorito, pues un ente de tal naturaleza no permitiría que cualquier radiación incidente sobre él se le escapase, razón de más para no mencionarle el tema. En todo caso yo ya tenía tomada mi decisión sobre lo que iba a hacer, siempre conforme a los planes preestablecidos. Adelantándose a mi réplica, el señor De Cepeda creyó oportuno exponer su opinión sobre lo que acababa de oír.

—Está usted divagando, señor mío. No sabemos, de manera fehaciente, si los agujeros negros conservan la masa que absorben, o si la proyectan (como algunos dicen), a otros puntos del espacio-tiempo. Tampoco entiendo que si, según pretende, hay un plan para eliminar a nuestra incómoda especie de la escena interplanetaria, el método previsto comporte la aniquilación de cualquier clase de vida existente en nuestro planeta, y a la Tierra misma, de paso. En resumen, cuanto acaba de decir me parece demencial.

Guifré Faust no pareció acusar el efecto de aquellas palabras y se lo sacudió con nuevas vaguedades.

—Me consta que no será así, la Tierra, o su equivalente, seguirá existiendo en alguna parte, con toda su riqueza biológica, salvo nosotros.

Volví a la carga.

—Está contradiciéndose sin parar, diría más bien que delira..., ¿se da usted cuenta de que sus palabras evidencian a un desequilibrado? Debo comunicarle que, para su propio bien, es probable que nos veamos obligados a internarlo en un establecimiento de reposo.

Siempre atento, nuestro doctor me secundó.

—Es la mejor medida que puede tomarse. Con seguridad un tratamiento apropiado le permitirá volver a la vida normal en plazo breve.

Guifré Faust se resistió a la idea enérgicamente.

—No tienen derecho a disponer de mi persona. Estoy mentalmente más sano que cualquiera de ustedes, atajo de chupatintas, rebrotes espúreos de la Inquisición, esbirros, alcahuetes... ¡y si necesito algún médico para que me aconseje será yo quien elija, o en todo caso mi familia, pero nunca en la vida este payaso, producto del infame y asiduo mestizaje entre la Universidad y los ministerios!

El comisario López consideró llegado el momento oportuno para esgrimir un pliego de papel cuyo contenido conocíamos bien, y desdoblándolo pausadamente ante el rostro, ahora soliviantado, de Guifré Faust, procedió a explicarle que allí, firmado de puño y letra por su padre, se concedía permiso, vistos los hechos acaecidos, para que se le internara, una vez que fuese capturado, con el fin de someterle a reconocimiento psíquico y a eventual tratamiento, si se consideraba necesario. Entre las razones que impulsaron a su progenitor a rubricar el documento, pesaba notablemente el que se le hubiera hecho ver que así se dispondría de una excusa para que nadie molestara a su hijo, sin olvidar las ventajas inherentes a no tener que hospedarse en una cárcel del Estado.

Con lo dicho hasta aquí, concluyo el compendio de esta parte del interrogatorio, que continuará en los días venideros. Respecto a sus otras actividades actualmente investigadas, promoviendo grupos violentos relacionados con movimientos de matiz pseudoecologista y su posible vinculación a recientes hechos criminales, formará parte de otro informe, si bien puedo adelantar que ha rechazado nuestras alusiones con notable entereza. Cuando el encartado haya llegado a su nuevo destino nos ocuparemos a fondo de este tema.

En espera de sus comentarios y ulteriores instrucciones, tengan a bien aceptar la expresión de mi mayor respeto.

VII CONVERSACIÓN EN LA CATEDRAL

Las iglesias, aun en pleno día, se inundaban con la luz de los cirios, el incienso y el agua bendita se copiaban de los cultos paganos.

SALOMON REINACH

Hacía más de un mes que Aurora Quetglás estaba de vuelta en la Ciudad Condal. Su aventura del tren había terminado sin mayores complicaciones después de una noche en blanco no achacable al comportamiento poco caballeroso del otro pasajero, quien tras hacer un negativo repaso de la situación política mundial, basada —a su entender— en la miseria y explotación de las mayorías con un precio ecológico añadido totalmente suicida, le narró, entusiasta y aparentemente sin venir a cuento, una historia de aventuras que traería cola, protagonizada durante su ausencia de Barcelona por un tal Faust —ya caído en manos de la pasma—, con una falsa bomba que en realidad era un objeto maravilloso todavía más explosivo. A continuación, terminado el relato, y tras desearle las buenas noches, se puso a roncar sonoramente apoyado de espaldas contra la puerta, incumpliendo los propósitos anteriormente expuestos de usar una litera.

Llegados a la Estación de Francia, y tras aprovecharse hábilmente del caos general descendiendo del tren sin llamar la atención de ningún empleado, Benozzo, sujetando a Aurora por el brazo y sin dejarla ir un solo instante, le dio un sonoro beso en la mejilla, arrebató de sus manos la pesada mochila y la hizo caminar con suave firmeza hacia la salida. La última imagen que tuvo de él fue desde la ventanilla de un taxi, descendiendo con rápido paso las escaleras del Metro del Paseo de Gracia esquina Aragón. Sus postreras palabras: «*Non son colui, non son colui che credi. L' Inferno*».

Todavía le costaba seguir el hilo de sus pensamientos más allá de unos minutos sin que los recuerdos se filtrasen como porfiados intrusos por entre las juntas de las ideas. Ahora mismo, sentada en el altillo de un viejo café de la plaza de Sant Josep Oriol, mientras dejaba vagar la mirada por los cuadros que adornaban las paredes, en espera de que su amiga Rocío van Hooft (padre holandés y madre sevillana) apareciera por la puerta, tenía la impresión de estar bajo el influjo de una máquina creadora de realidades virtuales que proyectase caprichosamente en su cerebro inconexos primeros planos del pasado inmediato.

Con las manos sobre la mesa y la expresión extraviada, veía la nieve, la espalda de Caries unos pocos metros delante de ella, levemente doblada bajo el peso de la carga, las huellas de sus botas, sobre las que procuraba ir encajando los propios pasos, y si alzaba un poco más la cabeza con un esfuerzo suplementario, la embocadura del puerto por donde esperaban acceder al monasterio hacia el que se dirigían, renombrada joya arquitectónica del budismo tibetano engarzada en un fértil valle rodeado por cimas de difícil acceso.

Lo que estaban haciendo, llevados de su común afición al arte inspirado en la religión del Sakyamuni, era una escapada poco legal por un área no incluida en su visado, sin el permiso de la oficina de inmigración, pero confiaban con optimismo en no ser descubiertos, ni mucho menos delatados por los monjes.

El todoterreno alquilado en Katmandú con el propósito oficial de visitar Patán, Bhaktapur y otros lugares próximos, les había permitido acercarse suficientemente a su verdadero objetivo. Ahora, convertido ya en un punto apenas visible en la distancia, era la garantía del retorno.

El contraste entre aquellos parajes y las llanuras selváticas de más abajo, con el magnífico espectáculo de los árboles en flor, entre los que destacaba la gloria de los rododendros, la visión subyugante de las grandes cumbres nevadas del Himalaya como un telón de fondo gigantesco para aquel incomparable teatro de eternidad, hacían estallar de gozo y admiración los corazones de ambos jóvenes, que jamás habían experimentado con tal fuerza la bendición de estar vivos sobre la maravillosa Tierra.

La penosa ascensión les ocupó seis largas horas. La niebla se había ido extendiendo hasta envolverles con una espesa capa que limitaba su campo de visión a unos pocos metros. Según sus cálculos tenían que estar ya a poca distancia del ansiado paso, si bien, por la creciente falta de visibilidad, su ritmo de marcha había disminuido.

Un ronco sonido, apenas perceptible al principio, fue aumentado y extendiéndose como el rugido de un monstruo fabuloso de las montañas. Caries se detuvo y quedó rígido, expectante. Aurora se reunió inmediatamente con él. No cabía duda: era una avalancha, pero no podían distinguir de dónde procedía ni en qué dirección iba. Dominados por el pánico, mucho más terrible al no poder ver el agente causante del peligro, miraron en derredor buscando alguna protección tras la que ocultarse.

La entrada del café quedó cubierta por un manto blanco, los objetos desaparecieron ahogados por un mar de nieve desbocada, el estruendo del alud fue substituido por un silencio de algodón, y copiosas lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Aurora... ¡Aurora!, ¡despierta!

El rostro rubicundo y pecoso de Rocío van Hooft fue tomando forma frente a ella. Una mano se agitaba ante sus ojos. Hizo un gesto de saludo y sonrió.

—Estaba con mis neurias, ya sabes. —Tomó una servilleta de papel para secarse los restos de llanto.

—La culpa es mía por retrasarme. Si queremos pasear un poco —recalcó las palabras—, antes de ir al concierto, será mejor marcharnos ya.

—¿No quieres tomar nada?

—Luego, en el Palau.

Poco después ambas jóvenes abandonaban el local escoltadas por varias miradas aprobatorias.

El plan de las dos amigas era ir al Palau de la Música caminando, siguiendo un itinerario que discurría por la calle de la Palla hasta la catedral —pensaban visitarla—, y continuaba luego por Joaquim Pou desembocando en la Vía Layetana. El paréntesis turístico en pleno recorrido no obedecía al deseo de admirar una vez más los tesoros arquitectónicos y artísticos del monumento, que ya tenían archivistas, sino a un mensaje que Aurora había encontrado en su contestador automático transmitido por una voz desconocida con la que se puso luego en contacto sin sacar nada en claro salvo que la cita era muy importante y que debía acudir sin falta. Rocío, que tenía una imaginación muy novelesca, estaba encantada con la aventura y se preguntaba si aquello podía estar relacionado de algún modo con el hombre del tren, cuya historia conocía al dedillo por ser la persona en quien Aurora confiaba más entre sus amigos.

—Podría también ser un engaño para vaciarme el piso —sugirió ésta con prudencia.

—¿Qué hora es? —preguntó Rocío impaciente al llegar a la Avenida de la Catedral.

—Son las siete menos diez.

Aurora, que se había adelantado ligeramente, habiendo comenzado a subir las escalinatas, recordó a su acompañante que sólo la esperaban a ella. Debían ir separadas, correspondiendo a Rocío el papel de espiar desde cierta distancia cuanto sucediera.

Ignorando las zalemas de un par de pedigüños, Aurora penetró en el recinto eclesiástico siendo acogida por un familiar tufillo a incienso y por el agónico brillar esperanzado de cientos de velas color sangre. Instantes después, su amiga asomó discretamente por la entrada opuesta. Como si hubiera estado esperando su llegada, el órgano principal atacó una pieza solemne del padre Tomás Luis de Victoria. No se trataba de ninguna ceremonia litúrgica, sino tal vez del humano deseo por parte del organista de ensayar acompañado por el reconocimiento público.

Grupos y solitarios evolucionaban a su aire mirando en todas direcciones; otros, acaso con más tiempo, habían buscado posturas de reposo contemplativo.

Aurora caminó afectando interés hacia la fachada del coro, como para apreciar el detalle de las esculturas, y fue siguiéndola paso a paso hasta su extremo izquierdo casi cara a la pared. Al llegar al final dobló la esquina entrando en una zona algo menos frecuentada por los visitantes. Frente a ella, siguiendo el mismo contorno, dos relucientes confesionarios se alineaban cortándole el paso; parecían vacíos, con la puerta cerrada y sin fieles aguardando. En el muro opuesto, una sucesión de capillas recargadamente adornadas marcaba el límite de la nave. Entre éstas, casi a su altura, distinguió los dorados adornos del altar dedicado a san Sebastián, protegido por una reja. Miró el reloj, sacó del bolso el sobado libro de Gide, y fingiendo descuido fue a sentarse sobre los escalones de mármol.

Permaneció inmóvil durante un largo intervalo, escuchando los vibrantes sonidos del órgano, que al comparar mentalmente con sus memorias, asimismo retumbantes, de la música religiosa nepalesa, le parecían de una belleza en exceso elaborada y voluntariosa, imbuidos de cierta resistencia a dejarse llevar por el libre fluir del Karma, ansiando en el fondo —y como es notorio en la evolución histórica de Occidente— poder controlar el Destino con sus manos: primero el propio, luego el de los demás.

Mientras así meditaba, Aurora iba observando con disimulo a los pasantes. Una mujer madura de físico poco agraciado y vestida con gusto

monjil vino a arrodillarse en uno de los reclinatorios dispuestos para los devotos del asaeteado santo. Casi podía tocarla con la punta de los dedos. Había juntado las manos y parecía orar ensimismada. El órgano enmudeció de repente. Aurora comprobó que eran las siete en punto. Algunos fieles retrasados fueron llegando para el rezo del Rosario. Con el rabillo del ojo distinguió a Rocío desplazándose con parsimonia por entre los grupos de mirones.

Una voz de barítono la interpeló con cauteloso susurro desde la boca pintada de la beata.

—Usted debe de ser Aurora Quetglás, pues veo en sus manos la contraseña acordada por teléfono. No se moleste, pero personalmente hubiera preferido otro autor en lugar de ese galo pedante... por ejemplo, si le gustan de su quinta, nuestro Pío Baroja, que era anticlerical y además un poco ácrata.

La joven dio un respingo y miró sobresaltada a su travestido vecino. Tras un rápido y suspicaz análisis, se percató de que sus rizos color gris sucio eran una peluca. Agazapada tras los gruesos cristales de unas gafas baratas, descubrió la mirada de unos ojillos porcinos, oscuros y maliciosos.

—¿Me ha citado aquí para ofrecerme lecciones de literatura?

Perseverante en su genuflexión, el ambiguo ser reasumió un aire profundamente pío, poniéndose a mover los labios como si de ellos brotara un torrente de jaculatorias.

—No imagine tal falta de pudor por mi parte, aunque debo confesar que hasta hace pocos años fui profesor asociado de crítica literaria en la Universidad de Salamanca. Renuncié al puesto cuando me vi abocado a funcionarizarme, y sobre todo porque a esas alturas había descubierto (tonto de mí) que la vida, la historia y hasta la buena literatura van por derroteros bastante alejados de las aulas... para mí aquel plato era imposible de digerir... Pero tiene usted razón, no le he pedido que venga a este lugar para exhibir mis deformaciones profesionales, sino por un asunto que me hace estar en constante peligro. Si me reconocieran y nos viesan juntos, tampoco sería bueno para usted.

El comentario no contribuyó a tranquilizar el estado de ánimo de la joven, que no cesaba de reprocharse mentalmente haber hecho caso de llamadas anónimas en contra de toda prudencia y de los siempre menospreciados consejos paternos. El instinto la inducía a salir corriendo sin mirar atrás, pero no lo hizo, pues en el fondo adoraba llevar la contraria —hasta a sí misma—. Haciendo un esfuerzo por sobreponerse, respondió con un hilo de voz.

—Diga lo que tenga que decir y váyase enseguida. Sobre todo sea breve, porque no sé cuánto voy a poder aguantar así.

—Me conviene complacerle —respondió la estantigua—; verá, yo era íntimo amigo y compañero de Caries Grau desde mucho antes que usted le conociese, lo cual, según supe por él, sucedió durante el que resultó ser el último año de su vida, y si bien la relación entre ustedes fue intensa, no era del todo franca por parte de su pareja... disculpe mi brusquedad. Hay elementos fundamentales en la vida del pobre Caries que usted ignora, recovecos personales que mantuvo ocultos en espera, imagino, de mejores tiempos para dárselos a conocer, cosa que por desgracia no será posible... En fin, ustedes nunca llegaron a vivir juntos y se veían con cierta irregularidad, con lo que no fue difícil para él (tal vez un punto esquizoide en su carácter) compaginar sus dos facetas vitales sin que hubiera solapamiento: la del ego belicoso y la del amoroso.

Aurora se percató de que le habían comenzado a temblar las manos. Introdujo la denostada novela en el bolso que yacía a su diestra sobre un marmóreo peldaño, y se inclinó levemente hacia delante cruzando los brazos sobre el regazo.

—¿Qué es lo que me ocultaba?

—No voy a entrar en detalles, ocasiones habrá, espero. Le diré en resumen que tanto Caries como yo éramos y seguimos siendo miembros de una organización radical cuyo objetivo es reventar el tinglado económico-industrial que atenaza y amenaza la vida de nuestro planeta y la libertad de espíritu de los seres humanos...

—¿A cambio del caos y la destrucción?

—Liberarse puede tener un precio muy alto. Para construir a menudo hay que arrasar antes, pero no entremos en esto ahora. Se trataba de ir creando un estado de conciencia ciudadana a través de actos populares, libros, artículos, panfletos... no es que olvidáramos los extraordinarios poderes de la radio y la televisión, pero estas armas no se hallaban a nuestro alcance, ni en las cadenas públicas ni en las privadas. Son tabú, ¿comprende?, están en manos de los partidos políticos y de los empresarios. Respecto a la alternativa de participar en el juego de la democracia, la lección de los partidos Verdes y sus efímeras trayectorias en el seno de sistemas irreversiblemente corruptos, nos parecía muy aleccionadora.

»Tras comprobar la lentitud de nuestros progresos, tomamos la decisión de colaborar con otros movimientos afines que, poco a poco, han ido emergiendo en Europa y resto del mundo, pues lo nuestro es como el doloroso

alumbramiento de una idea que está llamada a ocupar la Tierra, de igual forma como sucedió a finales del siglo XIX con la Internacional Socialista, desencadenante de una implacable oposición por parte de las mismas fuerzas que ahora pueden sentirse amenazadas. Así es como entramos en contacto con GAIA, de la que supongo habrá oído hablar, pero sin hasta el momento haber participado en ninguna de las acciones violentas que se les atribuyen.

»Nos estábamos planteando seriamente dar el gran salto que nos pondría al margen de la ley, cuando tuvo lugar el misterioso acontecimiento que nos ha dejado sin líder: Guifré Faust se volvió majareta. Un buen día empezó a hacer y decir cosas muy raras en nombre de unos extraterrestres y luego desapareció. Antes de esfumarse tuvo tiempo de montar un sonado escándalo en medio de un congreso científico; parece ser que al abandonar el lugar dejó tras de sí unas misteriosas pruebas que apenas nadie ha visto, claro que las autoridades han descartado su autenticidad... vaya usted a saber.

»Acabo de decir que a Guifré Faust se le fundieron las pilas. Tal vez sea un juicio temerario o, si en efecto así fue, quizás hubo en ello una causa suficiente para producir efectos parejos sobre los demás mortales. Le he dado muchas vueltas al tema, créame, sobre todo porque, y aquí se inicia la parte que le atañe más directamente, me ha quedado grabada en la memoria de forma indeleble la discusión que tuve con Guifré a los pocos días del suceso (como solía llamarlo), mientras tomábamos café en el jardín del Ateneo Barcelonés.

»Aquella mañana Guifré me reveló sus recientes experiencias, pues llevábamos casi un mes sin vernos y el teléfono es un vehículo de comunicación limitado.

»Aparte del mensaje espacial recibido en fechas previas (ya por mí conocido), acababa de llegarle otro terrestre, esta vez por correo certificado desde Bruselas, en un voluminoso sobre —señaló su cartera de mano junto a la mesa—, que me pidió ocultara en el piso de Caries.

»Este lugar, no extraño para usted, había sido alquilado por nuestro grupo para usarlo en reuniones minoritarias, y desde hacía algún tiempo Caries habitaba allí. Sólo él, Guifré y yo teníamos copia de la llave, siendo también los únicos en saber del escondrijo donde guardábamos documentos, dinero y algún arma.

»A1 inquirir sobre el contenido del sobre, la expresión de mi amigo se ensombreció a la vez que su mirada, con aquellas peculiares pupilas color verde pálido, adquiría un intenso brillo. Recuerdo que me agarró del brazo

con repentino impulso y, observándome fijamente, exigió una total reserva sobre lo que me iba a confiar.

»“Tengo la certeza de que un poder exterior ha decidido utilizarme —dijo—, he sido elegido, seguramente para mi desgracia, como testigo de cosas que unos pocos, muy pocos, ocultan a los demás habitantes de la Tierra. No comprendo por qué he de ser yo, pues resulta evidente que mis medios son muy limitados, que otros podrían hacer mucho más”.

»A continuación me explicó a grandes rasgos el contenido del sobre, de cuya autenticidad estaba seguro, pues se trataba del segundo fenómeno inexplicable que le sucedía en poco tiempo, revelando así, aseguró, un orden premeditado detrás del aparente absurdo.

»Se trataba de un documento de trabajo fotocopiado donde podían distinguirse las siglas de la Unión Europea, si bien esto no probaba nada. Estaba redactado en francés, pero a ojos de cualquier experto podía notarse que se trataba de la traducción de un original en inglés.

»El texto exponía de forma muy neutra un plan para resolver (“respuesta técnica” era la expresión) el acuciante problema del crecimiento demográfico en África, América Latina y Asia, cuya presión migratoria se perfila, todos sabemos, como una amenaza terrible para las naciones prósperas. Esta respuesta se dejaba caer en una nota a pie de página, podría extenderse de forma puntual a otros lugares donde fuera necesaria.

»El vehículo milagroso de tal terapia era designado con un nombre de tres letras: RIP, probablemente significando en el original algo así como *Responsible Investment in Population*, pero propicio a incómodos matices de interpretación. Por lo visto el RIP es un agente químico, producto de la tenaz investigación de equipos de científicos mimados por el Estado, que se incorpora a los organismos por vía respiratoria, y que afecta de modo casi selectivo a los seres humanos. Además, fuera de un medio favorable pierde su efectividad a las pocas horas (por ejemplo, en la atmósfera). Otra característica de la sustancia es que una vez asimilada no produce contagio. Tampoco afecta apenas al estado general de salud del huésped.

»Quedaba un detalle, eso sí, que hace del RIP un ente indeseable o todo lo contrario, pues induce esterilidad hereditaria por vía genética.

»Resultaba sencillo imaginar silenciosos, gráciles planeadores, perforando la tranquila noche estrellada, sobre los tejados de las pobres chozas en zonas rurales densamente pobladas, o por encima de las barracas llenas de agujeros en los míseros suburbios interminables de las grandes capitales, pulverizando nidos desde el aire, como quien lucha contra el pulgón.

»Unos cuantos estudios previos permitirían elaborar una estadística que optimizara dosis y eficiencia. En el fondo sería un acto humanitario: sin sufrimientos, nada de muertes violentas a manos de comandos urbanos, ni desagradables abortos, permitiendo una vida mejor a los descendientes de los no afectados (¿20% en los arrabales, 100% en las áreas pudientes?, la investigación estaba en marcha); sin duda los planificadores sociales podrían estar interesados.

»Acompañando el *dossier*, una hoja de papel reciclado pulcramente mecanografiada, indicaba el día, lugar y hora donde un puñado de altos funcionarios de diversas nacionalidades iban a reunirse discretamente en las afueras de Madrid. Se trataba de aprovechar que, para esas fechas, la atención mundial estaría centrada en Nueva York, donde iba a celebrarse una Asamblea General de las Naciones Unidas para tratar de definir una política coordinada que fomentara el progreso económico de los países menos favorecidos, sin duda los últimos en creérselo. Faltaban dos meses y, como de costumbre, a Europa le tocaba bailar con la más fea.

»Guifré estaba muy preocupado, no sólo por las sórdidas propuestas almacenadas en su cartera, sino porque había cometido el grave error de mencionar aquellos documentos a uno de sus contactos de GAIA, antiguo objetor de conciencia enviado años atrás a Bosnia-Herzegovina y maleado en medio de tanta desgracia.

»Dos días después, al poco de levantarse, le vinieron a visitar tres personajes en un Suzuki todoterreno. Se pusieron muy pesados pidiéndole ver los papeles, pues sin duda serían de gran utilidad para su organización.

»Para entonces Guifré tenía ya madurado su plan (como pude comprobar pronto), pensando que era mejor no compartir su valiosa información más de lo que había ya hecho, en espera de futuros acontecimientos, cuando tal vez le pudiera ser útil, y preparar cautamente una sonada denuncia tras haber recogido más pruebas.

»Inesperadamente, sus visitantes se tornaron impacientes y amenazadores, exigiendo lo que habían venido a buscar. Entonces Guifré, fingiendo que claudicaba, se dirigió a la mesa de su despacho, extrajo del cajón una pistola y les obligó a largarse a toda prisa.

»Tal era la causa de las ansias de mi amigo por deshacerse del portafolios. Su confianza en GAIA empezaba a tambalearse y temía que hubiera infiltrados entre sus filas. La mañana siguiente, después de entonar el canto del cisne en Montjuich, desapareció.

»Desde la fuga de Guifré, me encuentro como desamparado. Echo a faltar la energía que nos comunicaba con su entusiasmo. También la pérdida de Caries me afectó... entre los tres formábamos un equipo muy bien avenido, con las ideas claras. Lo que resta de nuestro grupo son individuos sin duda de valía, pero necesitados de una autoridad que obedecer ciegamente, es decir, algo fanáticos. No sé si podría mantenerlos unidos.

La figura arrodillada interrumpió por unos momentos el borbotón de palabras para extraer del bolsillo de su chaqueta un pequeño envoltorio que, con hábil movimiento, dejó caer cerca de los pies de Aurora. A continuación reanudó el monólogo.

—No tardé mucho en percatarme de que me seguían. Mi casa está vigilada, y este trquito del disfraz no es para ser repetido a menudo. Le acabo de arrojar las llaves del piso de Caries envueltas en un papel con las instrucciones para dar con el lugar donde oculté el sobre. Sigo sin ver nada claro este asunto, y el singular interés que cierta gente parece tomarse en su desarrollo... pero el caso es que ayer al anocheecer intentaron meterme a la fuerza en un coche. Como resultado he decidido ausentarme yo también de mi domicilio.

»Por la memoria de Caries, le suplico que esta misma noche vaya a recoger todos los documentos y los guarde en su casa hasta nuevo aviso..., salvo si me sucediera algo. Entonces póngase en contacto inmediatamente con la prensa independiente (será poco trabajo), y hágales llegar la carta de Bruselas para que investiguen el asunto. En la nota de las llaves tiene un nombre y un teléfono...

Aurora experimentaba la sensación de volver a protagonizar un mal sueño, un tipo de lance en que últimamente se veía envuelta con lamentable frecuencia.

—¿Cómo voy a saber si le ha pasado alguna cosa?

—¿Tiene contestador automático?

—Sí.

—Cada noche llamaré por teléfono entre las nueve y las diez. Diré: hola, soy Pablo, y colgaré, salvo que haya algo especial por comentar. Si no llamo durante tres días seguidos, proceda como le he indicado. Bien, esto es todo, señorita, ahora debo marcharme. Le deseo tanta suerte como a mí mismo. Confiamos en usted, no nos defraude, por favor.

Aurora debió contenerse para no contestar a gritos.

—Me hace gracia, ¿cómo puede esperar que haga lo que me pide? No me atraen las intrigas policíacas, búsquense otra pieza más dócil.

El otro no pareció inmutarse en absoluto ante la negativa.

—En el escondrijo hay algunos fragmentos de diario escritos por Caries que pueden interesarle muy personalmente, también hay un buen fajo de billetes, puede guardarlo, pero no lo gaste todo. Además hay una hermosa fotografía de usted con su nombre y dirección anotados en el reverso, no estará mal recuperarla. Repito lo dicho, confiamos en usted, ayúdenos en nuestra lucha, no le pediremos nada más.

Dicho lo cual se persignó y, tras incorporarse con fingido esfuerzo, se dirigió con pasos algo vacilantes hacia el portal de madera que daba a la calle Comtal.

Cuando Rocío se acercó a Aurora con expresión interrogante, un solo comentario afloró a los labios de la joven:

—Esta noche no iré al concierto.

VIII

NO DIGAS NUNCA JAMÁS

Tienen las Ciencias Naturales para divertirse...

JOSÉ DE MAISTRE

Uno de los rituales que Marc Faust practicaba regularmente cada mañana al entrar en su despacho consistía en sentarse frente a la pantalla de su ordenador y revisar el correo electrónico.

Ocupaba un habitáculo rectangular de unos veinte metros cuadrados de superficie, con paredes color sepia desvaído ocultas en su mayor parte tras armarios, estanterías repletas de libros y archivadores. En un rincón, una pequeña mesa circular y un par de sillas sucumbían habitualmente bajo el peso de innumerables revistas y papeles de todo tipo. Frente a ellas, cubriendo un pedazo de muro virgen, una pequeña pizarra Veleda exhibía sobre su blanca tez misteriosos dibujos multicolores y signos enrevesados que acaso pretendían desvelar íntimos secretos del Universo. Dos ventanas más bien exiguas, provistas de persianas giratorias, dejaban pasar el cercano ronquido del tráfico y la remota claridad solar.

Cuando el listado del correo fue apareciendo, Marc comprobó con satisfacción que por fin su amigo Charles P. Defoe había respondido a su llamada. Faltaba por ver en qué términos.

Marc había tenido ocasión de conocer a Charles durante sus años en Estados Unidos. Ambos habían compartido los estudios de postgrado y realizaron sus tesis doctorales en el seno del mismo grupo de investigación. Cuando Marc volvió a Europa, su compañero —tipo brillantísimo en todo lo referido al espacio exterior— había ya encontrado colocación en la NASA y participaba en un proyecto para explorar Saturno y sus satélites mediante un nuevo vehículo espacial en vías de desarrollo.

Desde entonces la posición de Charles P. Defoe había progresado rápidamente, y en la actualidad casi se codeaba ya con los que «tomaban decisiones».

Marc seleccionó el mensaje y en breves segundos tuvo ante sus ojos el texto completo:

Querido Marc, las coincidencias son siempre un poco inquietantes, pero la historia que me has contado parece un ejemplo arquetípico de las viejas teorías con que Jung y Pauli coquetearon conjuntamente. En efecto, gracias a ciertos contactos, me consta que se ha estado analizando de manera exhaustiva el objeto que tu hermano gemelo (¡vaya una sorpresa, nunca me hablaste de él!) sacó a la luz. Esta información es confidencial y te pido que la borres en cuanto la recibas. En resumen: se trata de un material completamente desconocido para nosotros, que además resulta imposible de analizar. Es demasiado duro para conseguir el más mínimo fragmento, tiene una densidad media muy superior a la de los elementos de la Tabla Periódica, no puede ser atravesado por ningún tipo de radiación disponible en nuestra tecnología, su forma es de una esfericidad perfecta y el relieve superficial tiene un aspecto completamente uniforme hasta la centésima de miera. Los especialistas están perplejos.

Esto es lo que se les ha comunicado al Pentágono y a la Casa Blanca, que parecen tener un enorme interés en el asunto. Para añadir más pimienta a este cocido, existen rumores, aún sin confirmar, de que hay un plan para valerse del inminente envío de una sonda a Plutón, que luego pasará al exterior del Sistema Solar, y meter de polizón en la nave al incómodo mineral que nos ocupa. Se desconoce de momento la causa de tal decisión —en caso de que lo anterior sea cierto—, pero indicaría que quienes están mejor informados tienen ganas de deshacerse, por alguna razón oculta, de ese pedazo de materia interplanetaria.

Espero que me mantengas informado de las novedades que puedan surgir sobre tu hermano y todo este asunto increíble allá en las riberas del Mediterráneo. Por mi parte intentaré hacer lo mismo con toda la discreción que espero también de ti.

Mis mejores deseos,

CHARLES

Marc procedió diligentemente a borrar la misiva de la memoria del ordenador central, echó hacia atrás la silla, estiró las piernas y, después de entrelazar las manos sobre la nuca, se puso a reflexionar sobre los acontecimientos en una de sus posiciones favoritas.

Gracias al correo recién recibido, parecía disponer por vez primera de una información sincera y auténtica. Hasta entonces todos sus esfuerzos habían sido vanos.

Tras superar la traumática experiencia del rapto —cuando junto a una parada del Metro fue engañosamente invitado a subir al auto que ocupaban su hermano y un desconocido el día fatídico del Congreso Internacional de Astrofísica—, Marc Faust había indagado con profundo interés en los acontecimientos sucedidos aquella jornada.

Merced a su relación con varios de los asistentes a la conferencia, pudo conocer de primera mano un buen número de versiones que, al contrastar entre sí, no arrojaron diferencias apreciables.

Desde el suceso se habían publicado en determinados periódicos sensacionalistas algunas síntesis incompletas del «Ultimátum de Montjuich», como, con cierta sorna dubitativa, se había bautizado periodísticamente a los pliegos caligrafiados cargados de amenazas y exigencias, obra de Guifré. En ellos se demandaba una serie de medidas que un sentido moral estricto aprobaría sin duda con entusiasmo, pero que carecían de futuro frente a la sensibilidad eminentemente práctica del mundo real, que deploraba y escarnecía con los hechos tal utopía. Por otra parte, los portavoces gubernamentales y medios de comunicación complacientes se habían encargado de propagar opiniones tranquilizadoras según las cuales la carta era obra de un loco y las pretendidas fuerzas destructivas quedaban concentradas en una mera esfera de plomo.

Estas versiones aclaratorias, combinadas con el infalible efecto del paso del tiempo —panacea de los políticos—, alejarían pronto toda nube de inquietud de ese ente dúctil y maleable llamado opinión pública.

Pese a sus esfuerzos, Marc no pudo tener acceso a ninguna de las pruebas —seguridad, decían—, y debió contentarse con la verborrea oficial, o al menos eso aparentó hacer, pues para sus adentros estaba inquebrantablemente decidido a llegar hasta el fondo de la cuestión, como si se tratase de uno de esos difíciles problemas matemáticos a los que era tan aficionado.

Merced a su amistad con un geólogo de peso, catedrático de la Universidad Autónoma, pudo saber finalmente el destino de la pretendida

bola de plomo, con cuya verdadera naturaleza los laboratorios que habitualmente colaboraban con las fuerzas de seguridad no lograron atinar. En vista de ello, las altas esferas habían informado confidencialmente a sus equivalentes en altura de algún estado miembro de la OTAN, con lo que tras nuevas consultas y discretas visitas de técnicos de toda confianza, se adoptó la decisión —los de allá— de enviar el prodigioso mineral a los cuarteles generales de la potencia hegemónica para su estudio y aprovechamiento. Como es lógico, Marc no tuvo acceso a los detalles, pero cuando conoció con certeza el destino manifiesto del objeto que un día ocultó en el portafolios, probó fortuna apostando por su informador más seguro. Acababa de comprobar que había acertado, y es que en la vida, como en el fútbol, los postes también juegan.

El sonido lacerante del teléfono le depositó sin piedad en el ahora inmediato. Recobró su posición original y alcanzó el aparato con desgana.

—¿Dígame?

—¿Marc? —preguntó una voz nerviosa que no osó reconocer a la primera.

—Sí, soy Marc Faust, ¿quién habla?

—Soy Guifré. Necesito verte urgentemente. Te llamo desde una cabina y no me quedan monedas. Te espero esta noche a las ocho y media en la última fila del cine Verdi, sala I. Ven solo. Trae contigo un manojito de llaves que encontrarás envuelto en tela negra dentro de la caja del piano en casa de nuestros padres: recuérdalo, es muy importante. No le hables a nadie de esto. Procura taparte la cara de algún modo, maquíllate, ponte una barba postiza o algo... nos parecemos demasiado y me están buscando por todas partes, ya te explicaré.

Aquí la comunicación se cortó, probablemente por falta de fondos.

Marc colgó mecánicamente el auricular sin salir todavía de su asombro. Si bien había estado pensando en su hermano, no podía ni soñar que fuera a recibir una llamada suya, sobre todo siendo sus relaciones de casi total ignorancia mutua —y después del último *affaire*, más bien hostiles por su parte—, hasta el punto que ya se había hecho a la idea de que nunca más iban a hacer nada en común, salvo asistir pesarosos algún día al entierro de sus padres y repartirse luego la herencia.

Por otra parte, que Guifré recurriera a él significaba que debía estar en las últimas, sin recursos, tal vez en una situación de verdadero peligro. Según sus propias palabras le estaban buscando por todas partes, pero posiblemente esto llevaba sucediendo desde su desaparición. Todo era posible, en efecto, como

también lo era que si transigía con las apelaciones de su hermano se metiera en un lío de mil demonios, acaso con riesgo de su carrera, por no mencionar la familia o su propia vida. Una cosa era hacer investigaciones sobre el asunto por el que acababa de recibir el correo electrónico —cuyo móvil último no dejaba de ser un prurito personal—, y otra era ponerse a jugar a los detectives apostando en ello el pellejo. Claro que Guifré no dejaba de ser su hermano gemelo, el compañero de juegos de su infancia, una de las dos pupilas idénticas con que sus progenitores miraban ilusionados hacia la vida cuando sólo eran meras promesas de un futuro que luego se les oscureció con matices de decepción..., sobre todo debido a Guifré. Cuán absurdo y cuán triste el pensar que ahora se habían casi convertido en dos extraños, tal vez por sus talentos distintos y las largas ausencias, la incomunicación y la pereza. Desde su matrimonio con Neus las cosas habían empeorado —fundamentalmente por culpa de su hermano—, y en los últimos tiempos se habían rehuído abiertamente.

Fiel a su método, Marc se esforzó en tratar la decisión que debía adoptar con la mayor frialdad y lógica posibles. Se fue extendiendo en consideraciones favorables y contrarias que no le llevaron a ninguna parte, hasta que asumió con resignación que su *alter ego* irracional —nunca del todo reprimido y anulado— era el único que esgrimía argumentos válidos: acudiría a la cita, pero sólo para informarse de lo que pasaba.

Su primera medida fue llamar a la secretaria del Departamento para excusar su asistencia a una reunión rutinaria donde todo cuanto se debía acordar había sido ya pactado por unos pocos en pasillos y despachos, siempre los mismos demócratas. Se notaba presa de un cosquilleo poco habitual, como esa excitación que se dice experimentan los aventureros de vocación —Massagran, por ejemplo— al embarcarse en una de sus empresas y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió incapaz de permanecer sentado ante la consola de su ordenador o leyendo un artículo sobre las «enanas marrones». Aquel día no tenía clases. Decidió salir a desayunar y no volver. Al abrir la puerta se detuvo, volvió sobre sus pasos y extrajo de lo más hondo de un cajón de su escritorio unas gafas ahumadas con montura de concha que prestaba en ocasiones a los alumnos de prácticas cuando hacían mediciones del espectro solar; después apagó la luz, cerró con llave y sus pasos se perdieron por el corredor.

IX

LA ACCIÓN DE GRACIA

El último guión en el que he trabajado, pero que nunca podré realizar; descansa sobre una triple complicidad: ciencia, terrorismo, información.

LUIS BUÑUEL

Llovía, la mañana límpida se había pervertido de manera inapelable hasta quedar convertida en una tarde nublada y ventosa. De las zonas altas de la ciudad fluía una encrucijada de pequeños torrentes que descendían impetuosos hacia el mar pese al desgaste debilitador de las bocas de los desagües.

Chapoteando como un animal anfibio que arrastrara la corriente, el aerodinámico cinco puertas conducido por Marc fue recorriendo de arriba abajo la longitud de la calle Verdi. Pocos metros más allá del venerable local que alimentara generaciones de cinéfilos, encontró un hueco donde aparcar, cosa que hizo con notable pericia.

Faltaba casi media hora para el momento de la cita, pero ya se le habían terminado los recursos con que matar el tiempo, así que decidió entrar a ver la película, fuera la que fuera, hasta que llegase su hermano.

Volvió a palpar por fuera el bolsillo de su chaqueta, sintiendo el bulto del llavero que había rescatado del interior del piano familiar aprovechando la proverbial hora de descanso a que sus progenitores se entregaban tras cada sobremesa. Antes de proceder al registro, se había sentado en un sillón del salón, contemplando en soledad aquel entorno apenas cambiado que guardaba mágicamente muchas horas de su pasado, como si fuera un cofre cuyas paredes opacas tuviesen para él un don de transparencia. Los cuadros, las lámparas, los libros de los anaqueles, el piano... (se vio con diez años encorvado sobre las teclas, luchando con un vals de Prokofiev). Sí, para Marc

era posible ponerse melancólico, sentimiento que últimamente iba haciéndose más habitual en su vida, acaso por la consciencia, que crecía lentamente, como un árbol, en su interior, de que con el transcurrir del tiempo lo único que nos queda es una amarga sensación de pérdida irreparable..., bueno, quizá no a todos, sólo unos pocos afortunados se libran, los que de algún modo resisten la erosión del espíritu transformándose en viejos hermosos..., y aquí la ciencia de cada uno cuenta poco o nada, contrariamente al amor que se lleve dentro.

Por alguna causa aún no del todo clara —apenas intuía que empezaba a abrirse paso en su mente, pues aún estaba oculta tras la espesura de las ideas y los prejuicios—, Marc sentía vacilar la anterior fe inquebrantable en sus propios planteamientos: al fin, como si estuviera descubriendo la duda metafísica, o eso que los existencialistas bautizaron como angustia vital. Tal vez tuviera ya programado en los genes que en un determinado momento de su evolución vital se empezara a plantear si tenía alguna trascendencia que el Universo estuviera en expansión cíclica o perpetua, frente a cuestiones más inmediatas y acuciantes. No es que el problema pudiera compararse a las polémicas medievales sobre cuántos ángeles cabían en la punta de un alfiler, pero su comprobación indudable era de momento igualmente etérea. La importancia de pensar en estos temas y en otros semejantes seguía pareciéndole indiscutible, pero acaso podría dudarse sobre la conveniencia de consagrar *toda* la vida a eso, renunciando a poder desarrollar las distintas vertientes de la propia personalidad, un poco al modo renacentista. Si alguien le hubiera asegurado por aquel entonces que los sistemas de educación contemporáneos buscaban más bien fomentar la limitación del hombre a un solo horizonte automático de comportamiento, y no la exploración de todas sus facultades como individuo irrepitible, con el único interés de crear con esa descarada política eficientes instrumentos de producción y consumo, entonces Marc se hubiera sentido molesto ante la debilidad recién desvelada de los propios argumentos que hasta poco antes había aceptado como artículos de fe. Claro que después nos cuentan que somos demasiados —se decía al meditar en el fracaso a todas luces evidente del modelo que se había impuesto desde las alturas—, ¿cuántos pueden luego obtener trabajo?, y entre ellos ¿cuántos pueden elegir y hacer lo que les gusta?, una exigua minoría, los espacios rurales se han vaciado, en las megápolis hay lugares donde casi no se puede salir a la calle, se sobrevive en hormigueros crispados, el gran jefe Seattle nos leyó el futuro..., ¿qué opciones hay...?

El sugestivo perfil de una apresurada paseante sin paraguas distrajo a Marc de sus meditaciones. Tras seguirla unos instantes con la mirada recordó su propósito inicial.

Una rápida carrera le puso a cubierto junto a la taquilla del cine. Miró en derredor para averiguar qué echaban —llevaba dos meses sin ver una película—, y al fijar la vista sobre los anuncios descubrió con sorpresa que en la sala I se proyectaba la nueva versión de un antiguo filme que viera una sola vez —y con gran gozo— en la televisión, durante su infancia pianística: *Los cinco mil dedos del doctor T*. La proyección no había comenzado.

Una vez adquirido su billete, fue a instalarse en el centro de la última fila de butacas mientras medio se tapaba el rostro con una mano fingiendo frotarse la frente, actitud que no le impedía atisbar por entre las rendijas que dejaban abiertas sus dedos.

Se inició el programa. La sala estaba aún casi vacía; por los pasillos seguían entrando grupos de espectadores caminando con parsimonia. Desde la pantalla, una retahíla de anuncios exultantes de luz y sonido abrumaba sin piedad las retinas y los tímpanos indefensos del respetable. Afortunadamente, el bombardeo cesó pronto y pasados otros cinco minutos comenzó la película.

Iban todavía por los titulares cuando alguien le tocó el hombro, al tiempo que un susurro emitido a sus espaldas preguntaba:

—Marc, ¿eres tú?

Marc asintió con la cabeza, tras lo que el otro vino a sentarse a su lado. Le lanzó una mirada inquisitiva que, debido a la oscuridad imperante, no dio apenas resultados salvo distinguir el perfil de una boina sobre la piel brillante de un cráneo pelado. Si no hubiera reconocido previamente la voz de su vecino, se habría llevado un buen sobresalto. Eran los únicos ocupantes de la fila, excepción hecha de una acaramelada pareja de novios, sentada en el extremo derecho, que no parecía mostrar gran interés por la proyección. Marc se inclinó ligeramente hacia Guifré y se cubrió la boca para hablar.

—¿Qué has hecho con tu pelo?

—Cambiar de imagen, te aconsejé que hicieras lo mismo.

—¿Raparme yo?

—Eso no, porque volveríamos a ser iguales, pero algo que nos modifique completamente el aspecto, que no se parezca al de nuestras fotografías.

—Aún no he hecho nada, tengo unas gafas ahumadas que no me han servido de gran cosa, porque se ha puesto a llover. De todos modos tu camuflaje sólo sirve para llamar más la atención.

—Como raro tal vez, pero no como Guifré Faust.

¿Has traído las llaves? —El tono de su voz se hizo apremiante.

—Sí, las tengo conmigo. —Le pareció oír un suspiro de alivio.

—¡Pásamelas!

Marc se hurgó el bolsillo y entregó lo pedido mientras alguien de delante siseaba reclamando silencio. Agarró nervioso el brazo de su hermano echándole el aliento en la oreja.

—Baja la voz, animal. Quiero que me expliques lo que sucede, dime quién te persigue. Me tienes sobre ascuas.

—Te lo contaré todo, pero no en este lugar lleno de gente. Voy a salir, no tengas prisa, puedes quedarte hasta que termine el programa, entonces dirígete con discreción al número seis de la calle de las Guillerías, está aquí al lado, da a la plaza del Diamante; busca el segundo primera en el portero automático y da tres timbrazos; cuando llegues a la puerta llama con la mano otras tres veces.

Allí hablaremos tranquilos, hasta luego. Sobre todo asegúrate de que no siga nadie. —Y mientras terminaba de mascullar estas frases se puso en marcha dejando a su interlocutor con la boca abierta.

La mirada de Marc tornó a encontrarse con la pantalla; allí un piano interminable era acariciado por infinitas manos infantiles, y en unos breves instantes de delirio pensó ver a todos los niños del planeta, pulsando inocentes las primeras notas armoniosas de sus jóvenes vidas, bajo los dictados de un tiránico impostor —¿la Escuela?—, que ambicionaba controlar su incipiente inspiración hasta el final de sus días. Volvió a sorprenderse de que le asaltaran parecidos pensamientos, y se dijo con dolorida certidumbre que desde el incidente de su rapto había perdido buena parte de su anterior serenidad o, tal vez, las inhibiciones que otrora cubrieran su espíritu crítico con un velo de tibieza se estaban desvaneciendo.

Los hechos se habían confabulado para que no pudiera gozar de aquella inesperada oportunidad de reencontrarse con la infancia, la ansiedad pesaba demasiado sobre sus nervios, le cosquilleaba todo el cuerpo y se revolvía en la butaca con creciente malestar, como si estuviera sentado sobre un hormiguero de la especie más malévola. Sólo tenía ganas de que terminara la película para poder salir tras los pasos de su hermano. La situación empeoró cuando dos espectadores rezagados vinieron a instalarse en su proximidad, provistos de sendas bolsas rebosantes de palomitas, que masticaban y deglutían al unísono con sonidos propios de roedores. Decidió no esperar más, se levantó medio a ciegas y se orientó hacia la salida.

Entretanto, a sus espaldas, los esclavizados niños preparaban la rebelión victoriosa mientras fingían escuchar con el debido respeto a su maestro.

X

MENTE Y MATERIA

El pensamiento es una entidad de interacción universal de igual categoría que la electricidad o la gravitación.

V. A. FIRSOFF

Cuando Marc estaba atravesando el vestíbulo del cine en discreta retirada, se topó con cuatro de sus alumnos que le saludaron animadamente. Les correspondió esbozando una sonrisa de conejo y después de mirar su reloj de pulsera, afectando llevar prisa, salió de allí con paso rápido. Había cesado de llover. Vagamente molesto por el encuentro, caminó por las encharcadas calles mirando con frecuencia hacia atrás y repartiendo encubiertas ojeadas desde las esquinas. Se dirigió a la plaza del Diamante, testigo, como todo el barrio, de lejanas gestas libertarias, y nunca libre del todo de esa pátina de mugre y dejadez que acompaña como un mal aliento los viejos enclaves proletarios. El lugar estaba poco concurrido, sólo se veía un grupo de jóvenes en un banco compartiendo una litrona y una vieja paseando un perro tan anciano y achacoso como ella.

Poco después Marc se encontraba frente al portero automático del número seis de la calle de las Guillerías: un feo edificio de cuatro pisos, sucio y destartado, con ventanas despintadas y recuerdos de pájaros en los balcones. Una vez le fue franqueado el paso desde arriba, Marc ascendió por una estrecha escalera mal iluminada cuyo aspecto no desentonaba en absoluto con el exterior. Llegó al segundo primera y dio con los nudillos tres golpes en la puerta. Se percató de que le observaban por la mirilla y acto seguido Guifré le abrió con expresión grave, cerrando rápidamente en cuanto puso los pies dentro del piso. El recién llegado echó una mirada curiosa en derredor. Vio un corto pasillo con paredes empapeladas a base de motivos florales, que servía a la vez de recibidor —un perchero hacía guardia junto a la entrada— y que

desembocaba en una estancia a la que llegaron en cuatro zancadas. El cuarto, sin duda utilizado para reuniones, estaba amueblado parcamente con una mesa rectangular y varias sillas plegables de madera, que se repartían en desorden a su alrededor. Una capa de polvo cubría las superficies contribuyendo a infundir al lugar un aspecto de destartado abandono. Los muros, pintados de blanco muchos años atrás y con numerosas desconchaduras, bostezaban por enmarcadas aberturas que conducían a otras habitaciones interiores. La única luz, a falta de ventanas, provenía de una bombilla desnuda que colgaba del techo en el extremo de medio metro de amarillento cable eléctrico.

—Pasa, pasa —le alentó Guifré adelantándose hasta el otro lado de la mesa—, nos instalaremos en el estudio, aquí hay demasiada suciedad.

Dicho lo cual penetró en la pieza de la derecha sin aguardar a su acompañante.

Marc siguió como en sueños a su hermano con los ojos fascinadamente fijos en su afeitado cogote. Desde el umbral contempló un acogedor nido de rata de biblioteca, con las paredes atestadas de libros; en el rincón más alejado, un escritorio de madera sobre el que se abría un mísero ventanuco, un ordenador en la esquina opuesta, una gruesa alfombra, dos cómodos sillones y una mesita entre ambos. El espacio era el justo para contener aquellos objetos, permitiendo experimentar a quien lo disfrutara en soledad un reposado sentimiento de seguridad uterina. No se percibía allí ni la mugre ni el desorden de la otra habitación. Encima del escritorio yacía un sobre abierto con el contenido amontonado a su lado. Guifré se había sentado en uno de los sillones cruzando las piernas, y esperaba a que Marc se instalara frente a él.

—Te habrá parecido todo muy misterioso, ¿verdad? Ahora podrás comprender por qué te cité aquí al lado, en el cine Verdi. Pude verte llegar desde la ventana de un café, y de paso pude comprobar que no te seguía nadie: continúas siendo inconfundible, no has cambiado en nada, creo que ni de ropa.

Marc tomó asiento sin premuras, enfrascado todavía en la exploración interesada de su entorno. Finalmente, sin aparentar haber reparado en las palabras recién pronunciadas, concentró su atención en la figura fraterna mientras su retina terminaba de procesar una fugaz imagen de las obras completas del poeta Eliot encuadernadas en cuero. Se sentía interiormente irritado y no intentó disimularlo.

—Ignoraba que tuvieras un piso en esta parte de Barcelona, aunque no debería sorprenderme, pues es evidente que desconozco muchas cosas sobre

ti... Pero volvamos al tema por el que me has atraído a este lugar. ¿Sabes que me tienes algo quemado?, primero me haces ir a ese cine, luego, cuando parecía que estabas a punto de explicarme tu situación de hombre acosado aprovechando la intimidad de la sala, me invitas de repente a que vea solo la película y desapareces en la negrura tras darme otra cita. Desearía saber qué nueva sorpresa me tienes preparada.

Guifré emitió una corta y jovial carcajada.

—Disculpa mi comportamiento, pero tengo buenas razones. Si ahora nos encontramos en este piso es porque voy a utilizarlo durante algunos días como escondrijo. En la cocina hay provisiones para aguantar varias semanas; además estoy sin blanca y aquí tengo guardado un buen montón de dinero que voy a necesitar. Creo que nunca te había solicitado favores, pero esta vez me queda uno por pedir, aparte de tu cómplice silencio, con el que cuento. Se trata de que entres en contacto con cierta persona cuyos datos te daré y le entregues unos documentos —hizo un gesto con la cabeza hacia la mesa— que deberían ver urgentemente la luz pública.

Marc, hundido muellemente en su poltrona, experimentaba encontrados impulsos de generosidad y mesurada prudencia.

—Puede que haga lo que pides si antes me cuentas la historia de tus malandanzas.

—¿Por dónde empiezo?

—Me has dicho que te persiguen, ¿quiénes son?

—Nuestra policía y los servicios de inteligencia del Ejército; además, me temo, cierto grupo algo mesiánico llamado GAIA, finalmente un misterioso poder, yo diría que *externo*, que parece estar utilizándome como intermediario entre él y nuestra especie. No sé si hay otros.

—¿Otros perseguidores?

—No, otros intermediarios. Me gustaría conocerlos para no sentirme tan solo.

Marc intentó percibir algún destello peculiar en la mirada de su hermano, algún gesto, guiño o tic característico que delatara íntimos desarreglos mentales, pero su expresión era normal, sin cambios que contrastaran con la imagen almacenada durante años en su cerebro. Optó por ignorar momentáneamente sus extravagancias.

—¿Has estado ocultándote desde tu huida del congreso de Astrofísica?

—Sólo parte del tiempo. Al principio estuve con algunos amigos cerca de Olot, luego pasé a una urbanización en Port de la Selva, y en ese pueblo me trincaron cuando estaba tomando un aperitivo frente al mar un día que cedí a

la tentación de salir a tomar el sol. Después de mi captura me tuvieron varios días encerrado en una masía, sometido a todo tipo de interrogatorios. Al principio intentaron engañarme diciendo que nuestro padre había dado su consentimiento para que me internaran en una casa de salud, pues ya tenían decidido trasladarme a un lugar donde pudiera ser tratado con suficientes medios por algunos médicos, psicólogos y otros especialistas. Se llegó a hablar en mi presencia de la visita de un colega del otro lado del Atlántico. Pronto mis peores sospechas se confirmaron: aquella gente no tenía intención de liberarme por un buen rato, y lo que era peor, se ocultaba al público que yo estuviese detenido; oficialmente me hallaba en paradero desconocido...

—Una cosa que no comprendo —interrumpió Marc— es por qué te fuiste en lugar de permitir ser capturado en el mismo Palacio de Congresos delante de todo el mundo. Si lo que buscabas era publicidad y hacer unas determinadas proclamas, era el mejor sistema para lograrlo, hubieras podido hablar con la prensa hasta cansarte.

Guifré hizo un gesto afirmativo con la cabeza antes de responder.

—Verás, en primera instancia tuve miedo a entregarme, pero luego, ya huido, pensé que quien se expone a la avidez de los periodistas hablando de cosas maravillosas o de cosas terribles arde como una bengala: la gran noticia estalla en el aire cual erupción luminosa que rápidamente se apaga precipitándose luego hacia tierra hasta caer en cualquier lugar, olvidada de todos. ¿Qué fue?, nadie, otro orate, un nuevo inventor del movimiento perpetuo, de la fusión fría, otro que ha visto un OVNI. En mi opinión es mejor cultivar el misterio. Desaparecí, mi mensaje quedó, aunque haya sido desmentido, reprimido. Colocaron una tapa hermética sobre una olla en ebullición, para que no salga el humo, pero bajo ella el fuego arde y puede hacerla reventar, no está extinguido como antes. Han de suceder más cosas, conviene que cunda la inquietud en las capas más altas, que crezca lentamente, sin dejar que la olviden un solo instante. Hay algo más: mi temor era meramente físico, pues por el resto no me importaba caer en manos de esa gente, yo contaba con poder escaparme si era preciso, como así hice finalmente la última noche, antes de dirigirnos a la que debía ser mi nueva prisión.

—¿Quieres aclararme este último punto? ¿Tenías quizás un cómplice entre el personal? —indagó Marc con cierto tono incrédulo en la voz.

—Cuando dormían me hice con las llaves y huí en una motocicleta.

Marc se echó hacia delante desorbitando los ojos con gesto involuntariamente teatral.

—¿Me estás tomando el pelo?, no es posible escaparse así como así de una casa vigilada por la policía aunque sea de noche, siempre hay guardias en las salidas; además debías de estar encerrado en tu cuarto, sin posibilidad de abrir la puerta, a no ser que sin saberlo esté viéndomelas con el gran Houdini en persona...

—Te repito que me apoderé de las llaves, la de mi habitación y la de la moto.

—¿Pero cómo?

—Las hice aparecer en mis manos.

Marc se derrumbó impotente contra el respaldo.

—Me imagino que estaban en tus manos, pero ¿quién las puso allí?

Guifré parpadeó ligeramente, como si le costara comprender la poca inteligencia de su hermano.

—Ya te lo he dicho, yo las puse.

—Estamos jugando a los despropósitos. Si fuiste tú, ¿de dónde o de quién las robaste?, ¿cómo y cuándo pudiste hacerlo?

—Lo que te ocurre es que te niegas a comprender, estás rebozado de prejuicios conceptuales que no te dejan interpretar mis palabras con claridad. Veamos, se trata de que yo, a las doce de la noche, sentado en mi catre, abrí mi mano derecha y me concentré mentalmente en dos llaves que había visto alguna vez durante mi cautiverio y sabía dónde se guardaban. Al cabo de unos minutos mi palma se cerraba sobre ellas. Entreabrí la puerta con cautela: dormían. El resto ya te lo he contado.

Marc mantuvo durante unos segundos una expresión completamente alelada, que se fue transformando en algo parecido a la indignación.

—¿Y me dices esto a mí?, ¿así, con toda la cara?, ¡recuerda que soy un científico materialista y no un paleta adicto a las ciencias ocultas!

—Yo no miento —replicó Guifré—, bastantes problemas tengo con entender lo que me pasa, todos hemos oído historias más o menos fantásticas sobre estos temas. Hay quien dice que los humanos poseemos la capacidad de telequinesia, si bien la mayoría de nuestras mentes están bloqueadas por una compleja trama de represiones de las que resulta muy difícil liberarse...

Marc optó por seguir con su táctica de ignorar por el momento las cuestiones conflictivas.

—Sea lo que sea, desconocía esta virtud tuya, no recuerdo que durante nuestra infancia te ejercitaras en semejantes juegos.

—Es algo muy reciente, ha ido desarrollándose en mí desde el día en que cayó del cielo aquella cosa increíble. Me sucede de manera irregular, es decir,

aún no controlo con mi voluntad el uso de ese poder en cualquier momento, y menos todavía con cualquier objeto..., pero estoy seguro de que mi mente se liberó de sus ataduras merced a esa piedra. Me siento misteriosamente ligado a ella, y conozco en todo instante dónde se encuentra, como si hubiera una indefinible telepatía entre ambos, entre un ser vivo y otro inerte, claro que estos conceptos también tendrán que ser revisados.

—¿Sabrías decirme dónde está ahora? —fue cuanto se le ocurrió decir a Marc en su creciente desconcierto.

—Sí, en estos momentos se halla en manos de unos cretinos con bata blanca en un laboratorio nuclear del estado de Arizona, Estados Unidos de América.

—¿Cómo se llama el laboratorio?

—Eso no lo sé, sólo percibo el lugar donde está, pero podría llegar con los ojos cerrados.

Las aplomadas respuestas de Guifré dejaron a Marc bastante anonadado, pero pronto reaccionó pensando que si no estaba mintiendo descaradamente —lo más probable—, acaso dispusiera de algún informador propio, su Charles P. Defoe particular.

Iba a preguntar qué le estaban haciendo en aquellos momentos los cretinos de la bata blanca a su pelotita, cuando el ruido amortiguado de una llave en la cerradura de la puerta de entrada interrumpió la conversación. Guifré fue el primero en reaccionar poniéndose en pie de un salto.

—¡Rápido, ocultémonos! —dijo.

—¿Dónde? —inquirió Marc.

—¡Yo detrás de la puerta y tú tras el sillón! —Mientras decía esto dio un par de zancadas hasta el extremo del cuarto donde estaba el ordenador, manipuló su pantalla, que se abrió como una tapadera y del interior del mismo, completamente hueco, extrajo un par de pistolas. Acto seguido se dirigió hacia su posición de vigilancia dejando caer al pasar una de las armas sobre el cojín de la butaca tras la que se había agazapado su hermano. Desde allí apagó la luz.

Entretanto alguien había entrado en el piso y se oían furtivos pasos y murmullos que lentamente se iban acercando.

XI EL BANQUETE

Ríndete sin más tardar a mi ruego y repíteme los discursos que se pronunciaron en casa de Agatón.

PLATÓN

Los visitantes, prudentemente, no habían osado todavía iluminar el escenario más que con un par de linternas. Por la rendija que dejaba la puerta, no del todo cerrada, Guifré pudo percibir tres personas, dos hombres y una mujer que, tras algunas dudas y rodeos, se aproximaron directamente en su dirección. Lanzó hacia Marc un «¡ya vienen!» casi inaudible y se apretó contra la pared.

La abertura de la entrada se hizo más grande y pronto un cono luminoso recorrió minuciosamente la habitación. Luego se volvieron a alejar y durante un tenso intervalo se produjeron movimientos en el cuarto contiguo, pudiéndose percibir un cuidadoso trajín de puertas que se abrían y cerraban. Finalmente se encendió la solitaria bombilla y una voz con ligero acento italiano rompió el silencio.

—Aquí no hay nadie, vamos al estudio.

Esta vez una mano enguantada buscó directamente el interruptor de la luz. Guifré aguardó a que el grupo atravesara el umbral y dando un gimnástico salto se plantó ante los tres encañonándoles con su revólver. Al mismo tiempo Marc se irguió junto al sillón esgrimando su propia arma, con expresión que intentaba fuese amenazadora.

—¡Arriba las manos!

A pesar de la rapidez de sus movimientos, uno de los recién llegados — que tenía innegables aires de galán de cine transalpino—, aprovechando que estaba situado detrás de la mujer —una joven veinteañera cuyo rostro impactó inmediatamente a Guifré, pese a que la situación no fuera la idónea—, la

atrajo hacia sí y se protegió con su cuerpo a la vez que extraía un pistolete de croupier del bolsillo trasero de su pantalón.

—¡No tan deprisa, muchachos!, si no queréis herir a esta damita arrojad las pistolas al suelo lejos de vosotros.

Marc obedeció inmediatamente sintiéndose muy poco a la altura de la situación, pero Guifré sólo pudo hacerlo tras haberse desahogado llamando cobarde y rufián a su oponente.

—Paco —ordenó el nuevo mandamás volviéndose hacia el otro intruso—, busca alguna cosa con que amarrar bien a estos caballeros.

El aludido salió de la habitación volviendo al poco rato con un pedazo de sábana hecho tiras, que utilizó para atar cuidadosamente las manos de los dos prisioneros a sus espaldas, haciéndoles luego tomar asiento. Entretanto su jefe, sosteniendo a la mujer por el brazo, había dado un corto paseo exploratorio por la pieza, reparando en los papeles apilados sobre el escritorio y en la extraña pantalla abierta del ordenador. Se dirigió a su pareja con voz llena de satisfacción.

—Querida Aurora, parece que nuestros huéspedes se nos habían adelantado: hete aquí pues el escondrijo del que hablan nuestras instrucciones y, si no me equivoco, los documentos que buscábamos.

Ella no respondió.

—No esté enojada conmigo —prosiguió el hombre en tono conciliador—; si me reprocha haberla utilizado como escudo, le aseguro que puede fiarse de un buen psicólogo. Al ver a este par delante de nosotros supe inmediatamente que eran incapaces de disparar contra usted. Monté una comedia, sin mala intención, convencido de su seguridad.

Guifré, según su norma, no intentó contenerse.

—Debería saber que el comportamiento de las personas en situaciones de peligro o de alta tensión es imprevisible. Le importaba un comino la seguridad de ella, no intente engañarla.

—Piense lo que quiera —respondió despectivo el otro—, esta señorita tiene sin duda mejor criterio que usted... En fin, entretanto veamos lo que hay por aquí.

Soltó a la muchacha y fue a inclinarse sobre la mesa huroneando entre las hojas de papel. Al poco tomó los pliegos entre sus manos y los introdujo en el sobre del que a todas luces provenían, lo dobló y se lo guardó en un bolsillo de la americana. Su rostro reflejaba un gran contento cuando giró en redondo encarándose con los demás.

—Paco, llama a los amigos para que vengan a buscarnos enseguida.

El matón que respondía por tal nombre era un tipo de poca estatura, barbudo, cecijunto, renegrido, de pelo endrino, con perfil cenecño y aire zaino. Aunque con toda seguridad nativo de la Península Ibérica, parecía recién importado de las asilvestradas montañas de Sicilia. Ello no fue óbice para que hiciera aparecer hábilmente de entre los recovecos de su indumentaria un minúsculo aparato telefónico que manejó con gran pericia.

No tardó en tener una respuesta.

—Dentro de cinco minutos estarán en camino.

—¡Magnífico, todo está funcionando según lo previsto! —El satisfecho galán esbozó un gesto deferente hacia sus cautivos—. Durante la espera podríamos hacer las presentaciones, pero tal vez en la habitación de al lado, sentados civilizadamente a la mesa, pues noto de repente que tengo hambre... no se si ustedes también, aunque en todo caso se quedarán sin comer por su mal comportamiento. Paco se ocupará de los alimentos, antes hemos visto un montón de latas de conserva y varias botellas de buen vino, mientras, Aurora y yo acondicionaremos el teatro del ágape; síganme, por favor.

Poco después el grupo se hallaba instalado alrededor de la mesa rectangular. Un conjunto de platos distribuidos sin orden ni concierto ofrecía a los comensales un variado menú compuesto de sardinas en escabeche, chipirones, atún blanco en aceite, berberechos, *canned beef*, espárragos y melocotón en almíbar, todo ello generosamente acompañado por varios litros de la cosecha de Rioja del 99. Los gemelos Faust contemplaban con fijeza a sus captores y la hermosa joven, al borde del desmayo, recitaba mentalmente mantra sobre mantra. Benozzo Pacioli —a quien sin duda se habrá reconocido—, ya al corriente de la identidad de los maniatados hermanos, no cabía en sí de gozo y su boca se poblaba de irreprimibles locuacidades.

—Considerando las personas aquí reunidas, con mentalidades y creencias tan dispares, se me ocurre que para hacer más llevadera la espera podríamos improvisar un breve debate sobre algún tema que nos atraiga, por ejemplo, el estado del mundo, nuestra concepción del Ser, o nuestra opinión sobre el papel de la especie humana en el Universo..., puede que así nos empecemos a comprender algo mejor, aunque sea en un plano abstracto.

Mientras Aurora fruncía el ceño con marcado enojo, Guifré y Marc intercambiaron miradas de profundo fastidio sin dejar de forcejear en silencio con sus ataduras. Benozzo volvió a la carga.

—Si no queréis participar da igual, sólo buscaba una excusa: me encanta pregonar mis teorías ante cualquier auditorio. Estoy seguro que, de haber nacido en tiempos bíblicos entre las tribus de Israel, hubiera sido profeta.

Pertenezco a una clase de individuos convencidos, para bien o para mal, de poseer un mayor pedazo de Verdad que el resto de los mortales; por lo tanto, sin olvidar la época en que vivimos, me he convertido en Juez.

»Los jueces serán siempre necesarios. En la llamada democracia, existen mecanismos consagrados por las constituciones y las leyes que determinan sus atribuciones y el artificio de su nombramiento, pero también donde hay dictaduras existen los jueces, habitualmente elegidos a dedo y sin la aparente independencia de los anteriores. En ambos casos, el depositario del poder es el Estado, sea cual sea su origen, venga de Dios, del Pueblo o de las meninges de un Tirano. Ahora bien, el Estado no es un mero ente abstracto, es una máquina que se hace funcionar, es un mecanismo cuyos operarios, a veces enfrentados y otras en íntima colaboración, no son (como suele suceder) los amos del negocio: ignoran, o en todo caso callan, cuáles son los rostros que espían y dirigen sus actos desde la sombra, los que en su lúcida juventud el inteligente Dos Passos llamaba “Ellos”, definiéndolos como “unas extrañas criaturas invisibles, dioses o demonios, que se mueven detrás de los bastidores, inventando trivialidades y extendiendo con sus alas de cóndor Invisibles Desdichas”.

»Las decisiones trascendentales de los gobiernos, las pocas leyes realmente decisivas que dictan, se amoldan a las consignas que “Ellos” han emitido, mientras los ciudadanos, rebozados en información procesada y amarrados a la noria de sus hipotecas interminables, se condimentan en el fuego lento de la estulticia, del miedo a perder sus *posesiones*, tornándose poco a poco más mezquinos, insensibles, xenófobos, o cayendo exasperados en el extremo opuesto de la marginalidad y del crimen. Los jueces velan para que tal situación se perpetúe, su trabajo consiste en mantener en pie el gran edificio aplicando las penas consiguientes a quienes no respeten las reglas del juego, evitando así el caos.

»La última palabra que acabo de pronunciar nombra al monstruo contra el que lucha la especie humana. La aspiración de cualquier mujer u hombre normal es poder controlar su entorno para no sentirse amenazado, obtener el máximo de seguridad. Con este señuelo se les ha ido atrayendo hacia una senda que siguen mansamente (como si fuera la única posible), embelecando al mismo tiempo sus más torpes instintos. La Humanidad actual, en medio de los deslumbrantes progresos tecnológicos, es como una interminable cuerda de esclavos que lentamente se va transformando en lombriz de tierra. Para sancionar legalmente este *modus vivendi* están los jueces del Estado.

»Aparte estamos los otros, los que observamos desde fuera, los Jueces con mayúscula, los que no hemos perdido la libertad. Nosotros hemos osado rechazar a la inmensa mayoría, al eco multitudinario que responde ciegamente el dictado de unas pocas voces alevosas. Hemos elegido luchar contra esos escasos enemigos auténticos que nos arrojan las masas como jaurías de perros hambrientos, en lugar de someter nuestra vida como los demás para alimento de sus ambiciones. Les buscamos a “Ellos” con la bomba y el fusil, aceptando que nuestros semejantes nos llamen criminales, terroristas o cualquier otro nombre maldito, sabiendo que sus siervos nos cazarán posiblemente muy pronto..., pero con la esperanza de haber eliminado algún miembro de su raza execrable antes de entrar en la tumba.

La voz de Benozzo se había ido cargando de odio mientras Paco le contemplaba con expresión de arrobamiento extático, su frente estaba perlada de sudor como si la pasión que le dominaba hubiera elevado su temperatura interna hasta límites febriles. Aurora, desde sus más íntimas convicciones y sobreponiéndose a sus sentimientos anteriores, sintió una repentina compasión por aquel hombre.

—Es lástima que malgaste sus cualidades, así como su energía, en una lucha contra fantasmas quiméricos, contra meras apariencias que llenan su corazón de la hiel más amarga. Tal vez usted lo desconozca, pero con su actitud está intentando resolver suicidamente algún problema profundo propio, de forma que, en verdad, sus ansias redentoras respecto a sus congéneres no son tales, sino la enfermiza proyección de un ego desmesurado, de un ego que todas las religiones reconocen como principal causa de las desdichas personales, que todas las místicas señalan como el enemigo a anular mediante su completa disolución en la divinidad.

El italiano, que había aprovechado la pausa para secarse el sudor con el dorso de la mano, contempló con sorna a su interlocutora mientras escanciaba un vaso de vino.

—¿Aprendió estas cosas durante su permanencia en el monasterio budista del que me habló en el tren? —Se interrumpió para echar un trago—. Le diré algo: todo eso son sandeces, artilugios para engañar el sufrimiento. Siento, luego existo, aún más: sufro, luego existo, no son ilusiones, son certezas, me vengo, luego existo, ajusticio luego existo, no son ficciones, son respuestas a mis padecimientos...

Aurora contemplaba a aquel hombre que le hablaba tan apasionadamente con la curiosidad de quien ha encontrado el eslabón perdido en la teoría de la

evolución de las ideas y los sentimientos: inseparables, aunque incompatibles, como los dos sexos.

—Usted asume el Mal como una realidad alrededor de la que gira su vida: recibe mal y devuelve mal, ojo por ojo, tal como dice la Biblia. Nuestra civilización hace lo mismo, se afana en producir el Mal, en multiplicarlo mediante una serie interminable de bajezas y desquites que se alimentan sin fin unas a otros. Es nuestra condición, dicen algunos, el Creador del mundo es Satán, proclaman otros, pero olvidan que el Mal no es una fuerza positiva, es pereza, es estupidez, es cualquier suma de imperfecciones repartidas al azar entre las criaturas hasta producir terribles desgracias.

—Olvida que también puede ser una potencia alevosamente creativa, el resultado de un inteligente y duro esfuerzo premeditado, de un plan global a largo plazo. No lo menosprecie con tanta facilidad —interrumpió Benozzo.

—Incluso entonces proviene de una carencia, de un vacío. No tiene una entidad propia.

—Ni siquiera esto justificaría que no se haga nada en contra de una situación injusta. Cuando un ser vivo ve amenazada su existencia por otras criaturas, tiende a huir, cosa inservible en nuestro caso, o a intentar eliminarlas.

—Con lo que se amarra a la misma rueda junto a los otros, iniciando un nuevo ciclo de iniquidades que les aleja más aún de la senda de su liberación.

Benozzo Pacioli juntó los dedos de ambas manos, en ademán racial característico, exasperado y persuasivo.

—Siempre me ha hecho gracia esta palabra, ¡liberación! Oiga: la única liberación posible es en este mundo. Hablar de escapatorias a otras dimensiones, a otras vivencias cósmicas, me suena como la cantinela de esos antiguos buhoneros que vendían elixires de amor a los pobres amantes desesperados, dispuestos a creerse cualquier cosa. A mí me importa salvar a la Vida de sus verdugos, del selecto club de privilegiados que la acosan amenazando expulsarla del planeta... mi preocupación, como puede ver, es del todo terrena, tangible, real. El Atman, la Idea, el Espíritu, son refugios etéreos donde aspiran a reposar aquellos seres débiles que ya perdieron la Tierra.

Marc Faust carraspeó fuertemente para llamar la atención de los dialogantes. Aprovechó el silencio provocado para lanzarse a hablar mientras ellos le observaban con curiosidad.

—Escuchen, no aguanto más esta conversación con nosotros aquí maniatados. Me parece surrealista oírles perorando sobre temas sociales y

religiosos delante de nuestras narices mientras se nos trata con total falta de respeto a los derechos humanos. Señor como se llame, exijo que me suelte inmediatamente y lo mismo a mi hermano, luego devuelva lo que se ha llevado de la otra habitación y márchese de esta casa.

El intruso atendió divertido a la verborrea del ultrajado prisionero mientras masticaba un berberecho.

—Vaya, hombre, ¿también a ustedes quiere que les libere? Por cierto, mi nombre es Benozzo, al final se me había olvidado decírselo. Óigame bien, antes de seguir me gustaría preguntarle un par de cosas a un sabio como usted. Primera, ¿piensa que puede existir algo más que la materia?; segunda, ¿tendría sentido suponer que el género humano no tiene, después de todo, la más mínima importancia ni razón de ser en el Universo dónde vive y se pasea?, es decir, ¿somos una mera fluctuación del azar?

—Váyase al carajo —respondió el interpelado.

Sin abandonar su expresión risueña, Benozzo Pacioli señaló con el índice a Guifré mientras se dirigía al autor del exabrupto.

—Según las revelaciones de este adivino, la Humanidad no desciende del mono, sino que es el resultado de manipulaciones genéticas experimentales realizadas por criaturas altamente sofisticadas procedentes de una galaxia lejana. No seríamos pues el simple producto accidental de un cruce creativo entre varias leyes de probabilidad, sino la secuela de una operación inteligente. Por desgracia esto tampoco nos otorgaría una razón de ser propia, y la cuestión de si los autores de la experiencia tienen derecho a destruir a sus criaturas cuando los frutos no son de su agrado queda abierta. En mi opinión la respuesta debiera ser positiva, pues no se haría sino obedecer una de las leyes fundamentales que usted bien conoce: todo sistema que genera desordenadamente un exceso de entropía tiende a aniquilarse con rapidez. Por otra parte, en nuestros laboratorios siempre se ha hecho así. Recuerde que la Vida en su conjunto es un extraño fenómeno capaz de disminuir localmente la entropía universal. Los humanos somos potenciales máquinas de destrucción, asesinos, amebas evolucionadas que ansían incorporar a su ser cuanto abarca la vista; nunca faltan líderes ambiciosos dispuestos a explotar tales cualidades en provecho propio para que les proporcionen poder y riqueza. Ellos son los que han roto el equilibrio, aquellos que aman jugar a la petanca con calaveras blanqueadas por el sol sobre las arenas del desierto. Hay que neutralizarlos, pues será suya la culpa si alguien, en alguna parte, decide, como dijo su hermano, que somos un experimento fracasado.

Guifré Faust, acaso por alusiones, recuperó el habla, por una vez con escueto pragmatismo.

—Mientras resuelve sus dudas metafísicas, ¿qué pretende hacer con nosotros?

El italiano le dirigió una mirada indefinible antes de satisfacer su curiosidad.

—Debo aún pensarlo. A lo mejor me acompañarán en un viaje, tal vez pueda necesitarles.

—¿Adónde?

—Eso ya se verá.

—Creo que conozco nuestro destino: es Madrid.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque cerca de allí va a tener lugar una reunión por la que desde hace tiempo muestran ustedes gran interés.

—¿Nosotros? —exclamó Benozzo con expresión cándida—, ¿quiénes somos nosotros?

—GAIA, su organización, la misma que ya había tratado de robarme los documentos que ahora guarda en su americana. Necesitan esos datos para poder organizar una de sus verbenas.

—Y si así fuera, ¿le parecería mal cargarse a un puñado de cerdos de guante blanco en el mismo lugar donde están planeando sus genocidios asépticos?

Esta vez Guifré prefirió el silencio porque no estaba seguro de lo que hubiera respondido. Optó por ignorar por el momento a su captor y dirigirse a Aurora abordando otra cuestión que le rondaba la cabeza.

—Disculpe, quisiera decirle que cuando di aquel salto desde detrás de la puerta y me encontré repentinamente delante de usted supe quién era antes de escuchar su nombre, lo supe por las veces que he contemplado su fotografía en compañía de Caries mientras él me hablaba de usted. Ahora, por favor, explíqueme cómo ha podido venir aquí con esta compañía, no acabo de entenderlo.

La joven no tenía ganas de recapitular allí hechos tan desagradables, por lo que se limitó a decir que la habían traído por la fuerza. Sin embargo, la pregunta reavivó en su memoria las imágenes de Benozzo y dos hombres más esperándola en su piso aquella noche, tras el encuentro en la catedral —su nombre y dirección los había obtenido sin duda en el tren donde se encontraron por primera vez, pues estaban escritos sobre su equipaje—. El amigo de Caries no la había traicionado, pero tampoco había conseguido

engañar a sus perseguidores. Les habían visto juntos frente a la capilla de San Sebastián, y les estaban aguardando cuando salieron cada uno por su lado. A ella la siguieron hasta cerca de su casa y luego se le adelantaron para acechar su llegada. El día siguiente —hoy— había sido promovida a cicerone. En cuanto al otro, le capturaron en algún callejón del barrio gótico y le habían hecho cantar de plano dejándolo bastante inservible por una temporada.

Aurora pensó en su amiga, con la que se había citado para esta misma noche en un intento de compensar el fracaso de sus proyectos musicales de la vigilia, y con la idea de ir luego a explorar juntas aquel piso, cosa sobre la que Rocío había insistido con vehemencia aquella víspera, mientras conversaban excitadamente en el camino de vuelta. Antes de despedirse, habían entrado en una pizzería y allí, sentadas ante una cuatro estaciones, estudiaron el contenido del envoltorio —dos llaves algo grasientas— y lo que había escrito en el papel. En consecuencia Rocío van Hooft había visto la dirección donde ahora estaban. «Esta calle está en Gracia», había dicho, ¿se acordaría del número? En este caso había cierta probabilidad de que al no verla aparecer, y después de telefonar sin éxito a su casa, se le ocurriera ir hacia allí a ver si la encontraba. Rogó mentalmente con todas sus fuerzas que no apareciera aún, poniéndose a llamar a la puerta. En todo caso no estaría de más dejar algún mensaje escrito antes de partir. Se puso a meditar la estrategia.

Mientras tanto, el incansable italiano había vuelto a concentrar sus baterías sobre la joven.

—Hace tiempo leí un libro de divulgación que se había puesto de moda en ciertos círculos. El autor era un conocido científico inglés. Lo que me pareció fascinante fue su argumentación acerca de los rasgos que podían definir el yo de cada individuo. Resulta que cada cinco años, más o menos, todos, absolutamente todos los átomos que formaban el cuerpo de una persona al inicio de ese período, se han cambiado por otros que antes se hallaban en su exterior. Lo único que permanece son unas estructuras espaciales que a su vez evolucionan en el tiempo. Entre estas distintas formas dinámicas están los circuitos cerebrales, una especie de mecanismos de computación que por ellos solos no pueden tener conocimiento de sí mismos. ¿Qué queda pues?, ¿dónde está la esencia de cada uno? En su interesante respuesta, el autor calificaba a la consciencia como fenómeno universal ajeno a nosotros, de la que participamos muy exiguamente a través del órgano cerebral con el que se establece una especie de puente a través de algún proceso desconocido. De esta interacción surge la engañosa vivencia del ego, que en realidad no existe: hasta el dolor y el sufrimiento que cada uno sentimos como tan nuestro no nos

pertenecen en realidad. La Vida es como una perpetua materialización de la Consciencia Universal en formas que aparecen y se disuelven como fantasmas, sin dejar rastro. Algo así intuyeron algunas religiones orientales, pero pronto lo echaron a perder con el folklore y las supersticiones, como la transmigración de las almas. No es que apoye estas teorías, ya he dicho antes las mías, pero sus palabras de antes me han recordado lecturas de cuando aún tenía tiempo para perder...

—Necesitaría ir al servicio —interrumpió Aurora, que apenas había parado atención a la andanada.

En aquel mismo momento brotó un zumbido de entre los pliegues de la ropa de Paco. Éste extrajo con diligencia el artefacto telefónico llevándoselo al oído.

—De acuerdo, ahora vamos. —Se dirigió a su jefe mientras guardaba el aparato—: Ya están aquí, podemos bajar.

Aurora volvió a insistir sobre sus inaplazables necesidades hasta arrancar la autorización de Benozzo, con severas advertencias para que se diera prisa. Paco la acompañó hasta la puerta.

Ya en el cuarto de baño —sucio criadero de cucarachas—, la muchacha consiguió agenciarse un poco de papel higiénico y con un bolígrafo que habitualmente guardaba en sus bolsillos escribió un breve mensaje pidiendo ayuda, consignando los nombres de sus raptos. Indicó Madrid como posible destino inmediato. Acto seguido dobló el papel guardándolo en la bocamanga izquierda de su blusa, tiró de la cadena sonoramente y abrió la puerta, donde su guardián había ya empezado a dar con los nudillos pidiendo que saliera.

Apagaron todas las luces —momento que aprovechó Aurora para sacudir levemente su colgante brazo—, y a continuación, el grupo abandonó el piso con Benozzo a la cabeza y el hirsuto Paco cerrando filas. Descendieron en silencio los escalones hasta llegar al portal. Tras una breve pausa para controlar a los prisioneros, el italiano procedió a entreabrirlo con cautela. En la calle esperaba una oscura furgoneta con el motor en marcha, de la lejanía llegaban los sonidos de un camión de basura incordiando al vecindario.

—¡Vamos! —exclamó imperiosamente Benozzo, y las cinco figuras atravesaron en fila india el asfalto desapareciendo por las abiertas puertas del vehículo que inmediatamente inició la marcha, ocultándose tras la primera esquina.

Un perro vagabundo asomó por entre los faroles olisqueando los residuos del día. De repente, una figura femenina se destacó de entre las sombras

donde había estado oculta. Su respiración era agitada, como si acabase de llegar hasta allí a la carrera.

—¡Mi madre! —se dijo Rocío van Hooft—, se han llevado a Aurora sin que pudiera ayudarle...

XII

LA VUELTA AL DÍA EN UN SOLO MUNDO

¿Quién Poniente por Oriente desampara y al llegara Oriente no encuentra nada?

GUIDO CERONETTI

Según narraron las crónicas de aquel día, vertidas a todas las lenguas con que se emborronan periódicos, el astro rey amaneció frente a la península de Florida en medio de un baño de transparencia absolutamente propicio para acometer las actividades que debían tener lugar durante la jornada en la base espacial de cabo Cañaveral.

La atmósfera era tan limpia que de otear en la dirección apropiada, más hacia el sur, desde los cayos, podía adivinarse sobre las aguas la silueta del perezoso caimán de Cuba, hambriento saurio que en lugar de amedrentar a sus vecinos, como suelen hacer los de su especie, vivía condenado a la perpetua zozobra de ser digerido por un monstruo fabuloso que le espiaba desde la orilla opuesta.

Día pues perfecto para el lanzamiento del Destiny, que así había sido bautizada la nave espacial con que se pretendía explorar el planeta Plutón cuando se hallase próximo de su afelio, para pasar luego a obtener datos sobre las zonas más externas del Sistema Solar, perdiéndose tras ello en los laberintos de la Vía Láctea.

La afortunada elección de la fecha tenía también sus raíces políticas, pues los potentes motores del cohete portador debían encenderse a la misma hora en que se inaugurara en Nueva York la esperada Asamblea General de las Naciones Unidas, donde se estudiarían —entre el escepticismo general— medidas para poner remedio a la creciente desigualdad económica mundial que los acuerdos del GATT de la década anterior sólo habían contribuido a empeorar.

De la mano de este problema, la desertización de la Tierra aumentaba amenazadoramente y también los cambios climáticos, que habían ahuyentado las precipitaciones de grandes áreas donde hasta poco antes eran habituales. Los países septentrionales procuraban mantener intactos sus bosques — lástima de lluvia ácida— y demás recursos naturales a base de explotar, en contrapartida, el heterogéneo resto del mundo que engloba la palabra Sur. El resto venía dado por la forzosa acción depredadora de unas paupérrimas poblaciones en crecimiento todavía incontrolado.

Por su situación, la Península Ibérica no es ni carne ni pescado, si se tienen en cuenta los extremos sociales y culturales que la limitan al norte y al mediodía. También sus peculiaridades meteorológicas la convierten en zona de transición con regímenes climáticos de progresiva humedad, según aumente la latitud. Sin embargo, las circunstancias habían ido empeorando gradualmente desde finales del siglo anterior, convirtiendo parte de sus regiones sureñas y la inhóspita meseta en extensos eriales. Costosas obras públicas bombeaban el líquido elemento desde zonas todavía lientas hasta los principales núcleos urbanos —sedientas colmenas de cemento en continuo proceso de abandono—, los veranos mediterráneos se habían vuelto cada vez más infernales y durante sus tres largos meses el fuego reinaba triunfante merced al comportamiento insensato de la inepta población motorizada. La ciudad de Barcelona se mantenía gracias al agua rescatada de los Pirineos, del Ebro y del Ródano, las masas verdes que aún cubrían partes apreciables de Cataluña estaban surcadas por negras cicatrices que crecían regularmente con el tiempo. En los subconscientes profanos se introducía subrepticio el cruel presentimiento de una atroz maldición bíblica. Eran tiempos de prueba para las gentes sencillas, sumidas en los estragos del indiferente abandono divino.

Aquél podía ser, en efecto, un gran día, tanto para el solar celtibérico — donde es tradicional apuntarse a lo que salga—, como para las zonas realmente más necesitadas del mapamundi. Infinidad de cadenas televisivas acechaban los verbeneros preparativos inaugurales para desplegar ante los respectivos espectadores una nueva sarta de escenas ilusionantes —pese a lo manidas—, que anunciaban el inicio de una era de solidaridad, o cambio dentro del cambio, en el nuevo orden mundial inaugurado a principios de la década anterior sobre las arenas del desierto.

En la base espacial, llegó el momento de la cuenta atrás. Todos los circuitos y mecanismos habían sido comprobados satisfactoriamente, el personal técnico ocupaba sus puestos con absoluta concentración. Aquellos breves e intensos prolegómenos de los lanzamientos compensaban cualquier

posible frustración del día a día de sus vidas profesionales, como sucede con las compañías de teatro cuando terminan con un largo período de ensayos para enfrentarse a su público desde la escena.

—«Tres..., dos..., uno..., ¡cero!».

Casi en el mismo instante el Secretario General de las Naciones Unidas saludaba a los delegados de todas las naciones del planeta, reunidos frente a él, en un inglés vagamente napolitano. De sus palabras también hablaron los periódicos, pero tal vez en este caso las versiones y, sobre todo, sus exégesis, fueron más variadas, al depender de mentes subjetivas, que las relacionadas con el otro evento del día, basado en hechos irrefutables.

Desde el momento en que alguien oprimió el apropiado botón, el prodigio tecnológico erguido en su rampa se convirtió en rugiente dragón que escupía lenguas de fuego, no por la boca, sino por el siete, luego, poco a poco, emprendió un augusto vuelo que pronto se tornó vertiginoso. En breves momentos se perdió de vista, como jabalina proyectada por un titán, inclinándose suavemente hacia Oriente.

Hasta esos instantes las cosas habían funcionado, al parecer, perfectamente, pero hete aquí que de repente los técnicos de control verificaron con estupor un corte total de las comunicaciones entre la base y el ingenio retropulsado. Se armó un gran revuelo entre las consolas, varias luces de alarma brillaron parpadeantes y se produjeron nerviosas carreras bajo el influjo de secas voces de mando. Todo fue en vano: la criatura mecánica había escapado del gobierno de sus creadores, como si intentara convertirse en una especie de Frankenstein aeroespacial. Durante largos minutos los expertos ensayaron los mejores trucos de su repertorio, rodeados por un expectante público de colegas; sin embargo ningún signo de recepción a los aluviones de ondas electromagnéticas desencadenados indicó que la nave fugitiva hubiera sido localizada de nuevo.

Ya no hubo más noticias hasta horas más tarde, cuando algunos técnicos de la base aún continuaban enfrascados en su ímproba labor de rescate. Llegaron a través de radio Miami, cuyo especial musical hit-parade —que un empleado irresponsable estaba escuchando a pesar del patetismo reinante en el lugar— fue interrumpido para ofrecer la primicia a sus oyentes. Conforme comunicaban fuentes muy bien informadas, la nave sideral recién lanzada se había precipitado al mar a doscientos metros de la costa frente a la ciudad de Nueva York en medio de un fragor impresionante. El explosivo estrépito había hecho interrumpir algunas de las actividades cotidianas de la urbe, entre otras el discurso del señor presidente del país, quien estaba planteando en

aquel mismo momento sus puntos de vista socio-económicos para un desarrollo mundial equitativo ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. Según las afirmaciones de testigos presenciales, el extraviado ingenio llegó desde el Este, cosa que fue luego confirmada por observadores de otros estados de la Unión, pues volaba a no excesiva altitud. Pronto se pudo llegar a la conclusión de que el cohete lanzador había dado la vuelta a la Tierra con su carga antes de depositarla bajo las olas del océano, con vistas a la estatua de la Libertad.

Aparte del pasmo que el suceso pudiera producir, en particular a mentes como aquéllas, aficionadas al cálculo de probabilidades, se creó un revuelo considerable, pues de haber caído el objeto sobre los edificios de la ONU — nada lejanos—, en vez de sobre las aguas, podría haberse producido un desastre histórico. Algún jefe de estado con tendencias hipocondriacas pensó, sentado en su sitial, que con algo menos de suerte habrían quedado achicharrados. En la NASA iban a rodar cabezas.

Ésta era la opinión de que se hicieron partícipes Dedo de Oro y Judas el Oscuro mientras se enfrentaban en una nueva partida ajedrecística de su interminable competición particular.

Acababan de cenar en el Siete Puertas y se habían dirigido luego al domicilio de Guillem Claramunt, en la Villa Olímpica, un moderno apartamento con vistas al moribundo pero todavía hermoso —belleza mortal— Mediterráneo.

—Bueno, bueno... por fin te tengo atrapado —baladroneó el dueño de la casa adelantando un estratégico peón—, esta vez eres mío.

Se habían instalado en la terraza, rodeados de un adulzorado perfume de jazmín, la luna llena surgía del horizonte dibujando en las aguas un tembloroso camino de luz por el que llegar hasta ella. A sus pies, ignorando la oferta, lúdicos grupos de ciudadanos se afanaban en descorchar la noche.

El comisario López meditó largamente estudiando la posición. No había nada que hacer, pero fiel a su horror por la derrota, intentó prolongar el juego con un movimiento insulso, en espera de algún error providencial de su contrincante. No fue así y cuatro jugadas más tarde debió abatir el monarca blanco.

—El rey ha muerto. Viva el rey.

—Dime, Lorenzo —espetó por toda respuesta el periodista—, ¿cuál crees que ha sido el más grande jugador de ajedrez de todos los tiempos?

—Como nunca me han gustado los rusos, Bobby Fischer.

—¿Sabes que era judío?

—¿Y eso qué importa?

Judas el Oscuro estiró perezosamente las piernas mientras encendía un cigarrillo. Se había levantado una suave brisa. Un par de barcas con la vela izada cruzó ante sus ojos remansados.

—El caso es que entre esas gentes hay un sentimiento misterioso muy especial, de hermandad, de tribu, allí donde estén y se encuentren...

—No entiendo adónde quieres ir a parar, pero por tu físico nunca he dudado que seas uno de ellos.

—Puede ser —sonrió el otro—, lo cierto es que siento por el pueblo hebreo mucha simpatía, salvo por los inevitables fanáticos..., pero volviendo a lo que me ronda la cabeza: es un tema algo fantástico que se me ocurrió hace tiempo después de leer dos obras escritas por gentes de esa misma raza. ¿Conoces la historia del Golem?

—He oído hablar, es una especie de monstruo, pero no me acuerdo de qué va el asunto.

—La tradición es antigua, se trata del fracaso a que lleva la creación de un ser demasiado poderoso, con todas las tremendas consecuencias que se ocasionan. Al final debe ser destruido por su hacedor, un rabino de Praga que había escrito sobre su frente el nombre secreto de Dios para insuflarle vida.

Dedo de Oro se removió impaciente en su asiento pensando que le apetecería tomar una cerveza.

—¿Y qué?, tal vez sea un relato simbólico de lo que puede sucederle a la Humanidad si no sabe deshacerse a tiempo de algunos de los monstruos que va creando...

—No me refería a eso, pensaba que tu ídolo Bobby Fischer puede que fuera una creación golémica. Años antes de su nacimiento, otro judío, Elias Canetti, inventó el personaje de Fischerle —pequeño Fischer—, un ser deforme, fanático de los escaques, cuyo sueño era llegar a campeón del mundo.

—Me parece que estás forzando las cosas. No veo qué hay de común entre ambas historias para que puedas compararlas. —El comisario renegó para sí de la tendencia a la pedantería de su compañero.

—Sí lo hay. Sólo has de pensar que tal vez existe una combinación de letras cabalísticas, que únicamente el autor conocía, entre las escrituras donde se hablaba de Fischerle, cuyo resultado fue el nacimiento de Bobby Fischer en 1943.

—Por lo menos a éste no hubo que destruirlo —respondió zumbón Dedo de Oro.

—Cada caso es distinto..., ¡ése se autoaniquiló!

Lorenzo López se levantó para dirigirse a la nevera. Prosiguió la conversación mientras caminaba hacia la cocina, que daba a la terraza.

—Para cosas extrañas, la que hablábamos antes. Me han dicho que hay mucha consternación en las altas esferas estadounidenses. Cuesta mucho creer que no haya habido ningún tipo de manipulación en el vuelo del cohete transportador del *Destiny* para que escapara al control de los técnicos y, después de circunvalar el globo, fuese a caer justo frente a la ciudad de Nueva York cuando el Presidente de la Unión se dirigía a un público mundial en la sede de la Organización de las Naciones Unidas. Hay otro punto que les pone muy nerviosos: dentro de la nave espacial viajaba la misma esfera de piedra que he tenido una vez en mis manos, la que nos legó con un pliego de maldiciones el desaparecido Guifré Faust (otro misterio), precisamente en el Monte judío...

—Ese aerolito podría ser el nuevo alumbramiento de un Golem devastador, esta vez pétreo y no de arcilla..., sólo falta que alguien escriba o pronuncie las palabras adecuadas.

—Siempre he visto una contradicción básica en este asunto. Si se trata de amenazarnos con un castigo ejemplar, de no corregirnos urgentemente, ¿por qué no dejan que nosotros mismos lo encontremos en el mañana que nos estamos labrando?, ¿para salvaguardar el resto de vida inocente? ¡Bah!, no me creo nada. En todo caso, la marina de guerra tiene rodeado el lugar del accidente y se ha prohibido el acceso a los informadores (dicen que por razones de seguridad) hasta que termine la operación de rescate.

Guillem Claramunt encontró naturales esas medidas, incluso en un país donde la prensa y la televisión están siempre en primera línea. La mención del nombre de Guifré había alumbrado su curiosidad.

—¿No habéis podido averiguar nada nuevo sobre el fugitivo? A la fuerza tuvo que tener un cómplice que le proporcionara las llaves después de sustraerlas.

El comisario, ya de vuelta, se mesó suavemente los cabellos con expresión preocupada.

—Este asunto va a terminar por traerme desgracia. Al principio salió todo bien y hasta recibí felicitaciones de muy arriba, pero después de la huida inexplicable de nuestro prisionero, yo y mis hombres hemos quedado como unos inútiles... Si al menos supiera lo que pasó.

—¿Has hecho interrogar a los testigos de aquella noche?

—Más de una vez, y sé que todos son hombres de confianza.

—¿Entonces...?

—Entonces sólo quedan dos alternativas: primera, alguien entró en la finca sin ser detectado, llegó a la casa sin ser percibido, penetró en ella sin ser descubierto, encontró las dos llaves (sabía pues cuáles eran), sin ser visto, liberó al detenido sin ser notado, y ambos escaparon luego en una motocicleta pillando a todo el mundo por sorpresa. Si fue así no resulta muy halagador para los nuestros. Segunda, por algún procedimiento que desconozco, Guifré Faust se apropió personalmente de las llaves y las guardó sin que se echaran a faltar, usándolas cuando sus carceleros dormían.

—Esto último parece imposible.

—Claro. Por eso tengo problemas con mis superiores, porque, pese a ser también bastante inverosímil, la primera es la versión más creíble de los hechos, habiéndose descartado la traición.

Mientras escuchaba, Judas el Oscuro captó con distraída sorpresa el perfil de una gaviota recortándose contra el disco lunar; escenas como aquélla las había disfrutado de joven en más de una ocasión sentado sobre la arena con más agradable compañía que la actual en algún típico restaurante de la Barceloneta, ya desaparecido.

—Si uno se pone a cavilar, hay en toda esta historia una cantidad importante de elementos de difícil explicación. Ya desde el comienzo, cuando pensábamos que todo se debía a los desvaríos de un loco, a la postre inofensivo, se comprobó que la pretendida bomba era, cuando menos, un mineral incógnito cuyas propiedades no han podido ser analizadas hasta el momento. Se detiene luego al sospechoso, pero a los tres días se nos esfuma entre los dedos, y a continuación tenemos el viaje de ida y vuelta del maldito pedrusco a bordo de una costosísima aeronave, amerizando en aguas neoyorquinas. Es un colmo de coincidencias siempre con los mismos protagonistas la verdad es que da que pensar.

Su interlocutor asintió con la cabeza mientras tableteaba sobre la mesa con los dedos.

—Habrà que esperar hasta tener más datos, al final todo se aclarará, bien sabes que a veces la casualidad es tan casual que parece otra cosa. Por nuestra parte sería un buen punto si encontramos pronto a Guifré Faust, realmente es un tipo que no para de dar sorpresas. ¿Sabes que tiene una amiguita australiana que en este momento está viajando por Sudamérica en espera de reunirse con él?

Guillem Claramunt enarcó las cejas mostrando interés.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Pues muy fácil, controlamos toda la correspondencia que llega a su nombre. Las cartas de la cangura, sólo hay un par, se reciben en la masía que la familia Faust tiene en el Montseny, donde habitaba hasta ahora nuestro hombre.

—¿Habéis logrado alguna pista que pueda sernos útil?

—Nada, aparentemente sólo se trata de una romántica historia de amor, no parece que ella esté al corriente de los líos de su galán. Actualmente hace turismo recorriendo el continente de norte a sur (empezó en México), después piensa venir a Barcelona. Cuando llegue se enterará... —el comisario se hurgó el bolsillo de la camisa—, ¿quieres que te lea la última misiva?, llevo una fotocopia conmigo para el fichero privado que guardo en casa.

El periodista hizo un gesto de desagrado.

—No es un género que me apasione, además me parece de mal gusto leer la correspondencia privada de otra gente si no se saca ningún beneficio con ello.

Su compañero desplegó una amplia sonrisa que puso al descubierto la blancura perfecta de su dentadura artificial.

—Comparto tu criterio, pero en este caso puede interesarte escucharme para obtener más información sobre nuestro personaje y sus amores. Añadiré para tu tranquilidad que la australiana es poco dada a efusiones cursilonas y tiende a expresarse como un antropólogo en viaje de estudios, su estilo es bastante ameno, no te aburrirás.

—Adelante pues —condescendió Guillem sin ganas de seguir discutiendo.

Con pulcro ademán, el comisario López extrajo las fotocopias de la epístola desplegándolas cuidadosamente. Se trataba de varias hojas, réplicas del original escrito a mano con letra menuda y enérgica. Tras calarse las gafas inició la lectura saltándose la fecha, con cierto aire de rapsoda soñoliento ejercitándose en la traducción simultánea:

Querido Geoffrey:

Estoy empezando a tomarle gusto a este país. Te escribo desde la ciudad de Villahermosa, donde me hospedo en un hotel de mediotiempo en lucha constante contra la tentación de buscar a mis semejantes yanquis y europeos —son la mayoría— en sus confortables limbos de cinco estrellas. Contrariamente a mi experiencia de la capital, de la que ya te

hablé, el ambiente más provinciano y relajado de este lugar me sienta mucho mejor. También debe influir en mi estado de ánimo que le estoy empezando a tomar el pulso al mundo que me rodea, y hasta creo comprender ya bastantes palabras, cosa que me recompensa del esfuerzo invertido en aprender el español durante los meses anteriores. Una cosa que sigue molestándome es la pesadez de algunos hombres en cuanto me ven por ahí sola con mi inconfundible apariencia anglosajona, por eso a veces me resulta cómodo unirme a algún grupo de turistas y pasear con ellos cuando lo permiten las circunstancias.

Hace tres días estuve en Palenque. En cierto modo me recordó, años atrás, cuando vi Angkor-Vat por primera vez. Ambos son mundos petrificados, rescatados del insidioso sortilegio de la jungla, con sus ejércitos de esculturas fantásticas, sus gigantescas escalinatas, sus torreones, sus cúpulas imponentes, su total soledad de lo irremediablemente perdido. En días lejanos las dos fueron el centro del Universo para numerosos seres humanos. Aquellas razas no han desaparecido, pero su momento mágico pasó, se extinguió el fuego sagrado de sus miradas, que ahora recuerdan las de los mudos ídolos de piedra de sus templos. Me fascinan los rostros de los indios, tienen el misterio de los siglos, esperan impasibles a que nos vayamos, a que volvamos a atravesar el mar para quedarnos en la orilla de donde un día vinimos, y entonces recuperar la tierra que les pertenece, porque son los únicos que saben amarla. Nosotros hemos extraviado ese don, tal vez estemos malditos. Hay un abismo infranqueable entre nuestra mutua percepción de la vida y de las cosas que nos rodean, creo que es imposible llegar a comprendernos.

Recuerdo cuando maldecías la voracidad insaciable del hombre blanco, mientras merodeábamos por entre las imperiales reliquias del fuerte de San Jorge, presentándola como una enfermedad del alma, especie de delirio esquizofrénico y destructor en que le ha hecho caer su propia civilización. Entonces te entendía sólo intelectualmente; aquí en América, mucho más que en Asia, la comprensión de esta idea me ha penetrado en la carne.

Nunca te he contado un ejemplo relativamente reciente de lo que pueden hacer juntas las dos más grandes instituciones a cuya sombra se produjo el gran asalto al mundo por parte de Europa, es decir, la Iglesia, que aún pervive poderosa, y el Imperio Británico, ya extinto. Sucedió muy

cerca de Perth, mi ciudad de origen, y en el asunto está involucrado un monasterio fundado por padres españoles venidos de Filipinas.

Por lo visto, una de las pragmáticas medidas tomadas por el gobierno de Gran Bretaña desde el inicio de la Primera Guerra Mundial hasta principios de los años sesenta, para adelantarse a posibles problemas sociales futuros, debidos a los niños huérfanos y abandonados del presente, que por razones obvias se dieron en abundancia durante aquella época, consistió en enviarlos a algunas antiguas provincias del Imperio todavía ligadas a la Corona, en particular Canadá y Australia, sin considerar la necesidad de informar de la medida a los ciudadanos de ningún lado. Toda esta prole infeliz fue bautizada mucho más tarde, cuando la verdad comenzó a salir a la luz, con el nostálgico nombre de niños perdidos del Imperio. Un buen número de esos desafortunados llegó a Perth, siendo puestos bajo la tutela de la comunidad de hermanos, en su mayoría de tu país, que habitaba el monasterio, sin más preocupación ulterior con respecto a su destino por parte de las autoridades. Sucedió que aquellos cuerpos infantiles fueron aprovechados durante años por la piadosa congregación como mano de obra gratuita durante el día y como objeto de placer durante la noche. Cuando se hicieron adultos, una gran parte de las víctimas se convirtió en individuos con graves problemas psicológicos, marginados y vagabundos. La historia de lo que había sucedido fue aflorando a medida que alguno de ellos era sometido a tratamiento psiquiátrico para ayudarle a resolver sus problemas. Así se fueron atando cabos, pero cuando por fin estalló el escándalo, los causantes del daño eran ya decrepitos fantasmas desmemoriados o habían muerto devotamente tras recibir la extremaunción.

Como en muchos casos, el origen de las desgracias puede buscarse en la insensibilidad y la falta de amor de quienes ostentan el poder en cada situación. Las clases políticas, los banqueros e industriales británicos podían haber hecho un mayor esfuerzo de generosidad en apoyo de sus pequeños ciudadanos abandonados, muchos de ellos hijos de quienes habían muerto en defensa de sus intereses. Por otra parte, los monjes pederastas eran en parte víctimas de la dogmática intolerancia de la Iglesia Romana, cuya intransigencia respecto al matrimonio eclesiástico ha creado en su seno generaciones de desviados sexuales que se van pasando el testigo junto con las demás enseñanzas propias de su estado. No me cabe duda, la historia de Europa, la de sus instituciones y sus

colonias, se basa en el escarnio sistemático de los principios del Evangelio en nombre de esos mismos principios. Parece cómico, pero cuando se proclaman públicamente y en voz alta unos objetivos — siempre nobles—, se termina de modo infalible haciendo lo contrario y a la callada. ¿Has oído hablar de la Cruzada de los Niños?

Aún no he recibido noticias tuyas, aunque puede que sea un poco pronto. Antes de dejar Villahermosa indicaré en la oficina central de correos la nueva dirección donde enviar las cartas que se reciban a mi nombre. Temo que si me muevo con rapidez por el continente, no consigan llegar a alcanzarme; para evitarlo tendré que dar con suficiente antelación unas señas en Valparaíso donde puedan esperar —si piensas escribir— mi llegada.

Creo que me quedaré aquí otro día, después me internaré en Guatemala con dirección a Honduras. Quiero visitar Copan y otros centros mayas, no me canso de ver sus templos y pirámides, las terrazas escalonadas, los juegos de pelota, y sobre todo los indios, por todas partes los taciturnos indios, aguardando impasibles a que nos marchemos.

Espero tus cartas con cierta incertidumbre, puedes dirigirlas al hotel Libertador, calle San Agustín 400, Cuzco, Perú. Me han dicho que es un lugar bastante más lujoso que donde me hospedo ahora, pero de vez en cuando no está de más un baño de comodidades (perdona, me contradigo).

Aguardando que me confirmes tus propios sentimientos, te quiero y te recuerdo día a día.

Siempre tuya,

JESSIE

Dedo de Oro dejó caer el brazo con el que sostenía la carta y guardó unos momentos de silencio contemplando el rielar de la luna entre las olas marinas.

—Curiosa mujer —sentenció Guillem Claramunt—, pero la verdad es que con tu lectura he aprendido pocas cosas nuevas sobre Guifré Faust, sus opiniones acerca de la maldad de la civilización del hombre blanco ya las conocía, y tampoco me sorprende que se ligara a alguien que parece cojear del mismo pie, pese a seguir disfrutando desenfadadamente de sus privilegios.

El comisario López salió de su ensimismamiento.

—La pobre ignora que su objeto de deseo no está en condiciones de enviarle epístolas de amor.

—Podrás seguir la evolución de su desengaño a través de las páginas que vayan llegando, hasta podrías retocarlas con la ayuda de algún profesional de la pluma e intentar probar fortuna en el género de las novelas del corazón. Ya ves, quizá te conviertas en un autor de éxito gracias a esa pareja.

—No me hace falta oír tus sarcasmos —respondió Dedo de Oro—, cualquier dato relacionado con Guifré Faust tiene un interés potencial y por esa razón seguiré leyendo su correspondencia.

—¿Se te ha ocurrido responder apasionadamente, suplantando a Guifré? A lo mejor sí que entonces se anima y dice algo interesante.

Lopetegui esbozó una mueca escéptica sin molestarse en hacer ningún comentario. Del interior del apartamento llegó la llamada urgente del teléfono. El dueño de la casa se levantó ágilmente y acudió a contestar. Mientras esperaba, el comisario terminó de apurar su cerveza. *Menudas vacaciones se está pegando esa gachí*, pensó con un ramalazo de envidia.

Poco después Judas el Oscuro reapareció en la terraza con gesto consternado. Llegó hasta la altura de su compañero y se quedó allí sin tomar asiento.

—Acaban de darme una noticia terrible.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Dedo de Oro irguiéndose en su silla.

—Ha habido un atentado con explosivos en un restaurante de El Pardo. Parece que no se ha salvado casi nadie.

—¿Quiénes eran?

—Políticos, gente importante relacionada con el Gobierno y un buen número de delegados internacionales allí reunidos.

—¿Se sabe quién ha sido?

—Todavía no, acaba de ocurrir, se ve que aquello es un caos...

Producto de una de esas extrañas coincidencias con que los hados se complacen en obsequiarnos, en aquel instante se dejó oír el aullido de una sirena que poco después transitó presurosa por delante del edificio. En el mismo momento, a más de seiscientos kilómetros de allí, un idéntico eco se multiplicaba con el ulular entretejido de las ambulancias y de los vehículos de la policía.

XIII

LAS PEREGRINACIONES DE ROCÍO

La seguridad de la vida se basa en la intransigencia y en la incomprensión.

HERMANN BROCH

Al ver esfumarse la negra furgoneta con su amiga dentro, Rocío van Hooft vaciló unos segundos antes de ponerse a correr de nuevo, esta vez en dirección a su coche, que había dejado aparcado en una bocacalle junto a la Plaza del Diamante. Resoplando, puso en funcionamiento el motor y se lanzó impetuosa en persecución de los fugitivos. La fortuna le sonrió, pues al dar la vuelta al chaflán tras el que desaparecieran Aurora y sus acompañantes, pudo distinguir al final de la calle el vehículo que los transportaba en el momento de reanudar la marcha, después de haberse detenido ante un semáforo que, en un rasgo de prudencia, tuvo a bien respetar.

Rocío se acercó hasta una discreta distancia, preocupada de que el escaso tráfico dificultara su camuflaje entre otros automóviles. Prosiguieron la marcha de tal guisa, y tras diversas maniobras enfilaron por la calle Mayor de Gracia hasta la plaza Lesseps y luego se apresuraron en dirección a la carretera de la Rabassada, por donde fueron ascendiendo sinuosamente la falda del Tibidabo. Pasaron la cota más alta e iniciaron el descenso hacia Sant Cugat tomando luego el desvío de la Floresta. Siguió un largo periplo por otra retorcida carretera. Finalmente, tras seguir una última bifurcación, la camioneta se detuvo frente al portal de una torre pintada de blanco. Desde la lejanía Rocío vio cómo penetraban en el recinto para desaparecer después en el interior del garaje. Al cabo de unos minutos se apeó y con suma cautela fue aproximándose al lugar. Las luces tras las ventanas se habían encendido. Comprobó la numeración de la casa añadiéndola mentalmente al nombre de la calle, ya averiguado con anterioridad.

¿Qué hacer? Iba a necesitar ayuda, pero ése no era un problema que la preocupara, pues sabía dónde encontrarla, si bien significaba tener que volver a Barcelona para buscar a sus amigos en alguno de los locales donde solían reunirse a aquellas horas. Le fastidiaba dejar su puesto de vigilancia, aunque lo más probable era que nadie abandonase el lugar antes del día siguiente. Pese a todo, convendría volver lo antes posible y, asimismo, recordando el incidente que la había llevado hasta allí, sería bueno si alguien visitaba el piso que ella se había quedado sin ver.

Caminó con cuidado de vuelta hacia el coche. Con la vista fija en su objetivo dio marcha atrás con todo el sigilo de que fue capaz. Cuando encontró un espacio apropiado giró ciento ochenta grados y se lanzó en busca de refuerzos. Entretanto, indiferente a los problemas humanos, la maltratada vegetación arbórea de la sierra de Collserola hacía reverencias al viento implorando que le trajera un poco más de lluvia.

Tres cuartos de hora más tarde, Rocío van Hooft penetraba atropelladamente en el Café de la Opera, pasando junto al mostrador como una exhalación mientras esquivaba a los numerosos parroquianos en un auténtico alarde de facultades. Se detuvo al fin contemplando el populoso fondo de la sala. Finalmente emitió un grito de satisfacción cuando distinguió en la última línea, casi empotrados contra el ángulo de la derecha, un grupo de jóvenes departiendo animadamente alrededor de dos mesas que se iban cubriendo con vasos de cerveza en diversos grados de consumición.

Eran siete en total, cuatro varones tendiendo a morenos que, de asumir las apariencias, bordeaban por ambos lados la frontera de los treinta años, dos féminas rubicundas y una tercera trigueña, todas de parecida edad. Vestían ropas poco convencionales aunque procurando mantener un toque original, fuera en la combinación de colores, en los dibujos o en la forma de sus prendas. Predominaban los cabellos largos pero bien cortados.

De resultas de un atraco a mano armada seguido de vapuleo que cierto amigo común acababa de sufrir aquella tarde a manos de una banda de delincuentes seniles, el grupo había estado comentando el rápido aumento de esos clanes facciosos organizados en el entorno ciudadano. La creciente abundancia de viejos entre la población podía explicar este fenómeno, sobre todo si se tenía en cuenta que las pensiones para jubilados, habituales en épocas aún no lejanas, ya no existían y que tampoco había dinero para meterles en asilos u hogares de tercera edad hablando de forma «políticamente correcta». En consecuencia, se estaban convirtiendo en un molesto nuevo «lumpenproletariado», emergente clase social característica de

los inicios del siglo XXI en la proyectada Europa y otras zonas del mundo desarrollado, que contribuían a aclarar cuáles eran las verdaderas perspectivas de futuro de los airados jóvenes en paro. Los gobiernos democráticos, siempre al quite, habían ido optando por retirar el derecho de voto a todo individuo en edad no productiva, considerando además que a menudo ya no coordinaban correctamente y que sus sufragios podían ser —dada la situación de la mayoría— fácilmente comprados o incluso forzados con amenazas. Consecuencia de lo anterior era la progresiva aparición de pandas armadas compuestas por ancianos todavía en buena forma física, que se buscaban la vida sin hacerle remilgos a la violencia. Quien más quien menos pertenecía a una generación que en su juventud había coqueteado con idealismos utópicos que los jóvenes del día, salvo afortunadas excepciones, no tenían la oportunidad de plantearse, presos en la implacable ética del sálvese quien pueda, según la moral al uso en su entorno liberal y competitivo. En muchos casos, el desencanto y el resentimiento se unían malignamente a las punzadas del hambre, y puesto que no podían aspirar a una vejez honorable, en paz, sino más bien a todo lo contrario, es decir, a la indiferencia social, o a una aséptica eutanasia, sin el menor reconocimiento por sus pasadas vidas, preferían reventar escupiendo al rostro de sus semejantes. Este *modus vivendi*, donde la criminalidad había incorporado también a la tercera edad, se estaba volviendo habitual en las metrópolis.

Rocío interrumpió la conversación llena de aspavientos. Se procuró una silla y tomó asiento entre Lluís y Sofía, ella era la trigueña.

—Hola todos, vengo con prisa y voy al grano: necesito vuestra ayuda. ¿Os acordáis de mi amiga Aurora?, pues bien, la pobre ha caído en manos de un grupo de delincuentes que la tienen raptada. Tenemos que rescatarla como sea.

Lluís fue el primero en reaccionar.

—Explícate un poco más. Si quieres ponernos en pie de guerra será mejor que nos digas qué ha pasado.

Sin hacerse de rogar, Rocío procedió a dar cuenta de los últimos acontecimientos en que se viera envuelta. Consciente de la urgencia del momento, procuró expresarse de forma telegráfica, opuesta a su habitual manera de hablar. Los rostros del auditorio revelaban sin disfraz toda la curiosidad y excitación generada por sus palabras, destacándose en medio del vaporoso ambiente —humo rebelde de cigarrillos—, que envolvía sutilmente la escena con un halo de misterio.

Aquel conjunto heterogéneo de amigos abarcaba personas de diferentes oficios y fortunas, si bien la mayoría se hallaba en el presente en situación de paro laboral transitorio. Entre ellas había un médico, una informática, un enfermero, un preparador físico, una técnica de medio ambiente, un diplomado en periodismo y una diseñadora de modas. El vínculo común entre ellos, incluyendo Rocío, era una pasión desordenada por el teatro, que se desfogaba dos noches a la semana en la intimidad de un viejo almacén en desuso próximo al puerto.

Terminada la narración, cada oyente inició un monólogo autista describiendo su plan de campaña perfecto. Finalmente Sofía consiguió imponer su voz de soprano para decir algo que parecía albergar bastante sentido común.

—¿Por qué no avisamos a la policía?

Rocío, intuyendo las inconveniencias de entrometer a tal institución en el asunto, se opuso frontalmente.

—Ése sería el último recurso, una incursión violenta podría poner en peligro a Aurora. Entretanto tenemos que intentar intervenir con nuestros propios medios, se trata de volver a la casa enseguida para vigilar a los de dentro, creo que son pocos. Si vemos que hay alguna posibilidad de acercarnos sin ser vistos, iremos a por ellos.

—Seguro que están armados —intervino Laia, una de las blondas—, no somos ningún comando de acción inmediata, es demasiado peligroso...

Toni y Santiago —el enfermero y el preparador físico respectivamente—, tras cruzar una mirada, extrajeron de las profundidades de sus pantalones sendas navajas automáticas de regulares dimensiones que habitualmente llevaban encima para protegerse de entornos hostiles. Las mostraron sonrientes a sus compañeros con gesto tranquilizador.

—Aquí hay algo disuasorio —sentenció Santiago.

Meritxell —la otra rubia— se pronunció enfáticamente respecto a la inutilidad de aquel material frente a un arma de fuego. Por su parte, Lluís y Gerard —galeno y gacetillero por orden de citación— apoyaron sin rubor tal parecer. Resultado de estas discusiones y de lo que siguió, pese a las urgencias de Rocío, fue que finalmente Meritxell y Lluís —éste por su habilidad con el instrumental quirúrgico que sabía utilizar como ganzúa para abrir puertas remolonas— fueron despachados al piso de la barriada de Gracia con instrucciones de espiar sin dejar huellas, y reunirse luego con los demás lo antes posible en su puesto de vigilancia entre los pinos.

A la salida del Café de la Ópera, la *troupe* se dividió en dos partes, partiendo cada una en busca del respectivo medio de locomoción. Grupos de jóvenes se mezclaban en las calles con cuadrillas de veteranos medio andrajosos, verdaderos viejos roqueros desterrados al asfalto. De repente, uno de entre ellos se plantó frente a Rocío van Hooft; era alto y huesudo, con una calva franciscana flanqueada de largos cabellos canosos que le caían sobre los hombros, su mirada era oscura, colérica. Intentó sujetar a la joven por el brazo mientras hablaba con voz obsequiosa.

—¿Verdad que tienes un poco de dinero para mí? —probó de agarrarla otra vez, pero la joven consiguió esquivarlo de nuevo y mantener la distancia acelerando el paso—, yo y mis colegas tenemos hambre, tú seguro que no. — Intentó seguirla mientras otros compañeros le flanqueaban.

Rocío se puso a correr y sus amigos la imitaron. Era la única forma de evitar una penosa disputa con aquellos mendigos. Tuvo el sentimiento de huir de una asamblea de espectros. ¿Cómo podía el mundo afrontar el futuro si había renegado abiertamente de su pretérito? Ambos eran quizá la misma cosa en algún lugar y momento de los ciclos cósmicos, pero la especie humana podía estar extraviando el camino de retorno. ¿Quiénes serían los supervivientes de la falta de amor, de la intransigencia, de la incompreensión?, la respuesta jadeaba ahora a sus espaldas, pero mañana les estaría aguardando bajo la sombra de un árbol en algún recodo del sendero.

XIV

AHORA QUE ESTAMOS REUNIDOS

Ojalá puedas, hijo mío, crecer torpe y estúpido, y, libre de calamidades, llegar a Primer Ministro.

SU TUNGPO

En una pequeña pero lujosa habitación del imponente edificio de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York, los máximos representantes de las influyentes nacionalidades —mencionadas por orden alfabético para evitar suspicacias— alemana, australiana, británica, canadiense, china, estadounidense, francesa, italiana, japonesa y rusa discutían gravemente en privado, libres del moscardoneo de periodistas y operadores de televisión. Así pues, el tono de sus intervenciones se había vuelto algo más coloquial y directo, libre de cualquier alarde publicitario cara a la galería.

Hacía cosa de una hora desde que el presidente del país anfitrión se quedara pasmado, con la palabra en la boca, ante el atento auditorio, tras ser interrumpida su brillante alocución por un horrísono estruendo que sacudió el hemiciclo como un cachete a la vanidad de los poderes terrenales allí reunidos. Inmediatamente se decidió interrumpir la sesión y estar alerta ante una posible evacuación de la sala, hasta que se conociera el origen del estallido, que bien pudiera tener causas terroristas. En un santiamén y como salidos de bajo tierra —probablemente así era—, aparecieron grupos de soldados fuertemente armados que tomaron posiciones alrededor del edificio y en lugares estratégicos de sus laberintos interiores. El señor Presidente, consciente de su papel protagonista, solicitó tranquilidad a las delegaciones asegurando que en breves instantes podría informarles de lo sucedido, pero no se atrevió a lanzar, para relajar el ambiente, alguna de sus celebradas ocurrencias, como que tal vez King-Kong se había caído por fin de la azotea

del Empire State. Poco después, tras recibir una llamada telefónica, excusó su ausencia por unos momentos. Pasados otros cinco minutos, volvió para anunciar que la asamblea quedaba diferida hasta la tarde por causas técnicas que serían convenientemente explicadas en su reanudación. Mientras los asistentes iban desfilando debatiéndose entre la sorpresa y la sospecha, unos pocos de entre ellos sabían ya que tenían que asistir a otra junta.

Así pues, un selecto grupo de próceres de la política mundial acababa de oír en *petit comité* la narración fidedigna del accidente astronáutico, referida personalmente por el señor Presidente de la Unión, con el apoyo corporativo del general Schwarzkopf, el almirante Shapley y el coronel Ripley, máximos responsables de las operaciones por tierra, mar y aire relacionadas con el inquietante suceso que les reunía. El señor Presidente se erguía mayestático en su asiento con toda su humanidad de dos metros algo rechonchos. Hiciera lo que hiciera durante su ejecutiva de máximo mandatario, tenía ya asegurado un puesto destacado en la Historia por ser el primer inquilino de la Casa Blanca de raza negra —cierto que con tonalidad algo deslavazada, labios demasiado finos y nariz poco chata—, hecho que no había originado en absoluto los disturbios sociales que algunos agoreros sin sentido habían predicho. También podría argumentarse que su cultura, comportamiento y dicción, eran del más puro estilo *wasp* imaginable, pero tales detalles no bastaban para restar méritos a la indiscutible evidencia de haber convertido en realidad lo otrora utópico. La voz de bajo profundo retumbó entre las cuatro paredes, retomando el monólogo brevemente interrumpido.

—Cuanto acabo de exponer rebasa las expectativas del menos exigente cálculo de probabilidades. Tal como se han producido los acontecimientos, resulta imposible atribuirlos a una coincidencia accidental. Han sido claramente deterministas, con una voluntad y un designio actuando entre bambalinas. Según nuestros conocimientos ningún país u organización posee los medios para habernos arrebatado el control absoluto del vehículo espacial, hacerle dar una vuelta al planeta y precipitarlo al mar en el punto preciso donde ha caído. Es un hecho muy preocupante respecto al que esperamos obtener alguna información en cuanto se haya procedido al rescate que ya está en curso. Pero no termino aquí, hay en todo esto otro elemento de serio desasosiego, del que alguno entre ustedes está ya informado. En la nave viajaba un pedazo de materia interplanetaria; este objeto cayó del cielo —según pretende un individuo de nacionalidad española altamente sospechoso que actualmente está huido— en una zona montañosa cercana de la ciudad de Barcelona, en España. El mencionado personaje fue, o al menos así lo

proclama, testigo del hecho. Tiene un hermano gemelo, astrofísico, que estudió varios años en una de las mejores universidades de este país, al que suplantó en un congreso propio de su temática, tras secuestrarle sin ningún escrúpulo, aprovechando la ocasión para hacer públicas una serie de amenazas a la paz mundial. Al marcharse dejó en el recinto el pretendido meteorito y una serie de papeles donde se proclamaba que era un agente de enorme poder destructivo, añadiendo la exigencia de fuertes cambios en la política y la economía internacionales, bajo la amenaza de su inmediata puesta en acción. Finalmente, atribuía un origen extraterrestre a la aparición de nuestra especie, al mensaje y al extraño mineral abandonado.

Se interrumpió para beber un sorbo de agua. Sus respetuosos colegas aguardaron en silencio a que calmara la sed, sin que en ningún rostro se trasluciera el menor indicio de lo que pudiera estar pensando. Era digna de ver la impavidez oriental de los representantes chino y japonés —por orden alfabético—, compitiendo en inexpresividad con los rostros anglosajones, eslavos, germánicos y latinos, todos ellos verdaderos profesionales del fingimiento alevé. La voz presidencial, honda como la del nunca bastante llorado Tennessee Ernie Ford, volvió a resonar con hipnóticas cadencias.

—Acabo de decir que se trata de un extraño mineral, y eso es a causa de su naturaleza. Nuestros mejores científicos, trabajando en los laboratorios mejor equipados, han fracasado completamente en obtener cualquier tipo de información acerca de la estructura y propiedades del mismo. Se trata de un material *impenetrable* para los medios experimentales de que disponemos: no se puede rayar, ni romper, ni penetrar lo más mínimo con cualquier tipo de radiación, sólo sabemos que su densidad media es mucho mayor que la de cualquiera de los elementos conocidos. Estos sorprendentes resultados, ante cuya evidencia ha habido que rendirse, plantearon nuevamente la cuestión del pretendido origen *extraterrestre* del *objeto*, en el sentido de una civilización proveniente de las estrellas, con un altísimo grado de desarrollo intelectual y tecnológico. Les ruego no se tomen a broma lo que digo. Al menos consideren, sin despreciarla, esa probabilidad. Si ponderamos el conjunto de los hechos sucedidos desde la aparición del objeto en un lugar de España, los análisis frustrados de su estructura, las proclamas iluminadas del testigo presencial del fenómeno y los últimos acontecimientos con que nos enfrentamos, es suficiente para hacer meditar seriamente sobre su, digamos, *extraordinaria singularidad*. Lo dicho justificaría por sí solo una actitud de serio examen, pero no debemos olvidar que, además, esa persona a quien hoy se busca activamente, dejó escritos y ha realizado manifiestos conteniendo

muy graves amenazas contra la paz de las naciones o, lo que es mucho más grave, contra la existencia de sus ciudadanos. Si se llegaran a poner en marcha, más allá de las palabras, los cambios exigidos en tales filípicas panfletarias, significaría el fin del sistema económico liberal, la crisis quizás irreversible del orden democrático y el advenimiento del caos general en nuestro superpoblado planeta. Por esta serie de razones, hemos intentado desembarazarnos, como concesión a la duda, de ese pedazo de materia, aunque sin éxito, como habrán comprobado.

Nueva pausa para vaciar el vaso. Seguidamente, tras adoptar una expresión confidencial, el señor Presidente prosiguió su perorata.

—Imaginemos, caballeros (y con ello adoptaríamos la hipótesis más extrema de un experimento mental), que, según alguien ha dicho, tuviéramos en estos instantes en nuestra vecindad, acurrucado en el interior de una sumergida nave espacial, justo en el centro de una esfera de materia desconocida, un agujero negro microscópico neutralizado, pero con la capacidad de poder activarse en cualquier momento por medios que asimismo ignoramos. No hay forma de comprobar si lo anterior es cierto, del mismo modo que no podemos saber lo que nadie, salvo nosotros mismos, siente o piensa realmente. Acaso, en efecto, sea ésa la fantástica verdad, pero también podría ser que, aprovechándose de la incertidumbre, alguien muy listo esté pretendiendo apostar muy alto a nuestras expensas, así que la respuesta ofrecida, sea la que sea, debiera ser a la vez firme y pragmática. El mundo no puede cambiar, pues si se pretendiese intervenir drásticamente en sus estructuras sociales y económicas, también entonces terminaría destruido; además *¿podríamos en verdad hacerlo...?* Seguiremos, eso sí, convocando grandes foros como el que nos tiene reunidos hoy, para discutir posibles políticas, a medio y largo plazo, en espera de que algún día nosotros, o nuestros sucesores en el poder, consigan ponerse de acuerdo. En consecuencia, asumiendo cualquier hipotético riesgo o amenaza, no pensamos repetir el intento recién fallido, sino que recuperaremos la piedra y será devuelta al lugar donde cayó. Ellos deberán ser sus guardianes, si es necesario con nuestro asesoramiento. Ésta es mi proposición, en espera de escuchar sus puntos de vista.

El señor Presidente se reclinó en su asiento y guardó silencio en espera de que los demás asistentes a la reunión dieran signos de vida intelectual activa a través de la palabra. No tenía gran fe en los asiáticos, que por naturaleza eran escépticos y ateos —en particular los japoneses—, con lo que no debían haberse creído ni una coma de su discurso, atribuyéndolo a oscuros manejos

de los que aún no habían descubierto el hilo conductor. El Jefe de Estado ruso, un fornido eslavo con muy mala reputación, era sin duda igual de incrédulo que los otros, pero al menos mantenía buenas relaciones oficiales con la Iglesia Ortodoxa, y ya que en su país circulaban viejas historias como la del meteorito de Tunguska, y entre ciertos grupos de sus conciudadanos hubo siempre una soterrada afición por la parapsicología que hasta los comunistas soviéticos habían respetado, podía ser más proclive a aceptar los hechos. En cuanto a los amigos europeos, estaban mejor informados que sus otros colegas y, en todo caso, tenían la buena costumbre de acabar doblegándose a su voluntad. Tras emitir una discreta tosecilla, el anciano Primer Ministro chino —que antes de entrar en política había sido un respetado especialista en poesía clásica— adelantó ligeramente su endeble figura para poder hablar más cerca del micrófono.

—Honorables señores, un gran poeta llamado Tsao Chih dijo hace muchos siglos que el hombre superior sabe tomar precauciones para evitar los celos del prójimo; para ello se viste con un manto de humildad que oculta su auténtico brillo. No parece ser ésta la actitud más encomiada en nuestra ruidosa época de protagonistas. La leyenda, nacida en la Grecia antigua, que relata la insensata pasión de Narciso por su imagen reflejada en las aguas alcanza hoy una realidad suprema, al haberse multiplicado la oferta de espejos mágicos hasta extremos de increíble sutileza y sofisticación. No sé si aún existen seres como los que cantaba Tsao Chih, pero de ser así, deben estar refugiados bajo la superficie de la Tierra.

»Si el pequeño pedazo de materia interplanetaria, sobre el cual el honorable señor Presidente de Estados Unidos nos ha hablado, tuviera por origen una inteligencia exterior, se ofrecería a los seres humanos y, en particular, a nosotros, sus mentores políticos, una magnífica coyuntura para recuperar algo de la vieja modestia ancestral. Creo, sin embargo, honorable señor Presidente de esta gran nación que nos acoge, a la cual deseo prosperidad infinita, que en este caso los notables sucesos cuya descripción acabo de escuchar emanan forzosamente de una fuente terrestre. Estimo que los científicos chinos deberían tener acceso al objeto contra el que aparentemente se han estrellado los esfuerzos de sus físicos, químicos e ingenieros. Parece lógico, sin desmerecer los medios y conocimientos técnicos de su admirado país, tan fértil en ideas y en premios Nobel, que nuestros sabios puedan estudiar ese prodigioso mineral para estar en condiciones de corroborar los puntos de vista de sus colegas norteamericanos.

Cualquier decisión por parte de mi gobierno, relativa al asunto que aquí nos concierne, queda condicionada por la respuesta a nuestra solicitud.

»Un punto muy atractivo relacionado con todo lo expuesto es el documento igualitarista con que se envuelve el regalo de los cielos. Contiene muy claras instrucciones y muy serias amenazas que, de ser aceptadas, plantearían un serio reto a la supervivencia del sistema económico liberal-capitalista. El gran Ch'en Tzu-ang dijo hace más de mil trecientos años:

*Los hombres de negocios alardean de su habilidad y trapacería,
pero en cuestiones filosóficas son como los niños.
Jactándose entre sí de afortunadas depredaciones,
desdeñan considerar el destino final de su cuerpo.
¿Acaso saben algo del Maestro de la Verdad Oscura
que contempló el ancho mundo en una copa de jade,
cuya mente iluminada percibió más allá de la Tierra y el Cielo
y cruzó el portal de la Serenidad subido al carro de lo Mutable?*

»Creo haber interpretado la forma de satisfacer las exigencias del documento escrito por un falso pero hábil profeta de nacionalidad española. Se trataría de orientar el pensamiento de nuestros ciudadanos en la dirección correcta expresada por el poema que acabo de recitar. Si hubiera voluntad de hacerlo así, sería posible, pues para ello disponemos de unos medios de comunicación de influencia ilimitada. Con un cambio de mentalidad semejante, las naciones ricas podrían asumir empobrecerse en aras de una mejora substancial de las condiciones de vida para la mayoría de sus semejantes.

»Como representante de una importante porción de la Humanidad, exijo que en todo caso se adopten esas medidas. Si la conminación de que hablamos es cierta, evidentemente con más causa, pero si no fuese así, deberíamos hacer ver que la creemos, proclamarla a los cuatro vientos para disponer de argumentos concluyentes, y así imponer unos cambios sociales que conduzcan a una mayor igualdad planetaria, pese a la feroz oposición de intereses que todos conocemos bien. Piense, señor Presidente de Estados Unidos, que si los habitantes de mi país disfrutaran hoy del mismo nivel material que gozan los suyos, seguramente la Tierra no podría resistir los efluvios de tanta prosperidad. Quedémonos pues en un punto medio, pero no siempre a nuestras expensas. Esto es todo, muchas gracias por su atención.

El primer dignatario chino oprimió el botón que desconectaba su micrófono, se sacó las gruesas gafas, como si ya no quisiera ver a nadie, y

echó el busto hacia atrás, contra el respaldo, volviendo a adoptar la postura previa a su intervención.

La mayoría de los oyentes había ido arrugando el ceño en algún momento de su atenta escucha, con los auriculares para la traducción simultánea bien pegados a las orejas. Varias frías miradas se entrecruzaron como relámpagos fugaces. El Primer Ministro ruso sintió antes que nadie la compulsión de tomar la palabra.

—Ilustres caballeros, es para mí una gran satisfacción hallarme en su compañía, a pesar de que las circunstancias de nuestra reunión sean de cariz extraordinario e inesperado. Al respecto, me veo en la obligación moral de hacer un par de comentarios fundamentales. En primer lugar, expreso mi firme protesta ante el hecho de que se haya regateado a mi país la información de cómo se ha gestionado hasta el presente este *affaire*, con especial mención a los estudios experimentales sobre la naturaleza del aerolito caído en España, que se han llevado a cabo secretamente en instalaciones militares y de la NASA, sin que se nos tuviera al corriente día a día. Nuestros científicos, dado su alto nivel, podrían haber participado en esta labor y, muy probablemente, su experiencia se hubiese revelado de gran utilidad. Exigimos por lo tanto tener acceso al mencionado cuerpo sideral para analizarlo en nuestros propios laboratorios. No tiene sentido plantear ninguna medida a cualquier nivel sin que quienes puedan verse involucrados estén en igualdad de condiciones entre sí.

»El segundo punto que deseo hacer notar, y con ello termino de momento, está relacionado con el discurso anterior al mío. Creo con toda honestidad que, en bien del equilibrio mundial, es más conveniente que los países más ricos ayuden a terminar de asentar las economías de naciones estratégicamente importantes, como Rusia, antes de plantearse temas de la complejidad e incalculables repercusiones como el que ha sido aquí sugerido hace unos momentos. La mística y la poesía pertenecen a otro universo que la economía, son conjuntos disjuntos, incompatibles. En una cosa estoy de acuerdo con mi admirado colega y vecino geográfico: sea lo que sea el objeto recién llegado tan sonoramente a pocos metros de aquí, es de origen terrestre. Las leyes del mercado también lo son, pero éstas resultan tan inapelables como las de Kepler, y no pueden trastocarse por un mero capricho de la voluntad humana sin desencadenar catástrofes naturales, como sucede cuando un exceso de estupidez ambiental ya no puede ser filtrado por el sentido común y comienza a acumularse en las meninges de los ciudadanos y,

particularmente, en las de sus dirigentes políticos, cosa que, por fortuna, no es el caso actual.

»Considero pues que la proposición de nuestro insigne anfitrión, presidente de este gran país que hoy nos ofrece su hospitalidad, es la ideal, si bien añadiendo el importante matiz de participación por parte de los científicos rusos en nuevos análisis y experimentos, que solicito. Una vez que se haya terminado con el estudio compartido de ese objeto, sean cuales sean los resultados, deberá ser devuelto a España, país del que proviene, cerrándose aquí el asunto, sin que proceda siquiera discutir las peticiones fraudulentas que acompañaron su aparición. Señores, sugiero que hagan caso de las palabras del representante de una poderosa nación donde hace tiempo se pretendió cambiar de un día para otro el reparto de la riqueza por mor de una ansiada justicia social. En aquella ocasión el mensaje procedía, no de unos pocos pliegos de papel arrugado, sino de un libro denso y larguísimo. Todos conocen los resultados. Muchas gracias.

Se hizo un silencio embarazoso. Francia comprendió que no podía estar callada por más tiempo sin dejar constancia de su proverbial aparente independencia de criterio frente a los gigantes del Este, del Oeste y de la propia Unión Europea. Tomó pues la palabra ante la aquiescencia general, engalanando el ambiente con las nasales armonías del viejo idioma de la diplomacia.

—Señores presidentes, señores primeros ministros, queridos colegas en la responsabilidad compartida, como máximo representante de mi país, he escuchado con especial interés cuanto se lleva dicho en esta reunión. Los acontecimientos que estamos considerando son ciertamente singulares, tanto en su origen como por sus más recientes manifestaciones, que acabamos de experimentar. No se conoce, históricamente hablando, ninguna otra situación semejante a la que nos ocupa, sea auténtica o fraudulenta, es decir, de origen extraplanetario, o manipulada por intereses banalmente terrenales que por el momento nos son desconocidos.

»El ingenio de algunos seres humanos puede ser inconmensurable, individuos aislados llegan a ser capaces de crear nuevos mundos, alumbrando ideas que no se les habían ocurrido a comunidades enteras. Es más, posiblemente la soledad, aunque pasajera, descontaminada de la influencia del entorno social, sea la verdadera vía hacia la renovación del individuo, que le permite alcanzar un estado mental de creación liberada. Esta circunstancia no aporta siempre, por desgracia, contribuciones positivas para nuestra civilización, pudiendo alumbrar retoños degenerados en cuya turbia mirada

sólo anida la maldad. Tales hechos se han visto reflejados en obras famosas de la literatura universal y, más recientemente, en el cine, pero la realidad cotidiana no se queda atrás frente a la ficción; pensemos, por ejemplo, y lo digo ahora que la prensa no se halla entre nosotros, en la ecuación *Energía igual a masa por velocidad de la luz al cuadrado*, que se le ocurrió al señor Alberto Einstein, entre otras cosas, hace más de cien años, cuando trabajaba, felizmente anónimo, en la recoleta reclusión de una oficina de patentes en Berna, y que dio paso a las pesadillas de la era atómica, que seguimos padeciendo. Podrá decirse que en ese caso el autor carecía de malicia, por lo que no previó de manera inmediata todas las consecuencias de su enunciado, y que las ideas estaban suficientemente maduras como para que cualquier otro las hubiera pensado en su lugar. De acuerdo. Sin embargo, en épocas más recientes, han ido emergiendo en creciente número inteligencias superiores abiertamente hostiles a nuestro mundo. Algunos excelentes científicos, guiados por móviles en general antisociales, han pretendido acometer acciones claramente perversas. Todos recuerdan el caso del profesor Jules Lagasse que, desde el laboratorio privado de su casa de campo en los Alpes, estuvo a punto de desarbolar los centros neurálgicos de comunicaciones de todo el globo usando un original invento informático desarrollado en el relativo aislamiento de las cumbres. Según afirmó luego, pretendía ayudar a liberar a sus semejantes del insidioso tráfico letal de las autopistas de la información. Peor fue el intento, felizmente abortado a tiempo, del ingeniero genético japonés jubilado Kensure Sugimoto, habitante del Larzac, donde se había instalado con su mujer años antes, cuyo objetivo era desencadenar una epidemia fulminante a escala terrestre con que liberar a la vieja Rea —así lo declaró, ya saben, en el juicio— de la insufrible raza humana, multitudinaria y depredadora como las ratas —según Sugimoto—, con las que vive en estrecha simbiosis ciudadana. Incluso, no hace mucho más de diez años, en este mismo país de América, donde nos encontramos, un conocido matemático, profesor de universidad, decidió un buen día retirarse a las Montañas Rocosas para dedicarse a enviar bombas postales a representantes influyentes de un Sistema que consideraba caduco y diabólico...

»Siguiendo la misma línea de argumentación, podría sospecharse que ha aparecido entre nosotros un nuevo pensador genial, tal vez químico, casi alquimista, probablemente formando equipo con un hábil histrión hispánico que, con la hábil estratagema, siempre bien acogida por ciertos demagogos, de reclamar la igualdad económica de los pueblos, pretende en realidad fomentar el caos general, el hundimiento de las estructuras sociales y la

guerra civil generalizada, como males menores entre los que se puedan imaginar. Estoy convencido que se debe seguir investigando esa “madre de todas las piedras”, ciertamente con el apoyo, aún demasiado escaso en nuestra opinión, de la comunidad científica europea, hasta desvelar la sofisticada astucia del autor del desaguisado. Debemos rechazar con firmeza las falaces versiones, verdaderas trampas para mentes débiles, que colocan nuestro destino en manos de demiurgos interplanetarios dispuestos a liquidar un fallido experimento del lejano pasado. Esta clase de teorías puede instalarse en los entendimientos poco seguros, o entre las clases más pobres y marginadas, desencadenando una nueva ola, aunque algo retrasada, de *milenarismo* marcadamente destabilizador.

»Cualesquiera que sean los acuerdos adoptados en esta reunión, pienso que todos los presentes asumimos la necesidad de ofrecer una imagen unánime y compacta. Para llegar a ese resultado me permito lanzar una propuesta que, a mi entender, aunará nuestros criterios. Se trata de crear, con dinero del Banco Mundial, pues a todos beneficiará, un centro internacional de investigación dotado de los equipos más modernos, permanentemente actualizados, para el estudio monográfico, con todas las técnicas conocidas, del objeto actualmente bajo el mar. A este lugar tendrían acceso los expertos que las potencias aquí representadas consideren merecedores de confianza. No sé si alguien espera que proponga algún país remoto, incluso la Antártida, para su sede, pero como prueba de mi total certidumbre en las causas últimas, recojo algunos pareceres ya emitidos antes del mío, y sugiero que se instale en España, única nación moralmente obligada a acogerla, tal vez en el sur, ¿conocen el desierto de Almería?, y que además se halle permanentemente controlada por fuerzas de la OTAN que creo abundan en las inmediaciones. Si una resolución es adoptada en este contexto, lo consideraré una victoria del sentido común y de la mejor de las lógicas, es decir, la cartesiana. Gracias por su atención.

Francia, desde su silla, relajó los músculos faciales, esbozando una expresión olímpica mientras su reumática espalda crujía en busca de la comodidad del muelle respaldo.

El señor Presidente de Estados Unidos de América sonrió complacido ante la intervención recién terminada, cosa que no alegró especialmente al orador responsable de la misma. Al mismo tiempo, la mano un poco temblorosa del Primer Ministro de Japón puso en funcionamiento su micrófono. Tras varias inclinaciones de cabeza hacia todos los azimutes que el cuello le permitía, se dirigió a los presentes con dulce voz aterciopelada.

—Señores presidentes, señores ministros, excelencias... voy a ser breve. Para comenzar, me agradecería ofrecer a los doctos oídos de mi colega chino, tan amante de la poesía, y del resto de componentes de esta muy honorable audiencia, los tres sencillos versos de un haiku de Matsuo Basho que, con cierta licencia, podrían tomarse como un retrato de nuestro mundo actual:

*Este u Oeste
la misma tristeza,
viento de otoño.*

»Sinceramente, creo que vivimos una época atumnal. Hay demasiado dolor, excesiva angustia, ambos hijos naturales de la miseria. Éste es el problema de una Tierra superpoblada, cada vez más seca y desértica. Cuando un organismo enferma, pasado un cierto umbral, a menudo le acometen tendencias suicidas incontrolables. Por esa causa, en la Humanidad contemporánea existe un número creciente de seres que odian a sus semejantes sin distinción de raza ni de cuna, individuos implicados en actividades destructivas sobre su entorno social. El muy honorable señor Presidente de la República Francesa acaba de indicarnos algunos casos, por lo que, de pasada, aprovecho la oportunidad para puntualizar que el ciudadano japonés residente en el Larzac llevaba demasiado tiempo viviendo fuera de su país, y que sus aparentes tendencias asesinas pudieron haberse desarrollado por la influencia negativa de un medio cultural claramente ajeno a sus auténticas raíces.

»Pero volvamos a nuestro tema fundamental. No podemos ignorar la injusta realidad de la distribución de la riqueza entre los pueblos. Es un hecho que parece provenir del carácter de cada uno de ellos, de su disposición natural para el trabajo y el sacrificio, que fatalmente les aboca a situaciones de perpetuo subdesarrollo y dependencia cuando esas cualidades no están muy afirmadas. A ello se suma un poco controlado crecimiento demográfico, debido a la ignorancia y la irresponsabilidad de las clases más depauperadas, que empeora todavía más las diferencias. ¿Qué hacer?, ¿es justo repartir?, ¿no será más negativo a la larga acostumbrar al que no tiene a recibir una recompensa por su falta de verdadero esfuerzo? El sistema económico sobre el que se asienta nuestro mundo tiene el mismo realismo y, por consiguiente, la misma dureza que las leyes biológicas de la selección natural. A la larga sobreviven los más fuertes. Querer subvertir socialmente este principio conduciría, como ya se ha dicho, no a algo bueno, sino al desastre universal. Japón no es ni será partidario de una política de generosidad mal interpretada

basada en falsos principios morales propios de los débiles. Sí, tal vez estemos viviendo en medio de una gris estación de otoño, pero antes de poder volver a gozar de cualquier primavera, habremos de prepararnos para los rigores invernales, sin duda terribles, que cubrirán los caminos con las hojas muertas de los árboles.

»En lo referente al pretendido meteorito y los pliegos de amenazas con que aparece relacionado, me remito a mis anteriores comentarios sobre los terroristas sociales. La salud de la Humanidad sólo se recobrará por el esfuerzo y el trabajo, aunque sea a expensas de grandes sufrimientos. Los enemigos declarados del Sistema habrán de ser extirpados como un cáncer antes que puedan extenderse afectando órganos vitales. Me adhiero también plenamente a la propuesta recién planteada de crear un centro de investigación en España, donde los científicos japoneses tengan libre acceso junto con los de las demás naciones aquí representadas. Por otra parte, los documentos reivindicativos, obra del singular embaucador español, no deberían ser ni siquiera discutidos. Cuando su autor vuelva a caer en manos de la justicia, todos los acontecimientos que ahora nos ocupan se aclararán hasta los menores detalles. Por cierto, que seguramente serán tan fantásticos e imaginativos como una historia de las Mil y Una Noches o de los Cuentos de la Alhambra, estoy convencido de ello.

»Muy honorables señores, no deseo extenderme más abusando de su inmerecida paciencia. Agradezco su amable atención y espero que mis palabras hayan sido lo bastante claras como para expresar sin ambigüedad la opinión de mi gobierno sobre los delicados asuntos que nos ocupan, gracias otra vez.

Como imaginé, el jap no se ha creído una palabra —meditó el inquilino de Washington mientras aplaudía cordialmente—, lo único que le importa es no malgastar un maldito yen que no produzca réditos. No es que seamos tan distintos, pero hay que saber guardar mejor las apariencias.

Aquella última intervención había servido para liquidar las incertidumbres que aún pudieran existir respecto de las líneas maestras de la estrategia a seguir. La reunión duró todavía un par de horas, pero el acuerdo estaba ya sellado tácitamente, lo demás fueron matices y bizantinismos. China, la más renuente al principio, obtuvo suficientes garantías económicas como para hacer que sus puntos de vista coincidieran con los de los demás. Posteriormente, aprovechando la continuación de la Asamblea General, los mandatarios hispánicos conocieron pronto de primera mano la decisión de dotar generosa y discretamente a su país con un supercentro de investigación

de materiales, dependiente de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, así como el nombre del invitado-estrella del lugar.

Allende los mares, la muy histórica Península Ibérica, cercanías de Madrid, como si el eco amplificado de las palabras recién pronunciadas junto a la Gran Manzana fuera a hacerla entrar en resonancia, estaba a punto de ser sacudida por una violenta explosión.

XV

CIENTO SESENTA Y NUEVE ESCALONES

De pronto, el bosque se iluminó por el lado de Twan.

FRIEDRICH DÜRRENMATT

El motor se detuvo a unos cien metros de la casa. Cuatro míseras farolas alumbraban la calle sin asfaltar, sumándose a los débiles destellos de una luna casi oculta tras la sombra de su hermana mayor. Los seis ocupantes del auto descendieron silenciosamente y, siguiendo las indicaciones de su guía, se fueron aproximando al objetivo escudándose tras la vegetación.

Rocío había descubierto en su anterior visita, mientras circulaba junto al edificio, un espeso bosquecillo situado justo enfrente que proyectaba sus ramas hasta el centro del camino. En tal dirección avanzó gesticulando en demanda de sigilo hacia el grupo de seguidores.

Se apostaron lo mejor que pudieron en puntos propicios para otear al enemigo sin ser vistos. El lugar estaba a oscuras, ya ninguna luz se filtraba por las ventanas como unas horas antes. El silencio era total, salvo el sonido lejano de algún avión surcando el cielo y el canto acompasado de las ranas desde alguna charca vecina. Dejaron transcurrir los minutos en espera de cualquier señal delatora de actividad procedente del interior de la casa. Nada. Tras aguardar un largo cuarto de hora, se retiraron de sus posiciones y, protegidos por la espesura, celebraron un conciliábulo. Se decidió que Santiago, ducho en correr, saltar, trepar e incluso reptar, y en gran forma física por su profesión, se aproximaría a la casa para explorar sobre el terreno su situación interna, así como las posibilidades de penetrar en ella.

Apoyado por las miradas de admiración de sus amigos, Santiago se puso en campaña en un par de minutos, y su musculada silueta proyectó una efímera sombra lunática sobre el suelo mientras cruzaba agachado el camino

con dos ágiles saltos que le proyectaron desde la protección de un añoso pino piñonero a la de otro carrasco. Ya en el lado opuesto, se le vio agazaparse entre la maleza, iniciando luego un sinuoso progreso serpentuno en dirección al enemigo. Cuando parecía haberse esfumado devorado definitivamente, su cabeza emergió de pronto junto a una de las ventanas frontales; luego el resto del cuerpo fue irguiéndose con precaución hasta alcanzar la altura necesaria para que su visual le permitiese practicar las labores de espionaje encomendadas. Al cabo de pocos segundos pudo vérselo manipulando al nivel del alféizar en las despintadas juntas de madera valiéndose de un objeto metálico —posiblemente la navaja esgrimida no mucho antes en el Café de la Ópera—, pero sus esfuerzos no obtuvieron resultado.

Tras una nueva pausa, durante la que los camuflados espectadores sintieron cómo sus nervios temblaban al unísono, Santiago se agachó junto a la pared y comenzó a desplazarse arrimado a ella hasta dar la vuelta a una esquina, desapareciendo detrás de la construcción sin ni siquiera despedirse con un gesto.

Se sucedieron lentos los minutos, en procesión solemne. Ni un sonido ni una seña por los que orientarse, nada. Una lechuza lanzó sus llamadas desde una copa lejana, se levantó una ligera brisa que hizo murmurar las hojas de los árboles, las ranas acuáticas acometieron otra pieza coral, el tragaluz lunar se cubrió con movedizos crespones negros. De repente, tras lo que había parecido una eternidad, la puerta frontal de la casa se abrió de par en par, apareciendo recortada en el umbral la silueta de Santiago.

Fue un inesperado golpe de teatro, tras el que el grupo de amigos se vio acometido por un ataque de júbilo colectivo, y poco les faltó para ponerse a lanzar aclamaciones de entusiasmo hacia su compañero. Recibieron señales desde el otro lado del camino de que podían acercarse sin peligro, y, sin más dilaciones, se lanzaron en tropel a congratular al héroe y colmarlo de preguntas.

Rocío se agarró en cuanto pudo al vigoroso brazo de su amigo —quien siempre había sentido cierta debilidad por ella—, y no tuvo grandes dificultades en obtener su atención exclusiva.

—¿No hay nadie? —inquirió con voz entrecortada.

—La casa está completamente vacía y en desorden. Hay comida y una cafetera recién usada, enfriándose sobre la mesa. Parece como si hubieran salido de estampida.

Rocío se llevó una mano a la frente, con expresión desesperanzada.

—¡Oh, no!, ¡hemos perdido a Aurora!, ¿qué vamos a hacer?, ¿cómo encontrarlos si no tenemos ninguna pista?

—Calma —respondió Santiago muy en su papel—, por las apariencias, tengo la impresión de que van a volver. No es seguro que hayan abandonado el lugar con sus rehenes para ir a otra parte, yo diría más bien que han hecho alguna precipitada salida, obedeciendo causas imprevistas que les han obligado a olvidarse por un rato de sus estómagos.

—Entonces tendrá que haber pasado algo grave —concluyó Toni, que estaba junto a ellos.

Rocío echó una impaciente ojeada a su reloj de pulsera. Pensó que era llegado el momento de ir a lo práctico y levantó la voz dirigiéndose a sus amigos.

—Será mejor hablar menos y aprovechar el tiempo. Registrad las habitaciones por si hay algún indicio que nos aclare la situación, yo me quedaré junto a la puerta vigilando, ¡venga, daos prisa, y no desordenéis nada!

Galvanizados por las enérgicas palabras de su amiga, el grupo cayó en un trance de actividad febril que condujo a una escrupulosa exploración de la torre, desde los sótanos hasta el cochambroso palomar en desuso. Terminada la labor se volvieron a reunir en el salón principal para intercambiar información.

—¡Los tenían presos en el sótano! —exclamó Laia radiante—, ¡he descubierto un rincón donde habían instalado paja y mantas sobre el suelo, como para dormir allí!, ¡venid a echar una ojeada!

—¡Un momento! —se resistió Sofía—, antes tendríais que ver los dos dormitorios del primer piso. Han dejado todas sus cosas, he encontrado varios papeles que podrían ser interesantes. Deberíamos revisarlo todo con cuidado antes que nada...

—Entonces Santiago tiene razón —interrumpió Gerard frunciendo el ceño—, si no se han llevado sus pertenencias, significa que pueden volver de un momento a otro no sé si es muy prudente quedarse a investigar en estas Condiciones.

Entretanto Toni esgrimía una gran pistola por encima de las cabezas de sus compañeros a la vez que intentaba llamar su atención.

—¡Mirad qué he encontrado en el cuarto de baño, parece estar descargada!

Rocío conversaba junto a la puerta con Santiago quien, tras otra breve inspección por la casa, había vuelto a reunirse con ella.

Fuera, los continuados esfuerzos del viento habían conseguido anular el gélido resplandor de la luna, las estrellas desfallecían y la oscuridad más total se estaba haciendo dueña de los bosques, libre aún de los primeros envites del amanecer.

—Parece que son cuatro —dejó caer el profesor de gimnasia. No acabo de comprender por qué se han marchado todos, lo normal hubiera sido que dejaran aquí a sus prisioneros con uno o dos guardianes, para evitarse estorbos, salvo si realmente han decidido cambiarles de sitio, o si...

—¿Si van a deshacerse de ellos? —aventuró Rocío alarmada—, a lo mejor ya lo han hecho, a lo mejor se los han llevado para ocultar los cadáveres en el monte. —Se puso a temblar.

—No, eso sería absurdo —intervino Santiago confortador—, acaban de capturarles y todavía esperan obtener información de ellos. Por el momento seguro que les guardan como rehenes. Además, no hemos descubierto ninguna señal de violencia o de sangre.

—¿Qué ibas a decir antes de que te interrumpiera? —inquirió la joven.

El interpelado hizo un gesto con la mano como si rechazara un pensamiento demasiado fantástico.

—Vamos, ¿qué ibas a decir? —insistió Rocío.

—Bueno, verás..., es una hipótesis un poco descabellada, pero... quizá se les han escapado y por eso todos han salido en su persecución...

—Que los dioses te oigan —murmuró la joven mientras contemplaba pensativa las tinieblas exteriores.

De repente el rostro de Rocío tomó una expresión de alerta mientras se esforzaba por detectar el origen de un vago halo luminoso que pareció proyectarse en la lejanía, más o menos en la dirección del camino por donde habían venido, pero en sentido opuesto. Prestamente, agarró a Santiago por el brazo.

—¿Has visto eso?

—La verdad es que no miraba —respondió el otro—, ¿qué sucede?

Entretanto el tenue resplandor se había transformado con rapidez en la luminosidad penetrante de un par de focos de automóvil que, al irse aproximando con gran prisa, alumbraban retazos de floresta desde ángulos cambiantes con cada curva, como si un gigantesco cuadro paisajístico estuviera siendo despojado por partes de su cubierta protectora, durante el trance —siempre misterioso— de revelarlo al público.

—¡Son ellos! —exclamó Santiago, ya en pleno uso de sus órganos visuales—, ¡avisemos a los demás, hay que marcharse!

Ambos se precipitaron hacia el interior de la casa dando gritos de alarma. En breves instantes estuvieron todos juntos, formando una agitada masa humana, donde los reniegos se combinaban con alguna que otra exclamación de pánico y violentas conminaciones al orden.

Rocío acudió con rapidez a apagar la única luz que quedaba encendida. Cuando se disponía a reunirse con los demás, la voz de Gerard anunció desde la entrada que era demasiado tarde para huir por vías ortodoxas, y como para confirmar sus palabras las ventanas del salón dejaron filtrar un generoso chorro de luz blanca.

—¡Largo de aquí! —exclamó Santiago en voz baja mientras se agachaba, caminando al mismo tiempo, dando pequeños saltos, hacia las escaleras que llevaban al piso superior. El resto del grupo le siguió, imitando su gesto, con lo que, vistos en conjunto, adoptaron cierto cómico aire de rebaño de marsupiales en fuga.

Cuando el portal —precipitadamente cerrado por Gerard— cedió a una vuelta de llavín seguida de potente empujón, los seis sabuesos yacían apelotonados en la oscuridad sobre el mugriento suelo del palomar abandonado. El mal olor era insoportable, como si varios cadáveres de rata estuvieran pudriéndose por los rincones.

—No es probable que suban a este lugar, sobre todo si lo conocen bien... —rechinó alguien con irritada voz nasal.

Un amortiguado ¡Chhhhhht...! fue la respuesta común, con lo que el quejoso fue reducido al silencio mientras seguía pinzándose el órgano del olfato entre pulgar e índice.

Desde la planta baja les llegaban con nitidez los ecos de la conversación que allí se desarrollaba. Con exquisita precaución mantuvieron entreabierto el portillo del palomar para no perderse detalle.

—Vamos a tener que evacuar a toda velocidad. Saldremos directamente para Madrid —bramaba alguien que parecía acostumbrado a mandar—, ¡maldita sea, se nos han escapado de las manos!, ¡maldición mil veces!, ¡es increíble!, ¡que alguien me explique cómo puede tenerse tan mala suerte!... En el casino parecía que ya los teníamos, pero de pronto empezaron a bajar esas malditas escaleras de tres en tres hacia la estación, la chica se cae, y cuando los otros dos parecían definitivamente perdidos, llega un tren y se nos cuelan dentro por los pelos. ¡Puerca miseria!, ¡necesito a Guifré Faust!, ¡estamos gafados! En fin, pongámonos en marcha ya, no sea que esos malparidos le vayan con el soplo a la policía.

—Lo que no entiendo —intervino otra voz más sosegada— es cómo han podido hacerse con la llave de la puerta del sótano. Vuelvo a jurar que estaba con las demás, en el mismo manojó, guardada dentro del cajón de la mesa de la cocina. De allí las tomé y al mismo lugar las devolví. Parece cosa de brujas.

—Puede que haya un traidor entre nosotros —respondió con voz terrible quien había hablado en primer lugar—, en ese caso que se prepare...

—No hay otra explicación, jefe, alguno de los aquí presentes les ha ayudado a escapar —aseveró una tercera garganta algo cazallesca.

—Ya hablaremos de esto en el camino. Ahora que cada uno recoja sus cosas y a la camioneta. Sobre todo cuidado de no olvidaros cualquier papel de identidad, que sois capaces; bastante hay ya con las huellas dactilares. Haced algo de limpieza, quizá debiéramos quemarlo todo...

—No vale la pena, no estamos fichados —metió baza un cuarto personaje.

—No lo estaréis vosotros, pero yo sí —subrayó el de la voz cantante con viveza—. De todos modos el fuego no será necesario; en realidad no creo que a éstos les pase por la cabeza denunciarnos, tampoco les interesan los tratos con la justicia. Bueno, ya está bien de hablar, cada uno a lo suyo.

Cesó la conversación, siendo substituida en breve por un variado trajín de pasos y sonidos de objetos arrastrados. Los de arriba, por razones obvias, procuraban mantener un religioso silencio, pese a lo incómodo de su posición, y así se mantuvieron heroicamente hasta que un sonoro portazo les anunció que la casa acababa de ser abandonada. Sin embargo, no relajaron de verdad sus músculos hasta que llegó distintamente a sus oídos el pesado sonido del motor Diesel que se alejaba.

Con grandes precauciones, Santiago —que era ya como la avanzadilla permanente del grupo— abandonó el escondite en primer lugar y, tras un rápido reconocimiento del terreno, comunicó a los demás que el camino estaba expedito. Cubiertos de suciedad y mal olor, el grupo tomó por asalto las butacas y sofás del salón.

—¿Qué hacemos ahora? —dejó ir Gerard, erigiéndose en portavoz pasajero de la mayoría silenciosa.

Rocío ya tenía a punto su respuesta desde que escuchara los planes de los raptos de su amiga.

—Iremos tras ellos hasta Madrid.

—Eso es tentar al diablo. Bastante milagro ha sido que no nos hayan descubierto hasta ahora..., creo que es una locura —rebatió Gerard, pesimista.

—En absoluto —descartó Rocío enfáticamente—, en la autopista se les puede seguir a distancia, camuflados entre el tráfico. En todo caso merece la pena arriesgarse por Aurora —hizo un gesto como de ponerse en marcha—, vamos, hay que apresurarse.

Sofía se removió en su asiento, obviamente insatisfecha con la evolución de los acontecimientos. Insistió en su tema favorito.

—¿Y por qué no denunciarles en el primer cuartelillo, para que les detengan con todo el equipo?

—Por la seguridad de los rehenes —fue la respuesta de Rocío—, además, siempre podremos usar ese recurso entre aquí y Madrid, si las cosas van mal. Bueno, ya está bien de hablar, tenemos que salir enseguida, no es conveniente dejarles demasiada ventaja.

Se puso en pie.

—Yo no voy —manifestó con voz firme Gerard.

—Yo tampoco —corroboró Sofía.

Rocío no pareció muy afectada por ambas defecciones.

—Perfecto, así podréis esperar a Lluís y Meritxell. Nos serviréis de enlace, estaremos en contacto —lanzó una mirada sobre los otros tres—, ¿andando?

Los interpelados se aprestaron a marchar sin más comentarios.

Gerard apeló con un último llamamiento a lo que le parecía elemental sentido común.

—No tenéis idea de cuál es su plan, ¿a santo de qué han de ir por la autopista?, ¿porque es más rápido?, puede que prefieran tomar por la carretera nacional, o incluso dar rodeos para despistar.

Toni, Laia, Santiago y Rocío se dirigían ya con vivos pasos hacia la puerta cuando ésta dejó caer sus palabras de despedida.

—El riesgo de equivocarse es congénito a todo acto, pero no justifica la inacción, ¡hasta pronto!

Al oír cerrarse la puerta, Gerard todavía masculló irritadamente algunas frases alusivas al tema de la montería y la inutilidad de disparar a ciegas si sólo se dispone de un único cartucho.

Sofía se contempló con mimo las uñas de los dedos, pintadas con esmalte de un leve tono rosado, mientras se dejaba hundir pesadamente en el regazo de una floreada butaca, contemporánea de sus abuelos. Puso cara de circunstancias, como si asumiera con mente práctica la fatalidad de los hechos, y dirigiendo sus marrones ojos a su compañero, le participó sus más íntimos pensamientos.

—Gerard, será mejor que vayas fuera a vigilar, yo descansaré un poco aquí dentro, me muero de sueño.

XVI

EL TREN DE LOS GOLFOS

Siento amargamente que he hecho poca cosa...

ARSENI TARKOVSKI

Derrumbados uno frente al otro en un asiento del vagón de la línea Sabadell-Barcelona, Guifré y Marc resoplaban pesadamente tratando de recuperar el aliento después de la hazaña atlética recién consumada. Pese a lo avanzado de la hora no estaban solos, sino rodeados por un personal joven con aspecto en general desaliñado y adormecido. Era el último viaje de vuelta a la gran ciudad que, con súbito estrépito, se cruzó en aquel punto con el raudo paso de un tren en dirección opuesta.

—Ha habido suerte —resolló Marc mientras se peinaba con los dedos sus desordenados cabellos.

Guifré, la cabeza apoyada sobre el cristal de la ventana, reflexionaba con expresión culpable sobre los últimos acontecimientos.

—La hemos abandonado.

—No te lo tomes así, hasta que nos hemos metido en el tren no sabíamos que Aurora se hubiera caído. ¿Qué podíamos hacer? —se defendió Marc.

—Intentar volver a ayudarla.

—Nos han fallado los reflejos, seguramente ya no se hubieran podido abrir las puertas.

—Las alarmas están para estos casos.

—¿Quieres que bajemos en la próxima estación e intentemos volver?

Guifré contempló a su hermano para espiar la expresión de su rostro. Estaba serio.

—No creo que haya más trenes; además, si no son idiotas van a levantar inmediatamente el vuelo.

—Se puede ir caminando.

—¿Te acordarías de cómo llegar a la casa?

—No estoy muy seguro.

—Yo tampoco, pero te apuesto lo que quieras a que si lo consiguiéramos no encontraríamos a nadie. Me siento horrible por haber dejado a Aurora en sus manos, sólo pensaba en salvar el pellejo, he hecho bien poca cosa por ella, me avergüenza pensarlo.

Marc sospechó que los remordimientos de Guifré acaso pudieran tener un componente ajeno al mero sentimiento caritativo y, en la duda, no dejó de experimentar cierta ternura por su pesaroso hermano.

—Si ha quedado claro que no tiene mucho sentido volver, ¿cuál es el plan? —preguntó para distraer su atención.

Guifré se volvió hacia él con gesto decidido.

—Sólo hay una alternativa. Sabemos que la banda va a dirigirse a Madrid, y además puedo imaginar la razón del viaje. Nosotros iremos también, a buscar a Aurora y a por otras cosas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que la van a llevar?

—Lo estoy, completamente, cosas mías.

Marc, cuyos esquemas habían recibido un nuevo golpe aquella misma noche, al ver los extraños juegos malabares de su hermano que terminaron con la llave guardiana de su encierro en posesión de los prisioneros, decidió aceptar que, efectivamente, existían ciertas posibilidades de que Guifré tuviera razón.

—Pero será como pretender encontrar una aguja en un pajar, ¡menuda es Madrid en tamaño!

—Se puede ser selectivo —argüyó el otro—, como en cualquier cacería, conviene conocer los usos e intenciones de las piezas a cobrar.

—¿Y tú pretendes saberlos?

—En este caso sí, ya lo verás.

Marc recordó de repente que era un hombre casado y que su mujer estaba de siete meses.

—Oye, Guifré, me temo que no voy a poder acompañarte en esta nueva aventura. Verás, tengo ciertas responsabilidades respecto a Teresa, como puedes imaginar. No te había dicho que está esperando una criatura para dentro de dos meses, no es momento de abandonarla, imagínate que la deje viuda a causa de otra mujer prácticamente desconocida para mí. Además está el trabajo. Creo que ya he cumplido con mi obligación de ayudarte, estás libre, puedo darte algo de dinero, facilitarte un escondrijo hasta que las cosas

se normalicen..., no sé, cualquier cosa menos subirme a un coche contigo y enfilarse hacia Madrid...

Guifré le interrumpió con un gesto displicente.

—Sé lo de mi futuro sobrino por nuestros padres (parece que será un niño, ¿no?), estate tranquilo, algún día quizás intente ser un tío ejemplar, pero el asunto de ahora es demasiado urgente y debe resolverse en menos de una semana. Tu mujer puede prescindir de ti durante ese tiempo, tiene quien la cuide en ambas familias. En cuanto a tu trabajo, en la Universidad siempre podéis montároslo..., que te sustituya alguien en las clases; ¿no será que tienes miedo?, ¿no será que el gran científico sólo es un cagueta incapaz de afrontar algo distinto a la plácida realidad virtual de su ordenador de mierda?

La voz de Guifré había aumentado en decibelios mientras hablaba, con lo que su hermano experimentó la bochornosa sensación de estar siendo escuchados por todo el vagón, y hasta le pareció detectar alguna irónica mirada.

—¡Basta!, no es momento para que te pongas a largar tonterías. Haga lo que haga debo hablar con Teresa; esperemos a entonces.

—Mi cuñada no me traga —sentenció Guifré.

—Tú tampoco a ella. La viste una vez por equivocación en el último cumpleaños de mamá y te marchaste enseguida. Nunca nos has visitado, ¿qué esperas?

—Se opondrá a que vengas conmigo —prosiguió el otro—, sería mejor si la engañaras un poco, no me menciones, dile que te han avisado de una reunión a la que has de acudir sin falta.

Marc frunció el ceño.

—Lo que va a resultar realmente difícil es explicar por qué llego a estas horas y sin haber avisado. Teresa está acostumbrada a que me retrase como máximo hasta poco después de las diez en alguna ocasión, pero poco más.

Guifré tragó saliva un poco incómodo.

—¡Es verdad!, ¿qué hora es?, con todo lo que nos ha pasado es como si hubiera perdido la noción del tiempo.

Sin reparar en sus palabras, su hermano continuó hablando.

—En cuanto bajemos del tren voy a telefonar para decirle que estoy bien, la pobre debe de estar asustadísima, seguro que ya ha debido de avisar a la policía...

La última frase quedó revoloteando en el aire como un molesto moscardón.

—La policía —repitió Guifré—, ha avisado a la policía..., seguramente te buscan... Marc, no debes contar nada, y tampoco que me has visto. Cuenta que te has quedado trabajando y te has dormido en tu despacho; si ella te ha llamado di que no llegaste a despertarte, cualquier cosa. Cuando llegemos a Gracia, baja a por el coche, telefonea y vete para casa. Una vez todo arreglado, le explicas a Teresa lo de la reunión en Madrid y pasas a buscarme sobre las once de la mañana en la calle de las Guillerías, ¿recuerdas el lugar, no? Antes del atardecer habremos llegado.

—¿No tienes miedo de que vuelvan aquellos tipos a buscarte?

—Creo que es el último sitio donde se les ocurriría ir.

—¡Qué lío, santo Dios! —exclamó Marc llevándose las manos a la cabeza—, va a ser difícil que Teresa crea que me he quedado dormido, pero cuando le diga a continuación que debo salir urgentemente para Madrid, va a empezar a acusarme de que tengo una amante o algo parecido.

—¡No exageres!, la historia no es tan increíble. Basta con hablar con suficiente convicción, como si se tratara de hechos consumados. La verdad o la mentira de un suceso dependen sobre todo del aplomo del cronista.

—Mira, Guifré, lo más que puedo decir ahora es que te llamaré sobre las diez de la mañana para confirmar si voy, pero, dado lo complicado de las circunstancias, no te hagas muchas ilusiones.

—Tengo absoluta confianza en que vendrás —fue la respuesta.

Marc hizo un gesto de disgusto, como rechazando la desagradable perspectiva del viaje. El tren se acababa de parar en una estación, distinguió por la ventanilla los letreros de Sarriá, ya faltaba poco para apearse. Se decidió a abordar la incómoda cuestión que le daba vueltas en la cabeza desde que lograron escapar de su encierro.

—Oye, cuando ayer me contabas tu anterior fuga (pareces ya el conde de Monte-Cristo), aseguraste con toda naturalidad que las llaves de una puerta y de una motocicleta se habían materializado en tus manos tras desvanecerse previamente de los lugares donde estaban guardadas. En aquella ocasión expresé mi incredulidad pero no quise hacer comentarios. Hace un rato has vuelto a repetir la jugada, esta vez en mi presencia. Me gustaría saber cuál es el truco; ¿tienes dotes hipnóticas y nos haces ver cosas que no son?, ¿puedes hacer que tus carceleros depositen sus llaves en la palma de tu mano y luego se marchen a dormir sin que nosotros les distingamos siquiera? Dime cómo lo haces. Podrías hacerte rico.

Guifré contempló a su hermano con gesto dolorido, como soliviantado por su falta de convicciones.

—Marc, estás pervertido por el positivismo, como el resto del mundo. La otra vez te conté la pura verdad de lo sucedido, y no tengo más que añadir. Las cosas ocurren muy simplemente, y somos nosotros quienes tendemos a complicarlas. Entonces como ahora, me concentré en unos objetos de pequeño volumen que deseaba tener a mi alcance, y aparecieron. Esto es todo.

El aludido se revolvió encorajinado en su asiento.

—Es imposible, va contra los más elementales principios de la física, aquí tiene que haber trampa y tú lo sabes. Acepto que no me lo quieras decir, de acuerdo, puedes tener tus motivos, pero házmelo saber así y no me quieras hacer comulgar con ruedas de molino.

Guifré, contra sus deseos, no tuvo más remedio que seguir discutiendo.

—Mira, he leído en alguna parte que si antes de inventarse la Mecánica Cuántica algún colega tuyo hubiese hablado del Efecto Túnel, la comunidad científica le hubiese despellejado vivo. A lo mejor lo que yo he logrado es eso mismo, pero a lo grande... Bueno, no me mires así, ¿no ves que bromeo? Quiero decirte que la ciencia oficial, aunque aparentemente eficaz (prescindiendo de los efectos secundarios), no deja de ser muy limitada. Tiene además un techo de progreso bastante claro que está en los costes de su desarrollo, pues ha llegado a la parte alta de la curva donde se empieza a producir la saturación. A mi entender, la verdadera Ciencia, o mejor llamémosla Saber, se basa en medios sencillos, casi inmateriales. Es posible que lo que me has visto realizar consiga emularse algún día en vuestros laboratorios a partir de instalaciones muy complejas y costosísimas, pero eso no es lo interesante. Lo extraordinario, lo definitivo, es haber logrado ese resultado de un modo simple, a través del poder de la mente, que es universal.

Marc se representó en su imaginación la perspectiva de más de seiscientos kilómetros en automóvil amenizados por el fértil repertorio de su hermano, y no pudo reprimir un escalofrío de pánico, seguido de una vaga comezón de remordimiento por no ser capaz de respetar sus opiniones, aunque le parecieran locuras, o solemnes tonterías como en el caso presente. Volvió a pensar en lo que habían visto sus ojos, ¿cuál era el truco?, ¿acaso no era la misma coartada de la hipnosis una concesión a la existencia de acoplamientos entre determinadas ondas mentales descartadas por la teoría de los campos? Concedió para sus adentros que, de no dar con una explicación razonable, las preguntas que podían desprenderse plantearían un incómodo dilema a sus más íntimas convicciones. Sin embargo, contraatacó.

—Parece como si te jactaras de una proeza que eres incapaz de justificar. Te aseguro que así no vas a convencer a nadie, salvo a los fanáticos

habituales, ya persuadidos por adelantado. Para que pudiera empezar a creerte deberíamos repetir varias veces, y con resultado siempre positivo, una serie de experiencias muy estrictas, en condiciones por mí especificadas, en fin, un montaje que seguramente se te haría bastante aburrido...

—Demasiadas interferencias, no funcionaría —sentenció Guifré—; un error que siempre cometéis los de tu ramo estriba en querer aplicar vuestro método a todos los problemas, como si se pudieran cazar mariposas a cañonazos o pescar sardinas con un arpón ballenero. A cada cosa lo suyo, y a su medida.

En aquel momento una mujer alta de mediana edad, con el cabello a lo *garçon*, color castaño, vistiendo pantalones tejanos y una blusa blanca de manga larga, que acababa de subir al vagón en la parada de Muntaner, vino a sentarse a su lado. Al levantar la mirada se quedó contemplando a Guifré como fascinada.

Sintiéndose observado, el joven dirigió la vista hacia su vecina, y ambos lanzaron a la par una exclamación de reconocimiento.

—¡Aidé!, ¡tú por aquí! ¡Te hacía en México!

—¡Pues sí que eras Guifré!, ¡vaya sorpresa!, ¡no me atrevía a asegurarlo, con este corte de pelo que llevas!, ¡supongo que ésta es la mejor hora para encontrarte!, cuéntame, ¿qué es de tu vida?

—Bastante movidita —respondió el interpelado sin poder disimular cierto embarazo—, ¿no has visto u oído ninguna noticia sobre mí últimamente?

—¿Por qué?, ¿te has vuelto famoso? —preguntó ella sonriendo—; la verdad es que acabo de llegar de México y aún no me he puesto al corriente de vuestras actualidades nacionales; deja pasar dos días y vuelve a preguntarme... —Lanzó una alegre carcajada.

—Éste es mi hermano Marc —presentó educadamente Guifré señalando frente a él—. Venimos de... un concierto muy interesante en el monasterio de Sant Cugat del Vallés..., música barroca, ya sabes, lo que siempre me ha gustado.

—Recuerdo bien tus preferencias musicales —respondió ella sonriente. Observó a Marc con interés mientras enarcaba las cejas—. Desde luego que os parecéis mucho, si una se fija bien, pese a las diferencias del cabello, sois como dos gotas de agua; ¿gemelos acaso? —Se volvió hacia Guifré—. ¿Por qué nunca me habías hablado de él?

El interrogado se lanzó a desviar nuevamente la conversación mientras en su interior contaba los segundos que faltaban para llegar al apeadero de Gracia.

—¿Continúas con la pintura? —preguntó haciéndose el sordo.

—Más que nunca, vivo de eso. Precisamente la razón de mi venida a Barcelona es que van a montar una exposición con mis últimas obras, luego los cuadros irán a Madrid. Mañana voy para allí a ultimar los detalles. Me dejan una casa... estaré unos días.

—¿Volverás luego a Barcelona?

—No, pero cuando se inaugure la exposición, dentro de seis meses, me quedaré aquí todo el tiempo. Espero que podremos vernos a menudo.

El tren empezó a frenar, habían llegado a la estación de Gracia. Se despidieron con efusión y Aidé tuvo tiempo de pasar una tarjeta suya a Guifré, incluyendo sus números de contacto en Barcelona y Madrid. Poco más tarde se encontraban en el andén caminando hacia la salida mientras veían desaparecer ante sí las luces del último vagón, tragado por la boca del túnel. Marc dejó ir la pregunta que llevaba rato reprimiendo.

—¿De dónde conoces a esa artista del pincel?

Guifré parecía sumido en una nube, como presa de recuerdos de los que sólo pudo desprenderse con evidente esfuerzo cuando escuchó a su hermano.

—Es mexicana, de Guadalajara, pero vino a España de joven con su familia: gente de pasta. Fue mi primera maestra del sexo, la conocí a los diecisiete años en una reunión de éstas, con artistas e intelectuales. Tenía mucho que enseñar y buena disposición para ello. Me limité a admirarla y a aprender todo lo que pude. Es una mujer muy interesante, seguimos viéndonos esporádicamente durante un buen tiempo, medio amigos, nada serio, hasta que se volvió a su país.

—Y mientras tanto yo estudiando las funciones hipergeométricas —murmuró Marc.

—Cada uno hace lo que puede.

Habían llegado al final de las escaleras. Siguieron caminando, con prisa y en silencio, hasta que llegó el momento de separarse.

—Espero tu llamada —dijo Guifré mientras tendía su mano a Marc mirándole fijamente.

—Veremos, veremos —fue la huidiza respuesta, acompañada de un fuerte apretón.

Después, sin más comentarios, se fueron alejando uno del otro en ángulo recto.

XVII

LA SECTA DE LOS LAPIDARIOS

*Mi corazón se ha hecho capaz de adoptar todas las formas.
Es pasto de gacelas y convento de monjes cristianos;
Templo de los ídolos, Ka'ba de los peregrinos,
Tablas de la Ley, la Torah y el libro del Corán...*

IBN ARABI

Puede que sea cierto que no hay nada nuevo bajo el Sol y que la Historia se repite, a lo sumo con diferente decorado. Comencemos considerando —por mencionar un ejemplo que aún pervive— el centro más sagrado del orbe musulmán. Está en La Meca, cuyo nombre significa «santuario», y que ya existía mucho antes del nacimiento de Mahoma. También estaba allí, desde fechas muy anteriores a la venida del Profeta, la Ka'ba, edificio gris, pétreo, cúbico, originalmente a cielo abierto y ahora dentro del recinto de una mezquita, en cuyo ángulo oriental tenía incrustada, y sigue teniendo, una misteriosa piedra negra a la que se atribuía origen celeste —otro meteorito—, hasta el punto de ser morada de la divinidad. El rito de la circunambulación de la piedra negra —con certeza causa absoluta del santuario y las peregrinaciones primitivas— también tiene origen preislámico. Tan importante debía ser el susodicho objeto que hasta fue robado por los seguidores de una secta ismailita —rama chiita, practicantes por cierto de cierta especie de comunismo igualitario— durante los primeros tiempos de la nueva religión, muy ligados aún al pasado, hasta que pudo ser recuperada y restituida por un califa fatimita, otra rama chiita, enemiga de la anterior.

Hay otros casos similares si se busca suficientemente lejos en el pasado. El cuarzo, *mágica piedra de luz* para numerosos pueblos de Oriente, era considerado como materia desprendida de la bóveda celeste, y por lo tanto mágica y sagrada. Al *palladion* de Troya —un pedrusco que fue el principal

símbolo de Palas Atenea en el mundo griego— se le atribuía haber caído del cielo, y la más antigua representación de Eros era una piedra sidérea, que se adoraba junto a su imagen antropomórfica, actualizada conforme a las exigencias de los tiempos —una escultura de Praxíteles—, en el templo de Tespia.

Centurias más tarde, recién comenzado el siglo XXI, y en plena vorágine desarrollista, aplicados todos los cerebros en venta en poner a punto nuevas ideas y trucos con que seguir alimentando la demente maquinaria productora de juguetes tecnológicos, se repitió el antiguo fenómeno. Diversos grupos dispersos por el planeta empezaron a comunicarse la nueva de que un guijarro divino, rebosante de poder, había descendido sobre la Tierra para quedarse, a despecho de lo que algunos hombres necios intentarían. Circulaba la leyenda de que aquella minúscula piedra era redonda, perfecta hasta insinuar la forma ideal platónica de la esfera, y que llevaba escrito en su interior el día y la hora del final de los tiempos. Entre los fieles de la naciente fe existía la convicción de que el momento del anunciado Apocalipsis podía demorarse indefinidamente si el *Mensaje Revelado* que acompañó la celestial visita se ponía en práctica en todas las naciones siguiendo pautas de pensamiento que de hecho ya se enunciaban en cualquier religión medianamente evolucionada de las existentes. Ahora bien, como la experiencia histórica era de fracaso, tal vez el destino de la Humanidad resultaba irrescatable salvo por los ritos sagrados y la oración, en la hipótesis de que así se pudiera mover a fuerzas superiores a cambiar la idiosincrasia de sus criaturas, prescindiendo por una vez de su libertad de albedrío.

No debería pues sorprender a nadie si un buen día el hasta entonces razonablemente tranquilo pueblo de Campins, sito en la falda sur del Montseny, comenzó a recibir las visitas de un nuevo tipo de turistas, hombres y mujeres de aspecto en general ascético, poco interesados en la variada oferta cinegética y culinaria de la región. Una característica común de aquella nueva turba viajera era que, tanto por grupos como en elementos aislados, les interesaba exclusivamente visitar el pequeño cráter ubicado en las proximidades de la casa pairal de los Faust. Bastantes de entre los recién llegados plantaban sus tiendas en las inmediaciones del lugar, con lo que a las pocas semanas los pobladores autóctonos comentaban, ya con cierto cabreo, que se había ido creando un círculo de carpas para vivaquear alrededor del orificio objeto de la peregrinación. Los vecinos más alarmistas proclamaban que, al ritmo que iban las cosas, pronto tendrían allí un nuevo pueblo habitado en su gran mayoría por «guiris» de dudoso origen. El territorio donde estos

inesperados hechos estaban sucediendo era propiedad municipal, con lo que correspondía a las autoridades locales tomar las decisiones pertinentes.

Mientras se reunía el pleno del Ayuntamiento para discutir el tema, las murmuraciones y cotilleos se multiplicaban a ritmo vertiginoso entre los lugareños. Por lo visto, diversos observadores espontáneos que se habían dedicado a merodear por la zona llevaban ya tiempo presenciando extrañas ceremonias, coincidentes con las horas solemnes de la aurora y del ocaso, en las que grupos de acampados atendían con respeto a los gestos e invocaciones de un gigante barbudo, con largos cabellos negros que le caían sobre los hombros, embutido en un hábito con trazas franciscanas. Para tales señaladas ocasiones, un sencillo altar de piedra había sido instalado al borde del venerado embudo, orientándolo perpendicularmente a la dirección en que se suponía cayó del cielo el aerolito que lo perforó. El oficiante usaba como atril la pétrea superficie y leía en alta voz los párrafos de un delgado libro con tapas rojas, que repetían como un eco todos los presentes, llenos de reverencia. La lengua utilizada era a veces la castellana y otras la inglesa. Se decían en ellas frases dirigidas a ciertos poderosos habitantes de los cielos, implorando su perdón y su ayuda; en fin, lo de costumbre. A oídos de los espías, algunas de las lecturas con apoyo coral semejaban evocar lo que cualquier enterado podría reconocer como rancia mezcla de los más duros textos que alumbraran en un reciente pasado el Club de Roma, Noam Chomsky y la Teología de la Liberación Sudamericana, todos ellos platos crudos con condimentos picantes que el siglo recién liquidado aún no había digerido.

Los ediles, reunidos en el consistorio, expresaron su preocupación de que si se adoptaban medidas drásticas con los, hasta el momento, inofensivos okupas rurales, los ingresos que generaban al pueblo podrían resentirse. Un emprendedor *botiguer* y hombre de negocios local, sugirió organizar un camping municipal en el terreno conflictivo y, juiciosamente, convertir así el problema en otra fuente de dividendos, cuyo caudal podría ir en aumento con el tiempo. Finalmente se decidió seguir esta línea, si bien, antes de ponerse manos a la obra, fue tomado el acuerdo de convocar a quien se consideraba como cabeza visible de aquella comunidad, es decir, el imponente preste que dirigía los oficios litúrgicos. Esta persona resultó llamarse —o eso decía— Juan Irigoyen, de Alza, San Sebastián. Había convivido en diversas épocas de su vida con distintas comunidades religiosas que siempre terminaba abandonando, pues proclamaba que en esos temas, como en muchos otros, todos los caminos llevaban a Roma y deseaba conocerlos uno a uno hasta

encontrar la Vía Apia. En épocas más recientes, su evolución personal se había decantado abiertamente hacia la mística. A lo largo de los últimos años, su espíritu fue impregnándose progresivamente de lo que definía como profundas vivencias cósmicas. A menudo se le veía transfigurado. Sus seguidores no dudaban de la total sinceridad de aquel hombre. ¿Cuerdo?, ¿loco?, ¿quién podría saberlo? De eso va la fe.

La entrevista tuvo lugar en el despacho del alcalde de Campins. Sentados alrededor de una mesa redonda, la máxima autoridad local y la secretaria — miembros ambos del mismo partido nacionalista conservador— iniciaron con cierta dosis de cautela un intercambio de ideas con el líder espiritual de la naciente comunidad y uno de sus acólitos, también pelilargo y barbudo, aunque rubicundo. Tras las primeras divagaciones de ritual, la conversación se endureció por parte de los locales, pero poco después dio un súbito vuelco cuando Dom Irigoyen —como se hacía llamar, sin que fuera fraile o cosa parecida, más bien mistagogo— fue directamente al grano con una oferta inesperada, que aclaró la situación y despertó un desmesurado interés en el señor alcalde, que además era constructor. Dijo así:

—Comprendo su inquietud. Entiendo también que como responsable de este municipio no le entusiasme la aparición casi repentina de una secta religiosa, es lo que somos, en su vecindad. Si además consideran que nuestra primera iniciativa ha sido la de instalarnos sin consultar a nadie en unos terrenos que no nos pertenecen, aunque sea con buena causa, las duras palabras que acaba de dirigirme parecen cargadas de razón. Para su tranquilidad le diré que no pensamos quedarnos... gratis. El lugar donde hemos plantado nuestras tiendas es tierra sacra, receptáculo de una hierogamia portentosa, punto de partida del postrer ciclo humano... Verá usted, señor Santaló —así se llamaba el alcalde—, nuestra joven pero verdadera fe cuenta entre sus fieles con algunas personas de grandes medios económicos. Nos proponemos edificar, justo donde nos hemos afincado, un monasterio, la casa madre de nuestra Iglesia, que seguirá, a partir de aquí, extendiéndose por el mundo predicando su mensaje. Ya que la finca donde se encuentran los terrenos que ocupamos pertenece al consistorio, díganos cuánto piden por su compra.

Amadeu Santaló —hombre dado a imaginaciones— pensó en los réditos de Montserrat, de Lourdes, de Fátima... No había estado en La Meca como Alí-Bey, pero tenía noticias de sus masivas afluencias de fieles, y recordaba que de joven había explorado una vez las ruinas de Efeso, que llegó a ser la segunda ciudad en importancia del mundo antiguo después de Roma, merced

a su templo de Artemisa y los peregrinos que atraía. También concibió que la industria de la construcción podría experimentar un notable impulso si un poderoso centro de irradiación espiritual se asentaba en las cercanías del pueblo. Pero ¿qué clase de religión era aquella?, desde luego no parecía apostólica y romana, tampoco protestante, ni musulmana. Lo poco que tenía oído sobre ella evocaba más bien recuerdos de ritos primitivos totalmente obsoletos. ¿Qué más daba?, cada loco con su tema, mientras no esté de atar. Si se confirmaba que existía suficiente dinero en la oferta, y más por ganar en el futuro, los restantes miembros del Ayuntamiento se dejarían convencer. Adoptó una ensayada expresión de hombre responsable que medita seriamente.

—Lo que me pide no es nada sencillo. Incluso si hubiera acuerdo, serían necesarias recalificaciones, permisos especiales... cada gestión aumentará los costes...

—Estamos dispuestos a asumirlos —respondió Dom Irigoyen imperturbable.

—Debería conocerse el anteproyecto... —El alcalde se planteaba ya mentalmente algunas interesantes operaciones financieras; tenía también en la punta de la lengua el nombre de una empresa constructora de confianza que, tras la reglamentaria subasta de obras, podría hacerse cargo de las mismas con todas las garantías necesarias.

—Lo tenemos todo a punto, señor Santaló, los planos y el dinero. En cuanto los solicite los recibirá.

Amadeu Santaló y la secretaria del consistorio se miraron de reojo. El individuo que tenían delante era de los que van directos al grano, y parecía disponer de suficientes argumentos como para entenderse con él. ¿Sería posible que la diosa Fortuna hubiera pasado con su carro alado por el pueblo de Campins? Sin duda no serían ellos los últimos en comprobarlo.

Cosa de una hora más tarde Dom Irigoyen hacía su entrada en el campamento. Allí sus más estrechos colaboradores acudieron prontamente a recibirle y le escoltaron hasta su tienda. Se encerraron para deliberar. El ambiente era expectante.

—La providencia guía nuestros pasos —proclamó sin más reparos el líder espiritual del grupo—. Me atrevo a prometeros que muy pronto podrán comenzar las obras del Templo del Fin del Mundo, aquel que un día ha de albergar un Poder como mínimo equiparable al que en tiempos, se dice, guardaba el Arca de la Alianza en el Templo de Salomón.

—Así sea, así sea —fue la fervorosa respuesta, tras lo que varias gargantas prorrumpieron en irreprimibles gritos de júbilo.

Frases recurrentes como: «¡Nuestra Obra triunfará! ¡Salvaremos al Mundo!», fueron los lugares más comunes entre aquel arrebatado de alegría y entusiasmo. Mientras tanto, Dom Irigoyen sonreía complacido e inmóvil, degustando el fruto de sus palabras, mientras su previsoramente —no por ello menos piadosa— se proyectaba veloz hacia un esperanzador futuro.

XVIII

VIAJE AL CENTRO DE LA SIERRA

El verdadero viaje comenzaba ahora.

JULIO VERNE

Las cumbres internacionales para la mejora del ecosistema mundial vienen a ser como una versión aguada de las conferencias sobre el desarme. Estas últimas poseen mayor *pedigree* y experiencia, pues no en vano llevan siendo convocadas regularmente desde los inicios de las grandes guerras contemporáneas. Se les ha puesto ya cara de adulto cínico y desengañado cuyo único impulso vital es el miedo a morir.

En cambio, los congresos sobre el medio ambiente conservan todavía parte del candor virginal de algunos novicios. Aunque sólo hayan cosechado fracasos, todavía no han perdido la fe, y reaccionan como adolescentes entusiastas, poco proclives al desánimo ante los sucesivos desengaños amorosos. Los más arrojados abogados de la cruzada verde son, como se puede imaginar, asociaciones no vinculadas a partidos políticos, que reciben apoyo económico de los ciudadanos de a pie.

En la época de esta historia, la anterior afirmación aún rezaba para una mayoría —tal vez poco consciente— formada de utópicos voluntaristas. Sin embargo, una nueva generación de escépticos en la buena voluntad de gobiernos e instituciones internacionales había empezado a nutrir las filas de grupos convencidos de que la violencia era la única respuesta válida a tanto engaño —paso de lo *naif* al *fauvismo*—. La vieja como el mundo —bajo distintos nombres— cuestión del orden público afloraba de nuevo a la superficie.

A Benozzo Pacioli —en aquel momento al volante de una camioneta en ruta hacia Madrid— le encantaba repetir el siguiente diálogo entre un caballo

y su jinete, después de que un buen día el primero acertó a leer, mientras pastaba en el prado de su amo, un ejemplar de *El asno de oro*, desdeñosamente abandonado sobre la yerba.

C. —Llevo años cargándote sobre mi lomo, pero no recuerdo que al nacer estuvieras ahí.

J. —Se trata del orden natural de las cosas, cambiarlo sería un crimen.

C. —Pues yo ya estoy cansado de llevarte, así que será mejor si te apeas por las buenas.

J. —¿Estás loco?, ¿dónde se ha visto?, vas contra la Biblia y el orden establecido, ¿quieres convertirte en un herético y en un criminal?

C. —Lo único que yo deseo es trotar por mi cuenta, sin sentir el agobio de tu peso, libre de los arreos que me has puesto. Bájate.

J. (*Se agarra con todas sus fuerzas*). —Pues yo sigo donde estoy.

C. (*Comienza a dar saltos y corvetear; como un potro salvaje*). —Ojalá salgas por los aires y te partas la cabeza.

—Así comienza, a ojos de los jinetes, eso que llaman terrorismo — interrumpía entonces Benozzo—. En mi cuento, salvo matices, sólo puede haber tres desenlaces: Primero, el jinete se da un porrazo de consecuencias mortales, con lo que sus deudos deciden acabar con el animal, tanto por venganza como por haberse convertido en un peligro. Segundo, la caída no tiene consecuencias *definitivas*, en ese caso quien toma la decisión anterior es el mismo amo. Tercero, el caballo es vencido y vuelve derrengado a su cuadra. A partir de entonces se le administrará un trato sumarísimo, lo venderán o será sacrificado. Como podéis ver —remataba el narrador—, ser corcel no es una ganga.

Benozzo miró por la ventana contemplando con desagrado el desmadre urbanístico de las afueras de Zaragoza, en medio de un erial que las cada vez más escasas aguas del río Ebro intentaban abandonar con prisa y sin remordimientos.

—¡Menuda Arcadia! —exclamó—, este país va camino de convertirse en un desierto, y sus habitantes no hacen nada por evitarlo. Kilómetros y kilómetros de pedruscos y tierra baldía..., esto sí que es la barbarie.

Su atención volvió a concentrarse en el retrovisor, para comprobar que el mismo vehículo en que había reparado media hora antes seguía aún tras su estela a discreta distancia. Pese al respetable espacio interpuesto entre ambos conductores, las interminables rectas del trazado de la autopista dificultaban el camuflaje, sobre todo en momentos de bajo tráfico como aquél. En algún rincón de su memoria, Benozzo creyó recordar que la misma escena, con una

imagen idéntica reflejada en el espejo, se había producido ya antes en algún otro lugar sin que, en tal ocasión, diera importancia al detalle. Dio un codazo al amuermado copiloto, el fiel Paco, para que atendiera a sus palabras.

—¡Uf!, ¿sí?... —acertó a decir el golpeado.

—Oye, me parece que nos están siguiendo. Fíjate en el coche blanco, no acierto a distinguir la matrícula, pero juraría que es de Barcelona. Lleva ya mucho tiempo igual, bastante alejado, pero sin perdernos de vista. En la próxima área de reposo me detendré. Veremos qué hacen. Paco se retorció en el asiento para mirar hacia la carretera. Los otros pasajeros, percibiendo la maniobra, le imitaron.

—¿Qué pasa?, ¿hay moros en la costa? —preguntó desde atrás un robusto pecoso pelirrojo que atendía por Mateo.

—Puede —fue la contestación de Benozzo—, pronto lo comprobaremos.

Todas las miradas se concentraron en el mismo punto. Allí estaba el automóvil sospechoso, tozudo y lejano, segundo clasificado en una carrera aún por terminar, empeñado en mantener al líder a tiro hasta el sprint de la recta final.

—Peor para ellos si resultan ser entrometidos —bravuconeó amenazador Paco—, porque se van a enterar de lo que vale un peine.

Mientras estos acontecimientos y comentarios se sucedían, Aurora, previsoramente sedada, dormía el más bendito de los sueños acurrucada sobre uno de los asientos traseros. Benozzo en persona se había encargado de administrarle una inyección soporífera tras su accidentada captura. De vez en cuando la contemplaba de reojo, ya fuera para controlar su estado, ya para admirar calladamente el hermoso perfil de la muchacha que, sumida en extrema palidez, parecía una Níobe petrificada.

Sin previo aviso, los pasajeros se sintieron proyectados hacia el flanco izquierdo como resultado de la súbita maniobra del conductor. Acababan de abandonar la calzada principal adentrándose por una amena zona con aparcamientos, mesas de madera y árboles dispersos. En un extremo se erguía una blanca construcción de argamasa repintada que albergaba los servicios.

—Haré ver que bajo a orinar —proclamó Benozzo sin más remilgos—, estad atentos. Paco, ten la artillería a punto por lo que pueda ser. —Luego, abrió la puerta y se apeó con lentitud intentando ver algo por el retrovisor lateral. Caminó hacia los servicios con la convicción de quien va a satisfacer una necesidad auténtica —y así lo era. Cuando cruzó la entrada principal, aprovechó para lanzar una mirada hacia atrás. En ese mismo instante percibió el blanco morro familiar de su esquivo acompañante asomando por un recodo

con la morosidad de quien no desea llamar mucho la atención—. Esto se anima —comentó para sí mientras abría con alivio la cremallera de su pantalón frente a un gorgoteante urinario con manchas amarillentas.

Ultimados los actos de humana servidumbre, el prófugo transalpino extrajo una pistola de su sobaquera, cerciorándose de su puesta a punto. Con ella en la mano, que ocultó tras la espalda, salió al exterior.

Los visitantes se habían detenido prudentemente a unos veinte metros de distancia. Tal vez por llamar menos la atención, habían evitado quedarse esperando sin más ni más, así que cuando Benozzo volvió al escenario de los hechos, vio el vehículo sospechoso aparcado entre dos líneas amarillas. Un individuo alto y de aspecto atlético acababa de descender y parecía estar inspeccionando el motor. Con paso descuidado llegó hasta la altura de Paco, que aguardaba instrucciones con el vidrio de la ventanilla bajado. Habló sin detenerse.

—Saca la herramienta. Voy a dar la vuelta a la camioneta como si me dirigiese hacia mi puerta; cuando me veas llegar al extremo, sal por tu lado y ve corriendo hacia ellos apuntándoles, yo haré lo mismo. Dile a Mateo que nos siga y que Patricio se quede vigilando a la chica.

—¿Y si están armados? —aventuró el otro a sus espaldas.

—Ganará el más rápido —respondió su jefe girando apenas el rostro.

A los pocos segundos del breve intercambio de palabras, Santiago —no podía ser otro— contempló sorprendido desde su punto de observación al grupo que se le venía encima entre gritos y gestos amenazadores. Viéndose encañonado, levantó los brazos con elocuencia mientras un tercer individuo, pelirrojo, pecoso y también armado, se acercaba con más parsimonia con la atención fija en el interior del coche.

—¡Hala!, ¡fuera todos! —ordenó en voz alta a los ocupantes.

Poco después Rocío, Toni y Laia hacían compañía a Santiago junto al abierto capó. Un auto apareció por la salida de la autopista y fue a detenerse más allá de la negra furgoneta. Los asaltantes disimularon las pistolas con sus cuerpos mientras pasaba frente a ellos y esperaron a que los recién llegados se alejaran lo suficiente. Mientras tanto Benozzo aprovechó para hacer algunas preguntas.

—¿Por qué nos seguís? —lanzó de sopetón.

La respuesta fue la callada.

—No tenéis aspecto de policías —prosiguió sin mostrar contrariedad—, más bien parecéis un grupo de pijos de excursión, pero nunca se sabe... Vais detrás nuestro desde Barcelona y eso, además de antojárseme una falta de

educación, me pone particularmente nervioso, porque sobrepasa los límites de las meras coincidencias, ¿comprendéis? En fin, seamos francos, ¿por algún casual os interesa algo de lo que llevamos en nuestra camioneta? —su mirada se posó en Rocío—, vamos, contesta tú.

La aludida controló con prudencia su natural franco y espontáneo, miró a los ojos de Benozzo y negó solemnemente. El interrogador no se dio por satisfecho.

—Sin embargo nos habéis estado siguiendo, esto es innegable, ¿cuál es pues el motivo?

Rocío optó por no enmendarse.

—Le juro que no les seguíamos, ni siquiera habíamos reparado en ustedes; la explicación que se me ocurre es que hemos ido todo el tiempo a velocidades parecidas... es algo que sucede a veces en la carretera... yo no le daría más importancia.

Benozzo esbozó una amplia sonrisa con generoso despliegue de incisivos y caninos.

—Deberías alquilarte para contar cuentos a los niños antes de irse a dormir. Mira, no tengo mucho tiempo que perder y acabo de decidir una cosa: vas a venir con nosotros mientras tus amigos se quedan aquí con las ruedas pinchadas —miró hacia los otros—, además, si tenéis sentido común, en cuanto podáis os volveréis para casita sin hablar con nadie de esto, será la garantía de que los cuatro podáis tener en breve un feliz reencuentro, ¿queda claro o hay que explicarse mejor?

Los gestos expresivos de los rostros indicaron que habían comprendido. A la vez se pudo oír el motor del vehículo intruso alejándose hacia la autopista, dejando la vía expedita para que comenzara la función. Sin aguardar ulteriores instrucciones, Paco extrajo de entre sus ropas una especie de afilado estilete y se puso a perforar con gran ahínco cada uno de los neumáticos. Al poco rato, la obra ya estaba lista para sentencia.

—¡Hasta la vista! —se despidió Benozzo agitando la mano libre, mientras sus dos compinches se llevaban en volandas a Rocío sujetándola cada uno de un brazo—. Por el bien de las chicas, os recomiendo no irle a nadie con el cuento, tenéis mi palabra de que en pocos días las dejaremos libres y salvas.

Dicho esto, fueron entrando en la furgoneta donde, fiel a sus métodos terapéuticos, el contumaz italiano procedió antes que nada a inocular una buena dosis de sedante en la sangre de la joven. Antes de perder la consciencia, Rocío descubrió, al girar la cabeza en una de sus contorsiones

defensivas, el cuerpo de Aurora muellemente instalado en el asiento de detrás. Se durmió con la dulce imagen de su rostro ante los ojos.

Benozzo Pacioli ordenó a Mateo que tomara el volante mientras él desplazaba a Paco, ocupando el lugar junto al conductor. Su expresión era risueña, como si se hallara por encima de las preocupaciones terrenales.

—Y ahora hacia Cercedilla, sierra de Guadarrama, y sin detenernos, todavía nos queda mucho por hacer. —Entornó los párpados con placidez, como aprestándose a echar una cabezada—. Despertadme si hay novedades. Buenas noches.

El breve parón del tiempo, remansándose junto a la carretera, había llegado a su fin. A partir de entonces volvió a ser una flecha apresurada en pos del destino.

XIX

PASEO POR EL CAOS, LA BASURA Y LAS HECES

Sí. La felicidad es ya imposible para vosotros. Es ya imposible porque las condiciones de vida en que os habéis situado asfixian todo intento de felicidad, y, al mismo tiempo, vosotros ya no concebís la vida sino en las condiciones en que la tenéis.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Hacía calor, pero la sensación era mucho más intolerable al experimentarla plantados como borregos en medio de un inmenso atasco en la N-II a la entrada de la capital, casi a la vista de la vecina M-30 que debería conducirlos sin más zozobra —salvo nuevos incidentes inesperados— a la C-607, comparativamente, un oasis de paz automovilística por cuyas veredas se aproximarían al pueblo serrano donde los aguardaban amigos fieles y un chalet con emplazamiento discreto, bien aprovisionado de todo cuanto necesitaban. Benozzo juraba en italiano y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo incapaz de suplir el averiado aire acondicionado. Por el clamor de sirenas de la policía de tráfico superpuesto a las de una ambulancia, con el refuerzo adicional del aletear de un helicóptero, podía colegirse que había habido un grave accidente cosa de unos doscientos metros más adelante. En consecuencia, podían permanecer atrapados en aquel lugar durante un tiempo indefinidamente largo, pues en previsiones relacionadas con tales coyunturas, siempre hay que aplicar lógicas borrosas.

Desde hacía más de seis meses no llovía sobre Madrid. Como tampoco se regaba, debido a las restricciones, quedaban pocos árboles vivos y los restos de vegetación eran como yesca dispuesta a arder a la menor ayuda. La gente también se había puesto como seca, sus miradas estaban enrojecidas por el

polvo y los efluvios ácidos que flotaban perpetuamente en el aire estaban cargados de malos augurios. Un largo estiaje fomenta todo tipo de incendios.

El primer incidente se produjo entre el vecino situado a la derecha de Pacioli y su inmediato seguidor, cuando el segundo, al volante de un anticuado Alfa-Romeo, golpeó levemente con el morro de su auto el guardabarros posterior del Opel descapotable que lo precedía, al intentar avanzar unos milímetros. Para complicar más las cosas, el mencionado vecino de la diestra, con aspecto de gallito de la calle Serrano, acompañado por una escultural morena, también descapotable, se creyó en la obligación de sacar a relucir su virilidad. Apeóse pues, se estiró las solapas de la chaqueta deportiva, y con un par de chulescos pasos se plantó frente a su desmotivado agresor que, sacando la sudorosa cara por la ventanilla, intentaba sonreírle congraciadoramente. A continuación, sin mayores miramientos, le estampó los cinco dedos de su robusta derecha en toda la cara. La víctima no encontró razonable tal comportamiento y abriendo la puerta de un manotazo se bajó al asfalto poniendo en evidencia un corpachón insospechado. Allí mismo se liaron a sonoros tortazos cuyos ecos hicieron sentir una sacudida eléctrica en muchos aburridos espinazos. Los autos empezaron a vaciarse para poder observar de cerca la pelea, siendo este último evento la causa de ulteriores complicaciones.

Resultó que los que no estaban en primera fila se perdían casi todo el espectáculo, con lo cual los más exaltados intentaron subirse encima de los vehículos más próximos al escenario de la lucha. La oposición de los propietarios, abonada por el estado de crispación general, produjo enseguida nuevos enfrentamientos que a su vez atrajeron más público, iniciándose así una reacción en cadena que se fue extendiendo con notable rapidez a lo largo y ancho del tramo colapsado de la N-II mientras una bronca discordante de bocinas servía de fondo musical. Apostado en su ventanilla Benozzo Pacioli se desternillaba de risa silenciosamente mientras testimoniaba los notables progresos del hombre contemporáneo, en pos del ideal del individuo superior.

Pasó una hora larga entre que se despejara el escenario del accidente y pudieran ser auxiliadas las diversas víctimas de la batalla campal. Algunos coches tuvieron que ser retirados y aparcados junto a la cuneta, numerosos objetos personales quedaron abandonados sobre el piso de la carretera. Lo único que nadie perdió fue la soterrada irritación y el sordo resentimiento que iban creciendo lentamente en el interior de los espíritus como plantas preparándose a dar flores venenosas.

Libre por fin el camino, Paco maniobró hábilmente por entre los residuos y pronto dejaron atrás el campo de batalla. El edificio de Telefónica pasó por su lado como una pesadilla y, al poco, abandonaron la avenida América, metiéndose de rondón en la de la Paz —nombre absurdo para aquel cordón umbilical de los Infiernos—. A la altura del club de tenis Chamartín, los viajeros pudieron ver a su izquierda varios edificios chamuscados, algunos de ellos todavía humeantes. En las calles inmediatas se percibía una actividad inusual.

—¿Qué ha debido de pasar aquí? —preguntó el conductor a Benozzo.

—No lo sé a ciencia cierta —respondió el interpelado—, pero por las trazas podría ser un resultado de la nueva moda *kamikaze*, importada de las Américas, la moderna versión. Como sabes, se trata de cargar una avioneta con explosivos, o por lo menos con bidones de gasolina, y lanzarse contra el lugar de la ciudad que uno más detesta. También sirve un helicóptero. Lógicamente se trata de un deporte para desesperados de la vida *no del montón*. Con ligeras variantes, y usando control remoto, tras haberse lanzado el piloto en paracaídas, la siempre coleante ETA militar ha llegado a ensayar alguna vez este método de amedrentamiento ciudadano.

—Los protagonistas de estas catástrofes se deben sentir como el Ángel de la Muerte volando sobre los condenados —sentenció Paco pensativamente.

—Condenados son —observó lacónicamente su vecino—, tanto por donde habitan como por la forma en que viven. Están atrapados, jamás existieron en el pasado otros esclavos más mansos, o tan imbéciles que pensarán ser sus propios amos.

—Y, entonces, ¿por qué se preocupa por ellos, jefe?, ¿piensa que aún se les puede cambiar? —inquirió el conductor.

—El pueblo no cambia, más o menos hace lo que le dictan, siempre que le hagan creer en su propia autoridad; es igual que los niños. Puede que yo no ame a los hombres, es más, estoy seguro (sin osar compararme) que ninguno de los grandes revolucionarios lo hizo. Ellos soñaban con una Idea, con su Obra, para la que precisaban el material. Yo, por mi parte, deseo salvar la Vida que existe sobre este planeta, cualquier forma de vida, no la humana en particular, hasta el punto de, si no hay más remedio, estar dispuesto a matar por ello, como hacen quienes guerrear para lograr la paz. Por esa razón mis actos pueden parecer, a veces, poco filantrópicos.

El tráfico era ahora fluido y progresaban a buena velocidad. Al pasar junto al desvío hacia El Pardo, Benozzo comprobó la hora de su reloj de pulsera.

—Veremos cuánto se tarda... —murmuró para sí.

Debían de ser cerca de las dos, el cielo tenía un color azul brillante surcado de tenues cenefas nubosas muy blancas. Aquella porción de la Meseta Central semejaba un pariente carnal del no tan lejano desierto del Sahara. Extensos espacios de terreno hacían dudar por su aspecto de si eran un campo de tiro de artillería pesada o si, por algún efecto relativista imprevisto, los viajeros acababan de trasladarse a la Luna sin saberlo. Aquí y allá, el esqueleto de algún árbol en proceso de fosilización recordaba que se habían conocido días mejores.

Prosiguieron la marcha en dirección a Colmenar Viejo mientras el entorno iba mejorando en estética, aunque sin acabar de perder su apariencia exhausta, o claramente achicharrada en numerosos parajes.

Un par de kilómetros antes de alcanzar la carretera comarcal 607, Aurora empezó a dar señales de recuperación. Después de abrir y cerrar los ojos numerosas veces, procedió a frotárselos con delicadeza y finalmente se incorporó en su asiento mirando en todas direcciones, carente aún de comprensión. Poco después descubrió delante de ella el bulto durmiente de Rocío, hecho que contribuyó mucho a despabilarla. Sus raptos — excluyendo al conductor— siguieron con interés las sucesivas etapas de su vuelta a la razón. Por fin, entre la complacencia general, acertó a articular algunas palabras, aunque impropias de sus principios.

—Son todos ustedes unos hijos de mala madre, ¿qué hace aquí mi amiga Rocío?, ¿qué quieren hacer con nosotras? —A continuación se llevó las manos a la cabeza, como si le hubiera sobrevenido un ataque de jaqueca, y se derrumbó sobre el respaldo cerrando los ojos.

—Tómesele con calma —aconsejó Benozzo desde el asiento delantero—, tardará todavía un poco en recuperarse por completo, pero entretanto, para ayudar a que se tranquilice, le aseguro que nuestras intenciones son honestas, y que si las hemos traído con nosotros, ha sido forzado por los acontecimientos y las prisas. No tienen más que seguir portándose bien hasta que podamos separarnos tan amigos.

—No le creo —protestó débilmente Aurora sin apartar las manos de su frente—, usted siempre miente, lo hizo en el tren la primera vez que le vi. Ahora sé que no era un mero fugitivo accidental, al contrario, venía a este país con una misión muy concreta, acaso demasiado importante para dejarla en manos de meros subalternos. Lo más probable es que tenga pensado emplearnos como rehenes o quién sabe si algo peor...

Por el tono de su voz al responder, sin apenas dejar terminar de hablar a la joven, Benozzo pareció hondamente dolido de la acusación.

—Mire... recuerdo que al despedirnos aquella mañana le repetí una cita de Dante, era un aviso, y ahora puede volvérselo a aplicar. Estoy, estamos, en medio de una partida de cartas extraordinariamente compleja, que no podemos perder. Mi comportamiento se ve mediatizado de manera exclusiva por la necesidad de llegar a conseguir ese objetivo, créame... ni estando enamorado de usted —Aurora enrojeció contra su voluntad—, obraría en estos momentos de otra forma, pero, si puedo, pienso cumplir mi palabra...

Se hizo el silencio, un coche patrulla de la policía se cruzó con ellos sin prestarles atención; poco después atravesaron el cauce seco e infecto del Manzanares internándose en una zona poblada por vagos espectros arbóreos. Cercedilla quedaba ya cerca. En breve, los temerarios aventureros que viajaban al centro de la Sierra disfrutarían de un merecido reposo.

XX

CORRESPONDENCIA UNÍVOCA

Estimado Señor mío —sus cartas no me han llegado— por una razón...

A. S. BYATT

El correo recibido por Guifré Faust en su domicilio de Campins seguía siendo controlado discretamente por la policía, al igual que el enviado con su nombre a la dirección de sus padres. La paciente censura no había dado hasta el momento resultados de gran interés. Aparte del habitual aluvión de basura comercial o electoralista, sólo un par de cartas y una postal, remitidas por Jessie Dubbo desde diferentes lugares de América Latina, constituían el único botín digno de mención, y fueron a reunirse, con otros escritos de la misma autora, en un cajón de la mesa de trabajo del comisario López.

Era ya de noche, apenas quedaba nadie en el edificio. Aunque era víspera de sábado, el depositario de aquella correspondencia amorosa unidireccional se había quedado hasta muy tarde para recuperar parte de las horas pasadas en Madrid durante la semana anterior, a causa del terrible atentado de El Pardo y de sus secuelas, incluida la persecución de los asesinos con su tremendo desenlace.

Iluminada por el foco halógeno de la lámpara de escritorio, sostenía con su mano derecha los pliegos de la última misiva dirigida por Jessie a Guifré. Acababa de extraerla de su sobre que descansaba en el interior del abierto cajón, de forma casi refleja, tras haber estado pensando —como tan a menudo le sucedía aún— en los hechos recién acaecidos en la capital y, de retorque, en el solitario ex inquilino de Campins. Su mirada se deslizó erráticamente sobre la escritura en busca de la frase que recordaba haber leído en alguna parte.

Querido Geoffrey:

Estoy preparando mi viaje a Ecuador. Voy a saltar allí desde Nicaragua, seguramente en avión, pues me han dicho que los otros medios de transporte son interminables, azarosos e improbables. Una mujer estadounidense entrada en años de la que me hice amiga en Managua —se llama Oona Stanley y es artista— me habló de la Avenida de los Volcanes, tengo escritos sus nombres: Altar, Antisana, Chimborazo, Cotopaxi y Tungurahua, que es como un corredor jalonado a ambos lados por volcanes gigantescos, de más de cinco mil metros de altura —el Chimborazo pasa de seis mil—; por lo visto es una de las cosas más impresionantes que pueden verse en los Andes. Me habló también de un pueblo donde hay una catedral inmensa esculpida en las entrañas de una mina de sal, ¡qué locura! Bueno, hay muchas más cosas, pero prefiero no agobiarte contando aquí al detalle mis experiencias y planes, aunque ya ves que no me aburro, salvo, quizá, por las noches, pero no temas, de momento me basta con una buena novela. Por cierto, hace unos días encontré en una librería de viejo una traducción al inglés de tu querido amigo Bison Ravi, con la que me he reído mucho últimamente antes de dormir.

La verdad es que todo me parecería perfecto si, junto con lo anterior; tuviera alguna noticia tuya; ya ves: no he querido empezar la carta lamentándome, pero cada vez me asaltan más las dudas; ¿cómo voy a saber si recibes lo que te envío?, prefiero creer que mis escritos no te alcanzan en vez de aceptar la sospecha de que los ignoras. A veces pienso que soy una tonta y que haría mejor olvidándome del pasado; lo que vino a ser un romántico romance con ambientación exótica no tiene por qué perdurar cuando los protagonistas retornan a sus lugares de origen, lo habitual es que todo quede reducido a un tópico amor de vacaciones. En fin, te concedo aún unos días más de plazo, y si continúo sin saber nada de ti... ¡me pondré a mirar en derredor a ver si hay alguien interesante!

Estoy empezando a pensar, sin prisas y con pausas, qué voy a hacer con toda la riqueza que he heredado. Hay negocios e inversiones que podrían seguir produciendo más dinero, por otra parte poseo fincas e inmuebles, una colección de pinturas y antigüedades, seis automóviles y varias cuentas corrientes muy saneadas. Se me puede considerar lo que se dice un buen partido, pero aún no estoy acostumbrada a la idea de que yo sea la dueña de todo (ser la esposa pobre de un hombre rico que paga

por ti es otra cosa). Por otra parte, cuando veo la miseria en que vive la mayoría de la población de estos países, se me pone la carne de gallina. Recuerdo que en Guatemala un padre jesuita —español por cierto—, con el que trabé amistad cuando iba a visitar las pirámides de Tikal, me habló de las condiciones, a menudo infrahumanas, en que viven allí los indios, que son más de la mitad de los habitantes del país. Ése es un ejemplo, entre muchos, de una injusticia merced a cuya persistencia unas pocas familias del país pueden disfrutar de la más ostentosa de las riquezas.

Yo, como australiana, podría meditar sobre lo que les hemos hecho a nuestras tribus aborígenes. Sin duda algo de mi actual fortuna —directa o indirectamente— se apoya en las matanzas y en los expolios que han tenido lugar con esas gentes como víctimas propiciatorias.

Me doy cuenta de que, en todos los escritos que te envío, soy algo recurrente con el tema de las desigualdades sociales, pero es difícil, cuando me asomo a la realidad de mi entorno, poder ignorarlas. Ya te dije que para ver el mundo desde la ventana de un hotel de cinco estrellas, prefiero quedarme en casa y escuchar música clásica, aunque alguna vez, lo confieso, hago excepciones.

Antes de despedirme —mis cartas no son largas, porque no sé si las lees—, te voy a contar una cosa divertida que me ha sucedido: recordarás que te he hablado anteriormente de Oona Stanley, la mujer que conocí en Managua, pues bien, cuando nos íbamos a separar, una viajando hacia el norte y la otra en dirección al sur, nos ofrecimos mutuamente una cena de despedida en un restaurante típico. Bebimos vino, y luego champán para los postres, con lo que nos pusimos un poco achispadas, predispuestas a las confidencias. Recuerdo que le conté mi historia más reciente, incluido lo de mi heredada fortuna. Ella se puso a reír como una loca y me dijo que hacía treinta y pico años le había sucedido lo mismo con un próspero corredor de bolsa.

Como su padre había sido carnicero, decidió entonces montar por su cuenta una cadena de restaurantes especializados en los manjares que ofrece el ganado bovino. Fue un fracaso, así que desde aquel momento abandonó las aventuras comerciales y se dedicó a vivir con prudencia de sus rentas; sin embargo todavía se preguntaba la causa del mal funcionamiento de algo que pensaba tener muy bien planeado. Después de todo aquel tiempo, había llegado a sospechar que la principal razón de la catástrofe había sido el nombre elegido para su empresa. Adivina

cómo se le ocurrió bautizar a su cadena de restaurantes, no te lo imaginarías nunca... ahí va: United Steaks of America, ¿qué te parece?, yo lo encuentro magnífico, pero tal vez hace treinta y pico años el patriotismo de muchos clientes estaba reñido con su sentido del humor.

Besos y abrazos, te quiere,

JESSIE

—¡Qué gente más loca hay en el mundo! —exclamó para sí el comisario mientras encendía un cigarrillo aprovechando su inmune soledad.

El teléfono emitió una serie de llamadas desde el borde de la mesa. ¿Quién sería a esas horas? Descolgó.

—¿Sí?

—¿Lorenzo?, soy yo, Guillem Claramunt. Te he llamado a casa varias veces sin éxito, entonces se me ha ocurrido que a lo mejor te habías quedado a trabajar.

—Acertaste —contestó Dedo de Oro sin exteriorizar ningún entusiasmo en su voz—, ¿pasa alguna cosa?

—Podría, pero no creo.

—¿Qué quieres decir? —*Parece un poco beodo*, pensó el comisario mientras sopesaba la entonación de las palabras que le llegaban.

La voz al otro lado de la línea titubeó indecisa antes de proseguir.

—Me temo que vas a reírte de mí.

—Cuéntame y lo sabrás.

—Oye, Lorenzo, necesito relatarte, aunque sea muy brevemente, un sueño que acabo de tener... más bien una pesadilla. Me he despertado de golpe, todo sudado, y si no te lo explico ya no podré volver a dormirme.

—¡Sí que te acuestas temprano! —apuntó Lopetegui por decir algo—, te hacía más golfo...

—Hay noches y noches —fue la modesta respuesta—, hoy no me encontraba muy en forma...

—Bien, bien, pues que te pongas bueno. ¿Qué es lo que querías decirme? —cortó el comisario, pues sospechaba que Claramunt pretendía utilizarlo para entretener su insomnio.

—Escucha y no me interrumpas hasta que termine para que no pierda el hilo —se animó la voz del periodista, sin aparentar reparar en la reluctancia de su interlocutor—. Verás: resulta que yo estaba dentro de una pantalla de televisión tridimensional o algo parecido, pero de tamaño enorme. Desde allí

podía ver delante de mí un grupo de seres estafalarios cómodamente instalados, que a su vez me contemplaban, a veces riendo y otras haciendo comentarios entre sí totalmente ininteligibles, pues aunque podía oír sus extrañas voces, la lengua que utilizaban me resultaba desconocida. Durante unos instantes me enfocaron con un primer plano exclusivo, pero luego mi figura se fue tornando minúscula, perdiéndose entre el rugiente público de un estadio de fútbol. Podía ver el partido, los espectadores y los espectadores de los espectadores. Estos últimos empezaron a desternillarse de risa, proferían expresiones medio ahogadas por la hilaridad y, a veces, señalaban hacia la pantalla con sus extremidades semejantes a manos pero con muchos más dedos, y más largos. Me recordaban a mí, cuando, de pequeño, contemplaba las viejas películas de Charlot con la familia.

»De repente alguien del público cambió la imagen de la pantalla, aunque yo seguía allí viéndolo todo, y seguidamente aparecieron, reunidos en una habitación, un grupo de jefes de estado terrestres, cuyas caras me eran todas conocidas. Tomaban la palabra por turno, usándola en breves intervenciones sin excesiva verborrea, se les notaba muy serios, como si el tema de aquel cónclave fuera de extrema gravedad. Esta vez el insólito grupo desplegado ante mí se puso a escuchar con suma atención, como si entendiera todas las hablas de los diferentes oradores. De vez en cuando se levantaba alguna voz que, pese a mi nesciencia, me sonaba como inconfundiblemente despectiva. Igualmente, los gestos ocasionales de algunos de sus miembros parecían reflejar gran desdén, pese a no estar yo en posesión de sus claves comunicativas.

»Una vez más y sin previo aviso, varió mi entorno físico, ahora estaba bajo el agua y vi acercarse rápidamente un cuerpo sumergido que enseguida reconocí como alguna especie de cohete o proyectil. El ojo penetró en él y se detuvo ante un objeto redondo y oscuro; los espectadores se mantenían ahora en total silencio. Súbitamente aquella esfera se puso a brillar, emitiendo los más bellos colores que puedan imaginarse, a la vez que una armonía maravillosa inundaba mis oídos. Casi no podía resistirlo, cerré los ojos y entonces cesó todo. Alcé los párpados y me encontré sumido en la oscuridad de mi habitación.

—¿Es eso todo?, ¿has terminado? —se apresuró a intervenir Lopetegui en cuanto detectó una grieta en la continuidad del relato.

—Sí..., creo que te he dicho lo fundamental, ¿qué te parece?

—Pues que has oído la música de las esferas o, si lo prefieres en singular, de la esfera. Por lo demás no veo nada especial en tu sueño: tu subconsciente

ha creado un interesante montaje a base de los elementos que ha ido acumulando durante los últimos meses. La próxima vez llama a tu psicólogo en vez de a mí.

—Él no conoce nuestra historia.

—Explícasela, puedes, y ahora disculpa, tengo trabajo.

—Lorenzo —insistió el insomne—, no me hagas caso, ya no te molestaré más, pero... ¿te imaginas que en este momento nos estén viendo en miles de pantallas desde un lugar muy lejano?, ¿que seamos parte de un programa de televisión, como esos que echan sobre el comportamiento de los animales del *National Geographic*?

Antes de colgar tras un abrupto «adiós», el comisario halló todavía fuerzas para la réplica final:

—Eso que dices será verdad algún día aquí, en la Tierra. Es parte de nuestro trabajo.

XXI

LA VENTANA INDISCRETA

Cerca había una taberna.

JOSEPH ROTH

Guifré tenía razón, su hermano acudió a la cita. Viendo que no mostraba gran interés por explicar cómo se las había arreglado en casa, decidió aplazar cualquier pregunta por su parte *ad calendas graecas*. Ahora estaban ya muy lejos de Barcelona, en el Fiat de Marc, para colmo. Acababan de dejar atrás la salida de Alcalá de Henares. Por su parte, el propietario del coche seguía repitiéndose mentalmente que sólo estaba allí por amor filial, para proteger a sus padres de un disgusto que les llevara a la tumba, tomando a su cargo el control de los actos de Guifré. Miraba fijamente hacia delante lleno de irritación. Como suele suceder, el malhumor, hasta entonces reprimido, se le acabó escapando por la boca.

—Bien, ya estamos llegando a Madrid, ¿y ahora qué?, ¿nos ponemos a mirar en los bares?

Su gemelo, en aquel momento al volante, movió la cabeza negativamente sin dejar claro si había reparado en el hastiado sarcasmo del comentario.

—No vamos a Madrid, nuestro objetivo se llama Cercedilla, y está en la sierra de Guadarrama, creo que sabré encontrar la casa.

Marc reprimió un juramento y contó mentalmente hasta diez antes de hablar.

—Vaya, parece que volvemos a estar en las mismas. Nueva sorpresa. En fin, ¿qué voy a decir?, ¿tal vez volver a preguntar, incrédulo irredento que soy, cómo pretendes saber dónde está esa gente?

Guifré, ya acostumbrado a semejantes cuestiones, volvió a responder con inocente franqueza.

—Antes de ponernos en marcha, mientras te esperaba, he oído dentro de mi cabeza, de manera inconfundible, la voz del que llaman Benozzo diciendo: «Y ahora hacia Cercedilla, sierra de Guadarrama». No pretendo llevarte al huerto, ya empiezo a conocer los síntomas de lo que es auténtico.

—¿Sabes?, a lo mejor te has convertido en eso que llaman por ahí un vidente —replicó el hermano entre zumbón y dubitativo—, no es que acierten en todo lo que dicen, pero dan margen a las esperanzas de los insensatos —su voz adoptó un tono burlón—. En este momento, yo, Marc Faust, agobiado por la carencia de alternativas, estoy dispuesto a concederte una oportunidad, adelante pues, ¡todos a Cercedilla! —exclamó, después de lo cual, se derrumbó desinflado en el asiento.

Atardecía cuando alcanzaron la entrada del pueblo. Soplaban un aire fresco y seco del norte. Las ramas de unas cuantas encinas ondulaban repartidas al azar entre el paisaje, restos de los bosques que, en el pasado, dieran nombre al lugar. Saltaba a la vista que los pobladores de la Capital habían tomado al asalto aquel bello paraje desde los tiempos en que el esquí dejó de ser el incómodo deporte de unos cuantos esforzados, para convertirse en pasto de marcas y masas borreguiles. El resultado era el habitual: un minúsculo núcleo histórico, auténtica pieza de museo, que constituía la aldea primitiva, rodeado de capas concéntricas —como una cebolla—, donde se engolondrinaba una estulticia arquitectónica de fin de semana que daba ganas de llorar.

Marc, económico en sus manifestaciones, planteó una variante abreviada de lo dicho en la autopista.

—Bien, ya estamos en Cercedilla, ¿y ahora qué?

—Ahora necesito llenar el estómago —fue la decepcionante réplica—, busquemos un café.

La tarea no fue ardua, dada la vasta oferta desplegada por los lugareños. Tras aparcar en las proximidades de una iglesia con trazas románicas, penetraron en un viejo local donde retumbaban los golpetazos de un fútbol manejado por cuatro jóvenes entusiastas. Poco después, sentados ante una mesa redonda con cubierta de mármol, consumían gustosamente unos bocadillos de jamón.

—¿Puedes decirme cuál va a ser nuestro siguiente paso? —insistió Marc en vista de los nulos resultados de su anterior demanda.

Guifré entornó los párpados pensativo mientras deglutía el último bocado.

—No sé... estoy esperando una nueva señal, otro aviso, que me revele dónde está Aurora. De momento no hay nada.

Marc estuvo a punto de echarse a reír, ¡qué idiota había sido!, era evidente que su hermano, pese a sus trucos, no podría encontrar ni a la banda ni a la chica. Total, habían venido a aquel maldito lugar sólo para zamparse un bocata de auténtico —eso sí— jamón serrano.

—Mira, Guifré, creo que ya tenemos bastante, esto no funciona. Vayamos a contarle a la policía toda la historia y dejemos el asunto en sus manos...

—¿Y yo? —saltó su interlocutor—, ¿quieres que me detengan?, ¿ya te has olvidado de todo lo que me pasó?

—¿Y qué ocurre con Aurora?, ¿quién va a ayudarla?, parece que sólo pienses en ti.

Guifré dio un respingo y adoptó una expresión rematadamente seria. Su voz se apaciguó, casi sonó humilde en las palabras que siguieron.

—Concédeme un poco más de tiempo. Si mañana al mediodía todo sigue igual, haremos como pides, no sé si personalmente o a través de una llamada... pero haremos como pides, tienes mi palabra.

Marc contempló a su hermano por encima del vaso de vino tinto que estaba vaciando y, tras emitir algo parecido a un suspiro, hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Miró solazado más allá de la figura que tenía delante, a través de la ventana. Haber tomado una decisión, fuera la que fuera, ayudaba a tranquilizar el ánimo. En el exterior, iluminada por la luz crepuscular, la calle empedrada adquiriría vagos tonos irreales. De vez en cuando, la cabeza de algún paseante se recortaba contra el marco de madera como en un cuadro. Vio, igual que en sueños, la masa oscura de una camioneta Ford, con un hombre barbudo conduciendo, desplazándose lentamente en dirección a la entrada del pueblo. En algún lugar de su cerebro se encendió una luz roja. Se puso en pie de un salto, agarró al desprevenido Guifré por un brazo y lo arrastró hacia la salida mientras daba voces como un loco.

—¡Son ellos!, ¡los he visto!, ¡allí fuera!, ¡rápido!, ¡vamos a seguirlos!
¡Oh, Dios mío! ¡Tenías razón!... ¡tenías razón!

De tal guisa, desaparecieron por la puerta entre la expectación del público y sin llegar a pagar sus consumiciones. Tardo en reaccionar, el dueño del local se dijo melancólicamente, mientras se ponía a correr tras ellos, que la imaginación creativa de los insolventes era cosa inagotable.

XXII LA ÚLTIMA CENA

¿Qué preparará Nicolás, me pregunto, para esta noche?

BORIS VIAN

El laureado establecimiento Casa Meléndez, sito en la Avenida de la Guardia, El Pardo, había sido elegido por los servicios de intendencia gubernamentales como proveedor de los desayunos, comidas y cenas con que se despachaban sin remilgos los representantes nacionales e internacionales, reunidos por aquellas fechas en el palacio donde muriera Alfonso XII —por no citar memorias aún menos agradables—, hacía más de un siglo.

Como en ocasiones previas —existía ya cierta confianza—, la responsabilidad suprema del condimento de los manjares residía en el *chef* y propietario Nicolás Goyeneche, abreviado a Nico por los amigos. Durante el tiempo que durara aquel compromiso, el establecimiento se iba a ver obligado a cerrar sus puertas a los clientes ordinarios, dada la cantidad de trabajo que, de todos modos, quedaba ampliamente recompensado.

Desde el inicio de las reuniones palaciegas, cada día, con la exactitud de un cronómetro, una camioneta blanca convertida en auto-anuncio del restaurante a base de grandes rótulos, recorría el breve trayecto entre la Avenida de la Guardia y la entrada de servicio del palacio. Allí, Nicolás Goyeneche, ayudado por dos de sus empleados, transportaba personalmente sus creaciones, metidas en cajas de aluminio, hasta las cocinas, donde terminaba de ponerlas a punto, dando los últimos retoques e instrucciones antes de que el servicio local se hiciera cargo de las mismas. A continuación, volvía a sus fogones para supervisar la siguiente minuta.

Concentrado como estaba en sus labores, no es de extrañar que Nicolás pasara por alto el hecho de haber sido espiado sistemáticamente durante los

tres días que llevaba de *servicios especiales*. Ya fuera desde un auto estacionado discretamente, o por medio de algún peatón que pasara por allí, los puntuales horarios de sus idas y venidas fueron registrados minuciosamente. También hubo quien tomó nota, merced al diestro uso de potentes prismáticos, de todo el procedimiento de control, junto a la verja del recinto, y del recorrido ulterior del albo vehículo hasta la entrada de servicio.

Faltaba ya poco para que fuese hora de llevar la cena, Nicolás daba las últimas órdenes a los cocineros en medio de una maraña de ollas y sartenes. En el ambiente nadaba una sinfonía inacabada de olores apetitosos, cuyas notas resultaban más perdurables para los sentidos que las de pura ejecución musical. Por orden de aparición en la mesa, el menú de aquella noche iba a consistir en:

Primer plato: *Pastel de anguila*

Segundo plato: *Salchicha de las islas al Oporto moscado*

Postre: *Pan de piña con crema de naranja*

Vinos: *Cosecha del Duero de 1999 (a cargo de la bodega de palacio).*

Café, copa y puro

Terminadas las postreras manipulaciones culinarias, se procedió a colocar las repletas marmitas y demás utensilios en las cajas de aluminio, ya dispuestas al efecto en una zona despejada de la cocina. A continuación las cerraron y dos ayudantes se aprestaron a ir trasladándolas hasta la salida trasera, siempre bajo la supervisión de Nicolás. Ése fue el instante en que se abrió frente a ellos la puerta del cuarto que servía de alacena —donde estaban también el frigorífico y el congelador—, apareciendo en el umbral tres individuos que les encañonaban con pistolas provistas de silenciadores.

En un abrir y cerrar de ojos, todo el personal de la cocina, salvo el *chef* pasó al interior del almacén, siendo diligentemente desnudados, atados y amordazados. Tras ponerse la ropa que mejor les sentaba, dos de los asaltantes extrajeron de allí, antes de cerrar con llave, un par de pesados objetos no muy voluminosos que introdujeron a toda prisa en los relucientes cajones, ya dispuestos para ser transportados.

—Y ahora —espetó Benozzo a Nicolás mientras se encaraba con él—, coge las llaves del coche y en marcha. Éste —señaló a Paco— y yo te acompañaremos como de costumbre. Un movimiento en falso y te dejamos seco. ¡Andando!

Entre todos procedieron con rapidez a cargar la camioneta. Paco se puso al volante, Nicolás se sentó a su lado —siguiendo la rutina—, mientras

Benozzo, detrás, se aseguraba de controlar su buen comportamiento. Arrancaron y, con una maniobra perfecta, dieron la vuelta para dirigirse hacia su objetivo. Mateo —el tercer hombre— quedó atrás, con la misión de recogerles más tarde en un lugar preestablecido.

La estampa de Nicolás en su furgoneta-anuncio era ya familiar a la guardia que controlaba la entrada del recinto palaciego. Pasar fue un mero formulismo, acompañado por alguna pregunta socarrona acerca del menú de aquella noche. Superado el escollo, el vehículo fue aproximándose al lugar donde estaba la entrada de servicio y se detuvo delante. Junto a la puerta había un hombre de uniforme, visiblemente armado, que al verles llegar oprimió un timbre. Mientras se apeaban, dos personajes vestidos de camarero salieron a su encuentro. El de más edad se dirigió a Nicolás.

—Hoy os habéis retrasado unos minutos, habrá que darse prisa porque, para esa gente, cuando llega la hora de sentarse a la mesa, se para el mundo. —Miró a sus acompañantes sin gran interés—. Éstos son nuevos, ¿no?

—Sí..., los otros se han tomado unos días de fiesta —carraspeó el interpelado.

Sin más comentarios, se dedicaron entre todos a transportar la carga con gran prisa hasta las cocinas del palacio, sin que Nicolás revelara ninguna disposición a jugarse su integridad física con un acto repentino de heroísmo.

Por doquier reinaba gran actividad, y cada uno de los presentes parecía tener suficiente con ocuparse de los propios asuntos.

—¿Por dónde se va al salón de banquetes? —preguntó Benozzo al *chef* en voz baja.

—Por esa puerta —fue la respuesta, acompañada por un gesto orientativo de la cabeza.

—Bien, ahora necesito conseguir un par de fuentes grandes, con una buena tapa cada una, de un tamaño suficiente para poner dentro un pato entero. Tráemelas, y no olvides que si pasa algo tú serás el primero en pringar. —El tono de la voz de Benozzo se había vuelto cortante como el filo de una navaja.

Nicolás, hombre amante de la vida y los placeres —en particular los de la mesa—, estaba decidido a no arriesgar su pellejo mientras hubiera la menor probabilidad de perderlo. Dócilmente realizó la tarea encomendada, colocando las bandejas y sus cubiertas sobre una mesa arrimada contra la pared, en un rincón. Junto a ella, descansaban en el suelo dos de las cajas

recién traídas. Las demás estaban siendo abiertas y su contenido ordenadamente colocado sobre diversas superficies en espera de las instrucciones del *chef*.

Con gran naturalidad y sin perder nunca de vista a Nicolás, Benozzo y Paco abrieron los dos contenedores, extrajeron de ellos, ocultándolos con sus cuerpos, sendos objetos cuadrados metálicos, que colocaron uno en cada fuente y, tras un breve manoseo, los cubrieron. Terminado este trabajo, se dedicaron a sacar lo que restaba en las cajas.

Minutos más tarde, se había realizado una transformación en la estética del lugar. Los alimentos, maquillados y retocados como las caras de los actores antes de mostrarse al público, parecían haber alcanzado el último estadio de su perfección física antes de ser sacrificados a las batientes mandíbulas. Desde hermosas fuentes de antigua cerámica de Manises, la morbosa turgencia de los pasteles de anguila se ofrecía a las ávidas miradas. Mientras tanto, las suculentas salchichas de las islas, convenientemente cubiertas con hojas de papel de aluminio, para que no se secaran, eran mantenidas en calor en hornos especiales. Había llegado el momento de servir el primer plato.

Provistos de carritos con ruedas, varios camareros abandonaron el lugar para repartir las vituallas entre los comensales.

—¡Quedan cinco minutos! —sopló Benozzo en el oído de Paco—, ¡hay que moverse!, tú vigila. —Le hizo una seña a Nicolás para que se acercase. Una vez que lo tuvo a su lado, susurró las órdenes—: Coge una de estas dos fuentes y sígueme, deprisa.

Mientras así decía, se hizo con la otra y avanzó hacia la puerta, ante la que se detuvo esperando al chef que le alcanzó enseguida. Antes de abrir le dio las últimas instrucciones.

—Irás hasta el extremo más alejado de la mesa y deja tu carga en el primer carro de servir que puedas. Si te preguntan, son preparativos para el segundo plato. Yo haré lo mismo de este lado. Luego vuelves con rapidez, pero sin exagerar. Te estaré vigilando, ¡adelante!

Empujó suavemente a Nicolás haciéndole salir. Penetraron en un gran salón con suelo de mármol, adornado con murales y tapices e iluminado por costosas arañas de cristal que esparcían fragmentos de arco iris por todos los rincones. Próxima a una pared con pinturas, posiblemente de Bayeux, y paralela a ella, una gran mesa de roble bellamente adornada con flores y candelabros dorados servía una vez más de campo de batallas digestivas y

diplomáticas, ambas actividades dando lugar, claro está, al mismo producto final.

Si en el lugar había ojos vigilantes —que debiera haberlos—, no sospecharon de los recién llegados vestidos de cocinero. En cuanto al resto de los presentes, todos eran tan listos y se les ocurrían tantas cosas que decir para que lo primero quedara bien claro, que no estaban por la labor de fijarse en la servidumbre.

Benozzo observó cómo Nicolás depositaba su carga sobre la plataforma inferior de uno de los carritos, sin ser estorbado por ningún camarero, ya que en aquel momento estaban ocupados atendiendo a los comensales. Luego se volvió en su dirección y comenzó a caminar sin excesiva prisa. Entretanto, el italiano consiguió hacer algo parecido, si bien se vio forzado a dar una breve explicación a un joven pulcramente uniformado.

Volvieron juntos a la cocina, donde Paco ya no sabía qué hacer para disimular su nerviosismo, mientras contemplaba de reojo su reloj de pulsera.

—¡Rápido, al coche! —ordenó Benozzo a Nicolás, tomándole por el brazo. Los tres caminaron hacia la salida como si se les hiciera tarde. Justo entonces, oyeron a sus espaldas la voz del hombre que había saludado al *chef* a su llegada. Acababa de volver del salón.

—¡Eh, Nicolás!, ¡tenéis que llevaros las cajas, vais a necesitarlas mañana! ¡Y no volváis a entrar en el comedor con esas ropas, para algo están los camareros!

Ante la sorpresa del orador, nadie se detuvo, o giró la cabeza, y antes de poderlo contar, el trío había abandonado la cocina como una exhalación.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, se precipitaron a todo correr por el pasillo hasta llegar al último obstáculo antes de alcanzar el exterior. Abrieron, saludaron al mismo tipo que les viera llegar, y se dirigieron a la camioneta aparentando parsimonia. Paco sacó las llaves, a la vez vieron que el guardia iba a decirles algo, y la puerta de servicio se volvió a abrir, dando paso al individuo que dejaran con la palabra en la boca. De repente, se oyeron dos fuertes deflagraciones casi consecutivas.

Instintivamente, los presentes se agacharon o arrojaron al suelo; después, ambos empleados de palacio se dirigieron a toda prisa hacia el interior. La ocasión fue aprovechada por Nicolás para alejarse a la carrera dando gritos. Los otros fugitivos, sin hacerle caso, subieron a la furgoneta enfilando precipitadamente por entre los jardines hacia la salida. Cuando se aproximaban a la verja, el conductor aminoró la marcha; se veía un gran revuelo, entre sonoras órdenes, grupos de guardias y soldados convergían en

dirección al edificio principal, a pie o montados en vehículos. Ellos eran los únicos que iban en sentido contrario.

Sumergidos en medio de aquel desorden, se percataron de repente de que estaban empezando a cerrar los grandes portales de acceso al recinto. Desde el asiento trasero, Benozzo reaccionó con viveza.

—¡Acelera, Paco, hay que salir de aquí, aunque te lleves a todos por delante!

Respondiendo a la conminación de manera instantánea, el pie del conductor se apretó a fondo contra el pedal del acelerador, haciendo que la camioneta saliera disparada en pos del espacio todavía disponible para la huida. Varios pasantes se lanzaron al espacio en espectaculares saltos para evitar el mortífero impacto que se les venía encima, se oyeron voces de alto y, cuando lograron penetrar por el hueco que daba acceso a la momentánea libertad, comenzaron a sonar varios disparos, cuya seca cantinela siguió crepitando hasta que se perdieron en la distancia, engullidos por la noche.

De la iluminada mole del palacio de El Pardo, brotaban negras columnas de humo que, escapando por varias ventanas, ascendían hacia el cielo nublado.

XXIII

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

¿Por qué de pronto esa confusión e inquietud?

CONSTANTINO CAVAFIS

Los hermanos Faust irrumpieron en plena calle como si acabaran de ser expulsados a patadas del local. Miraron ansiosamente en la dirección por donde acababa de alejarse el objeto de sus pensamientos. Con gran asombro y delicia vieron cómo la camioneta aparcaba frente a un colmado situado a cosa de cincuenta metros más allá. Mientras procedían a pagar la olvidada cuenta que el furioso propietario les reclamaba, vieron descender a dos individuos que, a continuación, entraron en el establecimiento. Ambos les parecieron dos perfectos desconocidos, pero no había duda sobre la marca, color y matrícula del vehículo. Con toda seguridad debían de ser miembros de la banda, tal vez en misión de mantener llena la alacena. A ellos les iba a corresponder el honor de llevarles hasta su casa.

Cumplidas las obligaciones pecuniarias, Marc y Guifré se acercaron con las manos en los bolsillos al estacionado Ford, para echar una ojeada en su interior. Estaba vacío, sólo se distinguían los asientos, sin evidenciarse carga de ningún tipo. Se apartaron para no llamar la atención, yendo a colocarse junto a la pared, cerca de la salida del comercio. Guifré se mesó los incipientes cabellos mientras manifestaba su inquietud.

—Lo ideal sería obligarlos a que nos lleven donde tienen prisionera a Aurora, pero estamos desarmados, y encima me ha parecido que esos dos tenían aspecto de ser tipos duros y bastante cachas, no creo que podamos con ellos, ¿se te ocurre alguna cosa?

Marc Faust tenía la mirada fija en el escaparate de una tienda de juguetes y chucherías, que ofrecía sus tesoros desde la acera de enfrente. En su mente

se estaba abriendo paso una idea que le parecía muy poco seria. Su rostro se iluminó de pronto, como si una inspiración salvadora hubiera aparecido en el horizonte.

—Voy a hacer una locura, ahora vuelvo. —Y antes de que su hermano pudiera reaccionar, se lanzó a la carrera, cruzó la calle y entró en el comercio objeto de su atención.

Temeroso de que la caza pudiera escabullirse, Guifré dio un paseo por delante del colmado. Con un suspiro de alivio comprobó que el único vendedor estaba despachando todavía a otra persona, sin que los recién llegados, entretenidos frente a las estanterías de vinos y licores, mostraran signos de llevar prisa. Al poco rato, Marc reapareció en la puerta de la tienda portando una bolsa de plástico. Acudió a toda prisa junto a Guifré, que le contemplaba entre desaprobador y perplejo.

—¿Qué has comprado?

Marc se aclaró la garganta antes de contestar, como si buscara las palabras.

—Bueno..., uno lee a veces historias de atracos y cosas..., en fin, he decidido probar suerte y he preguntado si tenían pistolas de imitación, de esas que casi parecen de verdad. Aquí tienes el resultado.

Abrió la bolsa y extrajo dos magníficos ejemplares de arma corta fabricados en plástico, a los que una brillante capa de pintura metálica terminaba de dar un aspecto de autenticidad muy presentable.

—¡Caray! —dejó ir Guifré impresionado—, ¡a simple vista nadie diría que son de pega!

Marc pareció animarse ante tal reacción. Sin darle tiempo a seguir hablando, colocó en su diestra una de las pistolas, mientras se metía la otra en un bolsillo de su chaqueta.

—¡Guárdatela!, las usaremos para desarmarles. Creo que es nuestra única esperanza.

Guifré tomó el falso revólver y lo introdujo entre su cuerpo y la cintura del pantalón, mientras le asaltaba un ramalazo de admiración por aquella inesperada muestra del ingenio fraterno.

—La verdad es que trucos así han funcionado hasta para asaltar bancos. Como siempre, lo fundamental estriba en actuar con decisión, se trata de que les impresionemos, entonces los tendremos en el saco...

—Sí, ése es el secreto —le apoyó Marc—, estemos pues preparados. El momento más propicio será cuando se pongan a cargar la camioneta.

Quedaron silenciosos, en tensa espera de unos acontecimientos que veían precipitarse al galope hacia ellos. Los escasos viandantes pasaban por su lado cual si no existiesen.

Con un repiqueteo de campanillas que, para los dos hermanos, sonó como el gong anunciando el comienzo del primer asalto de un azaroso combate, la puerta del colmado se abrió violentamente dejando el paso franco a dos hombretones cargados con bolsas y paquetes. Marc y Guifré se mantuvieron inmóviles mientras espiaban con el rabillo del ojo los movimientos de sus presuntas víctimas. El que había hecho de conductor, tras depositar su carga en el suelo, junto a la camioneta, extrajo de sus bolsillos un manajo de llaves y procedió a abrir la puerta lateral corredera. Quedó al descubierto una hilera de asientos, sobre los cuales fueron amontonando sus compras. Aquél era el momento esperado por los gemelos Faust. Como proyectados por un muelle, salieron despedidos de la pared y se colocaron a espaldas de los atareados gorilas.

—No os mováis si no queréis que disparemos —ordenó Marc tajantemente mientras oprimía el cañón del plastificado revólver oculto en su chaqueta contra las costillas de uno de ellos. Vio cómo su hermano, tras extraer el arma de su pantalón, hacía lo mismo con el otro.

—¡Adentro, vamos, sin chistar! —Y a empellones forzaron a los sorprendidos porteadores a que subieran en la camioneta. Marc, que parecía hallarse en un pasajero estado de gracia, entró tras ellos encañonándoles en todo momento, mientras Guifré, con perfecta labor de equipo, extrajo las llaves de la cerradura de la puerta corredera, la cerró, y dando la vuelta al vehículo a la carrera, se abrió paso hasta el puesto del conductor. Desde allí se encaró con los amedrentados prisioneros apuntándoles en la penumbra con su trucada pistola.

—¡Cachéales! —indicó a Marc.

No estaban armados, pero, tras una oleada de incisivas preguntas, acabaron confesando dónde tenían oculta su artillería —la guantera—, compuesta por un par de relucientes Parabellum de nueve milímetros. Guifré tomó el volante y se dirigió a las afueras del pueblo, deteniéndose en un descampado, a cubierto de miradas indiscretas.

Utilizando una eficiente combinación de las correas de los pantalones de sus rehenes, y varios cabos de cuerda que descubrió en la parte posterior del vehículo, bajo la última fila de asientos, Marc culminó su faena dejándoles concienzudamente maniatados y con los dos pares de pies íntimamente unidos entre sí. Sumidos tan de repente en aquella inesperada situación de

inferioridad física y moral, ambos prisioneros presentaron poca resistencia a las subsiguientes amenazas, y explicaron con pelos y detalles dónde se hallaba la casa en que se ocultaban. Aseguraron que eran tres en total, habiéndose quedado el restante a vigilar. Nuevamente, Guifré puso el vehículo en marcha y, siguiendo las instrucciones recibidas, no tardaron en llegar ante un pequeño chalet de madera, casi idéntico a las decenas de otros edificios de la misma especie que poblaban las inmediaciones. A la derecha de la entrada se percibía aparcado el bulto de un utilitario. *¡Están bien motorizados!*, pensó Guifré en voz alta. La progresiva oscuridad, reforzada por la aparición de masas de espesas nubes, resultaba un buen aliado para aproximarse con los faros encendidos sin que nadie pudiera distinguir sus rostros desde fuera.

Se detuvieron cerca de la puerta principal, en un lugar sin duda usado habitualmente para ello, en vista de las marcas de neumáticos que había en el suelo. Poco antes de llegar a su destino, Marc había decidido amordazar al dúo, para prevenir posibles gritos de alarma dirigidos a su compañero, cuyo nombre —le habían dicho— era Carlos, dejándoles además ligados a sus asientos.

Descendieron con rapidez de la camioneta y fueron derechos a la puerta, llamando con los nudillos. Las luces exteriores de la casa estaban todas apagadas, únicamente se podía distinguir cierta claridad a través de una ventana, a su derecha, que parecía ser la del salón, y que estaba protegida con oscuros visillos lisos.

—¿Sois vosotros? —inquirió casi al instante una voz aflautada desde detrás de la puerta.

—Sí, abre, todo va bien —volvió a adelantarse Marc a Guifré, imitando el hablar ronco del conductor.

Lo primero que pudo ver el confiado Carlos cuando franqueó la entrada a sus supuestos colegas, fueron los oscuros y largos cañones de dos pistolas Parabellum apuntándole desde la noche. Fue suficiente, levantó las manos tanto como pudo y dio unos pasos hacia atrás para no bloquear el paso. Copiando lo visto en alguna película, Marc se abalanzó amenazador sobre el infeliz y le metió la punta de su arma en la boca. Las rodillas de Carlos empezaron a doblarse como si fueran de mantequilla hasta quedar pegadas al suelo, en una grotesca genuflexión.

—¿Hay alguien más contigo? —gritó amenazador Marc, muy en su papel.

—N-nnnoo..., estoy solo, los otros están fuera, aún no han vuelto... —fue la temblorosa respuesta.

—¿Cuántos son?, ¡dime, maldita sea!, ¿cuántos son? —prosiguió su verdugo, aprovechándose del pánico ajeno.

—Ssson cinco, son cinco... ¡les digo la verdad! —insistió ante la expresión de sospecha de los asaltantes.

—¿Cinco? —repitió Marc—, me habían dicho que erais tres, ¿dónde están los que faltan?, son los que más me interesan, ¡responde, basura!

Desde las puntas de los pies al extremo de sus alzadas manos, Carlos era la imagen del pavor. Su visión resultaba penosa para Guifré hasta el punto de hacerle desviar la mirada. El hermano, como absorbido por su nuevo papel, casi parecía disfrutar con el interrogatorio.

—Fueron a El Pardo...

Al oír las últimas palabras, Guifré experimentó una fuerte sacudida, que le devolvió un poco de la iniciativa perdida. Ahora fue él quien habló.

—¿Iba Benozzo Pacioli con ellos?, ¡contesta!

—Sssí... se fue con ellos...

Guifré tuvo que hacer un esfuerzo antes de proseguir con una nueva cuestión, cuya respuesta en aquel momento creía ya conocer.

—¡Han ido a cometer un atentado!, ¡el mismo que os ha traído a todos hasta aquí!, ¿cierto?

Carlos cerró los ojos al contestar, temeroso de que sus palabras le acarrearán un espantoso final, pero incapaz de inventar nada que no fuese la verdad.

—Eso es..., esta noche era la programada para ejecutar el plan... ignoro lo que está pasando.

—¿Cuándo piensan hacerlo? —La voz de Guifré se había vuelto distante, casi fría, como si no quisiera revelar sus sentimientos.

—Durante la cena que se va a ofrecer en el Palacio, imagino que será en cosa de dos o tres horas... Ya le he dicho que no estoy al tanto de los detalles... Nunca nos los han revelado... Hemos cumplido con nuestro trabajo y el resto no es cuestión nuestra...

Marc, quien aprovechando la interrupción había comprobado que el llamado Carlos no llevaba ningún arma encima, volvió a meter baza, dirigiéndose a su hermano.

—¡Debemos avisar inmediatamente a la policía, hay que evitar esa masacre!

—Yo me encargaré —intentó tranquilizarle Guifré—, pero antes habría que liberar a Aurora...

—¡Antes no! —replicó Marc con viveza—, ¡llama ahora, los segundos pueden ser preciosos!, yo me ocuparé de éste entretanto —añadió señalando al infeliz genuflexionado. Con la punta del revólver le hizo levantar la barbilla hasta que sus miradas se encontraron, y a continuación le preguntó dónde había un teléfono en la casa. La respuesta orientó a Guifré hacia la cocina; allí, sobre una mesa de madera, encontró un móvil instalado para que se recargasen las pilas.

Mientras esperaban la vuelta del hermano, Marc sonsacó al desmoralizado Carlos y, en breve, se halló en posesión de las llaves del cuarto de la cautiva. Usó el mismo manojó para encerrar al inquilino de la casa en otra habitación. Minutos después, Guifré fue a reunirse con él junto a la puerta, en cuya cerradura se había puesto a trajinar mientras llamaba a Aurora en voz alta.

—¡Somos Marc y Guifré!, ¡venimos a liberarte, no tengas miedo!, ¡ánimo, enseguida estarás fuera!

De dentro les llegaban ahogadas llamadas y golpes contra la madera. Cuál sería su sorpresa cuando, al quedar por fin expedita la entrada, se encontraron con que Aurora no era la única ocupante de la pieza. Ambas jóvenes se acercaron sonriendo a dar la bienvenida a sus salvadores, plantados como un par de pasmarotes bajo el dintel de la puerta.

XXIV

LA ÚLTIMA NOCHE QUE PASÉ CONTIGO

¿Cuál fue la causa de que se separara de sus camaradas?

KENZABURO OÉ

Debía de ser tarde, la una o las dos de la madrugada. Guifré había estado dando vueltas sin parar en la incomodidad de un catre usurpado a su anterior ocupante, sin conciliar el sueño. ¡No se debía dormir, pues podría perderse aquello que estaba aguardando! Pero ¡quiá!, no había cuidado, a él no le paraba de funcionar la cabeza, pensaba y repensaba en todo lo sucedido, con buenas razones para no llegar a gozar del descanso, pues le había mentido a Marc en algo fundamental, en algo que si conociera, no le hubiera permitido irse tan confiado para esperar, en lugar seguro, a que el paso del tiempo produjera sus frutos. Se rascó un brazo, luego un pie, todo le picaba por culpa del sudor que el mismo cansancio ayudaba a producir, excesivo ya para que sus nervios reposaran. Con un gesto impaciente apartó la sábana que le cubría y se sentó en el borde del lecho. Palpando en la oscuridad recogió sus pantalones y, tras ponérselos, se levantó y salió del cuarto, descalzo y con el pecho al aire con la intención de ir a tomar el fresco un rato en el pequeño jardín trasero. Comprobó, al pasar junto a la habitación donde estaban los prisioneros, que permanecían tranquilos —habían encerrado a todos allí— y salió a la noche estrellada. Se sentó en una tumbona con la cara vuelta hacia la luna creciente. El frescor del aire actuó como un bálsamo para su excitado cerebro, las ideas se encarrilaron poco a poco y volvió a considerar —ahora más serenamente— la situación.

En primer lugar, quería que todos estuvieran a salvo, que no corrieran ningún peligro por algo de lo que él mismo era causa directa: haberles metido en aquel embrollo, que se vieran implicados en un asunto cada vez más serio

y de consecuencias imprevisibles, seguro que desastrosas, eso sí, pero imprevisiblemente desastrosas. En segundo lugar —o tal vez éste era el primero y el otro el segundo—, en el momento de ir a advertir a la policía sobre el atentado, había decidido no hacerlo, sintiendo de repente como si tuviera el destino de un puñado de seres en sus manos, ignorantes todos ellos de su poder, pero conocedor, él mismo, de que entre todos iban a decidir sobre la vida o la muerte —más bien lo último— de un gran número de sus semejantes —existencias en proyecto—, aunque posiblemente los de El Pardo no los consideraran como tales. Sí, había decidido no hacerlo, no repetir las cifras cuya combinación —la de la caja de caudales donde se guardaba el futuro— tendría el efecto de que un hecho concreto —hecho sangriento, por demás— no aconteciera, aplazando así, al menos, otra ingente secuela de sucesos —no sangrientos, pero igualmente necrológicos—, que aguardaban programados para el porvenir. Cuando, alternativamente, marcó el número que Aidé —su amiga mexicana— le había dado al despedirse en Barcelona, se imaginó a sí mismo suplantando a los Hados, pero claro, eran en todo caso éstos —si existían— quienes le estaban utilizando a él. Después de todo, tal vez había vuelto a recibir una orden...

Todo fue bien, Aidé estaba en casa y tenía sitio para que él y sus amigos —de turismo por Madrid— pasaran allí una noche o las que desearan. Le dijo hasta pronto y había colgado. Cuando volvió a hablar con Marc fue ya en presencia de Aurora y Rocío. Supo hacerlo bien, los tres estaban medio extenuados, física y psíquicamente. Les había dicho que la policía estaba sobre aviso, con lo que Benozzo y sus secuaces caerían en la trampa, pero que por esa misma razón era prudente abandonar aquella casa, pues antes o después les sonsacarían dónde estaba su escondite. Como recuerdo podrían dejar al resto de la banda bien atada y encerrada para cuando llegara la pasma, e incluso enviar un aviso anónimo. Guifré había esperado hasta que le preguntaron adonde iban a ir si se marchaban, para darles la dirección de la pintora mexicana, que les aguardaba. Les sugirió que fueran a buscar el auto de Marc, aparcado junto a la iglesia del pueblo. Finalmente había añadido que él se quedaría allí un rato para registrar el lugar y asegurarse de que el regalo que destinaban a los esforzados agentes no intentara salirse del envoltorio antes de tiempo. Después iría a reunirse con ellos con uno de los coches que había junto a la casa. Una vez expuesto su plan, no le fue preciso insistir gran cosa para acallar las pocas protestas y preguntas que originó.

Ahora, feliz de su marcha, estaba solo, sentado, contemplando la esfinge lunar y la firme mirada de Júpiter —sol frustrado—, mientras aguardaba que

algo sucediera. Se le ocurrían dos alternativas extremas: de un lado que el ataque terrorista, o como se le quisiera llamar, hubiera tenido un éxito total y sus autores habían conseguido fugarse con limpieza. Si tal fuera, no iban a volver a la base, sino que estarían siguiendo un itinerario de huida preconcebido. Lo que sí harían en este caso sería llamar en algún momento — pronto— al resto de la banda para que actuaran en consecuencia. La segunda posibilidad consistía en que el atentado hubiese fracasado, resultando en la captura o muerte, total o parcial, del comando, con lo que las fuerzas de la ley aparecerían con prontitud más o menos proporcional al número de supervivientes. También podían darse situaciones intermedias, como que se hubieran visto obligados a aplazar la acción. En todo caso, pensaba arriesgarse, quedándose velando hasta el amanecer y, si la policía no llegaba, los avisaría —extraña contradicción la suya—. Luego intentaría desaparecer, si su sentido de culpa no le inducía a entregarse, ¿por qué si no estaba aún allí en realidad? Guifré se repetía que su reciente acto —o, mejor, su no acción— tendría consecuencias que no debían acatamiento a ninguna jurisdicción estatal, pues —argumentaba— los malhechores no tienen derecho a dictaminar sobre los criminales... Bueno, si el porvenir no le concedía el olvido, estaba dispuesto a asumir el fardo de su conciencia.

Rompiendo bruscamente la costra de silencio, llegó a sus oídos el sonido apremiante que se había puesto a emitir el aparato abandonado sobre la mesa de la cocina. *¡Por fin!*, se dijo, y se dirigió corriendo hacia el interior de la casa.

—¿Sí? —preguntó con un solo monosílabo, para no delatarse.

—¿Quién eres? —inquirió a su vez una voz afónica, acompañada por el tremolar de una respiración agitada.

—Carlos.

El del otro lado se puso a hablar casi sin dejar que Guifré terminara de pronunciar su ficticio nombre. Sus prisas resultaron comprensibles.

—¡Escucha Carlos!, soy Paco, te llamo desde el piso de Madrid, la operación ha sido un éxito, pero Benozzo está herido, parece grave y necesitamos un médico con urgencia... Tenéis que buscar a Fernando, y si no podéis dar con él, traed a quien sea por la fuerza, ¡pero aprisa!... Creo que aquí estaremos a salvo por un tiempo sin que nos descubran, pero el estado de Benozzo es preocupante... venid pronto..., recuerda: calle Cañaveral treinta y tres, cuarto tercera. —A falta de papel, Guifré garrapateó los datos con un lápiz, que alguien había usado antes que él en sus llamadas, sobre el deslucido barniz—. Decidnos algo en cuanto podáis. ¡Adiós! —Dicho esto, Paco colgó.

Guifré, que había estado absorto escuchando aquellas sangrientas noticias, levantó la vista de la mesa sólo para llevarse un nuevo sobresalto: Aurora estaba delante suyo, recostada contra el marco de la puerta, mirándole fijamente, como queriendo adivinar en su expresión cuanto acababa de oír por el auricular. Sin duda había entrado por el jardín, siguiendo su misma ruta. Guifré tardó unos segundos en reaccionar.

—Pero... ¿qué haces aquí?, ¿no habéis ido al piso de Aidé?

Aurora se cruzó de brazos sin dejar de observarle con fijeza.

—Sí, todo ha salido a la perfección, allí siguen los demás, pero ha pasado el tiempo y tú no venías... No sabíamos ni el número para llamarte, fue un error no anotarlo. No se lo he dicho a los demás, pero desde el momento en que nos despediste me pareció que te llevabas algo entre manos. Por lo tanto les dije que iba a volver aquí por si te había ocurrido algún percance, cualquier cosa era posible. Al principio no quisieron dejarme salir, ya sabes cómo es Rocío, pero les hice ver que estaba decidida a venir sola —por su expresión cruzó una nube de sospecha—, en fin, dejemos eso... dime, ¿con quién estabas hablando?

—No entiendo cómo no te he oído llegar —divagó él—. Creía estar bien despierto.

—He tomado mis precauciones. El coche está a unos cien metros de aquí, he hecho andando el resto del camino. Pero ahora, por favor, responde.

Guifré se sentó sobre el borde de la mesa y, sin saber qué hacer con las manos, se puso a jugar con el teléfono móvil, que aún sostenía.

—Verás, Aurora, deseo apartaros de este asunto mientras aún haya tiempo, sobre todo a partir de ahora, cuando comienza la parte trágica, con su secuela de muertes y venganzas. Si os volvéis todos a Barcelona, discretamente y por diferentes caminos, nadie tiene por qué saber quiénes sois ni en qué habéis estado mezclados, contra vuestra voluntad o por ayudar a algún amigo o pariente, en una historia de atentados sangrientos. En lo que me concierne, las cosas han ido bastante más lejos, pero eso es asunto mío.

Aurora abandonó su posición de apoyo y con paso decidido se aproximó hasta plantarse delante de Guifré mirándole cara a cara.

—Quiero saberlo todo, Guifré, quiero que me digas lo que te acaban de contar por esta cosa que sostienes en la mano, cuáles son tus verdaderos planes, cuál es la razón que te ha llevado a quedarte aquí solo. Quiero saberlo todo...

Adelante —pensó el interrogado—, *si quiere saber, que sepa.*

—Bueno, allá tú y el provecho que saques de oírme..., sólo te pido a cambio que mis palabras queden para siempre entre nosotros, como si fuera una confidencia entre un convicto y su letrado...

Aurora hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—No sé si me entenderás, o si estarás de acuerdo con mis planteamientos —prosiguió Guifré—, pero he llegado a la conclusión de que debo abandonar cuanto antes la lucha en que me he ido mezclando poco a poco, pero antes de apearme del caballo pienso liquidar la faena que ahora me ocupa. Si un día me prenden, jamás os mencionaré. De pocas cosas graves van a poder acusarme con pruebas en la mano, sobre todo si cumples con tu palabra y mi hermano Marc decide olvidar... —Le convendría...

—¿Qué pensabas hacer? —insistió Aurora.

Guifré emitió un suspiro, como si le costara resolverse a revelar sus secretos pensamientos.

—Pues..., primero esperar a ver cómo evolucionaban los acontecimientos. Por fuerza Benozzo tenía que llamar pronto para decir cómo había ido todo y dar nuevas instrucciones a su gente. Con nuestra llegada, las cosas se torcieron para éstos, y sus posibilidades de huir se vinieron abajo. En todo caso mi intención era, ya más informado, hacer una llamada a la policía. En fin..., te voy a revelar algo que tampoco sabe Marc todavía: yo pude haber evitado el atentado que Benozzo y los suyos estaban a punto de consumir si hubiese cumplido con mi palabra, pero una vez que mis dedos se posaron sobre el teléfono, la única llamada que hice correspondió al número de mi amiga mexicana. Ya ves, he permitido un asesinato múltiple, he cooperado activamente en su realización, como aquellos que en las guerras aprietan un botón (yo oprimí varios) para que un proyectil con mando remoto vaya a sembrar de cadáveres la distancia. Más tarde, cuando ya estaba solo (o creía estarlo), llegó la llamada esperada para confirmarme que el golpe terrorista había tenido éxito (gracias a mí), sin embargo, no todo había salido redondo, Benozzo Pacioli, el jefe y organizador, está gravemente herido, hasta el punto de necesitar con urgencia un médico. Me han pedido que lo busque, bueno, se lo han pedido a Carlos, uno de tus ex guardianes, y que lo lleve enseguida a esta dirección. —Señaló el lugar de la mesa donde la había copiado, que Aurora miró atentamente—. Dime, ¿qué piensas ahora de mí?

Inesperadamente, la joven tomó a Guifré por ambos brazos, en sus pupilas flotaba una reprimida nube de lágrimas y la boca sin pintar esbozó algunos movimientos temblorosos antes de dejar ir las palabras que pugnaban por escaparse.

—Creo que has cometido un gran error, y no por ello va a cambiar nada de lo que las altas instancias del poder tengan previsto, sólo habrá unos cuantos muertos más, mayor cantidad de humo elevándose al cielo en este perpetuo sacrificio a dioses crueles.

Guifré se mantuvo un largo rato sin responder, la expresión de su rostro cambiaba constantemente.

—Puede que tengas razón..., pudiera haberme equivocado...

Se interrumpió a media frase, quedando todo él rígido como un alambre, pues acababa de oír el ruido apagado de neumáticos de coche en la proximidad de la casa. Algo le dijo en su interior que la policía estaba allí; ¿cómo tan rápido? Corrió a apagar la luz mientras conminaba a Aurora en un susurro a salir silenciosamente al jardín y alejarse lo más que pudiera del lugar buscando algún escondrijo.

—¿Y tú?, ¿no vienes? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Te seguiré enseguida, debo recoger algunas pertenencias.

Algo en el tono de él incitó a Aurora a no hacer más preguntas. Siguiendo al instante sus instrucciones, salió al exterior con las últimas palabras de Guifré resonándole todavía en los oídos: ¡avisa a los otros, volved enseguida a Barcelona!, ¡yo he venido solo! Cruzó en la oscuridad por en medio de unos parterres de rosales, atravesó un seto y tras sobrepasar torpemente una valla de alambre de poca altura, caminó en zigzag entre la vegetación hasta que, exhausta, se desplomó detrás de una encina. Desde allí se dedicó a espiar lo que sucedía en el lugar recién abandonado.

Le pareció distinguir varias sombras danzando alrededor del edificio hasta que, sin previo aviso, todo quedó bañado en la luz vomitada por varios potentes focos. A la vez se empezó a oír un gran barullo. Del interior de la casa llegaban gritos, golpes y carreras, finalmente una ensalada de disparos. Después volvió a hacerse el silencio.

Inmóvil como una estatua, Aurora testimonió cómo Guifré era sacado esposado de la casa; la voz de su amigo, cargada de amargo reproche, no cesaba de sonar —hasta que le atizaron un buen golpe por la espalda—, repitiendo:

—¡Los habéis matado!, ¡los habéis asesinado a sangre fría!, ¡no hubieran podido escaparse!, ¡estaban desarmados!

La joven esperó a que se marcharan —de hecho se quedó un vehículo y un par de individuos empezaron a moverse, muy atareados, por las habitaciones y por el jardín—. Poco a poco, con el mayor sigilo, empezó a

alejarse de aquel escenario; su objetivo era volver a Madrid lo antes posible para evitar otra matanza.

XXV EL SACRIFICIO

Muerte y que de ellos nada quede, ni el recuerdo, ni la huella al despertar...

ANGÉLICA GORODISCHER

Aurora cruzó el asfalto sorteando hileras de jadeantes automóviles. El edificio número treinta y tres de la calle Cañaveral era una de tantas monstruosidades con muchos pisos, fruto del matrimonio de intereses entre los especuladores de terrenos y las constructoras. Tras los cristales del portal, provisto de portero automático, se vislumbraban desde la calle, ocupando un pequeño vestíbulo tubular, dos asientos tapizados en cuero arrimados contra la pared, y entre ellos una mesita que apenas levantaba un palmo del suelo. Al fondo, podía adivinarse el arranque de la escalera vecinal y la puerta metálica de un ascensor.

La visitante llegó frente al cuarto tercera sin necesidad de llamar desde abajo, merced al burdo, pero efectivo, procedimiento de hacer sonar otros timbres hasta que alguien le abriera. Oprimió el pulsador, colocándose a continuación junto al muro. Aguzó el oído esperando detectar algún eco procedente del interior. Le pareció advertir un ahogado murmullo, como de pies descalzos, aproximándose, mas de repente cesó, ¿había sido sólo su imaginación? La espera empezó a hacersele interminable; de súbito se le ocurrió una idea para salir del paso. Dio media vuelta y descendió con rapidez los tramos de escalera que le separaban del exterior, buscó una papelería, y pidió un bloc y un bolígrafo. Sobre el mismo mostrador del comercio, se puso a escribir en el papel y, tras arrancar la hoja, salió a la carrera, dejando abandonadas sus compras y al boquiabierto vendedor,

Después de algunos minutos, Aurora se hallaba de nuevo ante la puerta del cuarto tercera del número treinta y tres de la calle Cañaveral. Esta vez

introdujo el papel manuscrito que había guardado en un bolsillo por la estrecha rendija entre la madera y las baldosas del suelo. A continuación llamó por tres veces y volvió a echarse a un lado.

Ya pensaba que su añagaza no había servido para nada, cuando se escuchó una voz ronca, tensa como el arco de una ballesta a punto de dispararse desde detrás de la puerta.

—¡Déjate ver!

La joven se apartó de la pared, colocándose delante de la mirilla.

—Escucha bien lo que te voy a decir —prosiguió entonces la misma voz—, si se trata de una trampa despídete de los vivos, y además vas a quedar con muy mal aspecto. Manténte frente a la entrada, bien cerca, acerca tu mano a la puerta, cuando haya un hueco pasa los dedos, te los cogeré, y después seguirás toda tú. Repito, ¡no intentes engañarnos, pues aunque nos maten a todos, no vivirás para contarlo!

Aurora hizo gestos de haber comprendido y se dispuso a seguir las instrucciones.

—Podéis confiar en mí —aseguró confortadora—, he venido sola.

Todo sucedió según lo establecido y, en breves momentos, Aurora estaba ya en el piso. Sin decir palabra, Paco y Mateo la llevaron en volandas hacia el interior, arrojándola sobre un canapé mugriento. Sus rostros mostraban expresiones medio salvajes, donde el nerviosismo y el agotamiento habían hecho buena mella desde la última vez que los tuvo delante. Paco —el mismo que la había interrogado antes de franquearle la entrada— se dirigió a ella mientras encendía un cigarrillo.

—Y ahora, di la verdad, ¿por qué has venido? No me creo la historieta del papel, pues entonces te estarías metiendo en la boca del lobo a sabiendas, y no pienso que seas tan tonta.

Incorporándose penosamente hasta quedar apoyada contra el respaldo, Aurora pensó que iba a ser difícil convencer a aquellos hombres de su sinceridad.

—Quiero ver a vuestro jefe, necesito hablar con él, es muy urgente.

—¿Acerca de tu escrito? ¿Sabes?, ha sido Benozzo quien ha dicho que te dejáramos entrar, por lo visto él también tiene ganas de charlar contigo..., aunque me temo que no le resultará fácil.

—¿Por qué? —inquirió la joven fingiendo sorpresa.

Los dos hombres intercambiaron una mirada que les sirvió para ponerse de acuerdo. Mateo, desde atrás, tomó la palabra.

—Le han herido..., parece grave. Estamos esperando un médico.

Procedentes de una habitación contigua, cuya puerta había quedado entreabierta, se dejaron oír unos débiles gritos.

—No la entretengáis con preguntas, ¡hacedla pasar!

Tras una ligera vacilación, los dos hombres volvieron a coger a Aurora por los brazos haciendo que se levantara. La cachearon con pocos miramientos y después la condujeron hasta la pieza de donde había procedido la llamada.

Al traspasar el umbral, la joven se encontró ante un penoso espectáculo. Ante sí vio un lecho metálico con las mantas y colcha desparramadas por el suelo. Reclinado sobre un par de almohadas, Benozzo Pacioli, vestido, y con la camisa entreabierta, toda ella salpicada de manchones rojos, lucía un improvisado vendaje sanguinolento que le cubría la parte superior del pecho. Bajo su yacente humanidad, teñidos del mismo color, asomaban los arrugados bordes de dos sábanas. El rostro de Benozzo estaba muy pálido, sus cabellos, habitualmente tan cuidados, se esparcían en desorden, profundas ojeras daban a su expresión un aire demacrado. Hizo señas a sus hombres para que llevaran a Aurora hasta una silla junto a la cabecera de la cama. Cuando la hubieron hecho sentar, se incorporó un poco con gesto de dolor y dijo a Paco y Mateo que salieran cerrando la puerta. Su orden fue obedecida renuientemente. Volvían a estar solos, como en el tren. Benozzo contempló largo tiempo a la joven antes de dirigirle la palabra, le brillaba la mirada y su boca se contraía en un rictus mitad sonrisa mitad expresión de sufrimiento.

—¿Te acuerdas, Aurora, de cuando nos vimos por primera vez?, entonces fui yo quien vino a sentarse junto a ti. Tampoco tenías muy buen aspecto..., claro que en eso seguro que te gano, porque tú no llevabas una bala alojada en la espalda, posiblemente en el pulmón, como yo ahora. Aquel día, sin saberlo, estabas cerca de la Muerte, que era mi persona, siquiera simbólicamente, como ahora lo estoy yo, pero con pleno conocimiento. Es una vieja amiga mía, ya hemos tenido otros encuentros. ¿Has oído hablar de Leopardi?, ¿no?, lástima, se trata de uno de mis poetas favoritos: «*Due cose belle ha il mondo: amore e morte*», ¿entiendes?, claro que sí, suena casi como en tu lengua, no hay excusa. Cuando leí estos versos a los diecisiete años, descubrí mis propios pensamientos no cristalizados, puestos en letras de molde. A veces he pensado que tengo la misma clase de sensibilidad que Leopardi, ni siquiera me falta el instinto suicida, de otro modo no hubiera venido aquí... —su mueca se acentuó—, pero claro, yo no soy un genio como él, que supo sublimarse en el Arte.

»También como Leopardi, soy incapaz de relativizar la existencia y no sé vivir sin principios absolutos, pero, contrariamente a él, tengo sobre mis espaldas muertes distintas a la propia, aunque también con ésta puedo cargar. No pretendo excusarme, pero en cuanto a eficacia criminal soy como un niño frente a los del otro lado, mas no..., ellos no son terroristas, ni siquiera criaturas infernales, sólo próceres, pilares de la sociedad.

Benozzo interrumpió su discurso con un gesto de dolor, señaló un vaso de agua que reposaba sobre la mesita de noche y pidió a Aurora que le diera de beber. Después de tomar varios sorbos pareció reponerse un poco.

—Disculpa, he vuelto a las andadas..., debiera haber sido predicador, o vendedor de enciclopedias. Además, por mucho que hable, imagino que sigues convencida de mi total falta de escrúpulos, de la falsedad de mis palabras. Una buena prueba de mi vesania podría ser el constante uso que he hecho de ti desde nuestro primer encuentro: he allanado tu morada, te he raptado, te he utilizado como escudo, y también, parece ser, como rehén de repuesto. En otras circunstancias no sé muy bien qué haría, pero un hombre en mi estado actual no puede permitirse perder el tiempo, y así te voy a confesar que en todos mis actos relacionados contigo, me temo, hubo, hay un murmullo de amor condenado al silencio por las penosas situaciones que hemos vivido. En cuanto te vi supe que eras una de esas extrañas criaturas que combinan la belleza física y la pureza de espíritu con una alta dosis de inteligencia y sensibilidad. Es una mezcla poco común que, para su fortuna, las mantiene incontaminadas en cualquier entorno. Desde entonces experimenté los síntomas inequívocos de lo que acabo de revelarte, pero meforcé a congelarlos, en espera de la improbable llegada de tiempos mejores. Puedo asegurarte que nunca hubieras sido expuesta a ningún daño mientras te hubiese mantenido cerca de mí, por eso, mi consejo ahora es que te vayas. Dime adiós y desaparece, ¿qué más puedo desear si me quedo a solas con el amor y con la muerte?, a mi manera habré hecho realidad el sueño de Leopardi.

La blanca tez de las mejillas de Aurora se había arrebolado ligeramente al escuchar las frases de Benozzo. No parecía haber modo de evitar las sorpresas junto a aquel hombre, ¿volvía a fingir?, ¿a hacer teatro?, ¿cuántos personajes era capaz de interpretar, mezclando la necesidad con el placer? Sin embargo, saltaba a la vista que su estado era demasiado serio para entregarse a frivolidades sobre un lecho desde el que continuaba goteando la sangre.

—Por favor, no creo que dispongamos de tiempo para hablar ahora de estos temas..., si estoy aquí es porque vengo a avisarles de que están en

peligro de ser descubiertos, si no lo han sido ya. Me imagino que ha leído mi mensaje antes de dejarme entrar..., escuche, he venido pese al horrible crimen que acaban de cometer, quiero también repetirlo, acaso por última vez, y con esto puede ver, aunque se ría, la importancia que doy a mis creencias, que sus muertes no servirán para arreglar nada, pero en cambio le conducen inexorablemente hasta el centro de un laberinto del que ya no saldrá nunca, nunca. Además, para mi horror, Guifré Faust, habiendo podido detener sus actos, no lo hizo, como si fascinado, hipnotizado por la atracción del abismo en que usted se arrojó hace ya tiempo, estuviera siguiendo las huellas de sus pasos.

El herido casi llegó a parecer divertido por lo que oía.

—¿Vienes entonces a intentar redimirme en el momento final? A lo mejor te importo más de lo que estás dispuesta a confesar, y por eso te has arriesgado a visitarme.

La joven cerró los ojos para concentrarse mejor en lo que iba a decir, sin tener que soportar el acoso de la burlona mirada.

—Puede que le parezca fuera de lugar, pero me horroriza la idea de que termine sus días pensando como piensa, que sólo puede ver podredumbre en lo que le rodea. Creo que es el primer auténtico desesperado que se atraviesa en mi camino. Pero hay algo más, una cosa de la que usted no se ha dado cuenta, que le voy a revelar: desde el día de la estación de Milán y durante nuestros siguientes espaciados encuentros, todas las veces que le he oído hablar, sus palabras han sido destructivas, contrarias, antagónicas, sonaba orgullosamente seguro de no estar manchado por el barro vulgar, luchaba contra los dragones, creyéndose un héroe solitario, una especie de Príncipe Valiente de la modernidad. Yo le aseguro que está engañado, pues usted mismo pertenece también al Sistema, es parte de su otro rostro, la otra cara de Jano... Recapacite mientras pueda sobre su error, tan vulgar y tan corriente como el odio que lo produce. Escuche, piense..., dar muerte a un criminal es ofrecer un nuevo triunfo al crimen, es reafirmar su existencia, duplicando el poder de las fuerzas oscuras que genera. Es atarse mano con mano junto a la víctima, para hacer girar la misma rueda —se interrumpió llevándose la mano diestra a la frente—, ¡oh, qué estúpida soy!, no debo seguir hablando. Han de marcharse ya, están en peligro...

Benozzo, apoyado contra las almohadas, la contemplaba asombrado y sin fuerzas.

—Te contradices, Aurora. Si de verdad crees en esa fe tuya, el que podamos huir o no de un riesgo físico que nos amenaza debería parecerle

intranscendente... Por otra parte, yo no estoy en condiciones de ir a ningún lado.

El diálogo fue interrumpido por unos golpes apresurados.

—¿Qué sucede? —inquirió Benozzo alzando la voz con evidente esfuerzo.

La puerta de la habitación fue abierta con respetuosa parsimonia.

—Jefe —apareció el rostro de Paco, grave, impasible—, en la calle se ve mucho movimiento, están llegando varios coches de policía y parece como si fueran a acordonar el edificio. Me temo que nos han localizado, ¿qué hacemos?

—Se han dado prisa —masculló para sí Benozzo sin aparente emoción antes de contestar—. En nuestras circunstancias sería absurdo intentar defenderse. Ved si es posible huir por la azotea, yo me quedaré aquí esperando... Si queréis intentarlo tiene que ser ahora mismo, no dejéis pasar un segundo más.

Mateo se había unido a Paco y ambos escuchaban con atención a su jefe. Cuando terminó de hablar se miraron con expresiones indecisas.

—Está bien —prorrumpió el herido impaciente—, veo que tendré que decidir por vosotros..., mi orden es que os larguéis ya. Intentad seguir el plan de fuga que teníamos previsto. La llave del terrado está con las demás, ya sabéis. ¡Vamos, marchaos! —terminó casi a voz en grito.

Por fin, los dos hombres despertaron de su estupor, se acercaron al lecho y cada uno de ellos dio un silencioso apretón de manos a Benozzo, inclinándose después para besarle la frente y las mejillas. Hecho esto abandonaron el cuarto.

Benozzo se volvió a dirigir a la joven.

—Y ahora te toca a ti, Aurora. Huye enseguida de este lugar porque cuando lleguen son capaces de acribillarte como un colador antes de dar los buenos días. Nadie te conoce, no buscan a ninguna mujer, aún estás a tiempo de que te tomen por una vecina despistada que sale de compras. ¡Corré!, no me expongas a ver cómo te matan, porque eso amargaría mi propia muerte.

Aurora Quetglás, algo distante aún de la anhelada ataraxia, comenzó a sentir un estremecimiento de pánico, su instinto de conservación abrió las alas y se lanzó a volar mientras en su cerebro se fraguaban las primeras justificaciones racionales de los actos por venir. Se puso en pie.

—Me iré, Benozzo, creo que tienes razón... Pero me siento mal haciendo esto... Soy una cobarde.

—No te arrepientas —respondió el herido, cuya palidez se iba volviendo transparente—, no sería un acto heroico, ni siquiera noble, sólo una solemne estupidez. Escucha, como hacen los condenados te voy a pedir un último deseo... dame un beso...

Sin hacerse de rogar, como cumpliendo un deber o una penitencia liberadora, Aurora besó tiernamente los labios del herido. Cuando sus rostros volvieron a separarse, la mirada de Benozzo estaba ligeramente húmeda. Se contemplaron por última vez.

—Adiós, Benozzo, creo que no deberías oponer resistencia, aún es posible que salves la vida..., te llevarán a un hospital.

Desde su cama ensangrentada, con un ligero toque de final operístico, Benozzo Pacioli, declarado enemigo de la Humanidad por quienes deciden estas cosas, trazó con la mano un gesto de despedida en el aire.

—Vete ya. Tengo una pistola debajo de la almohada, mientras espero pensaré qué hacer con ella. Sospecho que aunque estuviera desarmado las cosas no variarían para mí. Se darán versiones oscuras y mi cadáver maltratado presentará varios balazos. Así dicen que terminó el Che. —Le entró un lánguido ataque de risa que trajo gotas de sangre a sus labios.

La joven bajó la cabeza para evitar verlo. Con un final esfuerzo de voluntad se arrancó del lugar donde había quedado plantada, y tras un nuevo «adiós» avergonzado, salió de la habitación.

Después de cerrar silenciosamente la puerta del apartamento, Aurora aguardó en el rellano de la escalera conteniendo el aliento en espera de captar algún sonido que delatara la proximidad del peligro. Al no escuchar nada, se armó de valor y se lanzó, con rápida carrera, en dirección a los pisos inferiores. Cuando llegó a la planta baja, vio la salida bloqueada por varios agentes armados. Dos mujeres, acompañadas de una muchacha adolescente, estaban discutiendo con uno de ellos, cuyos ojos miraban sin parar en todas direcciones, para que les dejaran salir. Decidió sumarse al grupo discretamente.

—¡Vuelvan a sus pisos, cierren con llave y pónganse a cubierto! —repetía el aturdido guardia como un sonsonete—, ¡hay órdenes de que no salga nadie, pronto llegarán las fuerzas especiales!

—¡Pero si no vivimos aquí! —insistía la mayor, un sano ejemplar rural, fruto vigoroso de la dieta mediterránea, mientras iba repartiendo fieros empujones—, ¡ésta es la casa de mi sobrina, que hemos venido a visitarla...,

nosotras queremos volver a Blasco Gimeno, y por su culpa vamos a perder el autocar!

Pese a sus furiosas protestas, las pueblerinas fueron firmemente rechazadas y, al final, optaron por volver grupas. Aurora las siguió hasta el ascensor, sin tiempo para recapacitar sobre lo que estaba haciendo.

—¡Habrás visto! —bufaba la matrona ante las narices de la joven mientras iban subiendo pisos—, ¡hasta mañana ya no podremos volver, vaya enfado que va a agarrar mi Tomás, que ya no quería que viniéramos!

—¿Su marido? —intervino Aurora haciéndose la curiosa.

—Sí, claro, ¿quién va a ser si no? —contestó la otra mirándola como a quien cae de la higuera.

Aurora emitió un suspiro, como si estuviera llena de desazón.

—Al menos ustedes tienen dónde quedarse, que yo no. Resulta que he venido a visitar a una amiga y no está, ¿dónde me meto ahora? Porque los de allá abajo parece que tienen intenciones de empezar a tiros. ¡Qué bárbaros!, ¿y por qué no desalojan el edificio en lugar de hacernos volver a los pisos?, ¡esto es muy peligroso!..., ¡ay Señor!, ¿qué voy a hacer? —Y adoptando una expresión acongojada, se llevó las manos al rostro.

—No hay problema, no se preocupe —sentenció su interlocutora mientras el ascensor se detenía bruscamente—, véngase con nosotras, mi sobrina es de buena pasta y entenderá la situación. Si, como usted dice, hay jaleo, nos haremos compañía... Mis padres, que en gloria estén, me habían contado de pequeña historias de la guerra civil..., ¡allí sí que disparaban con bala!..., nunca pensé que me sucediera algo así...

De esta forma inesperada, a medio camino entre el sainete y el suspense, Aurora Quetglás evitó verse mezclada en un epílogo truculento, cuyo desarrollo pudo conocer primero por los ecos de disparos no muy lejanos y, en días posteriores, por las noticias de los periódicos. Todos murieron.

XXVI

TEMPLO DE LA FE, TEMPLO DE LA RAZÓN

Destruir el principio de la contradicción es tal vez el más elevado cometido de la lógica superior.

NOVALIS

Según cuentan ciertas Historias de la Filosofía, cuando Aristóteles terminó su *Física*, escribió después otro libro, al que no dio nombre, colocándolo en su obra a continuación del anterior. Por esa causa, los temas que se trataban en él, fueron compendiados para la posteridad por sus comentadores bajo la palabra «Metafísica» (literalmente: después de la Física). Así pues, de esta manera irremediable, quedaron definitivamente establecidas las fronteras entre dos territorios mutuamente extraños, cuyos habitantes eran, por lo general, incapaces de comprenderse.

En un principio, y durante largos siglos, el país de —llamémosle— *Metafisicolandia* estaba densamente poblado, siendo además muy próspero, si bien su paz era alterada por ocasionales motines, fomentados por despreciables herejes que pretendían sin éxito derrocar a sus encopetados pontífices, a menudo viejos dictatoriales e intransigentes propensos a alumbrar alegres fogatas falleras.

Mientras tanto, *Fisicolandia* —pongamos—, una mera colonia de sus vecinos, estaba —escasamente— poblada por unas pobres gentes que no podían exponer sus ideas en público sin antes recibir el visto bueno de la autoridad suprema. Por lo visto, durante la época de la llamada Ilustración —epidemia producida por un virus insidioso que atacaba directamente el cerebro—, se inició un flujo migratorio imparable desde el primer país hacia el segundo, hasta el punto que pronto *Fisicolandia* llegó a tener tantos habitantes como *Metafisicolandia*, y se sintió bastante fuerte para declararse independiente, constituyéndose en algo parecido a una democracia, como

hicieran las colonias inglesas de América. Desde entonces, las cosas no hicieron más que empeorar para *Metafisicolandia*, que es hoy en día un lugar semidesierto, mientras su antigua provincia empieza a sufrir serios problemas de superpoblación. Paradójicamente, en este país ahora triunfante, unos pocos individuos de piel muy fina han empezado a sospechar que ya no son del todo humanos, y hasta hay grupos de renegados —nunca faltan— que miran con ira hacia el pasado, buscando dónde se cometió el error.

Un buen día del inmediato ayer, cierto apátrida en ciernes de *Fisicolandia* —especie impensable pocos años antes— se preguntó por qué el *Conocimiento Científico* era tan importante para sus conciudadanos —un fin en sí mismo, diríase—, que lo emplazaban por encima de cualquier otro ideal. Así, los demás posibles campos de actividad humana quedaron relegados a un segundo plano, como si no hubiera lugar para una pacífica y creativa convivencia con la Razón pura. El Intelecto había sido promovido a los altares por unos seres que ya apenas eran capaces de relacionarlo con el resto de su personalidad.

Se le ocurrió pensar en Jacques Monod, bioquímico brillante de épocas no muy lejanas. Si bien sus teorías habían quedado obsoletas, algunas de sus reflexiones generales apuntaban al mismo problema. Decía:

... Si el hombre acepta este mensaje en su completo significado, debería despertar de su sueño milenario y descubrir su total soledad, su fundamental aislamiento. Debe comprender que, como un gitano, vive en los límites de un mundo extraño a él, un mundo que es sordo a su música, e indiferente, tanto a sus esperanzas como a su sufrimiento por los propios crímenes.

¿Quién puede entonces definir qué cosa es un crimen?, ¿quién determina lo que es bueno y lo que es malo? Todos los sistemas tradicionales colocaron los valores y la ética más allá de los hombres. Los valores no le pertenecían, le habían sido impuestos, mientras él era pertenencia de ellos. Hoy el hombre conoce que son suyos, y tan sólo suyos, pero ahora que es su dueño, los ve disolverse en el vacío indiferente del Universo. En este punto, el hombre moderno se vuelve hacia la Ciencia, o más bien en su contra, viendo ahora su terrible capacidad de destruir no sólo cuerpos, sino la misma alma.

¿Dónde está el remedio?, ¿deberá enunciarse que la verdad objetiva y la teoría de los valores constituyen dominios mutuamente impenetrables, eternamente opuestos? Tal es la actitud adoptada por muchos pensadores modernos, sean escritores, filósofos o, naturalmente,

científicos. Creo que esta actitud no sólo es inaceptable para la mayoría de los individuos, cuya ansiedad únicamente puede perpetuar y empeorar; sino que estoy convencido de que es absolutamente errónea...

El apátrida en ciernes —hombre de excelente memoria— recordó también haber leído una vez, en un libro que Charles Kingston publicó allá en 1863 —mientras Mendel, otro clérigo, se entretenía experimentando con guisantes en su monasterio—, lo siguiente:

... Mi querido pequeño, ¿quién lo sabe?, uno se podría pronunciar si recordara algo sucedido en una vida anterior, pero como no nos acordamos de nada, nada sabemos sobre si hemos vivido antes, y no hay libro ni persona que pueda afirmarlo con seguridad.

Hace tiempo hubo un hombre sabio, muy sabio, y además muy bueno, que escribió un poema sobre lo que sienten algunos niños respecto a haber tenido una vida anterior, esto es lo que dijo:

*Nuestra venida al mundo es en realidad un sueño y un olvido:
El alma que amanece con nosotros, la Estrella de nuestra vida,
se ha puesto en algún otro sitio,
y procede de la lejanía.
No nacemos en completa ignorancia
ni es nuestra desnudez total,
sino que envueltos en nubes de su gloria
procedemos de Dios, que es nuestro hogar.*

Eso es todo, no se puede saber nada más. Pero yo de ti, lo creería. Porque entonces la gran hada Ciencia, que muy posiblemente será la reina de todas las hadas durante muchos años del futuro, sólo podrá hacerte bien, y nunca perjudicarte; y en lugar de imaginar, como alguna gente, que tu cuerpo produce tu alma, como si una máquina de vapor pudiera fabricar su propio carbón; o, tal como piensan otros, que tu alma no tiene nada que ver con tu cuerpo, sino que está sólo metida allí como un alfiler en un cojín, para caerse a la primera sacudida, entonces creerás la verdadera

<i>ortodoxa,</i>	<i>inductiva,</i>
<i>racional,</i>	<i>deductiva,</i>
<i>filosófica,</i>	<i>seductora,</i>
<i>lógica,</i>	<i>productiva,</i>

*irrefutable, saludable,
nominalista, comfortable,
realista,*

y en-todo-caso-merecedora-de-ser-aceptada doctrina de este maravilloso cuento de hadas: tu alma hace tu cuerpo igual que un caracol su concha. Por lo demás, nos basta con estar seguros de que, hayamos o no hayamos vivido antes, viviremos otra vez...

Apenas había dejado de pensar en aquella historia cuando le vino a la memoria —y aquí, afortunadamente, sus reservas se agotaron— una frase que Fred Hoyle, famoso astrofísico, había dicho un buen día —después de Kingsley y Monod—:

... Siempre he encontrado curioso que, si bien la mayoría de científicos pasan de la religión, ésta domina sin embargo sus pensamientos más que el clero.

(Un buen ejemplo de tal observación había sido la aparición gratuita del llamado Principio Entrópico, definido para incluir un componente cósmico de DESIGNIO en las secuelas del Big Bang que hiciera posible la ulterior existencia de la especie humana).

Decidido a dar sentido a sus días por venir, el apátrida en ciernes fundó una sociedad filantrópica.

Su objetivo era fomentar la desaparición de ambas nacionalidades, vecinas y opuestas, entre las que se debatían algunos espíritus abiertos, neutralizándolas merced al definitivo paso dialéctico unificador que tanto habían tardado en dar.

La sociedad filantrópica tuvo muy mala prensa a cada lado de la divisoria, fue marginada por todos y cada uno de los estamentos de poder, y el apátrida en ciernes se vio convertido en apátrida *de facto*, con la entrada prohibida en ambos países. Quedó dando vueltas sobre sí mismo, como un cometa sin sistema solar, perdido en las tinieblas exteriores.

Mientras tanto, en el menos ideal mundo terrestre, los meses habían ido consumiéndose, junto a una sucesión de acontecimientos sin los que carecería de sentido definir el tiempo.

Los grandes reyes y caudillos de otras épocas tuvieron siempre buen cuidado de que su recuerdo perviviera durante siglos, labrado en piedras

monumentales que ensalzaran su gloria personal y la de su pueblo. Tan profunda y duradera como los deseos de no ser olvidados era, es, la tendencia irreprimible de muchos humanos a venerar un ser o un ente superior. Para ello se edifican templos. Cada culto ha creado de manera fatal sus propios santuarios. Que nadie diga que esta página ya ha sido pasada. El dogma moderno más dominante es la Ciencia, de la que las masas entienden tanto como del latín en que se decían las misas hasta el siglo XX —en esto tampoco ha habido cambios—. Las nuevas catedrales son los grandes laboratorios de investigación, edificados —como aquéllas— en aras de procurar lo mejor para la Humanidad, con dinero extraído de los bolsillos del pueblo lego.

Pero volviendo a los hechos que aún quedan por detallar, si, a partir de ahora, nos desplazáramos con la imaginación por el espacio que nos circunda, dotados de la aguda mirada del águila, y describiésemos un amplio círculo sobre la región catalana de la Selva, abarcando desde el mar hasta los límites del Vallés Oriental, ocupados por el macizo del Montseny, podríamos divisar los pueblos de Blanes, junto a la costa, y Campins, en la montaña.

La razón de mencionar estos enclaves, entre tantas otras joyas del mapa geográfico, es que en ambos se habían manifestado de manera singular los efectos secundarios del histórico impacto de un objeto sideral que no era como los otros.

Así pues, desde que Dom Irigoyen se instaló junto a sus seguidores en la vecindad del cráter meteorítico, numerosas lunas se habían sucedido en el firmamento. Allí donde estuvo emplazado un vasto campamento de tiendas de lona y fibra artificial, se levantaba ahora, sobre un zócalo de piedra, un hermoso templo marmóreo del más puro estilo dórico, dotado de un bellissimo peristilo anfipróstilo, con seis columnas en las fachadas y quince a cada lado. Los frontones acogían elaboradas esculturas representando las sucesivas fases de la creación de la raza humana por unos seres sin rostro de aspecto vagamente antropomórfico, las metopas eran lisas y carecían de adornos. El pronaos, de suelo rosado, con las constelaciones zodiacales pintadas en ocre sobre sus muros, daba acceso a la celda, dividida en tres naves por dos hileras de columnas, idénticas en forma a las del exterior. El fondo de la nave central estaba ocupado por una gigantesca figura humana, labrada en mármol blanco, representando un hermafrodita, desnudo y arrodillado, que alzaba ante sí ambos brazos juntando las manos con las palmas abiertas hacia arriba. En ellas sostenía una forma esférica, perfecta y negra. Más allá de aquel recinto se abría una segunda sala, cuyo acceso, a través de una estrecha puerta blindada, estaba sólo reservado a ciertos miembros de la orden de los

lapidarios. Allí se hallaba perfectamente confinado, por paredes reforzadas de doble espesor, el agujero, cráter o embudo, que el bólido caído de los cielos había abierto en la tierra un día aún no muy lejano. Entre los habitantes del pueblo de Campins se rumoreaba con aires de misterio que una sibila nubia, con largos cabellos que le llegaban hasta las rodillas —ocupante habitual de una de las celdas del cenobio que se levantaba en las proximidades—, se introducía desnuda en aquel orificio cuando los astros se agrupaban en el firmamento según determinadas conjunciones, y entraba en trance, tras masticar exóticas yerbas, dejando escapar por su boca terribles vaticinios, producto de sus visiones proféticas.

—Hay que seguir orando —repetía Dom Irigoyen cada vez que le informaban de los resultados del éxtasis de la pitonisa—, nada ha cambiado todavía.

Y se tornaba a recoger en la soledad de su espartana alcoba, cuyo único mobiliario era una tarima de madera sobre la que dormir y meditar, una silla, una mesa y unas cuantas estanterías con libros empotradas en la pared. El único lujo a su alcance era que disponía de luz eléctrica.

La comunidad alcanzaba ya el respetable número de doscientos veintidós individuos, máxima cota permitida, fijada en la regla de la orden, a partir de la que debía fundarse en otro lugar un nuevo cenobio. Era mixta e internacional, subsistía de ayudas externas, a través de una red bien organizada, y del trabajo propio, ya fuera cultivando los campos para obtener alimento, o practicando los diversos oficios que sus miembros conocían. De las diecisiete horas diarias de vigilia reglamentadas, diez se dedicaban a la meditación, aislada y en grupo, en un intento incansable por conseguir, aunque fuera sólo durante una fracción de segundo, la comunión unánime de todas las mentes, proyectadas hacia una misma idea. En ese momento, su poder sería irresistible y la especie humana quedaría regenerada, es decir, liberándose así de la anunciada destrucción.

El edificio monacal, también de estilo clásico, se hallaba a unos treinta metros del templo, y tenía forma de ele. Ambos estaban comunicados por una vereda con arcadas, que discurría perpendicularmente desde un pórtico abierto en el muro lateral del primero, hasta el inicio de la escalinata que ascendía por el zócalo y desembocaba en la explanada del santuario.

Detrás del prodigioso esfuerzo que había supuesto levantar aquella obra monumental en un plazo tan breve —meta de un creciente número de peregrinaciones y visitas—, se alzaba la inflexible voluntad compartida de cumplir dos objetivos, en estrecha competencia con el tiempo, su principal

enemigo. El primero era propagarse sobre la superficie de la Tierra como un fuego devorador, adueñándose de las conciencias en estado poco avanzado de podredumbre, para formar con ellas un coro perfecto de suplicantes, que entonara noche y día salmodias cada vez más hermosas, hasta que nadie fuera capaz de desear reducirlo al silencio.

En segundo lugar, los miembros de la secta de los lapidarios esperaban que algún día el meteorito caído en Campins volvería a ocupar, dentro del templo, su emplazamiento original, allí donde quedó incrustado, fecundándolo, en el seno de la madre Tierra, pues aquél, y sólo aquél, era el lugar apropiado para venerarlo.

Este último punto de vista no era compartido por el *club* de potencias patrocinadoras del Centro Internacional de Investigación de Física de Materiales Miquel Roca (el CIIFMMR) —concesión oportunista al orgullo local y al partido político que desde lustros administraba aquellas tierras, merced a un apellido ajeno a la ciencia pero temáticamente apropiado—, cuyas modernas instalaciones se levantaban sobre una loma desde la que podían divisarse los verdes follajes del jardín botánico de Blanes, obra lejana de un tal Karl Faust —nueva ironía de la vida cotidiana—, que nada tenía que ver con la familia de algunos de los protagonistas de esta historia.

La anécdota de cómo se había decidido el emplazamiento de aquella joya de la Corona de la Ciencia es un poco tortuosa. En ella jugaron diversidad de factores más o menos impresentables. Durante la memorable reunión en *petit comité* aprovechando una interrupción en la Asamblea General de la ONU, Francia había apoyado, de manera un tanto hipócrita, la idea de edificar aquellos maravillosos laboratorios en algún punto del sur de España —si el invitado de honor de tanta investigación debía volver a su país de origen, que estuviera al menos lo más lejos posible de su frontera norte—, y en este sentido apuntaba el acuerdo pactado inicialmente.

Cuando el Consejo de Ministros de turno anunció en Madrid que el desierto de Almería era el lugar elegido para edificar las nuevas instalaciones hipermodernas, donde los más recientes adelantos de la ciencia y de la técnica se darían cita con el misterioso aerolito, tanto la Andalucía oriental como la occidental se pusieron en pie de guerra. Los más regionalistas y ultramontanos propagaron la cantinela de que de nuevo Cataluña se sacaba de encima las pupas propias —los rumores, siempre desmentidos, eran

preocupantes y de todos los colores— para endilgárselas a los más pobres junto con un montón de dinero que los ayudara a digerir mejor el disgusto.

Las cosas se pusieron tan feas que desde arriba promovieron filtraciones de tanteo, mencionando Extremadura, pero salieron muy rebotadas. Posteriormente Castilla-La Mancha reaccionó a la sugerencia de ofrecer su solar como recambio, con una sonada marcha sobre la capital, acompañada de feroces disturbios. El árido paisaje de la provincia de Teruel fue asimismo objeto de golosa corte, que se vio rechazada a pedradas. Al final no quedó otro remedio que cerrar el círculo, volviendo la vista a la comunidad histórica de la que aquel objeto era originario, pues si bien llegó caído del cielo, fue extraído de su terruño.

La montaña del Montseny no era el marco idóneo para ubicar una institución de las características descritas, pero, en relativa proximidad, la villa de Blanes ofrecía un núcleo de servicios bien comunicado, en donde ya existían centros de investigación sobre estudios marítimos e inteligencia artificial. El Ayuntamiento colaboró gustosamente cediendo, a elevado precio, unos terrenos baldíos de problemático aprovechamiento.

Como es natural, entre los indígenas se produjo el mismo malestar que en el resto del país, con desahogos violentos, por parte de grupos incontrolados, tanto en el campo como en las ciudades. Sin embargo, acabó prevaleciendo el argumento de que, si en lugar de aquello, hubiera caído de las alturas un diamante del tamaño de un elefante, nadie hubiese dudado entonces de su catalanidad, por haber entrado a formar parte integrante del suelo patrio, y el seny se impuso poco a poco, mientras los recurrentes rumores alarmistas continuaban siendo desmentidos y ridiculizados por todos los medios oficiales disponibles. Generosas inversiones en metálico llegadas de los cuatro puntos cardinales acabaron por acunar el intranquilo sueño de las conciencias locales.

Así pues, como si se tratara de una versión moderna de la leyenda de la virgen de Montserrat —virgen negra cuya imagen, que sostiene una simbólica esfera con la mano libre, se tornó milagrosamente pesada, negándose a abandonar el lugar donde fue hallada—, Cataluña volvió a ser tocada por la gracia, y tal vez sea por eso que no hubo, no hay, ni habrá tierra más ufana bajo la capa del cielo.

XXVII

NOTICIAS DE VALPARAÍSO

... Y bajó en un barco a la mar y contempló con el habitual desengaño la Cruz del Sur, y desertó en el puerto de Valparaíso.

JORGE LUIS BORGES

Aquel sábado por la tarde, Guillem Claramunt y Lorenzo López habían ido a practicar su vicio, confeso y público, en los locales del club de ajedrez Barcelona, del que el periodista era socio desde su lejana adolescencia. Encorvados sobre la mesa-tablero con sendas cervezas al alcance de la mano, parecían dos inofensivos aficionados para los que el mundo se reducía a poco más que las sesenta y cuatro casillas y sus pobladores.

Guillem, que movía las negras, se había arrancado con la defensa Alekhine como respuesta al peón cuatro rey de su adversario. Al cabo de doce jugadas la posición aparecía igualada. El comisario, a quien correspondía el turno, paró el reloj y pidió permiso para encender uno de sus puros —en aquel local fumar continuaba siendo un derecho sagrado—. Mientras exhalaba con delicia las primeras volutas de humo, volvió a contemplar las fichas con mirada experta.

—Es la primera vez que utilizas esta defensa, al menos en mi contra, ¿no crees que está un poco anticuada?

—Anticuada en cuanto no está de moda, no porque sea peor que otras, recuerda que Alejandro Alekhine era un genio —respondió su oponente llevándose el vaso de cerveza a la boca.

—Sí, un genio que colaboró con los nazis —sentenció López Lopetegui.

—Eso no está tan claro —rechazó con vigor Claramunt, que era un gran admirador del gran maestro ruso exiliado por la revolución—, lo que sí es cierto es que tuvo muchos enemigos y peor mala suerte. Si piensas que la noche del mismo día en que la Federación Británica de Ajedrez aceptó la

propuesta para que celebrara un encuentro contra el joven aspirante Botvinnik, lo que hubiera terminado con sus acuciantes problemas económicos, falleció solitario en su habitación de un hotel de Estoril atragantado por un pedazo de bistec, ya está todo dicho.

El comisario empezó una vez más a sentirse incómodo con los datos bio y bibliográficos que su compañero de juego estaba dispuesto a proporcionar en todo momento, y pensando que la mejor defensa era el ataque, optó por hacer algunas referencias a su llamada nocturna que recientemente recibiera.

—Tal vez también sufría de alucinaciones, como tú..., quizá se le apareció un grupo de monstruos interplanetarios, se le abrió la epiglotis del susto y falleció allí mismo. ¿Bebía?

Había hecho diana, pudo percatarse de ello al observar el gesto del periodista, cuyo ceño se había ido arrugando desaprobatoriamente.

—Lorenzo, no está bien que hagas bromas con los momentos de debilidad de tus amigos. Aquella noche estaba yo con la moral muy baja..., razones de trabajo, complicadas con un desaire por parte de una señorita con cuya ayuda contaba para recuperarme. Total que terminé marchándome a casa y bebiendo media botella de whisky en solitario mientras miraba un vídeo de La Strada, el único que tenía a mano, que no contribuyó precisamente a insuflarme ánimos. Luego me fui a dormir y tuve aquella pesadilla. Todavía la recuerdo con todo lujo de detalles..., pocas veces he soñado algo de manera tan vívida, era tan real que cuando me desperté me había orinado en el pijama... En fin —rió—, guárdate esta confidencia. ¿De verdad te sorprende tanto que llamara, si los dos habíamos estado dando tumbos todo este tiempo detrás de la historia de ese loco que al final enchironaron en Madrid?

Sacudiendo la ceniza de su puro, Lorenzo López dio otra vuelta de tuerca.

—En todo caso, querido Guillem, has de confesar que tus sueños de la otra noche y el impulso de llamarme, o hasta el detalle de tu húmedo pijama, tuvieron su origen en el licor más que en Fellini; me quedaba por aclarar esta duda.

Claramunt permaneció un instante pensativo, como si le quedara algo que decir.

—Sí, claro, lo concedo, pero hay algo más, la historia de Guifré Faust me sigue rondando la cabeza. No es raro que a menudo tenga sueños, yo que sueño mucho, sobre el mismo tema. La personalidad de ese hombre no es exactamente la de un orate, hay algo inquietante en todo lo que ha ocurrido, desde el meteorito que llegó del espacio exterior hasta la escena de su captura final, merced al azar de que un vecino de Cercedilla que estaba en El Pardo

cuando el atentado reconoció al conductor de la camioneta de los terroristas. De todas formas parece ser que pensaba entregarse.

—Hasta ahora —interrumpió el comisario—, no se le ha podido probar nada en contra, aunque es seguro que calla muchas cosas. Según su versión, viajó hasta la capital en el auto de su hermano, lo cual éste confirmó, persiguiendo a Benozzo Pacioli y su gente, ya que le habían arrebatado unos documentos donde se ponía en evidencia que las víctimas del atentado de días después (sólo se salvó uno y está medio quemado) se iban a reunir para tratar sobre la esterilización científica de los pueblos del tercer mundo y de las clases más bajas de la sociedad. Pretende que fue solo y que no conocía las intenciones concretas de los otros. Durante los interrogatorios no ha caído en ninguna contradicción y nuestros análisis en los distintos escenarios no han revelado huellas digitales que consten en nuestros archivos o que aporten más luz sobre la cuestión. Después de mucho preguntar, nuestros agentes localizaron a un par de personas que recordaban, no muy claramente, haber visto a Guifré acompañado de otro individuo con gafas oscuras, pero fueron incapaces de describir su aspecto y fisonomía; sin embargo él lo ha negado todo sin parpadear. ¡Si al menos hubiera habido algún superviviente entre esos hijos de perra, para interrogarle! Pero ¡quíá!, a unos los ametrallaron a través de la puerta y, luego, cuando saltó la cerradura, dentro de la habitación donde estaban encerrados (la versión oficial es que intentaron disparar contra nuestras fuerzas, pero luego no se les encontraron armas encima, hubo que ponérselas); a otros los cazaron por las azoteas y parece que Benozzo se suicidó.

—¿Crees que tendrán que dejarle en libertad? —inquirió el periodista.

Dedo de Oro negó con la cabeza.

—Algo le caerá, ya le sabrán buscar las cosquillas. Además, están sus actividades anteriores organizando grupos subversivos, que también pueden traerle algún disgusto.

—¡Bah!, que le suelten, mejor perderle de vista y que todos se olviden de su existencia —opinó Guillem Claramunt desapasionadamente.

—Por cierto —exclamó Lopetegui con divertido semblante—, ¡tengo la última carta de su enamorada!, ¡todo ha coincidido: se vuelve a casa!, ¡déjame que te la lea y seguiremos después con la partida!

—Sabes que no me interesan las epístolas románticas, te lo he repetido varias veces. Parece como si disfrutaras llevándome la contraria. ¿O es que me estás aplicando el juego psicológico a la manera de Lasker, para ponerme nervioso?

El comisario no dio su brazo a torcer.

—Será breve..., mira, piénsalo bien: estás moralmente obligado a aceptar mi oferta, porque antes de ahora cediste a mis proposiciones y, por lo tanto, esta mujer —agitó en el aire el papel que había extraído de su bolsillo— forma ya un poco parte de tu vida. Escucha pues sus palabras de despedida.

—Sea —suspiró resignada la víctima.

Con su habitual complacencia en estos casos, Dedo de Oro desplegó con mimo las hojas que sostenía entre sus manos y comenzó la lectura.

Querido Geoffrey:

El viaje ha terminado, heme aquí en Valparaíso. No me sorprende que los españoles bautizaran así este lugar, sobre todo si una consigue imaginarse el aspecto que debía de tener entonces. La ciudad es muy alargada, estrecha y empinada —igual que Chile—, la pobreza escala por las faldas de las montañas, colonizando los rincones más inhóspitos, contemplando con envidia las hermosas residencias de Viña del Mar. Hay laberintos de callejones, interminables e innumerables escaleras que unen los cerros y el océano. Durante mi estancia en Santiago tuve ocasión de comprar y leer, con ayuda del diccionario, las memorias de Pablo Neruda —en estos momentos está permitida la venta de sus libros—; allí habla de Valparaíso, parece ser que de joven lo visitaba a menudo, con grupos de amigos, pintores y poetas sin un centavo en el bolsillo, para ver el Pacífico, para divertirse y seguir soñando. Lo que más me gusta de todo lo que dice sobre esta ciudad es cuando fabula sobre su nacimiento —me hizo gracia porque tú eres Sagitario—; te lo transcribo:

Aldearán tembló con su pulso remoto, Casiopea colgó su vestidura en las puertas del cielo, mientras sobre la esperma nocturna de la Vía Láctea rodaba el silencioso carro de la Cruz Austral. Entonces, Sagitario, enarbolante y peludo, dejó caer algo, un diamante de sus patas perdidas, una pulga de su pellejo distante. Había nacido Valparaíso, encendido y rumoroso, espumoso y meretricio.

Es bonito, ¿verdad?, otra mentira de poeta. Me gustaría contarte las cosas que me han sucedido desde que te envié mi anterior carta, lo que he visto, pero me faltan el ánimo y las ganas, sobre todo después de haber comprobado que tampoco aquí me esperaba ninguna correspondencia tuya. A veces me he preguntado si no me diste una dirección falsa, si no te habías estado burlando de mí. Ya sabes, los españoles tenéis tan mala fama de poco formales que no consigo sustraerme del todo a esos

pensamientos. Quizá sería todo más fácil así —con la ventaja de poder maldecirte con virtuosa indignación— que deber admitir que no me quieres, pues ni siquiera podría entonces criticar tu falta de respuesta, aunque fuera para decir se acabó, porque yo misma hice antes algo parecido contigo; ¿cumples así además con tu venganza?

Mañana pienso ir a la estación marítima a comprar un billete de barco. Ya te dije en mi primera carta que la dirección del viaje a partir de este punto dependía de ti. Como a estas alturas no creo poder pretender que aguardes ansiosamente mi ida a Barcelona, el pasaje será para Australia. Supongo que no hay que desesperarse, mi país es inmenso, joven, hay muchas cosas por hacer y montones de gentes interesantes, hasta poetas y revolucionarios guapos y morenos. La vida sigue, dicen, no deben ponerse obstáculos a los ríos ni pretender detener el viento.

Creo que tengo que terminar aquí, seguir escribiendo me hace daño. Una vez me encontré sola en la carretera en medio de uno de los enormes desiertos de mi país. Me bajé del coche y empecé a gritar con todas mis fuerzas. Nadie respondió, ni el eco, pues las montañas estaban demasiado lejanas. Ahora me siento así cada vez que te llamo y entierro mis voces en el papel con la esperanza de que te alcancen. Mejor hacer como entonces: volver al auto y marcharme en dirección a casa. Adiós, Geoffrey, te deseo mucha suerte. Adiós.

JESSIE

El comisario López mantuvo las manuscritas páginas suspendidas en el aire mientras trataba de averiguar el efecto de lectura —se consideraba buen declamador y rapsoda— sobre su compañero. Claramunt apretó los labios y asintió con la cabeza a algo que estaba pensando.

—¿Te das cuenta que con nuestra censura hemos intervenido decisivamente en el futuro de una persona que habita en las antípodas?, y luego hablan del efecto mariposa.

El comisario —que ya se había guardado la carta en el bolsillo— hizo un ademán como quien espanta una mosca molesta.

—¡Bah!, si Guifré Faust sigue interesado en esa joven, sospecho que pronto dispondrá de todo el tiempo del mundo para escribirle en reparación de sus involuntarios silencios.

Las miradas de ambos hombres habían ido convergiendo entretanto sobre las fichas de ajedrez. Con tácito acuerdo, el periodista oprimió el botón del

cronómetro mientras López Lopetegui se cruzaba de brazos para estudiar la equilibrada posición.

XXVIII

MONÓLOGO FRENTE AL ANCHO MAR

Las olas se hacían inaudibles, sin llegar casi al silencio, pues parecían guiadas por el vaho lunar. Parecían haber abandonado su ritmo propio, para ganar sus progresiones en la fatalidad a una ley desconocida.

JOSE LEZAMA LIMA

Era otoño y atardecía. Una figura solitaria estaba sentada, inmóvil sobre la arena, viendo romper contra el borde de la playa las perezosas olas del Mediterráneo. El cielo se estaba oscureciendo en el horizonte, numerosas gaviotas surcaban los aires oteando las aguas en busca de presas cada vez más escasas, cuya ausencia se veían obligadas a substituir, ventajosamente, por desperdicios.

Aquel ser contemplativo, cuya proximidad a la orilla hacía que, en ocasiones, su piel sintiera el contacto de las gotas saladas llevadas por el viento, era Guifré Faust. Su cabello seguía rapado casi al cero y su cuerpo mostraba extrema delgadez. Hablaba solo, dirigiéndose a las aguas en perpetuo movimiento. Decía así:

—Mar, eras lo que más se asemejaba a Dios. Bajo tu apariencia inabarcable estuviste henchido de vida. Nos creaste, y en uno de tus reflujos, quedamos abandonados sobre la playa, como náufragos impuros en una isla paradisíaca. Tal vez olvidaste entonces, o no quisiste recordarlo, borrar de nuestro débil cerebro esa atracción irrefrenable hacia los oscuros abismos, acaso añoranza inconsciente de tu seno materno, que nos posee a menudo cuando hemos gozado con exceso de la luz.

»Si te contemplo largamente en la noche, alejado de la perturbadora compañía de mujeres y hombres, comienzo a sentir que estás hablando, que tu murmurante oleaje transporta hasta la orilla un arcano dispuesto a ser

revelado. Si cierro los ojos y me sumerjo en el hechizo de tus llamadas, semejantes a cantos de sirenas, si me olvido del viento nocturno, del rumor lejano de las embarcaciones, del grito de las aves, llega un momento en que creo empezar a comprender tus palabras, pero entonces me invade el miedo, y temo seguir los pasos de esos espíritus exquisitos, en realidad no soy uno de ellos, que se abandonan transfigurados a tu abrazo. Entonces despierto, y parece que callas, sin dejar de murmurar.

»Los animales terrestres habitamos junto al límite de dos mundos en constante flujo, uno aéreo y otro acuático, y por alguna razón que ignoro, los humanos somos los más fronterizos de toda la fauna planetaria, los más extraños a su entorno. Quizá por esa causa, porque todo se nos ha vuelto tan ajeno, no nos importa verlo morir... Muchos corazones incuban un odio oculto que acaba pudiendo más que el amor, como si fuera más profundo y consistente. Esa llama secreta, jamás del todo extinguida, acaba devorando los paisajes más sagrados del alma, si un mal día cambia, aunque sea por un breve instante, la dirección del viento. Somos frágiles, perecederos, pero capaces de inmensas destrucciones.

»Como tantos otros, me he planteado a veces preguntas tan desamparadas y de difícil respuesta como *¿qué soy?* o *¿de qué modo y por qué siento?* Al buscar posibles razones, nunca he llegado más allá de un pensamiento previo y recurrente, inspirado en cierta vieja cuestión filosófica que ya los antiguos griegos se plantearon al preguntarse cómo podía ser algo compuesto por elementos que no son, que meramente existen, ¿dónde pues se encuentra el linde de la vida, de la consciencia? Me decía: ¿cómo es posible que alguien formado por partes que no amen ni odien sea capaz de experimentar esos sentimientos?, ¿a partir de qué límite se inicia el sentir? No puede haber discontinuidad: o es acumulativo, anidando hasta en los elementos más básicos de la materia, o es un mero espejismo, ajeno al cuerpo. Sin embargo, parece que los seres humanos estamos perpetuamente encadenados, como galeotes remando a golpe de tambor, en la nave de nuestras propias pasiones, que aparentemente *son*, sin que, tras meditarlo, tenga para mí sentido su *existencia*, aunque, el mero hecho de pensar y de pensarse ¿no vuelve a plantear la misma paradoja del ser y del sentir?

»Mar, tal vez tú conozcas todas las respuestas, pero, ya ves, no soy bastante valiente para escucharte hasta el final. Te siento como a un amigo al que quisiera abrir el corazón. Cuando estoy ante ti, así como ahora, anonadado en tu presencia, hilvanando las pocas ideas que se remansaron con el tiempo en el fondo de mi espíritu, mientras el resto fluía como una

corriente desbordada, tomo clara conciencia de la futilidad de nuestros actos cotidianos y de cuanto llena casi todas las horas de nuestra existencia. Tal vez sea ésta la causa de que tampoco crea mucho en la realidad de ese tiempo. Si algo no es efímero de nuestro paso por este mundo, sin duda son los raros momentos en que determinadas vivencias o intuiciones nos hacen llegar a rozar la eternidad desde la pura nada. Eso queda en alguna parte para siempre, porque desde siempre ha sido y ha estado allí hasta que hemos podido encontrarlo.

»Vivimos —no vivimos— en una farsa, en un engaño colectivo recreado por todos los instrumentos de lo que llaman Poder. La sacra institución de la enseñanza, fábrica donde se modelan las mentes, desde el parvulario hasta las aulas universitarias, es un colosal monumento consagrado a la Nada, un titánico sueño planetario en pos de lo fútil y lo transitorio. En ella se van forjando los futuros ciudadanos como mansos corderitos. Hoy, más que nunca, el Becerro de Oro ha ganado la batalla, el mundo le sirve, y pocos son quienes aspiran a otra cosa.

»¿Cómo evitarlo?, ¿rebelándose con violencia? Algunos lo han hecho, yo también, hasta el crimen. Posiblemente nuestro número se multiplique en el futuro, pero ahora sé bien que cualquier sangre vertida será un sacrificio inútil, ¿de qué sirve caer en un señuelo dónde los extremos se tocan?, así no detendrá la máquina de tren desbocada. Mejor salir, bajarse, abandonar el rebaño, porque para la Nada jamás habrá una verdadera victoria si no es total. Bastará que uno sólo se le escape, pues entrará en lo eterno, para convertir su aparente triunfo en derrota. Por eso, pues sin duda lo sabe, el Poder, su gran albacea, es hoy, bajo una apariencia de liberalidad, más inflexible que nunca con quienes buscan su propia vía.

»¿Por qué razón, pongamos, si hubo un tiempo en que cuando alguien decidía retirarse del mundo para vivir solitario en los bosques o en el desierto, era contemplado con respeto y admiración, ahora se le mira como a un loco, con lástima o escarnio, e incluso puede llegar a ser perseguido por la justicia como sospechoso antisocial, indocumentado, vagabundo o merodeador? ¿Qué ha sucedido para que el número de seres que intentan renunciar a una vida meramente material pueda contarse ya con los dedos de la mano y lleguen a estar amenazados?

»Sin duda la oferta de lo efímero ha mejorado notablemente durante las últimas centurias, resultando hoy en día mucho más deseable, variada y asequible. Por otra parte, las consignas insufladas en nuestros cerebros desde la más tierna infancia, igual como nos enseñaban antes la Religión, disfrazan

la naturaleza fugaz de cuanto parece ser digno de ser poseído. Hábilmente, la visten con hábitos de realidad perpetua, tanto como pueda serlo la persistencia de ofertas que substituyen sin cesar lo viejo por lo nuevo. El mago oficiante, inagotable hacedor de nuevos juegos de manos, es el dinero, fuente de donde brotan todos esos sueños que parecen aplazar la inevitable llegada de las pesadillas...

Guifré interrumpió su solitario discurso para contemplar, con el gusto de un pintor experto, el contorno de la pupila brillante de la luna asomando en el oscuro linde de las aguas. Una bandada de pájaros se puso a revolotear sobre su cabeza.

—¿Cuándo cambié? Jamás creí en milagros. ¿Cómo definir un milagro? Mas un día me vi convertido en juguete de una voluntad desconocida que me utilizó como comparsa. No soy el primero, ahí están, muy por encima de mí y de otros seres anónimos, Epiménides, Saulo, Juana de Arco, Swedenborg, Mozart y su manera de hacer música, posiblemente Newton y Einstein..., muchos más. Hasta el mismo Napoleón pensaba al final de su vida haber sido manipulado por fuerzas superiores hasta que la mano que lo sostenía (¿misión cumplida?) se abrió para dejarle caer. También yo siento como si ya no hiciera más falta, mi pequeña aparición pública terminó, pero asimismo conozco cuál va a ser, de ahora en adelante, mi anónima tarea.

»Antes dirigía un grupo de exaltados seguidores, dispuestos a pelear por una causa que consideraban buena, muy buena, nada menos que la salvación de la Humanidad (¿cuántas veces se ha matado y destruido por un objetivo semejante?), pero ahora, después de todo, tras experimentar la violencia y el fanatismo de hombres como Benozzo, por justo que sea su ideal, luego de haber vivido en prisión más de un año, no deseo otra cosa que orar por los hombres, que rogar por la salvación de la Tierra. Será mi nueva forma de lucha..., me siento tan libre, tan feliz, que sería absurdo pretender explicárselo a nadie para tentarlo a convertirse en mi emulador: ya no más seguidores. En este punto, lo que deba hacerse se ha de hacer a solas. Hasta ahora nunca se me hubiera ocurrido pensar que, a lo mejor, algunos seres, grandes almas, que aparentemente extraviaron el juicio en algún momento extremo de sus vidas (por encima de todos, Scardanelli... pero otros hay, incluso algún hijo de Leopoldo Panero), sólo fingían, buscando que les dejaran en paz.

»Mi libertad será como la de quienes descubren que saben escribir versos de amor con la mirada sobre las cortezas temblorosas de los árboles. En un lento reencuentro con la memoria, iré recordando todas las imaginaciones de la infancia, y tal vez recupere la esperanza de cumplir aún con ese proyecto fallido.

»Para conseguirlo, tendré que encontrar un lugar apropiado donde vivir. Suficientemente íntimo, lejos de amigos y familia —pensó con simpatía en su hermano Marc, quien, tras solicitar un sabático para recuperarse, estaba trabajando en un programa de alfabetización para inmigrantes africanos—. Bien me gustaría seguir junto a ti, pobre Mediterráneo, pero temo que ya no te queden costas solitarias y que tu olor recuerda cada vez más al de un cadáver. En cambio, el interior de este país está lleno de pueblos sin gente, y hasta con un poco de suerte podré encontrar aún suficiente agua para cultivar la tierra y plantar lo que me plazca sin que se enteren en Bruselas...

De repente, como si le asaltara una súbita arcada de angustia, dobló el cuerpo hacia delante, mientras se mesaba nerviosamente la incipiente cabellera.

—Pero... ¿por qué darles tantas vueltas a las ideas? Mala señal... ¿Me habré acobardado al comprobar que nuestro desafío no podría ser nunca sólo a primera sangre? —murmuró para sí débilmente. Después, quedó en silencio. Poco a poco su rostro fue recobrando la habitual expresión resuelta.

Una mano pequeña se posó sobre el hombro derecho de Guifré quien, al sentir su tacto, la tomó instintivamente entre las suyas mientras giraba su cuerpo y miraba hacia arriba. Era Aurora, que nunca le había visitado, pero que, conociendo su salida de prisión, había ido a esperarle y, por una ridícula cortedad, le había seguido en la distancia sin decidirse a abordarle.

—Hablabas solo, te he estado escuchando.

—No me hagas caso, no sé ni lo que decía, necesitaba desahogarme.

—¿Te sorprende que nunca fuera a verte y que ahora esté aquí?

—No. Más bien deduzco que te ha costado un año tomar una decisión a la que te resistías con toda tu voluntad.

—Es cierto, así ha sido, me he resistido con todas mis fuerzas. A lo mejor ahora ya es demasiado tarde.

—Creo que sí.

—Entonces ha pasado lo que me temía: he vuelto a equivocarme. Me cuesta comprender mis verdaderos sentimientos, soy como uno de esos viejos

autobuses de Katmandú, que siempre llegan con retraso..., en fin, ¿crees que tiene sentido vivir solo como te propones?

—No estoy solo.

—Quizá te lo parezca, pero el tiempo te quitará hasta el consuelo de esa ilusión.

—Me arriesgaré. Hay algo que ahora necesito hacer, es lo único que sé. Por lo demás, siempre estamos a merced del futuro...

—Puede que cambies...

—Tal vez..., pero te suplico que no vivas aguardando que eso suceda.

Aurora dudó antes de formular su postrera pregunta; en el fondo sintió que ninguna respuesta sería insoportable.

—¿Prefieres que me vaya?

Guifré emitió un largo suspiro, como falto de fuerzas para decir lo inapelable.

—Sí. Creo que sí.

La presión sobre el hombro se aflojó, se desvaneció, y sobre la arena comenzaron a desandarse los pasos de aquel final encuentro.

Ferrari Canal Bienzobas es barcelonés, doctor en Ciencias Físicas y catedrático del departamento de Teoría de la Señal y Comunicaciones en la Universidad Politécnica de Cataluña (UPC), donde forma parte del grupo de investigación sobre ingeniería electromagnética y fotónica. Es profesor de la Escuela Superior de Telecomunicaciones de Barcelona.

Ha vivido largas épocas de su vida en Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Al margen de su vida profesional, desde sus tiempos de estudiante se ha dedicado de modo intermitente a la escritura en alguna de sus facetas: novela, narración breve o poesía, tal como él mismo dice: «Siempre un poco como pasatiempo, dentro de círculos de amigos y sin plantearme la posibilidad de publicar».

NOS QUEDA LA PARÁBOLA (1988, NOVA, número 117) es la primera de sus novelas que ve la luz pública. En ella plantea una curiosa aventura casi contemporánea como excusa para parodiar y criticar de pasada muchos de los elementos que conforman nuestra vida cotidiana.